

UAN

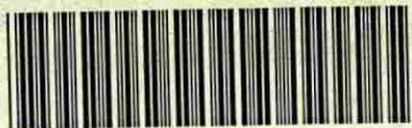
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

5

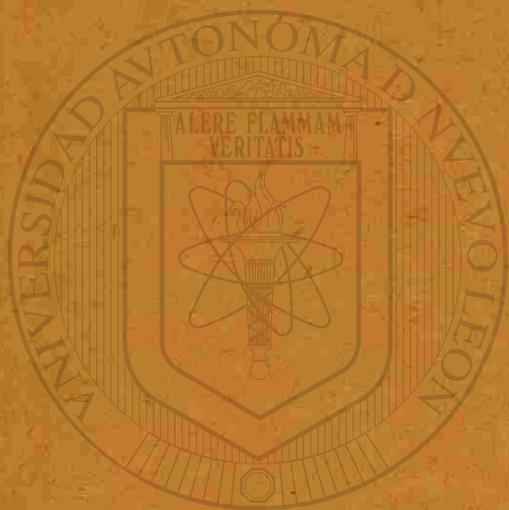
B. GREVILLE

ON CRIMEN

RAID  
PQ2235  
.D6  
C7



1020026398



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



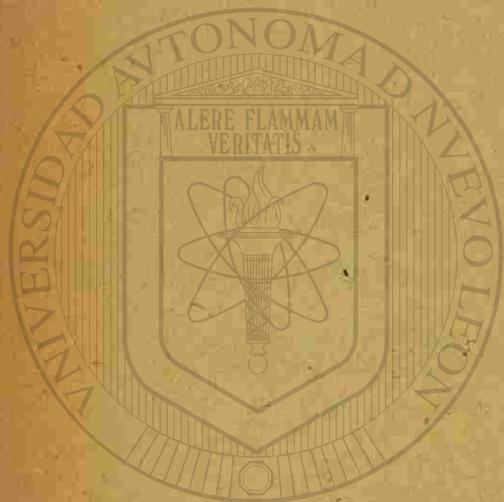
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

# UN CRIMEN

Núm. Clas. <sup>N</sup> 94852  
Núm. Autor  
Núm. Adq. 30295  
Procedencia <sup>-f-</sup>  
Precio  
Fecha  
Clasificó <sup>629</sup>  
Catalogó



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA DE MARIANO GALVE, AVISO, 18.—BARCELONA

**ENRIQUE GREVILLE**

# UN CRIMEN

Traducción de "La Vida Literaria"



BARCELONA

TORIBIO TABERNER, Editor

Calle Rosellón, núm. 324

1905

099192

30295

843  
A



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PA2235  
- D6  
C7

*Es propiedad del Editor*

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

---

## UN CRIMEN

1

La plaza de Champcey dormía al sol con el sopor de la siesta; las casas cerradas, lo mismo que las ventanas, cuyos blancos visillos estaban cuidadosamente corridos, las hacían impenetrables á las miradas; las puertas de las granjas encajadas y con las cadenas echadas, y hasta los carros desenganchados, cuyas varas se elevaban hacia los cielos como los brazos del que se despereza sin haber sacudido aún el sueño, todo respiraba impresión de siesta y de pereza beatífica.

Champcey había sido en todo tiempo una población tranquila: en la memoria de los más viejos no había recuerdo alguno de que hubiera ocurrido en ella suceso alguno extraordinario. Por mucho que el mar bramara al pie de las rocas, curiosamente cortadas, como los habitantes carecían de barcas por no tener puerto,

y como cortaban junto al acantilado los altos helechos que les servían de combustible, se contentaban con menear la cabeza á la vista de las temerarias embarcaciones que se arriesgaban en el mar bajo los furros del temporal.

No hubieran sido ellos los que comprometieran en peligrosas aventuras sus personas ni sus capitales: transmitíanse de padres á hijos los principios de economía y de prudencia con los que, salvo el caso de enfermedad grave, se tiene la certeza de llegar á viejos y de morir rodeados de ciertas comodidades.

En Champcey se disputaba poco y no se llegaba á las manos nunca; hasta los muchachos, al salir de la escuela, si algunas veces se injuriaban, jamás se daban de puñetazos; el instinto de la tranquilidad que hace la vida larga y evita que se estropeen los sentidos, estaba muy arraigado en ellos y borraba en seguida sus infantiles discusiones, que, de no ser así, hubieran degenerado en turbulentas camorras. Enseñábanse á menudo los puños, pero no se había oído decir que las cosas hubieran pasado nunca de allí.

Sin embargo, los periódicos llegaban hasta aquel recóndito lugar; y no uno solo, sino dos, todos los jueves y todos los domingos, uno de ellos reaccionario, á que estaba suscrito el cura, y el otro radical, con destino al alcalde; pero ni aun la política tenía fuerza para turbar la tranquilidad que á los habitantes imponía la atmósfera particular de Champcey; se leían los periódicos únicamente para enterarse de las ventas de bienes muebles é inmuebles, para tener noticia de las ferias y de los mercados, y alguna que otra vez, muy rara, para conocer los sucesos de la provincia.

En aquella paz soñolienta habían nacido y luego muerto todos los habitantes de Champcey, desde los tiempos más remotos, desde que un aventurero edificó la primera vivienda en el llano.

Aun existía aquella casa histórica, construída con la piedra parduzca del país, recubierta con tocas y pizarras de color azul pálido, y conservaba, esculpidas profundamente en la cornisa, encima de la puerta, letras de aspecto cabalístico.

H. E. P. MARÍN BONAMI 1617

Lo cual significaba: Hecha edificar por Marín Bonami.

¿Quién era el fundador? se ignoraba.

El pueblo, como se ve, no era viejo: no tenía más que dos siglos y medio, y nadie podía decir ya qué era lo que había sobre el acantilado antes de que se viera en él una iglesia. Algunos arqueólogos habían ido allí en la creencia de que se debían encontrar vestigios de los romanos; otros aseguraban que en otro tiempo hubo allí brujas. Los vecinos nada sabían. Marín Bonami no dejó tras sí leyenda alguna.

Pero si no leyenda, dejó posteridad: de padre en hijo, la casa de piedras parduzcas había mostrado de noche la ventana que daba al acantilado, la pequeña ventana que daba al mar. Los pescadores que recalaban en la ensenada ó que se alejaban de ella á la hora del crepúsculo para dejar caer sus sedales sobre el banco de rocas en la marea baja, banco que hacía tan peligrosa la costa, servíanse de la luz de la ventana como de un faro para comprobar el paso y las corrientes.

A veces brillaba la ventana como un horno de fragua, y sucedía esto cuando la señora Bonami, joven ó vieja según el curso de los años, arrojaba en el hogar grandes brazadas de juncos secos cuya llama subía por la chimenea, llenando el local de alegres y juguetonas claridades. La leche bullía entonces en el enorme caldero de cobre en que se preparaba, antiguamente con salvado y desde hacía un siglo con patatas, el pasto de las bestias; el vapor rodaba en es-

piral en medio del humo, y los chicuelos Bonami, sentados junto al fogón con las manos puestas sobre las rodillas, veían cómo hervía el contenido del caldero.

Las mujeres Bonami habían ido á dormir al cementerio una después de otra, y los Bonami se habían ido desparramando por todas partes, tanto por la falta de espacio como por razón de enlaces que habían hecho entrar á las hembras en otras familias; la última tumba, la más reciente, estaba junto á la pequeña puerta de la iglesia; estaba rodeada de una verja de madera pintada de negro y se elevaba en ella una cruz blanca esmaltada de lágrimas negras que casi desaparecía bajo un rosal blanco que dejaba caer de mayo á noviembre una lluvia de hojas de rosa perfumadas sobre el nombre de Victoria Bonami, fallecida á los diez y seis años.

El sol de mediodía caía á plomo sobre el rosal bañando todas las rosas y envolviendo en un haz de sombras el brazo alto de la cruz, aquel en que estaba grabado el nombre. El último superviviente de los Bonami, cortaba acá y allá las ramas muertas del rosal y dejaba caer en torno suyo la lluvia de pétalos deshojados que determinaba el acompasado golpe de su cuchillo.

Era un hermoso mancebo de veinticinco años: tenía la complexión robusta, ó por mejor decir, vigorosa, de su raza, y en particular de su familia. Parecía tener alguna más edad de la que contaba, pero á los cuarenta años había variado poco; sus ojos azules, penetrantes y francos, serían los únicos que tomaran expresión diferente: aquel día los tenía admirablemente jóvenes y brillantes.

Marín, último de su nombre, no tenía pariente alguno; su hermana Victoria cuyo sepulcro cuidaba con atención y ternura infatigables, había muerto diez años antes de un modo misterioso: había ido decayendo y por último se había extinguido, sin padecer enfer-

medad alguna conocida. Nadie supo ni preguntó el por qué. Marín, hartó joven aun, y más desarrollado de cuerpo que de inteligencia, la había llorado mucho: huérfanos, habían sido, el uno para el otro, cuanto pueden ser dos niños que no tienen á quien querer sino á ellos mismos.

Marín prefería, entre todos los parajes del país, el cementerio lleno de sol y moscas zumbadoras; el rosal, que él mismo plantó, le parecía, en verano, un amigo, al cual le confiaba sus pensamientos, como hubiera hecho con un niño á quien animara ó dirigiera. Hacía ya años que Marín no derramaba lágrimas por su hermana, pero la quería siempre y á veces creía, al hallarse junto á su sepultura, que no la había perdido.

Además, pensaba con frecuencia, que si alguna vez le ocurriese algo, sería allí, junto á aquella cruz, entre las rosas blancas, donde sobrevendría para él el suceso culminante de su vida.

Las rosas marchitas yacían todas por tierra á causa de las sacudidas bruscas de la poda hecha por Marín; éste había cerrado la navaja, que se había guardado en el bolsillo, y seguía, sin embargo allí, atraído por no se sabe qué secreto bienestar. Todo olía bien en torno suyo: el aire era tibio y fortificante, y allí, en medio del sueño eterno de los suyos, no se encontraba solo.

La puertecilla del cementerio rechinó sobre sus goznes, se abrió, é hizo ruido. Marín alzó la vista y permaneció inmóvil. ¿Era que su destino venía á buscarlo junto al sepulcro de Victoria?

Era una linda muchacha de diez y seis á diez y siete años apenas, esbelta y bien ceñido el flexible talle; sus cabellos temblorosos formaban nimbo en torno de su lindo y picaresco semblante; llevaba ocultas sus manos debajo del delantal y se dirigía á la iglesia, por cuya puerta salía el olor agradable de la cera y el incienso.

El cementerio estaba plantado de manzanos. ¿Quién

se bebía la sidra que se obtenía de aquella fruta? probablemente el pertiguero; Marín no se había cuidado de ello nunca. Las tumbas se encontraban tan bien bajo los manzanos como á pleno sol, y la recolección no perjudicaba á nadie.

En el momento en que la jovencita iba á entrar por el pórtico abierto, cayó sobre una piedra una manzana verde é hizo tal ruido, que levantó una nube de insectos asustados.

La joven se estremeció, volvió la cabeza, y pareció comprender entonces que no estaba sola en el cementerio.

— ¡Mónica! — dijo Marín á media voz.

La joven se detuvo é hizo un movimiento indeciso hacia él.

— Mónica — repitió el joven, — ven aquí.

— ¿No puedes venir tú — le contestó ella, — si tienes algo que decirme?

— No, ven tú.

Mónica hizo una ligera mueca; sus alegres ojos miraron al cielo, luego al pórtico, después á las tumbas, y se detuvieron por último en Marín; púsose encarnada, y dió dos pasos hacia él.

— Ven — insistió el joven, — tengo que decirte una cosa.

La muchacha se le acercó con cierta confusión y con las manos siempre enlazadas por debajo del delantal; cuando estuvo ya muy cerca de él, se detuvo y lo miró, como si la hubiera detenido un choque.

Marín había colocado su mano derecha sobre la verja de madera; atrajo hacia sí con la izquierda á la muchacha, é inclinándose de pronto hacia ella, la besó largamente y con cierto éxtasis. Cuando separó sus labios de los de Mónica, él estaba muy pálido y ella muy encarnada.

— No sabía yo que te quisiera de este modo — dijo Marín sin abandonar la verja, — lo he conocido hace un instante; al verte entrar.

Mónica se sonrió y bajó la cabeza; ella lo había conocido hacía ya mucho tiempo.

Marín la miró como si no la hubiese visto nunca, y en efecto, tal como la veía entonces, le parecía verla por primera vez.

Separando la vista de aquel rostro casi infantil que le revelaba una vida nueva, fijóla Marín en la cruz, en donde se leían el nombre y la edad de Victoria.

— ¿Qué edad tienes? — preguntó.

— Diez y siete años.

— ¡Qué bonita eres!

— Cada cual lo es, según puede — contestó ella como disgustada.

— Me gustas — le dijo él con dulzura.

Ella se sonrió; le gustaban los elogios, y en aquel pueblo en que eran una buena cualidad la estatura y la robustez, únicamente escuchaba burlas por su graciosa pequeñez.

El volvió á mirarla, y como si quisiera encontrar de nuevo la embriaguez de aquel beso, el primero que le había dado en la vida, se inclinó de nuevo hacia ella, pero, cambiando de parecer, sacó la navaja y cortó una ramita de rosas blancas que aun estaban en capullo.

— Toma — le dijo, — son rosas de Victoria... — y vaciló no sabiendo como formular su pensamiento, porque, acostumbrado á vivir solo, desconocía la hermosura de las frases y los detalles de la elegancia, — son las rosas de Victoria, y comprenderás desde luego que, al dártelas, es porque quiero que nos casemos.

Mónica fijó en él sus ojos con expresión alegre é interrogadora, y los bajó luego, porque la turbó la mirada del joven.

— ¿Estás conforme? — insistió él al ver que ella no contestaba.

No podía él verle el semblante, porque Mónica miraba hacia la iglesia, pero observó que se le hablan

puesto encarnadas las orejas.

— Yo, sí — le contestó ella en voz baja, — pero no sé si mamá querrá.

—Vamos á preguntárselo — replicó Marín tranquilamente, como si se tratara de una cosa ordinaria de la vida.

Mónica quiso echar á andar, pero él la detuvo por una manga y la llevó junto á la cruz.

—Besa ahí — dijo indicándole el nombre de su hermana, — yo besaré después.

La joven obedeció en tanto que él tenía apartadas las ramas del rosal que hubiera podido arañarle el rostro; luego apoyó sus labios en el sitio en que ella había puesto los suyos, y después la miró con emoción profunda. Ella tenía en la mano la ramita de rosas que él acababa de darle. Marín la tomó y, con ademán á la vez casto y resuelto, se la colocó en la abertura del fichú, sin tocarle siquiera el cuerpo del vestido.

— Este es el ramo de la desposada — le dijo sonriendo y con júbilo indecible. Mónica volvió hacia él su rostro encantador y risueño, y él la besó por segunda vez.

—Vamos — dijo, — dame la mano. Quiera ó no quiera tu madre, nosotros estamos ya de acuerdo, y nuestro compromiso, después de haber besado la cruz de Victoria, es por toda la vida.

Y salieron del cementerio asidos de la mano, bajo los rayos del sol esplendoroso, bajo la influencia del alegre mes de julio, y al compás de la música de los dorados insectos que voltejaban en torno de las abiertas rosas.

## DIRECCIÓN GENERAL

### II

La madre de Mónica trabajaba sentada en un ta-

burete de madera, á favor del rayo de luz que entraba por la puerta.

Era una mujer corpulenta de facciones duras y severo continente; se comprendía, al verla, que no tenía para sí más indulgencia que para los demás. La suerte no había sido clemente con ella; desde muy temprano, y siguiendo la expresión vulgar y enérgica, había tenido que ganarse la vida, y, apenas cumplió los cinco años, se la había hecho seguir de cerca á los segadores para espigar.

¡Ruda tarea la de las espigadoras! no es poética más que en las novelas y en las estampas; bajo un sol de justicia, encorvadas desde el amanecer hasta la noche, las espigadoras hacen el trabajo más rudo y menos recompensado.

Más tarde entró Clemencia á servir en casa de un labrador. A la hora en que los primeros albores del día esparcen esa claridad grisácea y triste que produce en el corazón del hombre indecible melancolía, cuando la tierra parece sentir haber sido despertada y tener que volver á emprender la labor diaria, Clemencia, con un pesado cubo de madera en la mano y agobiada por el peso de la carga, iba á los establos á dar agua á las bestias, ó bien, atravesando por la hierba mojada por el rocío, que empapaba casi hasta la cintura su zagalejo de drogueta, con un cántaro de cobre á la espalda pendiente de una correa trenzada, á ordeñar las vacas que habían pasado la noche pastando.

La primera en levantarse y la última en acostarse, la joven criada de la granja se empleaba en los trabajos más penosos mientras que los hombres descansaban. ¡Rara existencia en verdad la de esas aldeanas! Con el pretexto de que en las épocas de labranza y de la recolección apechugaban de firme, se pasaban los hombres una gran parte del año fumando su pipa, sentados junto al fuego y con las manos sobre las rodillas. De vez en cuando y sin darse mucha prisa, van á ver si el trigo crece ó si el heno está ya en condiciones de

siega, y regresan con la misma lentitud, sin pensar, en sus ratos de ocio, ni en que tal vez la encargada de la casa necesite que se le ayude en algo.

Y bien que lo necesitaría la pobre mujer y más aún su joven sirvienta, porque su faena es la misma todos los días, y sobre ella, á más de tener que ir á comprar, cuidanse de la huertecita que, sin sus cuidados, no produciría más que hierba. Pero tales faenas son viles y no son para hombres; el amo vuelve á sentarse junto al fuego, enciende otra vez su pipa y se dedica á dormirar de nuevo.

Clemencia llevó aquella vida hasta el día que se casó con un jornalero, pobre como ella. Sus ocupaciones aumentaron entonces con las de su propia vivienda. Varios hijos, que no prosperaron, habían añadido á aquella existencia laboriosa, la pesada carga de los embarazos, de los partos y de la lactancia; por último nació Mónica, y pocos años después murió su padre. Una pequeña herencia de un pariente ignorado, aseguró á la viuda una renta de ciento cincuenta francos. Esto, con la viudedad y con una hija que ya podía trabajar, era casi la prosperidad. Por la primera vez de su vida respiró Clemencia y dejó pasar todo un día sin hacer nada.

¡No tener que cuidar ya hombre alguno y tener resuelto el problema del pan nuestro de cada día! Aquello casi era la felicidad. Quizá sintiera Clemencia la muerte de su marido, pero lo cierto es que no sintió dejar de estar casada. En la vida del campo, el matrimonio es un contrato en que todas las ventajas están de parte del hombre y todos los deberes de parte de la mujer. El hombre, desde que se casa, tiene quien le lave la ropa, se la cosa y lo cuide gratis; su mujer hace, tanto en la casa como en la huerta, todo lo que él tendría obligación de hacer si se encontrara solo. Come en la mesa servido como un señor, en tanto que la mujer come en un rincón de la cocina con la cazuela colocada sobre las rodillas. Al llegar el día,

ella es también la que lo despierta cuando debe ir á trabajar. ¡Dichoso hombre, en verdad! ¡Pobre mujer, siempre esclava!

Así, pues, Clemencia se encontraba más tranquila que lo había estado nunca; pero aquella especie de dicha llegaba demasiado tarde para cambiar el carácter que su temperamento quizá, y seguramente su género de vida, le habían formado. Se había encallecido para el mal y entendía que todos eran tan insensibles para él como lo era ella. Su hija fué educada de un modo muy áspero.

Pero Mónica había sido dotada, al nacer, de una de esas naturalezas privilegiadas á las que nada desconcierta ni entristece. Su semblante picaresco había parecido siempre bonito bajo las feas gorras de indiana que le ponían cuando estaba en la cuna. Sus alegres ojos habían brillado con júbilo á la macilenta claridad del fuego escatimadamente encendido; sus cabellos rebeldes habían desafiado toda el agua de los pozos empleada sin resultado alguno en alisarlos. Mónica era alegre como un rayo de sol jugueteando en el agua; violenta y arrebatada en ciertos momentos como una tempestad del Sur; confiada y serena un instante después como un gatito que huele la crema. Tierna en el fondo, capaz de amar, coqueta sin quererlo ser y anhelante de cuanto pudiera producirle cualquier alegría, del mismo modo que cualquier otro ser humano cuyo carácter no ha sido falseado por una educación hipócrita.

En vano había enseñado Clemencia á su hija á no comer más que una sopa desustanciada y á no cenar sino un pedazo de pan; Mónica había cojido moras de los setos; sabía dónde se encontraba un cuadro de fresas silvestres junto á una cercana alameda de hayas, y no había fruto silvestre que, según la estación, escapara á sus blancos dientes tan golosos de cosas buenas como de risas. Por más que su madre cargara sobre sus delicados hombros un pesado fardo de ropa seca ó mojada

al ir á lavar ó al volver, Mónica encontraba siempre la manera de descargarse de él, catequizando con una mirada ó con una palabra al primer aldeano que encontraba al paso conduciendo su carretón ó llevando su caballo de la brida, pues sabía inspirar el grado de compasión necesario para que le tomaran la carga y se la llevaran hasta la encrucijada más próxima. En el huerto escardaba con ardor hasta el momento en que, cansada, se sentaba en cuclillas y con los brazos caídos para ver volar las golondrinas, altas, tan altas, que le producían vértigo, y si no acababa su tarea, le importaba poco; prefería que le pegasen á trabajar contra su gusto. No por eso era perezosa, y cuando ponía mano á cualquier obra, hacía más que otra, en la mitad del tiempo.

Todos la querían: su madre, bajo su aparente rudeza, adoraba en ella.

Había ido á la escuela como las demás, y había aprendido á leer, casi á escribir, y á contar muy bien. Su madre la había enseñado á coser y á hacer media, y una vez terminada de aquel modo la educación de Mónica, habían empleado ambas el tiempo en trabajar á jornal en las granjas circunvecinas, unas veces como costureras y otras como lavanderas, pero rodeadas siempre de cierta consideración. En aquel país, que tiene costumbres muy singulares, la costurera es un personaje, porque sabe lo que ignoran las demás; las manos de las mujeres, deformadas por el trabajo grosero, no son hábiles para el manejo de la aguja y de las tijeras.

Clemencia cosía una falda de estameña para una vecina, cuando oyó resonar fuera el paso vivo y resuelto de Mónica: el paso de hombre que sintió acompañando al de su hija, le hizo levantar la cabeza y vió, sorprendida, que Marín Bonami franqueó el umbral de su puerta.

—¿Qué quiere usted?—le preguntó con su rudeza habitual, aumentada aún con ese modo poco hospitala-

rio con que las gentes de la comarca acojen á los recién venidos.

—Muchas cosas, Clemencia—le contestó el joven quitándose el sombrero, que volvió á ponerse en seguida; — ó más bien, una sola...

Su mirada se fijó en Mónica: esta, muy encarnada y extraordinariamente grave, se había sentado en el extremo de un banco que se hallaba junto á la mesa. No recibiendo ánimos por aquel lado, Marín fijó su mirada en el rostro anguloso de Clemencia, encarado con él. Como no se le dijo que se sentara, permaneció en pie.

—¿Y qué? — preguntó la anciana.

—Que me quiero casar con Mónica—contestó Marín sencillamente.

Clemencia dejó caer las tijeras y miró á su hija.

No se le veía á esta más que el cuello bajo la dozada nube de sus cabellos que se esparcían por su nuca: las bridas de su gorrita blanca le ocultaban casi por completo la oreja, pero lo poco que de esta se veía era del color de las rosas de rey.

—¿Como es eso?—exclamó Clemencia recogiendo las tijeras.

—Como he tenido el honor de decirle á usted—repuso el joven.

La anciana se levantó, se fué hasta el fondo de la habitación para dejar sobre la cama cubierta de indiana oscura la obra que tenía entre manos, y luego volviendo, presentó á Marín una silla de paja, y le dijo, tomando ella asiento:

—Marín Bonami: siéntese usted.

El joven, sorprendido, obedeció ruborizándose de contento ¿era, pues, bien recibido?

—¿Me pide usted á mi hija?—dijo Clemencia con calma.

—Sí.

—Pues bien, joven: la petición de usted nos honra mucho, pero la rechazo.

— ¿Por qué? — exclamó Marín, que dió un salto en la silla.

— Porque usted no tiene bienes algunos; porque á mi hija le sucede lo mismo, y porque no quiero juntar el hambre con la sed.

— Podemos trabajar—dijo Bonami pausadamente.

Clemencia hizo un gesto en que se resumían todas las amarguras de su vida.

— Conozco lo que es eso. Se casan las personas, muy jóvenes, para sufrir más tiempo; se tiene luego una caterva de hijos; se mata una educándolos, y se hace vieja antes de tiempo. Yo he pasado por eso: mi hija no pasará.

Mónica dirigió á su novio una mirada y le dejó ver su lindo rostro contrariado: una adorable mueca en sus labios burlones y una expresión inquieta de pesar que hubieran afeado á otra, le hicieron á ella más seductora que nunca. Marín le dirigió á su vez una mirada profunda y desesperada: por un instante no se oyó más que el tic tac del reloj.

— Sin embargo—replicó el joven expresándose con alguna dificultad—usted no carece en absoluto de bienes, y yo tengo la casa de mi padre con un campo y la huerta: no es mucho, pero siempre es mejor que no tener nada.

— Usted lo ha dicho, joven, no es mucho, porque me consta que no vive usted, muy holgadamente.

Bonami se sonrojó al fijar sus ojos en la blusa que llevaba puesta y ver sus remiendos. Clemencia los canocía perfectamente por haberla remendado ella, no llevando más que el precio justo, porque era mujer de conciencia.

— Verdad es—dijo la costurera—que yo poseo algunos bienes, pero no los enagenaré mientras viva: he padecido mucho en mi vida para querer padecer de nuevo sin necesidad. Cuando yo muera me heredaré mi hija; hasta entonces no tendrá un céntimo, y no hay que hablar más sobre esto.

— No le he hecho á usted esa observación con objeto de pedirle nada—replicó el bravo mozo algo amoscado—yo me llevaré á Mónica con lo puesto y sabré trabajar para los dos.

— Para dos, sí; pero no para tres, para cuatro ó para diez. No, Marín; lo siento mucho por usted, porque es usted un hombre honrado; pero no ha debido usted concebir tal pensamiento. Y tú, Mónica, te prohíbo que pienses en ello, ya lo oyes.

Mónica había inclinado la cabeza: había oído perfectamente, pero ¿obedecería? La cosa era distinta.

Marín Bonami se levantó.

— Volveremos á hablar de esto otro día—dijo con innata cortesía, meritoria en un hombre tan sencillo—hoy no quisiera contrariarla á usted.

Ni hoy ni nunca — replicó Clemencia con sequedad.

— Eso ya es otra cosa — dijo Marín, — Mónica y yo nos hemos comprometido: hace poco, junto á la iglesia, hemos besado la cruz de Victoria: es cosa hecha, y no se deshará: lo único que hay es que no corre prisa y que esperaremos á que haya usted reflexionado. Hasta la vista, Mónica. Hasta más ver, Clemencia.

Se dirigió hacia la puerta: la costurera le llamó.

Marín, venga usted aquí: ¿dice usted que se han comprometido? ¿cuándo?

— En el cementerio hace un instante.

La anciana guardó un silencio preñado de tempestades.

— ¿Y no quiere usted rescindir el compromiso?

— Imposible, Clemencia.

— Eso lo veremos—exclamó ésta cuyo carácter violento, oculto de ordinario bajo aparente calma, surgía á veces con energía salvaje.—¿Y tú has hecho eso, desgraciada—añadió dirigiéndose á Mónica—una chiquela que aun no tiene diez y siete años, sin permiso de su madre? ¡Está muy bien, muy bien!

Y se fué sobre ella en actitud amenazadora: Marín se interpuso entre ambas.

—No le pegará usted en presencia mía—exclamó él densamente pálido.

—Tiene usted mucha razón—le replicó Clemencia deponiendo en el acto toda su cólera.—Váyase usted y déjeme arreglar mis asuntos de familia.

—¿No le pegará usted?

—Eso no es cuenta de usted, joven, porque usted no es yerno mío. Vamos, márchese.

La costurera parecía haber recobrado la calma, y sus ademanes no tenían nada de amenazadores. Marín, bastante confuso, saludó quitándose el sombrero y se fué dirigiendo á Mónica una mirada que testimoniaba, mejor que todas las firmas del mundo, su promesa de casamiento; pero no se alejó mucho: á pocos pasos de la casa había un tronco derribado en disposición de ser convertido en leña, y se sentó en él y aguzó el oído.

Clemencia no se tomó el trabajo de cerrar la puerta. En aquel rincón de tierra no se cierran las puertas más que cuando salen los dueños y durante la noche. Tan pronto como se fué Marín, la costurera llamó á su hija con acento imperioso.

—¿Qué te ha dicho?—le preguntó de un modo conciso.

—Me ha dicho que quería casarse conmigo.

—¿Así, de sopetón?

—Así ¿cómo quería usted que me lo dijera?

La joven, casi indignada, levantó los ojos y miró á su madre frente á frente. Clemencia no contestó á aquella pregunta embarazosa.

—¿Y después?

Después me dió una rama con rosas... aquí están—dijo Mónica señalando el ramo colocado en el cuerpo del vestido: son de la tumba de Victoria, y él no consiente que nadie las toque. Y luego, los dos hemos besado la cruz y nos hemos venido aquí.

Nada más sencillo ni más inocente. Mónica había vuelto á colocar las manos debajo de su delantal y parecía estar perfectamente tranquila: su madre la mi-

raba con cierta mezcla de cólera y de tristeza.

—¡Crie usted hijos para que apenas suelten los andadores se le suban á las barbas!—dijo con amargura.—Te prohíbo que pienses en ese joven: ese hombre no es para ti.

Mónica permaneció inmóvil: con la cabeza baja y las manos bajo el delantal, personificaba la resistencia pasiva, cuyo parecido con la resignación engaña hasta á los más astutos.

—Si te vuelve á hablar de eso, despídelo y ven á decírmelo ¿lo oyes?

Mónica hizo con la cabeza una señal afirmativa que quiso decir «lo oigo». Las personas ingenuas tienen formas jesuíticas para interpretar sus actos.

—¡Una mocosa con un descamisado!—murmuró Clemencia.—Tiempo te queda para tener novios. A Dios gracias, no es eso lo que falta. Si las muchachas quisieran los tendrían á docenas.

—Eso no es tan seguro—pensó Mónica—algunas he visto yo, no lejos de aquí, que se han quedado para vestir santos; pero no merece la pena de contrariar á mi madre por tan poca cosa.

—Ya me has comprendido, y ahora, ve muy derecha, porque si no....

Clemencia no acabó la frase. Fijándose en las rosas blancas, las arrancó del fichú y las arrojó á la calle: Mónica las siguió con la vista, pero no opuso resistencia alguna.

La costurera, desarmada por aquella aparente sumisión, volvió á cojer la costura y á sentarse en su taburete. Mónica cogió una cubeta de cobre por cuya asa metió el brazo.

—¿A dónde vas?—le preguntó su madre que estaba á mil leguas de pensar que el pretendiente deshauciado estuviese tan cerca de allí.

—A buscar agua á la fuente—repuso la joven—por eso salí hace un rato, pero me olvidé del cántaro.

Sin fijarse en el acento irónico de aquella frase,

Clemencia dejó salir á su hija. Apenas llegó ésta á la calle, recogió el ramo de rosas caído en el polvo, y, llevándolo en la mano, se dirigió hacia Marín que, al verla llegar, se puso pálido.

—Toma—le dijo ella al pasar despacio y sin detenerse junto al trastornado joven—guárdalas, porque me las quitarían. Mi madre no quiere, pero quiero yo, y yo seré la que gane. Vete: ya sabré yo encontrarte.

Pasó ella y él permaneció suspenso: jamás hubiera él tenido aquel valor ni aquel aplomo, y estaba maravillado.

— ¡Qué lista es, Dios mío, qué lista es! — pensaba al regresar á su casa. ¡Y qué orgullosa está de quererme, y cuánto la quiero yo!

Entró en su vieja casa, se sentó en el banco y pensó en la escena del cementerio, hasta que la cabeza empezó á darle vueltas.

### III

La luna de julio se elevaba lentamente por el espacio inundándolo de indecible esplendor: hecho un tercio de su carrera, proyectaba sobre el acantilado una sábana de luz en la que se marcaba, á manera de un encaje, la sombra de la masa de rocas que dominaba el mar.

Vistas desde lo alto, todas las olas parecían pequeñas: éstas se estrellaban incesantemente sobre los arrecifes que hacían inabordable la costa, corriendo con apresuramiento febril en torno de las grandes rocas negras que escalaban con rapidez para caer deshechas en lluvia de plata: parecían luminosas: su blancura se armonizaba deliciosamente con el azul oscuro del mar en el que, grandes rayas profundas, casi negras, determinaban la presencia de las más próximas ahov-

dando el espacio comprendido entre las mismas: en sus contornos, su espuma semejaban virutas de cristal. Desde aquella altura, su mugido no tenía nada de amenazador: fresco y regular, evocaba la idea de un cristal rompiéndose incesantemente sobre otro cristal.

Ni una sola vela á lo largo. Algunos puntos oscuros indicaban las barcas de pescadores fondeadas sobre sus anclas: en el Océano como en la tierra, quietud absoluta.

Los grandes árboles levantaban en los pliegues del terreno sus arrogantes copas plateadas; los carneros, dormidos, formaban á un lado de las rocas, grupos de forma circular y de matices opacos; todo parecía sumido en el tibio calor de una caricia, y la gran luz amarillenta era tan cálida, casi, como la de un día de otoño.

No era aun tarde, las nueve á lo sumo. Había sido llevado el centeno á Champcey, y las últimas carretas, apenas desenganchadas, levantaban en alto sus brazos cargados de cadenas; algunas luces oscilaban en las casas del pueblo próximas al acantilado el otro extremo de la población, menos distante de los terrenos de labor, dormía ya, porque aquel día había trabajado de lo firme, y el siguiente prometía ser también de ruda faena, á causa del buen tiempo. Marín Bonami, en vez de hacer como los demás y de irse á acostar concluida la cena, salió á su huertecito y miró hacia el mar.

¡Estaba este tan azul, tan tranquilo, tan fresco á la vista después del calor de un largo día de verano!... Una bocanada de aire que venía de la parte de arriba, le llevó á Marín el aroma de las rosas blancas que crecían en el cementerio, y pensó súbitamente en Mónica, como si la tuviera ante sí.

Desde la víspera no la había visto sino de lejos. En aquel día de siega que todo Champcey lo había pasado al sol, había visto la silueta graciosa y la gorrita blanca de la joven ir y venir por encima de los centenos: ella había hecho su faena como las demás

trabajando con las hijas del señor alcalde, y, según creyó Marín, más seria y menos de prisa que de costumbre, pero él no había podido hablarle.

Aquella hora deliciosa en que la tierra olía tan bien; en que el mar tenía la dulzura de una amiga; en que la luna parecía ponerse, á propósito, muy rubia, muy dorada para estar más cerca y más tibia, era una hora de melancolía tierna y profunda para las almas no satisfechas. Hubiérase dicho que todo quería sonreír al hombre y hacerle agradable la vida; pero cuando las cosas son buenas y favorables, nada hay tan doloroso como ellas para aquél que no puede desecher el pensamiento de su sueño irrealizado, de su deseo inasequible.

Lentamente, con la cabeza baja como si buscara en la arena de los senderos la huella de una visión querida, Marín franqueó la puerta de su huerto y tomó el camino del acantilado.

Sentíase fresco bajo los avellanos cuyas ramas se juntaban en algunos parajes por encima de él y proyectaban sobre la tierra, ampliamente iluminada, la sombra de sus hojas desiguales. El arroyuelo que iba desde ellos al Océano, como si fuera un río, murmuraba gentilmente bajo los berros y acompañaba al solitario paseante.

El olor de los henos tardíos subía desde alguno que otro pliegue del valle con el canto cristalino de las olas del mar: el sendero se hundía rápidamente bajo los pies del soñador como si fuera á caer de repente en el mar.

Los avellanos se detenían allí, junto á una fuente clara y poco profunda rodeada de anchas losas donde las lavanderas depositan su ropa y se arrodillan para lavar. El agua era un espejo sin arrugas y en ella se proyectaba como una fantasía japonesa la tenue sombra de las ramas de un manzano.

Marín miró la fuente y se detuvo pensativo.

¡Cuántas veces había visto allí á la que ahora ama-

ba con un amor tan tierno y tan fuerte que le llegaba hasta el fondo del alma! Muy joven, pero ya encantadora por la gracia de su mirada y de su sonrisa, Mónica lo había atraído como una flor abierta á la orilla de un seto á la cual se la admira sin pensar siquiera en ella. Endeble y delgada erguíase sobre el agua cubierta con la espuma del jabón, separaba los cabellos que le caían sobre la frente tapándole los ojos, y miraba en torno suyo con semblante inquieto, si pasaba por allí alguien que pudiera llevarle la pesada carga de la ropa mojada.

¿Era una simple casualidad que los días que Mónica lavaba en el sitio de Clairefontaine, tuviera Marín algo que hacer siempre en el acantilado? El así lo había creído hasta entonces, y ahora echaba de ver que no había sido dueño de proceder de otro modo. Que quisiera ó no, el arrogante mancebo silencioso, era inevitablemente atraído por la jovencita de ojos risueños, y, antes que dejarla llevar á ella la ropa á su casa, hubiera perdido él su jornal diez veces, como antes que decirle que concluyese de lavar, hubiera renunciado para siempre á encontrarla.

Y únicamente la víspera fué cuando leyó de un modo claro en su alma. Parece raro que pase uno tanto tiempo sin conocer una cosa, y que, una vez descubierta nos ciegue como el sol de mediodía. ¿En qué había estado pensando para no haber comprendido antes que estaba enamorado de Mónica?

Aquel mocetón de veinticinco años se ruborizaba como una jovencita al confesarse que estaba enamorado, ¡enamorado como un loco, como un imbécil! Comprendía que por poder enrollar con sus dedos el fleco del delantal bajo el que Mónica escondía sus manecitas morenas, se hubiera sometido á cualquier trabajo sin retribución alguna. Ella lo quería, y este pensamiento le producía la impresión de una felicidad tranquila y eterna. Por más que Clemencia no quisiera, Mónica sería para él. ¿Había quien pudiera resistir á

Mónica cuando ella quería verdaderamente algo?

Marín miraba á la fuente, como si en el cristal de sus aguas hubiera vuelto á ver la imagen de la niña amada, con sus cabellos juguetones y su gorrita blanca. Hubo un instante en que se inclinó como para buscar su rostro en lo más profundo del agua...

Un paso rápido hizo rodar los guijarros en el sendero escabroso. Avergonzado de ser sorprendido en flagrante delito de soñar despierto, trató de seguir adelante, pero antes tuvo la curiosidad de ver que otro ser, tan absurdo como él, podía haberse propuesto ver el mar á una hora tan inusitada, y... bajo el arco elegante de los sombríos avellanos, descubrió á Mónica que se había detenido como asustada.

Había corrido y respiraba jadeante, casi ahogada.

—¿Tú?—exclamó Marín.

—Sí, yo, yo que te busco—respondió ella sencillamente.

El no se atrevió á acercársele: ella avanzó y se encontró en pleno círculo de luz: sus sombras formaban una pequeña mancha negra sobre el camino.

—Mi madre duerme—dijo Mónica—si se despierta le diré que me había olvidado de recojer la ropa tendida á secar en el campo... Quería verte.

—También yo te quería ver á ti—murmuró Marín.

El sabía mejor hablarse á sí que hablar á los demás; pero Mónica era casi como él mismo, y prosiguió:

—Comprenderás que la negativa de tu madre no significa nada. De otra parte, ya me lo has explicado tú ayer.

—Es verdad—dijo Mónica.—Le he dicho á mi madre que si no me dejaba casar, me iría á servir á la ciudad.

—¿A servir?—exclamó Marín palideciendo.—No quiero yo.

—¡Torpe! comprende que lo he dicho por decir, y que yo no iré.

—¿De veras?

—Con toda seguridad ¿Cómo quieres que me vaya, cuando...

La joven se sonrió, bajó la cabeza y se calló. Marín le asió una mano y la miró á los ojos, pero no la veía bien, y con un ligero movimiento la puso, como él estaba, en plena luz.

—¿Me quieres?—le preguntó con su voz grave.

Ella meneó precipitadamente la cabeza y se sonrió.

El conservaba en la suya la fresca manecita de la joven y una felicidad sin límites invadía todo su ser: después de haberla mirado largo rato, dirigió su vista hacia el lavadero.

—Creía verte allí hace un momento—dijo.—Te he esperado ahí muchas veces.

Mónica retiró la mano con el gracioso movimiento de un pájaro y, acercándose á las losas, se inclinó sobre el agua.

—Se ve una ahí casi como en el lleno del día—dijo.—Mira.

El se acercó para ver é inclinó su cabeza sobre la de Mónica hasta colocar sus labios en la frente de ésta.

—Parece un retrato—dijo la joven sin turbarse.

El la había cogido con su brazo derecho y permanecía grave como si estuviera en un templo: ella prorrumpió en una carcajada.

—¡Oh!—exclamó.—¡Qué bonito es esto! Mira: parece que entre los dos no tenemos más que una cabeza.

El la separó con dulzura á dos pasos de la fuente.

—Ven conmigo á la orilla del mar—le dijo.—¡Es esto tan hermoso!

Mónica dirigió una mirada al mar que brillaba con cabrillos de plata.

—Temo que se despierte mi madre; no me atrevo.

—Ven á pesar de eso—dijo Marín.

Ella no resistió más. Bajaron corto trecho por el rápido sendero y se encontraron en una eminencia cubierta de musgo en la que grandes rocas formaban como una especie de asientos: se sentaron en una de

ellas de frente al horizonte.

—¿Conque es verdad que tú no quieres ir á servir?  
—preguntó Marín con cierta inquietud.

—¿No te he dicho ya que no? Aunque, después de todo, no sería un mal negocio: mi madre se aburriría sin mí y me haría volver en seguida.

—¿Y si no se aburría?

—Entonces me aburriría yo—repuso prontamente la joven apoyándose con un movimiento picaresco en el hombro de su novio, que le ciñó el talle con su brazo.

—¿Es verdad—le preguntó éste con voz lenta—que no podríamos vivir el uno sin el otro?

—¡Sí, es verdad, mucha verdad! Buenas noches, Marín; es preciso que me vaya.

—Todavía no.

—Sí, porque si no, me pegarán.

Marín se puso en pie inmediatamente.

—Vete—dijo—te acompañaré.

—No, ¡porque si alguien nos viera!...

—¡Tienes más talento que yo!—exclamó Marín admirado de tanta previsión.—Vete.

La abrazó otra vez y ella se marchó corriendo, trepando sin fatiga por la escarpada pendiente. Cuando los avellanos la envolvieron en su sombra, él volvió á sentarse en el sitio que ella acababa de dejar, y miró en torno suyo.

La luna, menos dorada, más blanca, tenía el aspecto más frío. Una ligera ráfaga de viento hizo estremecer las hojas de los árboles: en el obscuro fondo del cielo empezaron á dibujarse las estrellas. También estaba más sombrío el mar, el oleaje era más profundo: todo había perdido su aspecto más austero; pero la felicidad anidaba en el corazón de Marín.

—¡Qué hermoso es todo eso!—exclamó de repente.

Y permaneció mucho tiempo sentado en la piedra de granito, en tanto que allá abajo, muy por bajo de él, las olas con su lejano ruido de cristal roto, fran-

jeaba de plata las rocas cien veces cubiertas y descubiertas.

## IV

—Está bien: me iré á servir á una ciudad.

Con las mejillas encendidas, los labios burlones y los ojos bajos preñados de muda cólera, Mónica permanecía de pie ante su madre: ésta, que hilaba en la rueca, arrancaba metódicamente pulgaraditas de rubio lino, y, para sujetarlas, se pasaba de vez en cuando el índice por sus labios, pero sus labios, estaban secos y el hilo se rompía con frecuencia: la joven, que lo veía, seguía con movimiento irónico el movimiento del artefacto.

—Iré á servir á una ciudad, puesto que á usted le agrada más eso que tenerme aquí en el pueblo. Y luego, si usted no está contenta, pues bien, tanto peor.

—¿Y me hablas tú de ese modo?—dijo Clemencia estupefacta deteniéndose tan de repente que el hilo se le rompió y la rueca se le escapó de la mano.

Mónica no contestó, pero se grabó en su semblante una impresión maliciosa.

—¿Eres tú, mi hija, á quien yo he criado, la que me hablas así?—repitió Clemencia, más bien conmovida que encolerizada.

—¿Qué quiere usted que yo le diga?—contestó la joven levantando la cabeza.—Le he pedido á usted permiso para casarme y usted me ha prohibido que piense en ello. Le he pedido á usted permiso para irme y no me ha dicho usted que no. He creído, pues, que usted prefiere verme lejos á verme casada. Creo también que, en el fondo, usted me quiere lo mismo, y que se aburrirá cuando yo me vaya. No hay, por lo tanto, motivo para que usted se incomode, madre.

ellas de frente al horizonte.

—¿Conque es verdad que tú no quieres ir á servir?  
—preguntó Marín con cierta inquietud.

—¿No te he dicho ya que no? Aunque, después de todo, no sería un mal negocio: mi madre se aburriría sin mí y me haría volver en seguida.

—¿Y si no se aburría?

—Entonces me aburriría yo—repuso prontamente la joven apoyándose con un movimiento picaresco en el hombro de su novio, que le ciñó el talle con su brazo.

—¿Es verdad—le preguntó éste con voz lenta—que no podríamos vivir el uno sin el otro?

—¡Sí, es verdad, mucha verdad! Buenas noches, Marín; es preciso que me vaya.

—Todavía no.

—Sí, porque si no, me pegarán.

Marín se puso en pie inmediatamente.

—Vete—dijo—te acompañaré.

—No, ¡porque si alguien nos viera!...

—¡Tienes más talento que yo!—exclamó Marín admirado de tanta previsión.—Vete.

La abrazó otra vez y ella se marchó corriendo, trepando sin fatiga por la escarpada pendiente. Cuando los avellanos la envolvieron en su sombra, él volvió á sentarse en el sitio que ella acababa de dejar, y miró en torno suyo.

La luna, menos dorada, más blanca, tenía el aspecto más frío. Una ligera ráfaga de viento hizo estremecer las hojas de los árboles: en el obscuro fondo del cielo empezaron á dibujarse las estrellas. También estaba más sombrío el mar, el oleaje era más profundo: todo había perdido su aspecto más austero; pero la felicidad anidaba en el corazón de Marín.

—¡Qué hermoso es todo eso!—exclamó de repente.

Y permaneció mucho tiempo sentado en la piedra de granito, en tanto que allá abajo, muy por bajo de él, las olas con su lejano ruido de cristal roto, fran-

jeaba de plata las rocas cien veces cubiertas y descubiertas.

## IV

—Está bien: me iré á servir á una ciudad.

Con las mejillas encendidas, los labios burlones y los ojos bajos preñados de muda cólera, Mónica permanecía de pie ante su madre: ésta, que hilaba en la rueca, arrancaba metódicamente pulgaraditas de rubio lino, y, para sujetarlas, se pasaba de vez en cuando el índice por sus labios, pero sus labios, estaban secos y el hilo se rompía con frecuencia: la joven, que lo veía, seguía con movimiento irónico el movimiento del artefacto.

—Iré á servir á una ciudad, puesto que á usted le agrada más eso que tenerme aquí en el pueblo. Y luego, si usted no está contenta, pues bien, tanto peor.

—¿Y me hablas tú de ese modo?—dijo Clemencia estupefacta deteniéndose tan de repente que el hilo se le rompió y la rueca se le escapó de la mano.

Mónica no contestó, pero se grabó en su semblante una impresión maliciosa.

—¿Eres tú, mi hija, á quien yo he criado, la que me hablas así?—repitió Clemencia, más bien conmovida que encolerizada.

—¿Qué quiere usted que yo le diga?—contestó la joven levantando la cabeza.—Le he pedido á usted permiso para casarme y usted me ha prohibido que piense en ello. Le he pedido á usted permiso para irme y no me ha dicho usted que no. He creído, pues, que usted prefiere verme lejos á verme casada. Creo también que, en el fondo, usted me quiere lo mismo, y que se aburrirá cuando yo me vaya. No hay, por lo tanto, motivo para que usted se incomode, madre.

Clemencia cogió un poco de lino y reanudó el hilo sin decir palabra. Mónica dirigió una mirada hacia la puerta y exhaló un profundo suspiro.

Llovía: el agua caía verticalmente en gruesas gotas, sin aumentar ni disminuir: la verdura de los vallados, brillante y como barnizada en las proximidades de la casa, iba dulcificándose á la vista á medida que se alejaba hacia la pendiente del valle, y, á cierta distancia, no se veía ya más que un gris uniforme, plateado, delicioso, una especie de vapor. No hacía viento: el ruido del agua sobre las hojas era el único ruido que se oía: no se oía el gorgojo de los pájaros, no se veía luz viva: casi el silencio, casi la claridad del crepúsculo: sin embargo, se comprendía que no podían ser más de las cinco y que, detrás de la opacidad, el sol estaba aún muy distante de haber concluido su carrera.

Mónica se separó lentamente de la franja luminosa que entraba por la puerta y tomó una vasija de cobre para limpiarla.

Arrodillada en el umbral sacó el brazo fuera á pesar del aguacero y asió un puñado de hierba junto al escalón de la puerta, é inclinada sobre el redondo vientre de la vasija, se puso á frotarlo con fuerza.

—Sí—exclamó Clemencia con voz sorda y monótona, intencionada—parezco dura y mala, y sin embargo temo por ti á causa de lo que te quiero. Tú crees que el matrimonio es todo rosas... ¡Ah, pobre hija mía! ¿qué dirías dentro de un año si yo te dejase hacer tu voluntad? Aquí no haces más que lo que quieres...

Mónica movió la cabeza con ligero ademán de burla.

—Verdad es que trabajas, pero en lo que te parece... Si tuvieras las ocupaciones y las penas de una casa, pronto echarías de ver que hasta hoy no has trabajado más que para distraerte. Dices que te echaré de menos cuando te hayas ido, y es una verdad; pero preferiré pasar la pena de que te ganes la vida lejos de mí á verte en la miseria y no poderte sacar de ella.

Mónica, arrodillada siempre, frotaba con todas sus

fuerzas el hinchado vientre de la vasija que le devolvía la imagen de su bonita cara; pero seguía sin decir palabra.

—Tres días hace que pienso en ello—prosiguió su madre, cuyo movimiento se había regularizado y que hilaba ya sin accidente alguno.—Tú no puedes permanecer aquí ahora que ese joven te ha metido el matrimonio en la cabeza: te sucedería alguna desgracia y no quiero que te señalen con el dedo.

Mónica, hecha una amapola, se inclinó sobre la vasija y frotó con más fuerza.

—Es preciso, pues, que te vayas, y como ha pasado ya el momento en que pudieras entrar á servir aquí, forzoso es que te vayas á servir á una ciudad, como tú dices.

Mónica le dió vuelta á la vasija, cogió otro puñado de hierba y volvió á la carga con mayores bríos.

—Tú no sabes lo que es servir en una ciudad... te cansarás muy pronto.

—Entonces, madre, volveré al pueblo y dejará usted que me case.

—De ningún modo antes de tres años—dijo Clemencia con voz firme.

La decisión de la réplica hizo á Mónica levantar la cabeza y detener el movimiento de su brazo.

—¡Tres años! ¿dejará usted que nos casemos dentro de tres años?

—Siempre que no hayais cambiado de pensamiento—repuso la anciana.

¿Qué son tres años para una joven de diez y siete? Una eternidad, ó nada absolutamente, según la disposición del momento. Para Mónica, tres años le parecieron un día.

—¡Tres años!

Habíase levantado y miraba la niebla plateada en el valle.

—¿Entonces, por qué quiere usted que me vaya?

—Porque...

Clemencia se detuvo: aunque en los pueblos no se tratan estas cosas con delicadeza, ella no podía decirle á su hija que creía imposible una continencia de tres años en dos amantes que gozan de la libertad de verse.

—Porque es preciso que tú tengas algún dinero cuando te cases—dijo.—Que tu novio se acomode de su parte y tú de la tuya, y al cabo de tres años habréis economizado de vuestros salarios: entonces haréis lo que os parezca... si seguís pensando como ahora.

Mónica hizo un ligero ademán que expresaba confianza absoluta en el porvenir.

—¡Tendré entonces veinte años!—exclamó distraídamente.—Mucho tiempo es, pero pasará.

Su madre hizo un movimiento afirmativo con la cabeza: sabía por experiencia que el tiempo pasa más deprisa de lo que se hubiera creído y deseado.

—Y diga usted, mamá, ¿quién me buscará colocación en la ciudad? Yo no puedo ir, así, sola, para ir preguntando de casa en casa si necesitan una criada.

Se reía y toda su linda personilla demostraba alegría y confianza.

—Será preciso decirselo al señor alcalde—repuso Clemencia—él tiene parientes de su mujer que habitan en grandes poblaciones.

—¡Ah, sí, es verdad!—exclamó la joven—mamá: debía usted ir en seguida á hablarle y...

—¿En seguida?—le preguntó Clemencia absorta.

—Naturalmente, en seguida. Cuanto más pronto vaya usted, más pronto se tendrá contestación, y como usted ha marcado tres años, debe entenderse que son tres años á contar desde hoy. Por lo tanto, hágalo usted pronto, mamá, para que yo esté aquí antes de regreso. Hoy es 27 de Julio: el 27 de Julio dentro de tres años nos casaremos.

Clemencia no pudo dejar de reirse, por más que tenía el corazón oprimido.

—Vaya, querida mamá; se lo ruego: en seguida á casa del señor Mahaut; explíqueme la cosa, y que

no se vuelva luego atrás.

—¡Llueve!—replicó Clemencia mirando el camino mojado y reluciente como un espejo.

—¿Qué importa que llueva? ¿Acaso no llueve otras veces? La lluvia puede impedir acarrear la cebada, pero no impedir que salgan á la calle las personas. Además, aquí tiene usted su paraguas.

—Espera, al menos, que yo me ponga una cofia y un delantal limpios—dijo Clemencia resistiendo lo posible.

Pronto quedó abierto el armario, y Mónica presentó á su madre la más limpia de sus cofias.

Cinco minutos después salió la buena mujer y tomó el camino resbaladizo y lúcido, en dirección á la casa del alcalde, situada en la plaza, en el mejor sitio.

En cuanto su madre dió la vuelta por el recodo del camino, Mónica, que desde el umbral la había seguido con la vista, interrogó al cielo, siempre parecido á sí mismo, y luego, haciendo una pequeña mueca seguida al punto de una sonrisa, trató de entrar...

Una sombra gris apareció en la puerta de una granja, desocupada en aquel momento, y la joven no dudó un instante de quién era el cuerpo que la producía. Sin apresurarse, pero sintiendo más rápido el latido del corazón, fué á tomar asiento donde estuvo su madre, cogió la rueca y se puso á hilar.

Oyóse fuera ruido de pasos: Mónica contuvo á duras penas una sonrisa que marcó dos hoyuelos en sus mejillas á despecho de ella misma, y siguió hilando con gravedad. La sombra entrevista un momento antes, obstruyó la luz, y Bonami, sacudiéndose el agua, apareció en el umbral.

—¿Eres tú?—preguntó Mónica con fingida gravedad.—Mi madre acaba de salir.

—Ya la he visto: estoy acechándola desde esta mañana: he pasado el día entero en la granja de Beaufils.

—Entra pues y siéntate—dijo tranquilamente la joven.—Ha ido á casa del señor Mahaut: podemos hablar

un rato.

Marín se sentó en el taburete de madera junto a la puerta de entrada, que seguía abierta, mientras que Mónica seguía hilando.

—¿A qué ha ido á casa del señor Mahaut?—preguntó el joven tras un instante de silencio, durante el cual había seguido su pensamiento viéndola libre.

La joven no respondió en el momento y pareció muy atareada: cuando deshizo el enredo formado con los hilos, siguió trabajando y dijo en voz baja:

—Consiente en que nos casemos.

Por grave que sea un hombre y por acostumbrado que esté desde niño á dominar sus emociones, no recibe tal noticia sin conmoverse. Marín acercó su taburete á la silla de Mónica, alargó con vacilación su mano y asió de pronto los dedos de la joven, en tanto que su honesta mirada oscurecida por un velo, buscaba los ojos azules y triunfantes de aquella.

—¡Mónica!—exclamó con voz profunda.

Y luego permaneció silencioso, cerrando, para gozar más en su alegría, los ojos que, de otro modo, quizá se hubieran cubierto de lágrimas.

Mónica dejó de hilar y dijo con gazmoñería.

—Pero no en seguida.

—Cuándo, pues—preguntó el abriendo los ojos.

—Dentro de tres años.

Marín soltó los dedos de Mónica, y esta siguió hilando, aunque más despacio.

—¡Tres años! ¡Eso equivale á decir que nunca!—dijo él con desanimación.—Mejor hubiera hecho en negarse rotundamente.

—¡No lo creas, torpe!—replicó la joven con viveza.

—Se dice tres años, y después, yo vendré el año que viene, diré que me aburro allí, y nos casarán.

—¿Quieres irte, pues?—murmuró el joven transtornado con aquellas explicaciones embrolladas.

—Sí, á servir á una ciudad. Dice mi madre que tú te colocarás también, para que tengamos dinero cuando

nos casemos.

Marín miró á su novia con ojos extraviados.

—¿Te gusta el dinero?—dijo—¡qué desgracia no ser rico!

—No soy yo, es mamá—dijo Mónica como resentida —y después de todo, es una verdad que no se deben casar el hambre con la sed.

Y dijo esto con entonación segura, como si aquellas palabras fueran fruto de su propia experiencia.

—¿Lo crees así?—dijo Marín envolviéndola con su ardiente y honesta mirada.—Pues bien, yo me había figurado otra cosa: yo había pensado que uno de estos días, después que nos hubieran echado graciosamente las bendiciones, te hubiera llevado yo á mi casita en el extremo de la población. La habitación no es rica, pero la casa es sólida y buena porque el Bonami que la hizo edificar no economizó cuidados, y las piedras eran hermosas piedras que no han dejado penetrar nunca el viento ni el agua. La mesa y los bancos son macizos: los colchones de la cama son de hermosa pluma de oca viva, y mi abuela hiló bastante toda su vida para que aun quede lienzo en el armario. Hubiéramos anidado allí los dos solos y por toda la vida, y si te hubiera tenido conmigo, Mónica, no hubiera pensado en fijarme si tu delantal era de seda ó de algodón: la comida que me hubieras preparado, me hubiera parecido siempre buena, y si hubiéramos tenido hijos, hubiera trabajado yo con toda mi alma para alimentarlos, como por tí y por cuanto te pertenece.

La mano de la joven había recobrado su puesto en la del labrador, y éste miraba á su novia como nunca lo había hecho. Ella lo había escuchado sonriendo en un principio, y luego, inclinando poco á poco la cabeza sobre el pecho, parecía escuchar en sí misma el eco de las palabras del hombre á quien amaba.

—A tí es á quien yo quiero — dijo Marín — y no al dinero: ¿necesitas, para casarte, mejores vestidos que los que llevas? ¿me quieres á mí ó á los muebles de mi

casa? Di, Mónica; por qué dices que necesitamos dinero, siendo así que somos jóvenes, animosos, y que nos queremos?

Ella lo miró como implorando su perdón y turbada, ruborosa, apoyó su cabeza en el hombro que se había acercado hasta tocarla.

Ambos permanecieron mudos con la mirada fija en el trozo de paisaje que la puerta encuadraba y que la lluvia seguía esfumando con ligera y plateada bruma.

Todo yacía tranquilo y silencioso como la vida que había soñado Marín. Sin grandes alegrías quizá, sin sobrehumanos esfuerzos, sin renunciaciones sublimes, pero armoniosa y pacífica, iluminada por la claridad interior de un gran amor latente, que no tenía necesidad de ruidosas manifestaciones y que constituiría la esencia misma de aquella vida.

Ruido de zuecos sobre el camino encharcado hizo estremecer á los jóvenes, que se separaron: Mónica echó mano de nuevo á la rueca. El ruido fué decreciendo y volvió á reinar el silencio, interrumpido únicamente por el ruido de las gotas al caer desde las nubes.

—¿De modo que no te irás?—preguntó Marín con acento suplicante.

—No lo deseo—repuso la joven dirigiéndole una mirada tierna y sonriente.

—¿Crees que tu madre escuchará razones?

—Lo ignoro en absoluto: á veces es muy obstinada.

—¿Pero tú estarás de parte mía, no es verdad?

—Naturalmente.

Oyóse nuevo ruido de pasos, aquella vez sin dejar de acercarse.

—Es menester que te vayas—dijo Mónica algo asustada.—Pero te va á ver: vete por el huerto.

—No—contestó Marín con acento firme.—He venido á ver á la mujer que pretendo; no tengo por qué ocultarme, y si nuestro matrimonio es sólo una cuestión de tiempo, mi visita no es una ofensa.

Al acabar de decir estas palabras, Clemencia apare-

ció en la puerta.

La mirada que dirigió á su futuro yerno no fué del todo afectuosa pero lo vió sin enojo y más bien como un mal necesario.

—He venido á hablar con Mónica—dijo él á modo de explicación.

—Ya lo veo—replicó la madre cerrando el paraguas.—¿Le ha dicho á usted ya que consiento?

El joven la miraba, no sabiendo cómo interpretar aquellas palabras.

—Para dentro de tres años, ni un día antes. Si le conviene, bien, y si no, lo deja.

—Más vale tarde que nunca. Vaya por los tres años, que luego, durante ellos, ya cambiará usted de modo de pensar.

—No lo crea usted, y ya que está usted aquí, escuche lo que voy á decirle. Mónica se va á ir á Rouen.

—¡A Rouen!—exclamaron á la vez los dos jóvenes.

—Sí, á Rouen. Está bastante lejos para que á usted no le den ganas de ir á distraerla de sus ocupaciones. La señora de Mahaut tiene en Rouen una parienta que se encargará de colocar á Mónica. Ahora bien; aconsejo á usted que se coloque como ella en cualquier granja buena, y dentro de tres años, si el corazón os lo pide, podréis casaros.

Bonami permanecía en muda desolación: Mónica le tocó con el codo, mientras que la anciana, sin preocuparse de su presencia, cambiaba de coña.

—Suceden muchas cosas—dijo la joven en voz baja á su desconcertado novio.—Espera, no te vayas, voy á hacer que se te invite á cenar.

El día declinaba con rapidez: crepúsculo precoz anticipado por la lluvia que oscurecía el firmamento, y parecía caer en el suelo dolorosa tristeza sin nombre, con aquella obscuridad ficticia. Marín miraba hacia la puerta con semblante desesperado.

—Mamá—dijo de pronto Mónica—puesto que usted consiente en nuestros esponsales, es preciso que lo fes-

tejemos. Marín cenará con nosotras.

—¡Buena fiesta!— murmuró la anciana— ¡y con el tiempo que hace!

—El tiempo no hace al caso, mamá— replicó la joven con tono picaresco.— Marín cenará con nosotras y haremos galleta.

La galleta del país no es otra cosa que unas tortas mitad de alforfón mitad de trigo. Por más que Clemencia protestó, Mónica sacó en un abrir y cerrar de ojos manteca, huevos y harina. Marín, enviado á una casa vecina, volvió con una olla de leche recién ordeñada, y la obscura habitación se iluminó de repente con la llama de los juncos secos sacados de la despensa por la joven, que llevaba arrastrando tras de sí largas ramas espinosas.

En tanto que Clemencia, refunfuñando aun, freía las tortas en la cocina, su hija, arrodillada, alimentaba el fuego con ramitas secas, y el reflejo de las llamas coloreaba caprichosamente su semblante. De vez en cuando fijaba los ojos en su novio, que la miraba con el alma llena de indefinibles sensaciones.

Así es como la veía después arrodillada en el hogar de sus antepasados, ocupándose, entonces, en los quehaceres de la casa, de la casa de ambos, y nada podría separarlos ya. La lluvia podría caer como quisiera por el camino y por el acantilado de la costa; ellos estarían en su casa, y ni los mugidos del mar en las cuevas de las rocas, les impedirían sonreír. Clemencia fué perdiendo el ceño poco á poco: la juventud y la alegría de los novios acabaron por conmovérla, y dió oídos á los propósitos, casi infantiles aun, de su hija, sin dejarse llevar con frecuencia de la aspereza de su carácter.

Comidas las tortas, decreció el fuego, que pronto no fué más que una brasa roja, que luego se cubrió de ceniza densa y blanquecina. La humeante lamparilla fué alumbrando cada vez menos, y Marín comprendió que debía marcharse.

—Buenas noches, Clemencia: buenas noches, Mónica—dijo.

Ella lo miraba conmovida: él la atrajo á sí y besó su sonrosada megilla: después abrió bruscamente la puerta que habían cerrado durante la cena. La lluvia seguía cayendo, pero se había levantado viento y la sacudía en rachas contra los árboles y las techumbres. Sin la menor muestra de indecisión ni de temor, desapareció en la obscuridad de la noche.

Iba sufriendo el chaparrón, ciego por los torrentes de agua que vertían las nubes, en la densa sombra que no rompía ni el menor rayo de luz, y sin embargo, templado aun por el calor del fuego que acababa de dejar, no pensando más que en la gracia ingenua de Mónica. Había sido aceptado ¿no era esto lo bastante para llenarlo de júbilo?

Llegado á la puerta de su casa, levantó el picaporte y entró.

La habitación estaba negra, fría y húmeda, y sintió por los hombros ligero estremecimiento. Allí se estaba más triste que fuera, siquiera el ambiente estuviese tranquilo mientras que la tempestad sacudía con furia, en el exterior, los avellanos del camino.

Encendió la luz sin precipitarse como hombre que se impone á sus movimientos, y la levantó á la altura de la cabeza para mirar en torno suyo.

Nada había cambiado; todos los objetos se encontraban en sus sitios de costumbre, y sin embargo, todo le parecía singularmente monótono. El pensamiento que había estado rechazando toda la noche, volvió á gravitar sobre él como una piedra, y se sintió triste, hasta morir de tristeza.

Sin embargo, Marín Bonami no era hombre que se dejase invadir por la tristeza sin mucha razón para ello. Fué á buscar juncos, encendió fuego, y durante mucho tiempo, mucho, estuvo mirando oscilar las llamas, elevarse y extinguirse en el fogón en que un día, tres años más tarde, lo mantendría Mónica, arrodillada sobre él.

El señor Mahaut era un hombre excelente: el alcalde Champcey estaba siempre y á la vez plétórico de seriedad y de condescendencia, lo que hacía de un solo individuo dos personas diferentes.

Cuando paseando á lo largo de su campo de cuatrocientos metros de longitud, sembrado aquel año de avena, vió venir hacia él á Mónica Brequet, su primer movimiento fué una alegría casi paternal.

—Buenos días, pequeñuela—iba á decirle por encima del vallado de escaramujos aun en flor.

Pero recordó que la joven iba á pedirle protección, verosímelmente acompañada de un certificado de buena conducta para ir á servir á Rouen, y se puso grave.

—¿Qué quieres hija mía?—le preguntó con su acento administrativo.

Mónica fijó los ojos en aquel poderoso personaje.

—Buenos días, señor Mahaut—le contestó ella con su buen carácter algo trapacero—¿puedo subir á hablar con usted?

El señor alcalde no sabía bien si debía permitirle aquella familiaridad, pero ya Mónica había pasado por una de las brechas abiertas en la cerca para acortar las distancias, y su lindo rostro aparecía encuadrado de resas silvestres al nivel de las rodillas del alcalde.

—Triscas como un cabrito—le dijo, tornando á ser hombre.—Eso no te servirá de mucho en la ciudad, pero sirve para desendormecer las piernas. ¿Qué es lo que nos ha venido á decir tu madre ayer? ¿Quieres cararte, tú, una chiquilla?

—Cumpliré diez y siete años por San Miguel—repu so Mónica irguiéndose.

—¡Buena edad! ¡diez y siete años! Pues la menor de mis hijas tiene diez y ocho y no ha pensado aún tener novio.

—Pues á mí me quiere Bonami—dijo la joven con un movimiento coquetón, en parte de burla para con el pretendiente que «la quería», en parte de superioridad para con las jóvenes que aun no habían sido solicitadas en matrimonio.

—La verdad es que si te quiere—dijo el alcalde riendo, ni tú ni yo podemos hacer otra cosa, tú que dejarte querer, y yo que entregarte en matrimonio. ¿De modo que es cosa resuelta, y que quieres entrar á servir?...

Mónica hizo una señal afirmativa.

Las alondras cantaban en lo más alto del espacio: la avena, de un verde claro, tomaba el viso del moaré con las ondulaciones del fresco viento que hacía temblar las hojas. La lluvia de la víspera había sido absorbida por el sol: no quedaban huellas de ella más que en el follaje, que estaba más verde, y en los caminos, cuyos surcos indicaban los torrentes de la noche. Alegría é intensidad de vida extraordinarias bullían en la atmósfera templada por el sol sobre la tierra aun fresca.

El alcalde de Champcey miró á la joven como apiadado de ella.

—¡Tan pequeña — dijo — tan menudita y tan poco fuerte! ¿qué vas tú á poder hacer en casas ajenas?

—Lo que se me mande—contestó.—¿Es muy grande Rouen, señor Mahaut?

—Más grande que Champcey—le contestó él riéndose ¿no te molesta servir á los demás?

—No lo sé—repuso con candidez la muchacha.—¿Es eso muy difícil?

—Según.

Mahaut se quedó pensativo acerca de aquella respuesta comprometedora.

A los ojos de los aldeanos de aquel país, la domesticidad no es una situación inferior. Se comprende así desde luego tan pronto como se ve de cerca las relaciones entre amos y criados. Todas las arrogancias y todos los caprichos están de parte de estos, pues conocen que son necesarios, y abusan de ello. Cuando un propietario

30295

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA

"ALFONSO MARTÍNEZ"

Año 1935

se decide á tomar á sueldo un criado ó una criada, es porque no puede atender por sí mismo y con la ayuda de su familia, á los quehaceres domésticos, y de ahí que el servidor suplementario sea una rueda indispensable á la explotación, y se hace valer como tal. Además, generalmente hay carencia de brazos y no se puede reemplazar un criado fuera de las épocas de acomodo que son por Santa Magdalena y San Martín. De ahí la independencia de esas gentes que son absolutamente los dueños de la situación, porque pueden irse cuando les plazca y no se les puede despedir sin exponerse á pérdidas materiales.

Mónica poseía en el más alto grado el sentimiento de su dignidad. Si hubiera sabido lo que se entiende por servicio doméstico en las grandes poblaciones, se le hubiera sublevado el orgullo; pero se figuraba, sencillamente, que sus deberes no serían otros que los que había tenido hasta allí, con la señora de Mahaut, por ejemplo, ó con cualquiera de los propietarios del contorno.

—Bueno, ven—dijo el señor Mahaut sintiéndose de nuevo alcalde.—Creo que mi mujer tiene que decirte algo.

Emprendió la marcha el primero como un personaje oficial, y la joven le siguió dócilmente, dando vueltas, alrededor de sus dedos, á un tallo de avena.

La señora Mahaut era una buena mujer completamente redonda. Hacía tiempo que le había desaparecido la cintura y que le había dejado de importar esto. Por milagro inexplicable, el delantal se le sostenía aún en derredor del cuerpo, y todo el día, recogido sobre el brazo izquierdo, servía para guardar las cosas más diversas, desde el grano para las gallinas, hasta el ovillo de lana que le servía para hacer media á ratos perdidos.

Por otra parte, no habiendo querido quitarse nunca su gorrita de aldeana, por más que le hubiera llevado en dote á su marido más de cien mil francos en tierras, en época en que los terrenos estaban baratos, exigía de

sus hijos que vistieran la blusa durante la semana como su padre, y sus hijas no habían conocido nunca otro sombrero que una gorrita blanca, sólo que la gorra era de valencienes de á luis el metro.

En el momento en que Mónica, siguiendo al señor alcalde, entró en la gran sala embaldosada, la buena mujer llevaba con las dos manos una vasija con leche, cubierta hasta los bordes de una espesa capa de crema amarillenta.

—¿Eres tú la que te vas?—preguntó—¿Qué idea más rara!

—Si mi madre me dejara casarme en seguida—repuso Mónica bruscamente—no me iría.

Mahaut se echó á reír.

—No está mal contestado—dijo.

El alcalde se sentó junto á la chimenea mientras que sus dos hijas mayores miraban á Mónica con un continente algo celoso.

—Pues bien—dijo la señora Mahaut que no era amiga de perder el tiempo,—escúchame y no me hagas que te repita nada.

Tomó una gran cuchara de madera casi plana y se puso á desnatar la leche, sin dejar de hablar.

—Mi hermana vive en Rouen: hace algún tiempo que me preguntó si conocía alguna muchacha del país que quisiera ir á servir á una dama amiga suya que está enferma y que hace años que no puede salir de su habitación. No pensaba yo en ti ¿quién se hubiera podido imaginar que tú querías marcharte? He contestado que no, porque una no quiere enviar á las casas, personas á las cuales una no conoce, ó que conoce demasiado bien. Ahora puedo preguntar si esa señora sigue en la misma idea, y si tu quieres ir, ¡qué demonio! no te lo impido. ¿Te conviene?

Ya no quedaba nada en la leche: la señora Mahaut colocó la cuchara de madera, y esperó la respuesta.

—Completamente lo mismo—repuso Mónica.

En Normandía, la anterior locución es una afirma-

ción completa: sin embargo, la joven añadió:

—Le doy á usted las gracias por su bondad, señora Mahaut.

— En ese caso, escribiré, y ahora, dime: ¿eso de Bonami ha sido de repente? ¿no te había dicho antes nada?

—Jamás.

—¡Diablo de mozo! jamás ha hecho nada como lo hacen los demás—dijo Mahaut con semblante pensativo.

—Te vas á aburrir lejos de aquí—dijo una de las hijas del alcalde.

—Quizá no—repuso Mónica.—Veré cosas nuevas y aprenderé.

—Y además, ganarás dinero—dijo la otra hija.

—Así deberá ser, puesto que para eso me voy.—Diga usted, señora Mahaut, si es que usted lo sabe ¿qué salario me darán?

Lo ignoro completamente, hija mía: eso lo arreglarás tú con ellos cuando estés allí: nada tengo que ver con eso.

Después de cambiar algunas palabras más, Mónica tomó el camino de su casa. En el ángulo de la plaza titubeó un instante: su corazón la empujaba hacia la casa de Bonami, en donde ella sabía que lo podría encontrar á aquella hora; pero un secreto instinto le advirtió que la noticia que le diera no le había de agradar, y se dirigió hacia el lado opuesto.

En pocas palabras puso á su madre al corriente de lo que había ocurrido, y se dedicó á su faena acostumbrada, algo más seria y silenciosa que de ordinario.

Era que Mónica no se daba cuenta exacta del cambio que iba á operarse en su vida, su naturaleza de pájaro no le inspiraba pensamientos profundos. Tenía diez y siete años y muchas niñas de doce la hubieran aventajado en reflexión. Su inteligencia innata la salvaba de cien locuras en las que su raciocinio no le hubiera servido de nada.

La petición de su mano que hacía de ella una per-

sona distinta y que le daba importancia, le había inspirado una idea nueva, y la joven se consideraba ya mucho más en serio su condición de prometida.

No pensaba, ni remotamente, que aquel acontecimiento le imponía nuevos deberes; veía en él, por el contrario, una especie de liberación, de emancipación de las mil sujeciones á que están sometidas todas las jóvenes. Con la confianza de su edad, consideraba los recelos de su madre como fantasías lúgubres de una mujer entristecida por los pesares de una vida penosa. Para ella, la existencia sería diferente: evitaría las faltas lo mismo que las penas, y el amor de su futuro, haría, para ella, del matrimonio, la perfecta realización del más hermoso sueño de ventura.

Todo hubiera sido delicioso si se hubiera podido casar en seguida, ó mejor dicho, al cabo de seis meses ó de un año, como de ordinario se hace en aquel país en donde los esponsales son largos. Permaneciendo en Champcey cortejada por su novio á la faz del mundo, gozando de todos los pequeños triunfos de amor propio que da esa encantadora situación de una prometida, cuyo casamiento se aproxima, no hubiera tenido nada que envidiar á la suerte.

Irse á servir era muy duro. El servicio no ofrecía, sin embargo, para ella, nada verdaderamente penoso: el trabajo material de los campos, que le era familiar desde su infancia, entrañaba, sin duda, más fatigas.

Pero dejar á Champcey, dejar á su madre y á su novio, eso merecía bien la pena de sentirse y era lo que la tenía silenciosa. Los recuerdos de la infancia daban vueltas en torno suyo como las mariposas en torno de una luz, á medida que iba comprendiendo mejor la noción real de su marcha. ¿Que su infancia había sido ruda? ¡Sea! pero era la infancia con la gracia indecible que dicha edad presta á las menores cosas. Todo le había parecido bello, grande, misterioso.

Su madre despertaba en ella también un sentimiento análogo: mirando á hurtadillas el perfil encuadrado

en la cofia, Mónica evocaba mil recuerdos del tiempo pasado. Aquel rostro serio había sido dulce en otro tiempo cuando se inclinaba sobre la cuna en que dormía la niña que apenas andaba. Aquellos ojos cercados de arrugas habían llorado después: la boca que sonreía á la niña querida y la prodigaba palabras acariciadoras, se había cuajado en una expresión firme y dolorosa; pero sin embargo, ¡cuánta bondad en aquella madre bajo su ruda apariencia!

Mónica se acordaba de que en otro tiempo había rodeado con sus manecitas aquel rostro tan poco comunicativo hoy. ¿Es que para los niños como para los pájaros hay un tiempo feliz en que sus padres los quieren y los miman, y otro tiempo luego en que, tratados como extraños se ven arrojados del hogar y del nido?

Si Clemencia quisiera, Mónica no se iría. Con un poco del dinero que guardaba para sus últimos días la anciana á quien la miseria asustaba, podrían casarse inmediatamente sin temor á los azares de la vida; pero Clemencia quería que los jóvenes se hicieran por sí mismos el nido... ¡Otra idea de pájaro y bien poco caritativa!

Mónica, con el corazón oprimido y conteniendo sus lágrimas, pensó en Marín Bonami. Este sería el que sentiría pena cuando ella se marchara. Ignorante de lo que era el amor, comprendía, no obstante, que el joven iba á vivir en profunda melancolía esperando en la fecha lejana que los hiciera el uno del otro. Pensó en ello un minuto, pero su imaginación inestable se desprendió de aquella meditación de cosas desconocidas que la entristecían y la fatigaban al mismo tiempo, y volvía á pensar en sí misma.

Rouen era una gran población, y era indudable que vería allí sorprendentes novedades. Debía haber sorprendentes almacenes con telas, muebles y joyas, con cosas de las que ni idea se tiene en un pueblo. Si la señora á la cual iba á servir era buena, le haría regalos: cintas, fichúes, un delantal de seda quizá, y más tar-

de... si le dieran... más tarde, cuando fuera á casarse... ¿si le dieran un reloj de oro?...!

Creyéndose muy sabia, se burló de aquel pensamiento y se encogió de hombros ante su propia quimera. ¡Un reloj de oro! ¡Qué inverosimilitud! ¡qué absurdo! En fin, algo le darían; ella no sabía qué, y cuando regresara ¡qué júbilo al enseñar los hermosos regalos que hubiera recibido en prueba de satisfacción por su buena conducta! Su madre, que la trataba siempre como á una niña, vería entonces que Mónica podía ser mujer de talento sin que hubiera necesidad de estar reprimiéndola siempre, como ella lo hacía.

—¡Mónica! te has vuelto á olvidar de darle de comer á las gallinas—dijo Clemencia con acento fosco—desde que tienes el pensamiento de casarte, no sirves para nada. En verdad, que harás muy bien en irte.

La joven se levantó á la primera palabra y llenó el delantal de grano que sacó de un cofre.

—Allá—pensó encolerizada—no irán tras de mí siempre con palabras duras, y, de otra parte, no las toleraré. Bastante tiempo me han tratado como á una bestia con palabras que son como latigazos.

Y su pensamiento se volvió de repente con gratitud hacia Marín que le había evitado siempre tantas penas y que nunca le había hablado sino con dulzura.

Todo acaba por llegar, hasta las contestaciones á las cartas que han sido escritas mucho tiempo antes.

Un día de agosto, en que un ventarrón llevaba hasta lo alto del acantilado las blancas mariposas del mar, girones arrancados á la espuma que las olas formaban en las rompientes, el señor alcalde tomó el camino que conducía al mar, llevando una carta en el bolsillo y

en la cofia, Mónica evocaba mil recuerdos del tiempo pasado. Aquel rostro serio había sido dulce en otro tiempo cuando se inclinaba sobre la cuna en que dormía la niña que apenas andaba. Aquellos ojos cercados de arrugas habían llorado después: la boca que sonreía á la niña querida y la prodigaba palabras acariciadoras, se había cuajado en una expresión firme y dolorosa; pero sin embargo, ¡cuánta bondad en aquella madre bajo su ruda apariencia!

Mónica se acordaba de que en otro tiempo había rodeado con sus manecitas aquel rostro tan poco comunicativo hoy. ¿Es que para los niños como para los pájaros hay un tiempo feliz en que sus padres los quieren y los miman, y otro tiempo luego en que, tratados como extraños se ven arrojados del hogar y del nido?

Si Clemencia quisiera, Mónica no se iría. Con un poco del dinero que guardaba para sus últimos días la anciana á quien la miseria asustaba, podrían casarse inmediatamente sin temor á los azares de la vida; pero Clemencia quería que los jóvenes se hicieran por sí mismos el nido... ¡Otra idea de pájaro y bien poco caritativa!

Mónica, con el corazón oprimido y conteniendo sus lágrimas, pensó en Marín Bonami. Este sería el que sentiría pena cuando ella se marchara. Ignorante de lo que era el amor, comprendía, no obstante, que el joven iba á vivir en profunda melancolía esperando en la fecha lejana que los hiciera el uno del otro. Pensó en ello un minuto, pero su imaginación inestable se desprendió de aquella meditación de cosas desconocidas que la entristecían y la fatigaban al mismo tiempo, y volvía á pensar en sí misma.

Rouen era una gran población, y era indudable que vería allí sorprendentes novedades. Debía haber sorprendentes almacenes con telas, muebles y joyas, con cosas de las que ni idea se tiene en un pueblo. Si la señora á la cual iba á servir era buena, le haría regalos: cintas, fichúes, un delantal de seda quizá, y más tar-

de... si le dieran... más tarde, cuando fuera á casarse... ¿si le dieran un reloj de oro?...

Creyéndose muy sabia, se burló de aquel pensamiento y se encogió de hombros ante su propia quimera. ¡Un reloj de oro! ¡Qué inverosimilitud! ¡qué absurdo! En fin, algo le darían; ella no sabía qué, y cuando regresara ¡qué júbilo al enseñar los hermosos regalos que hubiera recibido en prueba de satisfacción por su buena conducta! Su madre, que la trataba siempre como á una niña, vería entonces que Mónica podía ser mujer de talento sin que hubiera necesidad de estar reprimiéndola siempre, como ella lo hacía.

—¡Mónica! te has vuelto á olvidar de darle de comer á las gallinas—dijo Clemencia con acento fosco—desde que tienes el pensamiento de casarte, no sirves para nada. En verdad, que harás muy bien en irte.

La joven se levantó á la primera palabra y llenó el delantal de grano que sacó de un cofre.

—Allá—pensó encolerizada—no irán tras de mí siempre con palabras duras, y, de otra parte, no las toleraré. Bastante tiempo me han tratado como á una bestia con palabras que son como latigazos.

Y su pensamiento se volvió de repente con gratitud hacia Marín que le había evitado siempre tantas penas y que nunca le había hablado sino con dulzura.

Todo acaba por llegar, hasta las contestaciones á las cartas que han sido escritas mucho tiempo antes.

Un día de agosto, en que un ventarrón llevaba hasta lo alto del acantilado las blancas mariposas del mar, girones arrancados á la espuma que las olas formaban en las rompientes, el señor alcalde tomó el camino que conducía al mar, llevando una carta en el bolsillo y

las manos cruzadas á la espalda.

Era día de helechos: las señoritas Mahaut con sus amigas y dos ó tres jóvenes, cortaban los altos y alados tallos semeando plumas, á fin de hacerlos secar para las fogatas de otoño. Aquel trabajo era considerado como una especie de recreo al cual eran invitados los amigos. La señorita Mahaut había ofrecido que enviaría á las cuatro cidra y galleta para merendar. Clemencia y su hija habían sido consideradas como amigas y hoz en mano trabajaban como las demás. Bonami se había ofrecido para estar cerca de su novia, y segaba él solo como cuatro.

Daba gusto ver el acantilado con las gorritas blancas de las segadoras que lo esmaltaban á mitad de altura con manchas deslumbrantes. Se reía fuerte, se hablaba alto, porque estaban lejos los unos de los otros: las bromas no eran de las más finas, pero sí francas y todos podían oírlas.

El señor Mahaut se detuvo un instante observando aquel bonito cuadro, cuyo único defecto era el de resultar los seres humanos ridículamente pequeños en presencia de la naturaleza, y luego avanzó pensando que, después de todo, las personas que trabajaban allí por su cuenta, por más que pareciesen del tamaño de las moscas, cortaban helechos que no estarían menos secos al día siguiente y sucesivos, porque aquel viento era á propósito para secarlos bien.

—¡Ahí está papá con la galleta!—exclamó la mayor de las señoritas de Mahaut al ver á su padre.

Este hizo una señal negativa, y entonces todos los brazos se pararon, todos los espinazos encorvados se enderezaron y, poniéndose las manos sobre los ojos en forma de visera, todos miraron á aquel hombre extraño que iba allí sin pretexto alguno y por el placer único de verlos.

Mahaut se adelantó sin dejarse conmovir por la curiosidad general, y bajando á través de los guijarros con mucha nobleza, se dirigió á Mónica que lo

miraba con más atención aun que los demás.

—¿Por qué me miras de ese modo?—dijo á la joven, que se puso colorada—harto ves que traigo las manos vacías: la galleta no tardará en venir: permanece tranquila y nada perderás en ello.

El deseo de reír y de bromear un poco con Mónica, cedió el paso al sentimiento de su dignidad administrativa. Se irguió instintivamente mientras buscaba en el bolsillo de su chaleco la carta, que enseñó con cierto énfasis.

—Aquí dentro está tu destino, Mónica Brequet—dijo—procura, hija mía, que no tenga yo que arrepentirme nunca de haberme mezclado en tus asuntos.

Mónica no contestó: miraba la carta en donde estaba contenido su destino. Marín, que no se hallaba lejos, había palidecido, pero dominándose, había conseguido permanecer derecho en la pendiente abrupta siquiera le temblaran las piernas.

—Me escribe mi cuñada—dijo el señor Mahaut,—y me dice que ha tomado informes respecto á la persona de quien le hablé. Es la señora Dunois: su marido es director de un banco de comercio y de descuento.

El señor Mahaut se detuvo para comprobar el efecto de sus imponentes palabras, pero nadie se pudo explicar la situación social de un director de aquella especie. Sin embargo, la palabra director sonaba bien, y los semblantes tomaron una expresión recogida, Mónica escuchaba, mirando al alcalde.

—No puede andar más que de su sillón á su cama: hace algunos años que la pobre señora está enferma; soporta el mal con paciencia admirable, y es digna de los mayores elogios. Tú serás la que te cuidarás de ella, de servirla, de satisfacer sus menores deseos: tiene necesidad de una persona honrada y de carácter dulce: como tal te hemos recomendado, Mónica, y espero que harás honor á nuestra recomendación.

El momento era solemne. Todas las gorritas blancas que esmaltaban el acantilado, se habían agrupado

ya en torno del alcalde, un poco por debajo de él, de suerte que él dominaba literalmente la situación. Un murmullo aprobatorio saludó el fin de su discurso.

—Haré cuanto pueda, señor Mahaut—repuso Mónica.

El alcalde inclinó la cabeza en señal de satisfacción.

—¿Cuándo será necesario que me vaya?—preguntó la joven con vez ligeramente conmovida.

—Lo más pronto posible. Mañana es sábado... Será preciso marchar el lunes.

Mónica bajó los ojos y pareció reflexionar. El viento jugaba con los trozos de helecho ya medio secos y hacía de vez en cuando crugir la punta de un delantal ó las bridas de una gorra. Se esperaba la respuesta de la joven.

—Está bien—dijo—partiré, y muchas gracias.

—¡Ahí está la galleta!—exclamó una voz juvenil.

La galleta y la cidra llegaban en dos cestas llevadas por dos robustas mujeres: todos las rodearon: Mónica fué olvidada.

Clemencia y Marín seguían en sus puestos, mudos y graves. La joven se volvió hacia ellos.

—Ya lo véis—dijo—esto es hecho.

Clemencia abrió la boca para hablar, pero la cerró sin decir nada, y volviéndose, cortó con ademán distraído algunas varas de helecho. Marín dió dos pasos.

—Vente conmigo—le dijo.—Si te vas el lunes, tenemos que hablar. Bastante faena se ha hecho en el día.

Cogió á Mónica de la mano y se fué con ella á la parte baja del acantilado.

—¡Eh! ¡señores enamorados! vengan ustedes á tomar su parte de galleta—dijo la señorita Mahaut al ver que se separaban.

—Muchas gracias, señorita—no tenemos gana—repuso el joven sin detenerse.

Descendieron hasta abajo, tan lejos, que parecían á los ojos de los que se habían quedado á media cuesta, puntos móviles, y se sentaron en el extremo límite de

la tierra, allí donde las rocas, cubiertas de hinojo marino, quedan sumergidas en las grandes mareas.

Una aguja de granito los ocultaba á la vista de los trabajadores. Permanecieron silenciosos, desbordándose de su alma sentimientos que no podían expresar, mientras que Clemencia, que les había seguido con la vista en tanto que pudo verlos, se preguntaba si aquello era verdad y que si después de cuanto había hecho para conservarla, su hija había dejado ya de pertenecerle.

—¿De modo que te vas?—preguntó Marín á su novia, sin mirarla.

Le había soltado la mano y se había sentado á un paso de ella, de modo que los ojos de Mónica tuvieran precisión de fijarse en él.

—Ya lo ves—le contestó ella volviéndose.

Había arrancado una mata de hinojo marino y mordiscaba sus hojas.

—¿Y no lo sientes?

—Sí ¿y tú?

Marín guardó silencio. Ella volvió hacia él su fresco semblante, singularmente cambiado. La boca severa y la mirada profunda y triste, daban una expresión tan nueva al rostro infantil que había conquistado el corazón de Marín, que éste se sorprendió y la miró como si no la conociera.

—¡Yo!...—dijo.

De una manotada cogió, barriéndolos sobre la piedra, un puñado de grava y de conchas, tirándolas y luego repitió el movimiento dos ó tres veces maquinalmente, sin darse cuenta de ello, mientras que las comisuras de su boca, fuertemente apretadas, reprimían á duras penas un sollozo.

Mónica lo miraba con mezcla de emoción y curiosidad. ¿Era por ella, por la jovencita tratada hasta entonces con tan poca consideración, por la que aquel bravo mozo resistía valientemente al deseo de llorar? ¿Podía ella hacer correr las lágrimas de los hombres, esas lágrimas raras y preciosas que la desesperación

más profunda ó la angustia mortal son las únicas que arrancan á los ojos de los valientes?

Al primer amor de una joven va siempre unido algo de curiosidad. Ella quisiera saber cómo experimentan los hombres esos sentimientos que son, al parecer, tan dulces y conmovedores. Ella se admira de que parezcan tranquilos y contentos cuando ella se siente turbada, y no puede comprender que se conmuevan por cosas que á ellas les parecen sencillas.

Mónica no era una señorita civilizada, pero tenía una perspicacia natural que la hacía adivinar pronto y con seguridad.

—¡Cuánto me quiere!—se dijo llena de orgullo; y se consideraba segura del imperio que ejercía.—¡Teme que yo no lo quiera bastante! — fué su segundo pensamiento, mezclado de alguna, de muy poca compasiva ironía.

Y sin embargo, Marín tenía razón para temer: ella no lo quería bastante.

—¿Por qué estás tan triste?—le dijo extendiendo el brazo hacia él.

Marín hizo un ligero movimiento hacia atrás, y ella retiró la mano.

—¿Crees tú que me causa placer el que te vayas?—contestó él con cólera sorda.

—¿Qué quieres que yo haga?—replicó ella haciendo un ligero movimiento de hombros.—Nada puedo hacer en contrario: harlo sabes que si mi madre quisiera escucharme, no me iría...

Marín pareció enternecerse y, alargando entonces su mano, asió la de su prometida.

—Te vas—dijo con acento grave y lento—vas á llevar otra vida y á conocer otras gentes; pensarás también en cosas distintas, mientras que yo me quedaré en el país y no cambiaré.

—¿Por qué no te vienes á servir á Rouen?—exclamó de pronto y con alegría ella.

Bonami meneó la cabeza.

—Yo no soy más que un criado rural—dijo—un aldeano, y no estoy ya en edad de cambiar de costumbres, pero aun cuando pudiera hacerlo, no lo haría. Yo puedo ser un buen servidor en la granja de cualquier propietario rico, pero sería un mal pájaro enjaulado.

Mónica no comprendía bien la diferencia pero juzgó que sería inútil insistir.

—No seré yo quien cambie—dijo Marín continuando su pensamiento—seguiré siendo el mismo, contra viento y marea...

—¿Estás seguro de ello?—preguntó Mónica inclinándose un poco hacia él.

Marín sonrió tranquilamente.

—¿Ves esa roca negra que está ahí?—dijo extendiendo la mano derecha hacia un bloque de granito cubierto de algas, que las olas dejaban y envolvían alternativamente varias veces por minuto.—Unas veces está debajo del agua, otras veces está sobre ella, y sin embargo, ¿no la has visto siempre ahí desde que tú estás en el mundo? Ahí estaba antes, mucho antes que nosotros y cuando mi tatarabuelo el primer Bonami, edificó nuestra casa allá arriba, ahí estaba ya años y años. Esa roca no ha cambiado, sin embargo, y todos los que por aquí han venido le han visto siempre la misma forma. Pues bien, Mónica: yo soy como ella, duro para el sufrimiento, y siempre el mismo. Cuando temas que yo pueda cambiar, acuérdate de la roca negra, y tranquilízate.

—Es que yo—dijo la joven algo intimidada—tampoco cambiaré.

El la miró con tierna compasión.

—¡Tan joven—dijo—tan pequeña, tan poco mujer aun, y no hecha para sufrir penas... aunque cambiaras, no sería de admirar, ni tú tendrías la culpa de ello!

Mónica se sintió herida en su orgullo de novia y rompió á llorar.

—No sé por qué—dijo—has de decirme cosas que me dan pena. Yo te quiero todo cuanto puedo, y es en

ti una injusticia que la tomes conmigo en cosas que ni tú ni yo conocemos.

—Tienes razón—dijo Marín pasando su mano por los cabellos rebeldes que el viento agitaba en todos sentidos sobre el lindo y contristado rostro de la joven.

Ella sonrió y le miró confiadamente.

—¿Me escribirás?—preguntó Marín,—¿me escribirás cada quince días?

—Sí—repuso ella,—¿y tu también?

—No soy muy fuerte en escritura, pero también te escribiré: no enseñes á nadie mis cartas.

—¡Torpón! ¡si no conozco allí á nadie!

—Pronto harás conocimientos—dijo él,—¿con tal de que sean buenos!

Hízose de pronto la luz en el espíritu de Mónica.

—¿Eres celoso?—le preguntó riendo: tan chusca le pareció la idea.

El la miró un instante, hasta con enojo, y le contestó en seguida.

—Quizá ¿y aunque así fuera?

Mónica vaciló, sonrió y luego se puso seria: el semblante de su novio no provocaba la sonrisa.

—¿No tiene uno el derecho de estar celoso de su mujer?—dijo Marín con acento duro,—pues más debe tenerlo para estar celoso de su novia, porque á la mujer ya se la tiene, mientras que á la novia... y á una novia que se va tan lejos...

Asió con desesperación las dos manos de la joven, y mirándola con suprema ternura, exclamó:

—¡Mónica, no me engañes; no quieras á nadie sino á mí; no tengas confianza en quien no sea yo; se honrada para mí! Porque si tú no me quisieras... ¿Ves ese agujero... ahí, bajo las rocas?... ¡Pues en él me arrojaría con una piedra atada al cuello, tan cierto como que los dos estamos aquí!... y que tú estás llorando—añadió inclinándose hacia la joven y enjugando sus lágrimas con sus labios.

Una llamarada pasó de repente por el corazón mal

despierto aun de Mónica, y esta miró á su novio en los ojos atrevidamente.

—No querré á nadie sino á ti, ni tendré confianza en nadie más que en ti—dijo.—Puedes contar conmigo como con tu fiel mujer.

Ambos cambiaron un beso y permanecieron mudos, agoviados por la impresión de un misterio solemne que sobrecogía á uno y á otra, casi sin que se dieran cuenta de ello.

Marín dirigió la vista hacia lo alto del acantilado.

—Te busca tu madre—dijo á Mónica,—vamos hacia arriba á reunirnos con ella: no demos lugar á que se burlen de nosotros, porque no lo merecemos.

Despacio y como personas acostumbradas á transitar por aquellos parajes, ganaron los cien metros de altura, y llegaron cerca de los trabajadores sin haber cambiado entre sí más palabras.

Tenían el aspecto tan serio, tan triste, que las bromas espiraron en los labios de los que intentaron darlas.

Había terminado la merienda, y aun se estuvo segando helecho un par de horas, tras lo cual, la alegre banda tomó el camino del pueblo y se fué luego disgregando en las puertas de las casas. Clemencia y su hija quedaron las últimas, acompañadas de Marín que las seguía silenciosamente.

Cuando los tres se hallaron solos en la plaza, ante la casa del señor Mahaut, cambiaron entre sí una mirada llena de discursos mudos.

—Le ha dado usted buenos consejos—dijo Clemencia á su futuro yerno,—y como éste la mirara algo sorprendido, añadió:—Se conoce á la legua: tiene el semblante alterado. Así estaba cuando hizo su primera comunión. Vamos, Marín: véngase usted á cenar con nosotras, y mañana también, puesto que se va el lunes.

Clemencia entró en su casita, y ellos la siguieron sin abandonar su seria gravedad.

## VI

A las ocho de la mañana del lunes siguiente estaba Mónica con un pequeño lío en la mano y una vieja maleta junto á ella, en el extremo de la plaza de Champcey, cerca de la iglesia, allí donde el mayoral se detiene para dar un pienso á los caballos.

La maletita estaba, á la verdad, bastante deteriorada: olvidada en el granero, se había llenado de polvo; pero se la había limpiado cuidadosamente, frotado y cepillado por dentro y por fuera; se le había engrasado la cerradura enmohecida, y estaba dispuesta á seguir á la hija como en otros tiempos había seguido al padre.

Sería muy aventurado decir que todo Champcey asistía á la marcha de Mónica, pero á fuer de justos, diremos que concurría la mitad ó más del elemento femenino y algunas representaciones del masculino.

Era aquel un acontecimiento. Champcey no había presenciado nunca semejantes expatriaciones. Alguna que otra vez había remontado su vuelo alguna joven para no volver más, pero aquellas desapariciones clandestinas carecieron de solemnidad. En la ocasión presente, Mónica Brequet representaba al país, al pueblo de Champcey, inmolado en el altar del deber y de la obediencia filial.

—Es arriesgar demasiado—decían las matronas moviendo la cabeza.—Yo no enviaría á mi hija de esa manera, tan lejos y sola.

—¡Qué feliz es!—pensaban las muchachas al mismo tiempo que fingían desdén profundo hacia el gusto aventurero que lanzaba á un largo viaje en proceloso mar á aquella navecilla inexperta.

Clemencia permanecía impasible: tenía el semblante pálido y más rígidos que de costumbre los severos ras

gos de su fisonomía, pero en vano se hubiera querido sorprender en su boca ó en sus ojos la menor señal de emoción.

Mónica no lloraba ya, pero se conocía que había llorado: aun le temblaban de vez en cuando los labios, y su pecho exhalaba profundos suspiros, como un niño mal consolado.

Vióse la diligencia aparecer por el recodo del camino enmedio de un ¡Ah! general. El mayoral saltó del pescante precipadamente, pues traía diez minutos de retraso, les quitó el freno á los caballos y les echó el pienso.

En el momento se acercaron á Mónica los grupos, y el señor Mahaut salió de su casa seguido de su estado mayor ordinario, su mujer y sus hijas: llevaba en la mano, dentro de un soberbio sobre encarnado, la carta oficial que debía entregar Mónica á sus protectores.

—Todo está listo—dijo,—irán á esperarte á la estación: no tienes otra cosa que hacer que dejarte conducir por el mayoral hasta el camino de hierro; es un buen hombre que ayer me prometió no dejarte hasta que hayas tomado el tren. Hasta la vista, Mónica Brequet: sé honrada y buena servidora: honra á tu país, y á tu regreso, el país te honrará.

Después de esta frase majestuosa, el señor Mahaut estrechó fuertemente la mano de su protegida y se volvió á su casa. La señora Mahaut se acercó á su vez con una cesta tapada con una servilleta, conteniendo una pella de manteca laborada por sus manos para que Mónica la entregase á su hermana. Sus recomendaciones fueron largas y tan precisas, que era imposible separarse de ellas en punto alguno.

La joven viajera la escuchaba distraidamente y se preguntaba, durante la peroración, por qué no estaba allí Marín. Lo había visto un instante al amanecer cuando fué por última vez á buscar agua á la fuente, pero habían cambiado entre sí pocas palabras, porque

cuando se tienen muchas cosas que decir, casi no se dice nada, y luego, había esperado en vano verlo detenidamente. ¿Tendría que marcharse sin decirle adiós?

La ausencia de Marín daba motivo para muchos comentarios en el público: los más maliciosos suponían que se había ido á esperar el paso de la diligencia al pie de una empinada cuesta, á una legua de allí, en donde los viajeros se apeaban para aliviar en su peso á los caballos; otros decían que se había encerrado en su casa para no dejar ver su compunción, impropia de un hombre.

Mónica inquieta, incapaz de oír lo que le decían de todas partes, dirigió la vista hacia la iglesia que formaba uno de los frentes de la plaza, y vió en el cementerio, apoyado en la cruz de Victoria, al hombre á quien amaba, tal como lo había visto el día en que cambiaron sus palabras y sus promesas: el vallado de espinos y de escaramujos lo ocultaba casi por completo: era preciso saber que estaba allí para distinguirlo; pero el corazón de Mónica saltó bajo su fichú de muselina, y comprendió ella al ver la mirada que él le dirigía, que estaba allí hacía mucho tiempo.

—¡En marcha!—gritó el mayoral separando los caballos del pesebre para engancharlos de nuevo.

La puerta del cementerio gimió bajo sus goznes y Marín se acercó á su novia llevando en la mano una ramita de rosas blancas, cortada del rosal de Victoria.

—Hasta que nos volvamos á ver, Mónica—le dijo besándola tres veces mejilla contra mejilla á estilo del país normando.—Acuérdate de tu promesa: yo seré siempre el mismo.

Colocó por sí mismo las rosas en el fichú de la joven, como hizo el primer día, sin alterarse, ante las miradas de los curiosos, más de lo que se había alterado en la soledad del cementerio.

Mónica abrazó á su madre, se despidió apresuradamente de algunas amigas, y se encontró sentada en el cupé junto al mayoral.

Oyóse el chasquido del látigo y los caballos dieron el primer pechugón.

—¡Para siempre!—dijo la vigorosa voz de Marín Bonami, que fué la única que Mónica oyó entre el saludo de todos los asistentes.

La diligencia marchó al gran trote de los caballos y tomó el camino que bajaba un poco á la salida del pueblo. Por un momento, dicho camino trazaba una curva y se veía la iglesia á la izquierda, con la tumba de Victoria cubierta de rosas blancas. Marín había vuelto á ella, porque se veía una blusa azul que brillaba á los rayos del sol contra el viejo muro de piedras paralizadas.

Y luego, Champcey desapareció á los ojos de Mónica, cegados por las lágrimas.

## VII

La señora Hortensia Dunois leía, sentada en su silla larga, con la parte superior del cuerpo sostenida por almohadones y los pies cubiertos por pieles ligeras que caían por ambos lados hasta el suelo.

Su rostro, que algunos años antes era de una frescura tal que los que se cruzaban con ella en la calle se volvían para verla, había adelgazado y se había afinado en parte, sin perder la delicada belleza de sus líneas. Había sido la hermosa señora Dunois, y era, cuando la presentamos á nuestros lectores, una mujer absolutamente hermosa que provocaba lástima.

Habían transcurrido diez años desde que se casó y los primeros habían sido felices para ella.

El señor Dunois poseía una hermosa fortuna y dirigía una de esas casas de banca en que los provincianos amontonan voluntariamente sus economías. Las imposiciones aisladamente consideradas, no eran de im-

cuando se tienen muchas cosas que decir, casi no se dice nada, y luego, había esperado en vano verlo detenidamente. ¿Tendría que marcharse sin decirle adiós?

La ausencia de Marín daba motivo para muchos comentarios en el público: los más maliciosos suponían que se había ido á esperar el paso de la diligencia al pie de una empinada cuesta, á una legua de allí, en donde los viajeros se apeaban para aliviar en su peso á los caballos; otros decían que se había encerrado en su casa para no dejar ver su compunción, impropia de un hombre.

Mónica inquieta, incapaz de oír lo que le decían de todas partes, dirigió la vista hacia la iglesia que formaba uno de los frentes de la plaza, y vió en el cementerio, apoyado en la cruz de Victoria, al hombre á quien amaba, tal como lo había visto el día en que cambiaron sus palabras y sus promesas: el vallado de espinos y de escaramujos lo ocultaba casi por completo: era preciso saber que estaba allí para distinguirlo; pero el corazón de Mónica saltó bajo su fichú de muselina, y comprendió ella al ver la mirada que él le dirigía, que estaba allí hacía mucho tiempo.

—¡En marcha!—gritó el mayoral separando los caballos del pesebre para engancharlos de nuevo.

La puerta del cementerio gimió bajo sus goznes y Marín se acercó á su novia llevando en la mano una ramita de rosas blancas, cortada del rosal de Victoria.

—Hasta que nos volvamos á ver, Mónica—le dijo besándola tres veces mejilla contra mejilla á estilo del país normando.—Acuérdate de tu promesa: yo seré siempre el mismo.

Colocó por sí mismo las rosas en el fichú de la joven, como hizo el primer día, sin alterarse, ante las miradas de los curiosos, más de lo que se había alterado en la soledad del cementerio.

Mónica abrazó á su madre, se despidió apresuradamente de algunas amigas, y se encontró sentada en el cupé junto al mayoral.

Oyóse el chasquido del látigo y los caballos dieron el primer pechugón.

—¡Para siempre!—dijo la vigorosa voz de Marín Bonami, que fué la única que Mónica oyó entre el saludo de todos los asistentes.

La diligencia marchó al gran trote de los caballos y tomó el camino que bajaba un poco á la salida del pueblo. Por un momento, dicho camino trazaba una curva y se veía la iglesia á la izquierda, con la tumba de Victoria cubierta de rosas blancas. Marín había vuelto á ella, porque se veía una blusa azul que brillaba á los rayos del sol contra el viejo muro de piedras paralizadas.

Y luego, Champcey desapareció á los ojos de Mónica, cegados por las lágrimas.

## VII

La señora Hortensia Dunois leía, sentada en su silla larga, con la parte superior del cuerpo sostenida por almohadones y los pies cubiertos por pieles ligeras que caían por ambos lados hasta el suelo.

Su rostro, que algunos años antes era de una frescura tal que los que se cruzaban con ella en la calle se volvían para verla, había adelgazado y se había afinado en parte, sin perder la delicada belleza de sus líneas. Había sido la hermosa señora Dunois, y era, cuando la presentamos á nuestros lectores, una mujer absolutamente hermosa que provocaba lástima.

Habían transcurrido diez años desde que se casó y los primeros habían sido felices para ella.

El señor Dunois poseía una hermosa fortuna y dirigía una de esas casas de banca en que los provincianos amontonan voluntariamente sus economías. Las imposiciones aisladamente consideradas, no eran de im-

portancia, pero como después de cada feria ó de cada venta, los clientes de la casa se apresuraban á imponer en ella todo el dinero disponible, la casa disponía siempre de un capital considerable. La reputación del señor Dunois era por sí sola prenda de confianza, porque los Dunois, de padres á hijos, habían sido modelos de honor y de probidad.

La joven aportó al matrimonio una dote muy respetable, un carácter igual y encantador, su belleza que se había hecho proverbial, y todas las cualidades prácticas de una ama de casa. Cuando salía los domingos del brazo de su marido, se decía al verlos: «¡ Hermosa pareja!», y cuando daban una comida, se decía: «¡ Qué buena casa!».

Parecían, pues, completamente dichosos, y quizá lo fueran: sólo había una nube en su cielo azul: no tenían hijos.

Así es que, cuando al cuarto año de casados sintió la señora Dunois los primeros síntomas de embarazo, fué una satisfacción para todos cuantos se interesaban por aquel matrimonio modelo. Todo fué bien los primeros meses: la joven no podía felicitarse lo bastante por haber conservado la salud en aquel estado de prueba, penoso de ordinario, cuando sintió de pronto tal debilidad en las piernas, que se le hizo difícil andar, pero sin sentir dolor alguno.

Llegó el día del parto y dió á luz un niño bien constituido, cuyo nacimiento llenó de júbilo á la familia y á los amigos. Dunois estaba medio loco de alegría y empezó á concebir para su hijo y heredero los más hermosos proyectos.

Pasaron algunas semanas, y la señora Dunois, que hubiera debido dejar la cama hacía tiempo, estaba en ella porque sus piernas se negaban á sostenerla. Podía moverlas, pero no podía gravitar sobre ellas el peso del cuerpo.

Aquello era más que debilidad: alguna causa desconocida debía producir una torpeza tan poco natural.

Los médicos, convocados á consulta junto al lecho de la paciente, dijeron que su salud era admirablemente buena, y, sin embargo, ella apenas podía dar algunos pasos por su habitación, por mucha energía que para ello emplease.

Fué necesario rendirse á la evidencia: existía allí una especie de parálisis de los nervios motores. Se trata esa clase de dolencias, y con frecuencia se las cura. Comenzó, pues, el martirio para la joven.

Fueron vanamente ensayados en ella desde los procedimientos ordinarios hasta los tratamientos crueles que emplea la ciencia para luchar con las rebeldías de la naturaleza: cuando los botones de fuego, la electricidad, las duchas y el masaje reconocieron su impotencia, se echó mano de los remedios caseros.

—Pruebe usted—decían los médicos.

Se probó y el resultado fué el mismo.

La señora Dunois, que tenía entonces veintiocho años, tuvo que resignarse á pasar toda su vida en la silla larga ó en un sillón. Podía ir dos ó tres veces al día desde la puerta hasta la chimenea, apoyándose en los muebles, pero con la impresión extraña y terrorífica de que nada sostenía su cuerpo y de que sus piernas no existían: allí se detenían sus fuerzas, por ánimos que tuviera.

El día en que se dió cuenta del porvenir que la esperaba, sufrió un golpe terrible.

Cualquiera que fuese en realidad el grado de afecto de sus parientes y amigos, veíase separada, en lo sucesivo, del mundo exterior. En los primeros tiempos, cuando luchaba con toda su energía para recobrar el vigor perdido, había dejado que la sacaran á paseo en coche, y hasta había hecho considerables correrías de una población á otra en busca de los médicos más célebres y de las aguas más afamadas, siempre con la firme esperanza de mejorarse.

Pero cuando se convenció de que, á no ser por un caso improbable del género milagroso, hallábase con-

denada á no volver á andar, se reconcentró en sí misma y analizó su destino.

Hacer de sí misma un objeto de curiosidad y de compasión, exponiéndose á las miradas de los indiferentes, ¡eso nunca! Hortensia poseía una de esas almas orgullosas y tiernas que, agradecidas por el menor indicio de afecto, retroceden con disgusto ante la compasión benial de los extraños.

Puesto que no podía tomar ya parte en el movimiento de la vida, permanecería en su casa y se contentaría con respirar el aire de su jardín, que era grande y tenía sitios de sombra: los que la quisieran, sabrían ir á encontrarla allí: de los demás, nada le importaba.

Su gran alegría, lo que bastaría á llenar su existencia, sería su niño, que constituía su placer y su orgullo. Comprendía que su marido, que aun no tenía cuarenta años, activo y metido en sus negocios, le dedicara poco tiempo: quizá sintiera en su alma una herida secreta que no quería confesarse á sí misma, su niño la consolaría de todo. Ella lo educaría y se instruiría á medida que fuera necesario para enseñarle lo que él debiera aprender, y lo dirigiría hacia el ideal de lo hermoso y de lo bueno, ideal que ella sentía agigantarse en sí misma de día en día conforme iba purgando su resignación de la dolorosa amargura que la había embargado hasta entonces.

Había llegado el caso de que considerase su mal casi como un bien.

—Al menos — se decía, — nada me impedirá consagrarme por entero á mi hijo. Las demás mujeres tienen que cumplir con los deberes de la sociedad; se deben á sus maridos, á sus familias; con frecuencia, al cuidado de sus asuntos: yo, viviéndo extraña á todo menos al afecto de algunos, no tendré más que á mi hijo, y él lo será todo para mí. Si yo no puedo serlo todo para él, modelaré por lo menos su alma con mis propias manos, sin que ningún pensamiento exterior me haya distraído de ello.

Así vivió algunos meses después de haber perdido toda esperanza de curación, completamente consolada, casi gozosa, embriagándose en esperanzas maternas hasta el punto de olvidar con frecuencia la herida oculta que á veces la hacía palidecer, siendo así que ningún padecimiento físico la podía conmovir ya.

Luego, cierto día llegó el niño tiritando de vuelta de un paseo demasiado largo con tiempo húmedo: después de haberlo presentado por unos instantes á su madre, el ama se apresuró á llevárselo antes de que aquella pudiera conocer su estado. Durante la noche sufrió un ataque de tos ronca, pero la que lo cuidaba tenía el sueño muy pesado, y cuando llegó la mañana, se le había declarado el crup. Quince horas más tarde, Du-nois no tenía ya heredero, ni Hortensia hijo.

¡Es horrible la pérdida de un hijo! El pequeño ser en el cual se ha puesto algo más que una parte de la vida, en el que se ha puesto toda la ternura, la voluntad, la paciencia, la esperanza, el orgullo, todo el porvenir y casi todo el presente, se lleva consigo, al marcharse, un girón del corazón de su madre. Jamás se consuela uno de la pérdida de un hijo. Pasados los años, cuando se cree haber olvidado, no al niño, sino su dolor; cuando se ha acostumbrado uno á oír pronunciar su nombre querido por labios indiferentes que llaman con el mismo nombre á otros niños; cuando nacen nuevos hijos y ahogan en un mar de preocupaciones maternas el recuerdo de las angustias causadas por el que dejó de existir, basta encontrar una cabecita cuyos cabellos se parezcan á la vista á los cabellos rizados de otro tiempo, cuyos ojos evoquen el recuerdo de la mirada perdida; basta el eco de una voz, un suspiro á veces, un grito de alegría ó de dolor exhalado por un niño desconocido, para que el corazón de la madre se funda, y para que ella sienta abrírsele el manantial inagotable de sus lágrimas.

Todas las madres lo saben, todas las que han visto llevar en un pequeño ataúd blanco la alegría de su co-

razón y de su alma; pero cuando una mujer no tiene más que un hijo y lo pierde, su dolor es insondable.

Cuando Hortensia, sentada á su ventana, detrás de las persianas caídas, vió desaparecer por la esquina de la calle el pequeño féretro de su hijo, miró en torno suyo, y vió que nada le quedaba ya.

La herida secreta se abrió ampliamente: al quedarse sin hijo, comprendió que hacía ya tiempo que se había quedado sin esposo.

Dunois era lo que se llama un excelente hombre; es decir, que no se complacía en causar daño alguno á las personas con quienes trataba: declinaba en sus empleos, cuanto era posible, esa misión desagradable, con el objeto de no perder la tranquilidad de espíritu que tan querida le era y que tanto necesitaba para la lucidez de sus juicios.

Se había casado con su mujer, tanto por amor como por conveniencia, es decir, que la había encontrado extremadamente hermosa, y que la quiso, como hubiera querido á otra mujer bonita que le hubieran presentado con la misma dote.

Pero tal amor no se diferencia mucho del que se siente por una querida de ocasión, aun cuando se uniera á él, en el caso del señor Dunois, una gran consideración hacia la joven rica y bien educada que llevaba dignamente su nombre y que tan bien dirigía su casa. Era un amor que, según las circunstancias, podía durar poco tiempo y convertirse en indiferencia.

Sin el desgraciado accidente que condenaba á Hortensia á vida sedentaria, ambos hubieran vivido probablemente dichosos: la parálisis de la joven le dió ocasión al marido para revelar un día su verdadero carácter, ó más bien, su temperamento.

Dunois amaba las mujeres, es decir, no amaba, sino que gozaba en cambiar de querida. Su mujer no había sido para él otra cosa que una querida legítima, y, al casarse, nunca creyó hacerle un juramento de fidelidad que, de otra parte, hubiera sido incapaz de cumplir.

El estado enfermizo de su mujer le devolvía, á los ojos de todos, la libertad, que de otro modo no hubiera podido obtener sino á escondidas, y se valió de él para vivir á su gusto, sin ultrajar de un modo abierto las conveniencias, porque era hombre bien educado, pero sin respetarlas más allá de lo que era decente y necesario.

Hortensia fué pronto informada de la manera que tenía su marido de entender la vida; lo supo antes aun de que hubieran considerado peligroso su estado. Siempre se tiene á mano una parienta ó una amiga que preste semejantes servicios.

En su aflicción se preocupó de poner á salvo su dignidad y la del hombre con quien estaba unida, y un día le habló con gran sencillez de un asunto que no hubiera querido abordar nunca.

—Eres libre—le dijo,—la desgracia que me ha herido te desliga de tu voto. Lo único que te ruego es que trates de que ignore yo siempre ese lado de tu vida. No podré permitir que te acusen en presencia mía, y me sería demasiado penoso tener que defenderte como mi amistad y mi estimación á ti me ordenan que lo haga.

Dunois, sorprendido por aquel lenguaje, se sintió más mortificado que satisfecho. Era uno de esos hombres que de vez en cuando se complacen en reprenderse á sí mismos, pero que no toleran la menor observación que proceda de otro, especie no rara en verdad y de la cual todos tenemos alguna cosa. Puso una sordina á sus fantasías, porque, pasado el primer momento de mal humor, comprendió que el consejo no era malo, pero desde aquel instante quiso á su mujer algo menos.

Si él hubiera podido suponer que viviría á su gusto á grandes intervalos sin saberlo Hortensia, hubiera sentido, no remordimiento, sino inquietud; pero á partir del día en que ella le demostró aquella indulgencia, se sintió disgustado por haber perdido la superioridad del hombre hasta entonces no atacada; pero herido en

su amor propio, no se volvió contra sí, como era lo razonable, sino contra la que le había producido tan desagradable impresión.

Hortensia había confiado en conservar la amistad de su esposo, y que aquella amistad, fortificada por la compasión y por la estimación de que se juzgaba digna, sería para ella el más firme sostén. Mientras vivió su hijo, se esforzó en creerlo así, pero cuando hubo perdido su alegría, echó de ver que aquella esperanza era una simple quimera.

Dunois era absolutamente irreprochable en su conducta aparente. Iba varias veces al día á pasar cinco minutos al lado de su mujer; le refería las noticias, le llevaba los periódicos, comía frecuentemente con ella porque ella se hacía conducir hasta el comedor en un sillón de ruedas; pero ninguna intimidad, ninguna ternera prestaba su encanto á aquellas solicitudes de pura conveniencia y de costumbre. Lo que Hortensia hubiera querido era alguna ternura, la expansión de un alma abnegada: tenía amigos fuera, pero en su casa se encontraba sola.

¿Cómo sobreviene uno á los grandes dolores cuando ningún deber nos impone vivir? Es muy singular que el ser humano, tan frágil á veces, resista pruebas tan espantosas, cuando se le cree destruido de antemano.

La señora Dunois ni siquiera se puso enferma después de tantos disgustos. Se reconcentró algo en sí misma, habló aún menos de lo que tenía sobre su corazón, y pareció á las vista de los extraños, según expresión vulgar, que se había echado el alma á la espalda.

En el fondo estaba afligida y la muerte le hubiera parecido dulce.

En su soledad real, en medio de las visitas que no dejaban de hacerle, porque, amable é instruida, era para los que la conocían, de un trato social extraordinariamente agradable, Hortensia tenía un amigo, un amigo

humilde á quien quería con todo su corazón.

Una de sus servidoras había muerto pocos días después que su querido hijo dejando un huérfano de trece á catorce años: aquel niño, inteligente y de carácter dulce, se había quedado en la casa ayudando á unos y á otros.

Un día, la señora Dunois, que se sintió fatigada de la vista, le rogó que le leyera el periódico.

Huberto lo hizo tan bien, que se vió elevado de golpe á la dignidad de lector de la señora. En ciertas horas dolorosas ó tristes, no quería Hortensia verse á solas con sus pensamientos ó con sus recuerdos, y Huberto le hacía interminables lecturas. El chico no se cansaba nunca, al menos, así lo decía él. Poco á poco la señora Dunois se había servido de él, para dictarle un billete, luego cartas, y el muchacho había tomado junto á la señora el aspecto de un secretario, niño aun, que, como es natural, no era consultado nunca pero que no dejaba de prestar servicios.

Aquella situación, que no era la domesticidad aunque se le acercara mucho, permitió al joven conocer el carácter y el corazón de la señora Dunois mejor que ninguno de los que la rodeaban.

Huberto conocía todo cuanto le debía á aquella mujer adorable con frecuencia triste, y que, sin embargo, sonreía á menudo. Sabía que sin ella, relegado entre la servidumbre, hubiera vivido una vida material y grosera. Ella le había enseñado á comprender lo que leía y á meditar acerca de ello: á ella le debía ser un hombre y no una simple máquina. ¿Cuál sería su porvenir? El no pensaba en ello ni tenía otra ambición que la de permanecer siempre junto á la «señora» adicto y dedicado á su persona.

Hortensia pensaba en ello por él. Un día en que el muchacho entró en la habitación con una porción de libros, se percató ella de que había crecido mucho en poco tiempo y de que el rostro, en otro tiempo mórbido é infantil, se le había prolongado de manera que le

daba apariencias de hombre.

—¿Qué edad tienes?—le preguntó.

Huberto, sorprendido, dejó los libros sobre una mesa é hizo memoria.

—Quince años y medio—repuso.

Hortensia no dijo nada más, é hizo que el muchacho le leyese los periódicos como de costumbre; pero en vez de retenerlo para dictar cartas ó para hablar con él un instante, lo despidió pronto y se puso á reflexionar.

Lo había tenido á su servicio demasiado tiempo. En lo que ella llamaba su egoísmo, no había pensado que aquel niño se encontraría sin posición el día en que fuese un hombre. ¿Cómo no había pensado en ello?

Aun no tenía Huberto mucha edad para que no pudiese recobrar pronto el tiempo perdido: con alguna aplicación y buena voluntad, alcanzaría fácilmente á los jóvenes empleados en la casa de banca de su esposo. Lo esencial era hacerle entrar en ella con destino al escritorio.

Poco antes de comer Dunois entró en el cuarto de su mujer, como lo hacía todos los días á la misma hora.

Después de haberle comunicado á ésta algunas noticias sin importancia, revolvióse en el sillón como el que desea irse y á quien la educación retiene, cuando su mujer le dió motivo de conversación.

—¿Tienes alguna plaza vacante en tus oficinas?—le preguntó.

—No ¿por qué?—le preguntó él muy admirado porque Hortensia no se ocupaba jamás de sus negocios.

—Por Huberto. Ese niño crece y es el tiempo oportuno de pensar en su porvenir ¿no te parece así?

—¿Plaza de criado entonces? Siendo así, puede arreglarse. Tenemos uno para hacer mandados, pero es viejo y poco inteligente: Huberto le sustituirá con ventaja y saldría más barato. ¿Te has cansado de él? ¿Tartamudea al leer, ó es que ha descubierto una nueva ortografía?

Hortensia hizo un ligero movimiento de negación.

—No estás en lo firme—dijo ella con tal energía que revelaba cierta excitación nerviosa.—Huberto lee bien, escribe correctamente, tiene bonita letra, y no carece de cierta instrucción.....

—¿Dónde la ha pescado?—dijo Dunois echando una pierna sobre otra.—Dejó de ir á la escuela hace tres ó cuatro años, según creo...

—¿No crees que leyendo constantemente libros y periódicos se aprendan muchas cosas?

—¿Comprende, pues, lo que lee?—dijo soltando una carcajada.

Hortensia no se turbó.

Es un muchacho inteligente que te prestará buenos servicios: nos es muy adicto y un día te alegrarás de disponer de él.

—¡En fin, sea!—dijo Dunois después de un instante de vacilación; pero, ¿no crees que serviría más para vestir la librea? tiene buena figura.

Hortensia no pudo reprimir un movimiento de disgusto, casi de indignación.

—Sea, querida, sea—se apresuró á decir él.—Será lo que tú quieres.

Tenía horror á las discusiones. Para él ninguna mala inteligencia valía la pena que costaba: su ideal de la vida era la paz, en la que hacía lo que le daba la gana.

—Gracias—le dijo su mujer con una sonrisa alegre que imprimió en su rostro una gracia extraordinaria.

—¿Te agrada así?—le preguntó él conmovido por aquella expresión que en otro tiempo conoció y que ya había olvidado.

—Sí—contestó ella sencillamente,—quiero hacer bien á ese chico.

—Como quieras; pero eso no es todo: va á ser necesario reemplazarlo. Tu doncella no sabe leer ni escribir y no puede bastarte como sociedad intelectual. ¿Quieres que te busque otro paje?

Hortensia reflexionó y dijo.

—Preferiría una joven.

—¿Una señorita de compañía?

—No: Dios me libre de ellas: una muchacha del campo, joven, amable, que sepa leer y escribir...

—Pero, querida mía: ¿te leerá el diario como se canta una misa!

Hortensia se sonrió: le gustaba ver á su marido de buen humor.

—Yo le enseñaré pronto á leer bien, por poca inteligencia que tenga.

—¿Vocación de institutriz entonces? No te conocía esas aptitudes.

—Que me han servido de mucho para con Huberto, como lo podrás ver.

—La verdad es que tienes razón. ¿Y cuándo quieres que lo entronice en sus nuevas funciones?

—Lo más pronto posible—repuso Hortensia con su voz dulce.

—Sin embargo; será preciso que antes encontremos tu nueva lectora—dijo levantándose.

Dió dos vueltas por la habitación y se acercó poco á poco á la puerta.

—Pues bien—dijo,—busca de tu parte, yo buscaré de la mía, y tan pronto como hayas encontrado el remplazo de tu paje, yo colocaré á éste en las oficinas. ¿Supongo que no exigirás que le dé yo un sueldo de príncipe?

—Sé que eres justo—contestó ella,—y que tus empleados están bien tratados.

Dunois se sonrió ante aquel cumplido, que en verdad merecía, y acercándose á su mujer, le besó una mano.

—Voy á dar una vuelta por el círculo—dijo—y es probable que cene allí. Buenas noches, mi querida Hortensia.

Ella le hizo un afectuoso movimiento de cabeza, y Dunois se fué.

Hortensia miró un instante los cortinajes que aun

se movían por el paso de su marido, fijó luego sus ojos en sus delgadas manos apoyadas en sus rodillas y dos lágrimas, hermosas y límpidas se desprendieron lentamente de sus párpados y rodaron por su magnífica bata.

¿Por qué lloraba? Ni ella misma, hubiera podido decirlo.

Quizá aquella conversación, por medio de algún hilo tenue, imposible de coger por ella misma, había renovado alguno de sus dolores secretos, dormidos á veces; quizá fuera también el pensamiento del inevitable abandono en que todas las noches, con un pretexto ó con otro, la dejaba sola con sus tristes ideas; quizá fuera también, inconscientemente, el sentimiento que le inspiraba ahora el sacrificio hecho.

Porque, en verdad, era un sacrificio. Hacía dos años que Huberto, con frecuencia al lado suyo, había demostrado cualidades de corazón y de inteligencia superiores á una medianía, y ella había acometido con gusto aquella especie de educación: era en cierto modo á su discípulo á quien iba á separar de su lado, y desde el momento en que ella notaba que tal separación iba á costarle algún esfuerzo, se confirmaba en la idea de que urgía realizarla.

Las palabras ligeras de su marido al demostrarle que el joven no era á sus ojos más que un criado, siendo así que para ella había llegado á ser un compañero, casi un hijo, le demostraban que si quería hacerle un bien á su joven lector, debía apresurarse á fin de que la nueva posición de este quedara suficientemente afirmada para no temer la posibilidad de un cambio si...

¿Sí qué?

Si ella llegaba á morir. Pues bien, sí, aquél era el fondo de sus pensamientos. Desde el día en que perdió lá esperanza de curarse, había pensado siempre en una muerte próxima, sin terror, pero con una melancolía no desprovista de encantos.

Y ahora tenía prisa de ver á Huberto instalado en

un pupitre pasando el día sobre cifras, que tal vez á él no le gustarian. En un principio encontraría dura aquella existencia, él, que especialmente en verano se pasaba el lleno del día bajo los árboles del hermoso jardín, al alcance de la voz de Hortensia, ocupado en leer ó en soñar...

Sería duro, pero era necesario. Nunca, y ella lo comprendía bien, podría el joven volver á ser criado, estado del cual, sin saberlo y sin quererlo, lo había sacado la pobre mujer.

Enjugóse los ojos y tomó una actitud tranquila, después de lo cual dió dos golpes sobre el timbre. Era la señal llamando á Huberto que estaba en una habitación contigua. Este entró muy ageno de que acababa de variar su destino. Sus ojos claros y brillantes se fijaron en la señora Dunois. Muy alto y muy delgado, parecía endeble, pero, en realidad, tenía una fuerza poco común. Como todos los jóvenes que han crecido demasiado de prisa, no tenía aun bien determinadas las proporciones del cuerpo, lo que hacía que pareciese desgarrado, pero no por ello respiraba menos distinción natural, la que procede de la elevación de las ideas y de los sentimientos.

—¡Cuánto se va á disgustar el pobre chico!—pensó Hortensia mirándolo compasivamente.

El se había acercado á ella y permanecía de pie en actitud respetuosa.

—¿Desea usted algo, señora?—preguntó con su voz juvenil, casi infantil aun, siquiera se mostrase ya una ligera sombra sobre su labio superior.

—Siéntate ahí—le dijo ella indicándole la silla en que él se colocaba para leer.—Ya no eres un niño y debes pensar en tu porvenir....

Huberto fijó en su protectora sus ojos con profunda admiración. ¡Su porvenir! ¿Pues no era el de vivir y morir cerca de ella, ocupado en servirla y en quererla? Guardó, sin embargo, respetuoso silencio.

—No te podrás ocupar siempre y únicamente en

leerme libros y periódicos—dijo ella leyendo en su pensamiento: eso no constituye la vida de un hombre y tú mismo te cansarás pronto de ello. ¿Tienes preferencia por carrera alguna?

La carrera que Huberto hubiera elegido indudablemente, era la de secretario de la señora Dunois, pero como se le acababa de decir que no debía contar con ella, necesario le fué encontrar otra cosa.

—En otro tiempo—dijo,—me figuré que quería ser marino... pero de eso hace ya mucho tiempo... ¿Recuerda usted, señora, cuando me hizo leer dos volúmenes de *La vuelta al mundo* seguidos? Creo que fué entonces cuando me dió la idea, pero aquello pasó ya.

—¿Es decir que no tienes afición á la marina?

—Yo tendré afición á lo que usted quiera, señora—repuso Huberto con sumisión caballeresca en que la deferencia del paje no entró para nada absolutamente.

—Te diré por qué—le dijo ella con dulzura.—He pensado en tu porvenir al ver que tu pensabas tan poco en él y le he dicho á mi marido que te coloque en las oficinas para que te instruyas en los negocios. Eso es un principio: con orden y con inteligencia, eso te puede llevar á la fortuna...

Hortensia se detuvo para mirar el semblante de su joven servidor.

—¿Es decir que ya no la veré á usted más?—preguntó con voz tan cambiada como la expresión de su rostro.

—¿Cómo que no? me verás, porque te quedas en la casa.

—¿Abajo?—dijo el joven suspirando.

—Si, abajo. ¿Tendrás miedo de subir un piso?

Peró Huberto no estaba para bromas: aunqua pudiese buena cara, sufría el mayor pesar que había conocido desde la muerte de su madre, y ¡cosa extraña! al pensar que iba á dejar de vivir en aquel piso que concentraba para él todas las alegrías y todos los consuelos de la existencia, creyó volverse á ver pobre y

huérfano marchando detrás del carro mortuorio que llevaba el cuerpo de su madre al cementerio.

—¡Abajo y arriba!—dijo alegremente Hortensia que comprendió cuánto debía sufrir la franca naturaleza de aquel joven con lo que él consideraba como un destierro. Conservarás arriba tu cuarto, como ahora, el mismo que ahora tienes: pasarás por aquí por la tarde y por la mañana; me darás cuenta de lo que hayas hecho, y trabajarás abajo como los demás, hasta las seis. Después de las seis estarás libre como lo están los otros.

—Sí—dijo Huberto á quien le costaba trabajo contener las lágrimas,—y será otro nuevo el que la sirva á usted.

—Nada de eso: será una nueva. Quiero una joven. Es muy fastidioso eso de tener muchachos: se les enseña una porción de cosas, sin contar la geografía, y luego, cuando saben bastante, entran en los escritorios. Tendré una muchacha en lo sucesivo.

—Es verdad—suspiró Huberto,—yo he sido muy torpe: el otro día derribé la canastilla de flores... Quizá sea por eso por lo que usted me despide.

—No seas niño—dijo Hortensia con áspero acento.

—Harto sabes el trabajo que me cuesta el prescindir de ti, y que si lo hago es por tu bien.

La voz era imperiosa y las palabras rudas, pero no fué su acritud la que arrojó á Huberto de rodillas junto á la silla larga con la cara oculta por las pieles.

—Perdóneme usted—dijo tratando de dominar su llanto.—Me causa una pena horrible pensar que otra va á servirle á usted cuando yo lo hacía con tan buena voluntad. Usted es la que me ha enseñado todo lo que sé, y ahora quiere usted hacerme más beneficios todavía. Demasiado conozco que le debo estar agradecido, ¡pero me causa tanta pena!... Yo me acostumbraré, usted lo verá, pero...

—Levántate y ve á buscarme un vaso de agua—dijo Hortensia con voz tranquila—y procura que en la cocina no te vean la cara. Te preguntarían qué es lo que

tienes, y no quiero, ni que lo digas, ni que mientas.

El muchacho se levantó en seguida, y, sin decir palabra, se fué á cumplimentar la orden recibida.

En su corta ausencia, Hortensia se pasó la mano por los ojos y suspiró.

—¡Qué bueno es ser querida de esta manera!—dijo.—Es la compensación del corto bien que hago, y me satisface... Pero los hijos de otro no son nunca más que extraños, sea lo que quiera lo que se haga por ellos... ¡Oh! ¡hijo mío, mi querido hijo!...

El ligero paso de Huberto en la habitación contigua la obligó á componer su semblante: cuando aquel entró, la encontró tan serena como la había dejado al salir.

—Bébetese ese vaso de agua, y escucha—le dijo ella.

El joven obedeció y permaneció mirándola.

—No le digas á nadie lo que te he dicho. Cuando llegue la joven que ha de remplazarte, entrarás sin pérdida de tiempo en el ejercicio de tu nuevo cargo y procurarás arreglarte de modo que evites los comentarios. Hasta entonces seguirás leyéndome y escribiendo mis cartas.

—¿Durará eso mucho?—preguntó el muchacho con inquietud.

—¿Quisieras que fuera ya?—dijo Hortensia semi-sonriendo.

—¿Quisiera que no fuese nunca—replicó él con vehemencia.

—Eso vendrá á su tiempo, y hasta que suceda, comprobarás todas las tardes las cuentas de la casa desde el principio hasta hoy, para que te acostumbres á calcular con presteza y seguridad.

—¿Aquí?—preguntó Huberto.

—Aquí ó en otra parte, eso es lo de menos. Si te digo que lo hagas, estoy segura de que lo harás, sin necesidad de que se te vigile.

El joven se puso encarnado ante aquel elogio. Hortensia añadió con negligencia:

—Podrás empezar esta tarde después de comer: te daré la llave y tomarás los registros que están en ese mueble.

Y le indicó el pupitre colocado frente á ella. Huberto comprendió que, aquel día, trabajaría junto á su señora, y, como niño que era aún, sintió ahogados los cuidados del porvenir en la alegría de la hora presente.

## VIII

Un mes más tarde fué introducida Mónica Brequet en la habitación de Hortensia, en la que esta, sentada en su silla larga como de ordinario, distraía sus dedos haciendo un ligero capricho de aguja.

La señora Dunois miró á la aldeanita, y esta examinó la estancia, que era una vasta pieza de techo alto, tan pulcra y tan sonriente como puede serlo una jaula de la cual no hay medio de salir. Hermosos tapices antiguos cubriendo las paredes, le daban, desde luego aspecto suntuoso y de grandeza: cortinajes orientales cubrían todas las puertas, que eran bastantes.

Hortensia había elegido para estar en ella siempre la pieza central de sus habitaciones, antiguo salón conservado en toda su magnificencia. Tres ventanas daban sobre el jardín, cuyos macizos de flores estaban dispuestos de modo que en ellos descansara la mirada de la enferma cuando hacía aproximar su silla á una de dichas ventanas. En el salón, plantas de largas y verdes hojas lustrosas ocupaban los ángulos en forma que nada diese idea de negligencia ni de abandono. Los muebles más cómodos estaban cerca de la silla larga y de la cama, y los más elegantes, esparcidos á lo largo de las paredes: de estas pendían cuadros y grabados de mérito. Reinaba en la estancia el lujo moderno con cuanto podía consolar á un ser en favor del cual nada

había podido hacer la ciencia.

Mónica dirigió luego su mirada á la propietaria de todos aquellos bienes, á la que había saludado antes con una tímida reverencia.

La señora Dunois no fué para la joven un objeto menos curioso que el marco de que estaba rodeada. Aquella hermosa señora de tez tan nacarada que se la hubiera creído transparente, cuya belleza parecía un cristal frágil pronto á romperse, cubierta de batista y de encajes como niño á quien se va á bautizar, rodeada de almohadones bordados, de cobertores de seda y de pieles que caían sobre una alfombra de Persia, todo aquello le pareció á Mónica maravilloso, inverosímil, casi teatral.

Mientras que la señora que la había conducido hasta allí cambiaba algunas palabras con la señora Dunois, la joven tuvo tiempo de observar con más atención á la señora á la cual iba á servir. Al primer golpe de vista casi le había inspirado miedo; tan poco verdadero le pareció todo aquello: la segunda mirada provocó en Mónica un sentimiento de tierna compasión.

En el momneto en que sus ojos, llenos de ternura compasiva se fijaban en aquella señora tan hermosa, tan rica, y que no podía andar, según le habían dicho, Hortensia detenía en ella su mirada viva é inteligente. La expresión del semblante de Mónica, cogida en flagrante delito de compasión, que bajó los ojos ruborizada, pareció á Hortensia tan dulce y tan nueva, que sintió dilatársele el corazón.

Extendiendo su mano delicada hacia la aldeanita, le hizo seña de que se acercara. Esta obedeció avergonzada de su persona.

—Parece una buena muchacha—dijo Hortensia cogiendo la manecita morena de Mónica.—¿Quiere usted quedarse conmigo?

—Sí señora—contestó aquella súbitamente conmovida por un sentimiento nuevo parecido á la ternura espontánea.

—Podrás empezar esta tarde después de comer: te daré la llave y tomarás los registros que están en ese mueble.

Y le indicó el pupitre colocado frente á ella. Huberto comprendió que, aquel día, trabajaría junto á su señora, y, como niño que era aún, sintió ahogados los cuidados del porvenir en la alegría de la hora presente.

## VIII

Un mes más tarde fué introducida Mónica Brequet en la habitación de Hortensia, en la que esta, sentada en su silla larga como de ordinario, distraía sus dedos haciendo un ligero capricho de aguja.

La señora Dunois miró á la aldeanita, y esta examinó la estancia, que era una vasta pieza de techo alto, tan pulcra y tan sonriente como puede serlo una jaula de la cual no hay medio de salir. Hermosos tapices antiguos cubriendo las paredes, le daban, desde luego aspecto suntuoso y de grandeza: cortinajes orientales cubrían todas las puertas, que eran bastantes.

Hortensia había elegido para estar en ella siempre la pieza central de sus habitaciones, antiguo salón conservado en toda su magnificencia. Tres ventanas daban sobre el jardín, cuyos macizos de flores estaban dispuestos de modo que en ellos descansara la mirada de la enferma cuando hacía aproximar su silla á una de dichas ventanas. En el salón, plantas de largas y verdes hojas lustrosas ocupaban los ángulos en forma que nada diese idea de negligencia ni de abandono. Los muebles más cómodos estaban cerca de la silla larga y de la cama, y los más elegantes, esparcidos á lo largo de las paredes: de estas pendían cuadros y grabados de mérito. Reinaba en la estancia el lujo moderno con cuanto podía consolar á un ser en favor del cual nada

había podido hacer la ciencia.

Mónica dirigió luego su mirada á la propietaria de todos aquellos bienes, á la que había saludado antes con una tímida reverencia.

La señora Dunois no fué para la joven un objeto menos curioso que el marco de que estaba rodeada. Aquella hermosa señora de tez tan nacarada que se la hubiera creído transparente, cuya belleza parecía un cristal frágil pronto á romperse, cubierta de batista y de encajes como niño á quien se va á bautizar, rodeada de almohadones bordados, de cobertores de seda y de pieles que caían sobre una alfombra de Persia, todo aquello le pareció á Mónica maravilloso, inverosímil, casi teatral.

Mientras que la señora que la había conducido hasta allí cambiaba algunas palabras con la señora Dunois, la joven tuvo tiempo de observar con más atención á la señora á la cual iba á servir. Al primer golpe de vista casi le había inspirado miedo; tan poco verdadero le pareció todo aquello: la segunda mirada provocó en Mónica un sentimiento de tierna compasión.

En el momneto en que sus ojos, llenos de ternura compasiva se fijaban en aquella señora tan hermosa, tan rica, y que no podía andar, según le habían dicho, Hortensia detenía en ella su mirada viva é inteligente. La expresión del semblante de Mónica, cogida en flagrante delito de compasión, que bajó los ojos ruborizada, pareció á Hortensia tan dulce y tan nueva, que sintió dilatársele el corazón.

Extendiendo su mano delicada hacia la aldeanita, le hizo seña de que se acercara. Esta obedeció avergonzada de su persona.

—Parece una buena muchacha—dijo Hortensia cogiendo la manecita morena de Mónica.—¿Quiere usted quedarse conmigo?

—Sí señora—contestó aquella súbitamente conmovida por un sentimiento nuevo parecido á la ternura espontánea.

—Pues bien, hecho. Ya le dirán á usted cuáles son sus deberes... desde luego, no son difíciles, y procurará usted esmerarse en complacerme.

—Tampoco será eso difícil—dijo con viveza Mónica, que al punto se mordió los labios, confusa por haber dicho tanto.

La señora Dunois y su amiga cambiaron una sonrisa.

Huberto entró en aquel instante con una bandeja.

—Este joven le dirá á usted los servicios que me prestaba—dijo Hortensia,—y usted hará lo que él hacía. Los ojos de Huberto midieron á la joven de arriba abajo con una hostilidad mal disimulada.

—¿Eres tú la recién llegada—decía aquel modo de mirar,—por más que hagas, al quitarme cuanto yo quiero te detestaré?

—He aquí uno que tiene mal empaque—pensó Mónica, lanzándole una mirada de supremo desdén.— Cree valer más que los otros por que tiene las costumbres de la ciudad ¡Pillete! no me cogerás en torpezas: gozarías mucho en ello.

Desde aquel instante sintieron, Huberto y Mónica, una de esas aversiones recíprocas é instintivas que nada puede combatir, porque no se fundan en razón alguna. Decididos ambos á ser muy prudentes conservaron las apariencias de una política recíproca y se esmeraron en evitar todo rozamiento mezquino, pero el fermento de la antipatía debía irse desarrollando gradualmente.

Cuando llegó la noche y en tanto que Mónica, colorada hasta las orejas y con los ojos bajos, escuchaba por primera vez los dichos de la gente de cocina, sin entenderlos, Hortensia hizo llamar á Huberto.

—¡Bueno!—le dijo sonriendo,—ha terminado tu misión: á partir de mañana, entras en la vida comercial.

—¿Mañana?—preguntó el joven bajando los ojos para ocultar sus lágrimas.—¡Señora: concédame usted algunos días!

—No—le contestó la dama con firmeza.—Ya está

todo arreglado con mi esposo. Irás á las oficinas mañana á las ocho y el jefe de ellas te indicará cuál es tu sitio y te explicará lo que debes hacer. A medio día almorzarás con el personal en el restaurant en que come, y por la noche cenarás donde quieras. Se te dará el sueldo, como es consiguiente, pero ya no comerás aquí.

—¿Por qué?—preguntó Huberto con la mirada en forma suplicante.

—Dejas de estar á nuestro servicio, hijo mío—dijo Hortensia con dulzura,—ahora eres un empleado: es preciso que la servidumbre te considere como tal y que tenga contigo las consideraciones que no se podrían exigir de ella si continuaras comiendo en la cocina. ¿Comprendes?

—Comprendo—contestó él.—Yo había creído que estaba usted disgustada de mí. Veo, por el contrario, que es un beneficio más que le debo, un beneficio sobre tantos beneficios...

Sentía un placer delicioso en repetir aquella palabra con la que le parecía hacer más pesada cada vez la cadena de la gratitud que llevaría siempre hasta su última hora.

—¿No la volveré á ver á usted, señora?—preguntó con visible emoción.

—Sí, por cuanto te he dicho que todos los días, después que almuerces, me traigas los periódicos.

—Como usted los lee antes de almorzar...

—Cambiaré la hora por complacerte, porque eres un niño mimado. Vamos, vete, hijo.

El chico seguía inmóvil y con la cabeza baja: ella comprendió que esperaba algo, y se sintió de pronto conmovida.

—Le prometí á tu madre velar por ti—dijo lentamente—y me parece que he cumplido mi promesa. La carrera que se abre ante tí, es la de un hombre. Serás libre y no dependerás más que de tí y de tu conciencia: sé severo contigo mismo, Huberto. Hasta ahora te he

tenido cerca, he reprimido tus defectos y te he enseñado á ver con claridad y con rectitud en la vida: eso no era otra cosa que autoridad maternal, ejercida de la mejor manera posible. Ahora te haría falta un padre, y nadie puede reemplazarlo para ti. Sé honrado y bueno...

—Y agradecido—añadió Huberto con voz grave.

—Y agradecido—repitió la señora Dunois inclinando la cabeza,—eso templará el corazón y hace pensar bien. Puesto que hablas de gratitud, la mejor manera de demostrármela será siendo hombre de bien.

Huberto se acercó á la silla larga y se arrodilló junto á su bienhechora, no ya agoviado por el pesar que en otra ocasión lo precipitó á sus pies, sino como se arrodilla uno ante el altar antes de emprender un largo viaje. Con la cabeza inclinada sobre las pieles, parecía orar, pero no lloraba. Hortensia tuvo deseos de abrirle los brazos y de besarlo. Pocos meses antes lo hubiera hecho, pero ahora era imposible: ¡había crecido demasiado! colocó la mano sobre la cabeza del joven, y le dijo:

Sé hombre de bien y dichoso.

Y tras un corto silencio, añadió:

—Te agradezco los cuidados que has tenido conmigo: un hijo no hubiera hecho más.

—Gracias—dijo Huberto con voz ahogada.

Hortensia retiró la mano, y el joven se incorporó.

—Adiós, hijo mío.

—Con dios, señora.

Huberto se retiró tranquilamente con callado paso como acostumbraba á hacerlo durante los sueños fugaces que cortaban algunas veces para Hortensia sus largos y solitarios días.

La puerta se cerró sin ruido y Hortensia se quedó sola.

—¡Pobre muchacho!—se dijo,—me lo agradecerá después, pero ahora debe serle muy duro...

Su pensamiento pasó á Mónica.

—Quizá me aficione á ella también—pensó Hortensia—y luego se irá, para casarse sin duda, y será para mí un nuevo disgusto, una nueva separación... ¡corazón absurdo y siempre anhelante, que no puede dejar de querer, por más que sabe de sobra que todo acaba siempre en sufrimientos!

Meditó un rato: corría el mes de agosto y era la hora del crepúsculo, que teñía de matices fugaces y encantadores un extremo del horizonte entrevisto á través de los árboles.

Abrióse una puerta, y entró Mónica con un quinqué: iba seguida de la vieja doncella para evitar sus torpezas. Hortensia volvió á las realidades de la vida.

Y bien, Toinette—dijo ésta á la anciana,—¿crees que conseguiremos algo de esa niña?

—Seguramente que se conseguirá algo—repuso Toinette, que nunca desarrugaba el ceño, siquiera fuese la mejor criatura del mundo.

Mónica se atrevió á mirar á la señora enferma, y al verla tan hermosa, se medio sonrió. Hortensia halló adorable aquella sonrisa, y lo era realmente.

—Siéntese usted ahí, joven—le dijo,—vamos á hablar un poco.

—Esta chica se está cayendo de sueño—murmuró Toinette.

—En seguida irá á acostarse. ¿No le desagradará á usted hablarme de su país ¿no es verdad?

—Mónica—dijo ésta, adivinando que le preguntaban su nombre.

Toinette se retiró y Mónica se sentó en un taburete al pie de la silla larga.

—¿Tiene usted aún padres?

—Madre únicamente.

—¿Y su madre la ha dejado á usted venir de buena voluntad?

—Ella es la que ha querido que yo viniese.

Hortensia pareció admirarse algo de aquella contestación.

—¿Por qué? usted no tiene aspecto de pobre.

—Mi madre tiene algo.

—¿No la quiere á usted?

—¡Oh! sí; pero...

Hortensia miraba con curiosidad el sonrosado semblante de la joven, que se puso encendido.

Después de todo, no es un secreto—añadió Mónica.—Mi madre no quiere que me case hasta dentro de tres años, y ha preferido que salga yo del país.

—¿Según eso, tiene usted novio?

—Sí señora—dijo levantando la cabeza con arrogancia—nos casaremos el 27 de Julio dentro de tres años.

—¡Tres años! para largo va—dijo Hortensia sonriéndose.—¿Está usted segura de quererlo hasta entonces?

—Puesto que estamos comprometidos...

Mónica prestaba tal convicción á aquel argumento, que Hortensia se echó á reír.

—¿Es guapo su novio?

—Así lo creo: es el mejor mozo de Champcey: tiene veinticinco años.

El sencillo aplomo con que hablaba la joven fué para Hortensia la mejor garantía de su ingenuidad.

—¿Hace mucho tiempo que están ustedes en relaciones?

—No.—Aquí Mónica bajó la cabeza.—Se me declaró de repente un día que yo pasaba por el cementerio: yo no le dije que no: de esto hace tres semanas justas.

¿Los han separado á ustedes en seguida? Lo deberán ustedes haber sentido mucho.

—¡Oh! sí—dijo la joven cuyo semblante infantil se puso serio.—Yo lo he sentido mucho; pero he prometido escribirle, y, además, vendrá á verme. Los criados de las granjas tienen vacaciones por Reyes: por esa fecha vendrá á verme.

—¿Y dentro de tres años...?

—Nos casaremos—dijo Mónica.—Creo, señora, que eso no le disgustará á usted.

—Al contrario, me alegra — dijo, temerosa de

ahuyentar la confianza de la joven: luego añadió:—¿Y eso, se lo dirá usted á todo el mundo?

—Es natural ¿es que no debe decirse?

Hortensia reflexionó un instante.

—¿Por qué no?—dijo.—Una joven, prometida, es más respetable, cuando tiene el propósito de cumplir su promesa. Puede usted decir que está usted comprometida para casarse, pero no hable usted de su novio sino conmigo, y así se evitará de bromas y de disgustos inútiles. A mí—añadió al observar que el semblante de Mónica se entristecía,—á mí me lo puede usted decir todo, porque no me burlaré y la aconsejaré bien.

—Eso se ve á la legua—dijo Mónica.

Aquel aplomo infantil, mezclado con intervalos de prudente reserva, era muy nuevo y muy divertido. La señora Dunois, después de haber hecho algunas otras preguntas á su nueva servidora, se preparaba á tocar el timbre para que acudiese Toinette, cuando entró el señor Dunois.

Dispuesto para salir, vestido de negro, con la pechera de la camisa muy reluciente, con los cabellos rizados aunque algo claros por efecto de la edad, pero siempre sedosos y castaños, brillantes y perfumados y con su claqué debajo del brazo, estaba verdaderamente hermoso.

—¡Qué puesto!—le dijo su mujer al verlo, la cual estaba lejos de esperar su visita.

—Me voy al círculo: tenemos audición esta noche: dos hermanas violinistas, dos notabilidades según dicen. He querido despedirme de ti antes de irme, y preguntarte qué es lo que piensas de tu nueva adquisición.

E indicó con la vista á Mónica que al entrar él se había puesto en pie completamente cortada: El señor Dunois le parecía mucho más imponente que su señora.

—Empezamos á conocernos—repuso Hortensia, y volviéndose hacia la joven, añadió:—Retírese usted hija mía, buenas noches, y que no sueñe usted mucho con su país.

Mónica se retiró haciendo una pequeña reverencia que no careció de gracia ni de dignidad. Dunois la siguió con mirada de hombre inteligente.

—Es muy original esa chica—dijo.—Parece que ha revolucionado la cocina hace poco. Escuchaba, hacía ya una hora, sin despegar los labios, la conversación de los nobles personajes de nuestra servidumbre y se la creía completamente muda, cuando Fermín, mi ayuda de cámara, dijo algo un poco atrevido, y ella, volviéndose hacia él, le disparó á quema ropa estas palabras: «A su edad debía usted tener vergüenza». Ahora bien; Fermín tiene pretensiones: no sé si habrás observado que presume; pero es calvo, y no es nada joven, aunque quiera parecerlo. Imposible describirte la alegría que semejante estocada causó, á los otros, no á él; y lo más chusco es que él mismo me lo ha contado hace un momento al vestirme, y que no he podido menos de reirme al oírlo, como si hubiera estado yo en la cocina, sencillamente. Esa muchacha tiene pico de oro.

—En efecto, me ha parecido muy franca, pero aplazo mi juicio para más adelante—dijo Hortensia.—¿Sabes que Huberto entra mañana en tu escritorio?

—¡Ah! ¿es mañana?—exclamó Dunois con negligencia.—Bien: ya está advertido el oficial mayor: él allá. Temo que lo echés de menos.

—Estoy segura de ello—replicó Hortensia,—en bastante tiempo no tendré quien lo sustituya por su exactitud y su adhesión; pero no sentiré el bien que le haya hecho á esa criatura, que es, te lo aseguro, muy superior á su condición.

—Ya sabes, querida, que he hecho cuanto has querido—dijo Dunois galantemente.

Besó la mano de su mujer, y se fué al círculo.

Hortensia hizo sonar el timbre llamando á Toinette, é hizo que esta la condujese al lecho.

Todo el mundo dormía aquella noche tranquilamente en la casa de banca á excepción de Huberto, quien,

sin saber por qué se estuvo sollozando y mordiendo la almohada hasta las primeras horas de la mañana.

## IX

Al siguiente día por la mañana tenía Mónica su sobrenombre. Desde la señora Toinette que era el principal personaje de la gente de librea, hasta la que fregabá los platos, todos en la cocina la llamaban Mónica Pico de Oro. El señor Dunois la había bautizado así, y aquel nombre debía perdurar.

Supo, de otra parte, hacerse querer: su instinto de aldeana taimada le sugirió cierta prudencia, y cierta reserva, sobre todo, que le fueron muy útiles.

Decía cuanto se le pasaba por la imaginación, á riesgo de herir el amor propio, pero no repetía nunca lo que había visto ú oído. Tan pronto como se le reconoció aquella cualidad, Toinette se apresuró á darle cuenta de ello á su señora que desde entonces pudo formar opinión acerca de la extraña niña que tenía á su servicio.

Mónica había aprendido en seguida las obligaciones de su cargo: sus manecitas encallecidas se suavizaron pronto: sus dedos, diestros en las faenas del campo, tenían una finura de tacto que la hizo hábil y ligera en todo cuanto emprendía.

Su paso firme, algo tardo los primeros días, se aligeró y se hizo callado; sus ademanes bruscos se dulcificaron y atenuaron. En menos de un mes se hizo una doncella muy conveniente, y contra lo que de ordinario ocurre, conservaba toda su sencillez primitiva.

Como lo había previsto Dunois, Mónica leía algo parecido á como se canta la misa en un misal: sin embargo, comprendía en gran parte lo que leía, pero lo leía con énfasis. Hortensia se divirtió con ello algunos

Mónica se retiró haciendo una pequeña reverencia que no careció de gracia ni de dignidad. Dunois la siguió con mirada de hombre inteligente.

—Es muy original esa chica—dijo.—Parece que ha revolucionado la cocina hace poco. Escuchaba, hacía ya una hora, sin despegar los labios, la conversación de los nobles personajes de nuestra servidumbre y se la creía completamente muda, cuando Fermín, mi ayuda de cámara, dijo algo un poco atrevido, y ella, volviéndose hacia él, le disparó á quema ropa estas palabras: «A su edad debía usted tener vergüenza». Ahora bien; Fermín tiene pretensiones: no sé si habrás observado que presume; pero es calvo, y no es nada joven, aunque quiera parecerlo. Imposible describirte la alegría que semejante estocada causó, á los otros, no á él; y lo más chusco es que él mismo me lo ha contado hace un momento al vestirme, y que no he podido menos de reirme al oírlo, como si hubiera estado yo en la cocina, sencillamente. Esa muchacha tiene pico de oro.

—En efecto, me ha parecido muy franca, pero aplazo mi juicio para más adelante—dijo Hortensia.—¿Sabes que Huberto entra mañana en tu escritorio?

—¡Ah! ¿es mañana?—exclamó Dunois con negligencia.—Bien: ya está advertido el oficial mayor: él allá. Temo que lo echés de menos.

—Estoy segura de ello—replicó Hortensia,—en bastante tiempo no tendré quien lo sustituya por su exactitud y su adhesión; pero no sentiré el bien que le haya hecho á esa criatura, que es, te lo aseguro, muy superior á su condición.

—Ya sabes, querida, que he hecho cuanto has querido—dijo Dunois galantemente.

Besó la mano de su mujer, y se fué al círculo.

Hortensia hizo sonar el timbre llamando á Toinette, é hizo que esta la condujese al lecho.

Todo el mundo dormía aquella noche tranquilamente en la casa de banca á excepción de Huberto, quien,

sin saber por qué se estuvo sollozando y mordiendo la almohada hasta las primeras horas de la mañana.

## IX

Al siguiente día por la mañana tenía Mónica su sobrenombre. Desde la señora Toinette que era el principal personaje de la gente de librea, hasta la que freyaba los platos, todos en la cocina la llamaban Mónica Pico de Oro. El señor Dunois la había bautizado así, y aquel nombre debía perdurar.

Supo, de otra parte, hacerse querer: su instinto de aldeana taimada le sugirió cierta prudencia, y cierta reserva, sobre todo, que le fueron muy útiles.

Decía cuanto se le pasaba por la imaginación, á riesgo de herir el amor propio, pero no repetía nunca lo que había visto ú oído. Tan pronto como se le reconoció aquella cualidad, Toinette se apresuró á darle cuenta de ello á su señora que desde entonces pudo formar opinión acerca de la extraña niña que tenía á su servicio.

Mónica había aprendido en seguida las obligaciones de su cargo: sus manecitas encallecidas se suavizaron pronto: sus dedos, diestros en las faenas del campo, tenían una finura de tacto que la hizo hábil y ligera en todo cuanto emprendía.

Su paso firme, algo tardo los primeros días, se aligeró y se hizo callado; sus ademanes bruscos se dulcificaron y atenuaron. En menos de un mes se hizo una doncella muy conveniente, y contra lo que de ordinario ocurre, conservaba toda su sencillez primitiva.

Como lo había previsto Dunois, Mónica leía algo parecido á como se canta la misa en un misal: sin embargo, comprendía en gran parte lo que leía, pero lo leía con énfasis. Hortensia se divirtió con ello algunos

días, porque lo raro del acento y la dicción pomposa, daban á veces carácter cómico á los artículos de los periódicos y á los simples hechos diversos; pero aquel juego perdió pronto su atractivo y Hortensia dió á su lectora algunas lecciones que no fueron perdidas.

Mónica se lo asimilaba todo con una facilidad sorprendente: en su interior, sufría crueles heridas de amor propio cuando se burlaban de ella, y más aun cuando sospechaba un destello de burla en una mirada: para evitarlo, hubiera hecho cualquier esfuerzo penoso: su inteligencia le servía, su voluntad hizo el resto.

Hortensia conoció pronto la tenacidad poco común de aquel carácter, cuyos rasgos se iban afirmando de día en día: notó también cuánto obraban sobre el espíritu de la joven los rozamientos de la vanidad.

—No es conveniente contrariarla—dijo un día Toinette vistiendo á su señora,—cuidado que no cedía á nadie, y sus manos, algo torpes por el reumatismo, recobran toda su habilidad en torno de su señora cuya cuna había mecido.

—¿A qué contrariarla, puesto que es fácil obrar sobre ella de otro modo? Mónica es accesible á la dulzura y á los consejos—dijo Hortensia.

—Sí, cuando es la señora la que le habla—replicó Toinette,—pero no acepta reproche alguno de nosotras.

—¿Qué hace, pues?

—Nada. Mira, y se pone lívida de enojo. Creo que su marido va á tener que sentir, á menos que no la mate en los comienzos.

—Me ha parecido—dijo Hortensia,—que sería capaz de cualquier sacrificio por amistad. Cuando yo le mando algo relativo á mi persona y lo hace bien, la alegría brilla en su rostro.

—No digo lo contrario, en cuanto á eso—dijo Toinette,—pero la creo tan capaz de cometer un desatino en un momento de cólera, como de hacer todo el bien posible á cualquiera á quien ame.

—¿Qué quieres!—dijo Hortensia riéndose,—con tal

de que nos quiera, estaremos en buen terreno.

—En cuanto á quererla á usted, la quiere—dijo Toinette.—Hasta celosa está.

—¿Celosa! ¿de mí?

—Naturalmente: quisiera ser la única en servirla á usted: no está conforme con que esté yo aquí.

Y era verdad. Mónica, tratada con dulzura, bien manejada en su terrible amor propio por su señora, tan buena, tan justa y tan digna de compasión, se había dedicado á quererla con un fervor extraño, semejante á la devoción.

Su naturaleza apasionada la llevaba á emprenderlo todo con exceso. El deseo de independencia que le había hecho considerar su salida de Champcey como un bien, le hubiera hecho insoportable la cadena de la servidumbre doméstica, sin el impulso de ternura y de admiración que la había unido de pronto con la señora Dunois.

Hasta entonces, Mónica, de un fondo violento y tierno, no había querido verdaderamente á nadie. El afecto que le tenía á su madre era el que los aldeanos se tienen entre sí, afecto que tiene más de respeto y de costumbre que de cariñosa expansión. Las madres de aquel país no piden que se las quiera, más bien exigen que se las obedezca. Sufren tanto, quizá, como las demás, cuando sus hijos son ingratos, pero en la altiva reserva con que ocultan sus sentimientos, los mismos que les causan los disgustos lo ignoran, si su propio corazón no se los dice.

Mónica no había querido á su novio. Feliz con ser amada, poseyendo en el fondo de su corazón una amistad verdadera para con el joven complaciente á quien en todo tiempo había conocido dulce y servicial, lo había aceptado con orgullosa alegría; pero el amor no se había manifestado en ella desde el momento de la declaración.

¿Quién es capaz de saber en qué minuto surge el amor en el corazón de una joven que acepta un novio

para casarse con él? ¿Quién sabe hasta qué punto influyen en su resolución, el placer de verse amada, el orgullo de ser solicitada, las esperanzas de porvenir, y las satisfacciones de la vanidad?

Todas esas criaturas jóvenes que han dicho *sí* y que se preparan á entrar en una nueva existencia tan irrevocable como la muerte misma, se expresan de buena fe cuando al hablar de su futuro, dicen: «Lo quiero».

Y no es que lo quieran á él, no; á quien quieren con frecuencia es al amor, que les hace la vida tan dulce y tan nueva, y, con más frecuencia aun, es que esperan hallar en el matrimonio la independencia y la alegría de ser cortejadas.

Lo que Mónica había amado, era el amor: el amor apareció ante ella en medio de un grupo de rosas blancas, como una revelación, casi como un sueño: lo leyó en los ojos de Marín, lo adivinó en sus labios, casi lo sintió, pero quedó detenido en su desarrollo por las circunstancias.

De aquella aparición en su vida, Mónica había conservado una impresión extraña, una especie de descontento, algo así como lo que sentiría el que, sediento y no pensando más que en beber, viera de pronto retirar el vaso de agua fresca ofrecido á sus labios.

Mónica profesaba á Marín mucha amistad, amaba al amor, ó más bien, le hubiera amado si la hubieran dado tiempo para acostumbrarse á amarlo. Poco á poco el amor y el amante se hubieran fundido para ella en una sola adoración, y hubiera vivido dichosa en la vieja casa de los Bonami. Su marcha precipitada había trastornado, no sólo las condiciones materiales de su existencia, sino hasta su ser moral.

La joven aldeana no era precisamente ambiciosa: el lujo en medio del cual vivía ahora, no despertaba en ella idea alguna de envidia: consideraba natural que viviesen de distinto modo que ella, las gentes criadas de modo distinto; pero quería ser considerada igual á todos en lo concerniente á la inteligencia y al buen

sentido. Ella conocía, no la profundidad de lo que le faltaba, pues se necesita ser muy civilizado para saber que no se sabe nada, sino la ausencia de una instrucción verdadera, y la inferioridad de educación que con frecuencia la hacía ruborizarse violentamente.

Mónica no podía soportar el equivocarse en nada, por lo cual, rara vez incurría en falta alguna. Adoró á su señora, porque, sin reprenderla nunca, le indicaba sus errores haciéndole ver al mismo tiempo la manera de no incurrir más en ellos.

Huberto la encontró varias veces: cambiaban entre sí un saludo breve, y no se hablaban sino en el caso de una necesidad absoluta. A pesar de aquella abstinencia de trato, se habían adivinado recíprocamente con bastante aproximación, y á medida que Mónica se aficionaba más á su señora, odiaba con más asperaza á aquel muchachote á quien había reemplazado en su servicio material sin suplantarle en el afecto de su ama.

Aquellos dos niños se habían puesto precozmente celosos el uno del otro: cuando Huberto entraba con los periódicos, Mónica se retiraba con aspecto contrariado para no volver á entrar hasta que oía un golpe en el timbre. Por nada de este mundo se la hubiera hecho entrar en la habitación de su señora durante la hora de lectura. Si algo había que transmitirle á la señora Dunois en aquella hora, se las arreglaba de modo que entrara Toinette ó cualquiera otra persona de la casa.

Todos sabemos lo que un perro favorito se encela de otro perro, por poco que su dueño lo acaricie. Se ve entonces al animal más afectuoso, retirarse de la presencia de aquel á quien quiere, y negarse obstinadamente á acercarse á él en tanto que el intruso no se ha marchado y que el dueño no ha reparado su aparente infidelidad en fuerza de caricias, y esto era precisamente lo que le pasaba á Mónica, sin tener en cuenta que ella era la recién llegada, y que era Huberto quien con más razón hubiera debido demostrar para con ella, un

sentimiento de aquella índole.

El joven, por el contrario, había acabado por acostumbrarse, no á Mónica, que le inspiraba profunda é incurable desconfianza, sino á la presencia inevitable de aquella rival. No se sabe qué sentimiento de íntima superioridad le había hecho comprender que aquella muchacha, por buena que Hortensia fuere para con ella, no lo suplantaría nunca en el corazón de la que él llamaba en su interior su querida madre.

Habíase hecho la luz en su espíritu: después de la desesperación de los primeros días de separación, había comprendido que lo que él había considerado al principio como un destierro, era, por el contrario, una prueba grandísima de afecto.

Había comprendido, por diversos detalles, que había sido suplido, pero no reemplazado; que la señora Dunois se privaba de muchas pequeñeces antes que permitir que otro hiciera lo que había prometido reservar para él, y la herida de su corazón juvenil se había ido cicatrizando rápidamente.

Aquella prueba había tenido para él una influencia definitiva: de un muchacho había hecho un hombre. Había tomado un continente serio, una actitud correcta y severa, que no consentía ya que se le tratara como á un ser insignificante. En menos de tres meses sus antiguos camaradas habían adquirido la costumbre, al hablar de él con los jefes de la casa, de llamarle el señor Huberto, y nadie se permitió con él una libertad de mal género. Estaban contentos de su trabajo y, siguiendo el consejo de la señora Dunois, asistía de noche á las clases de adultos donde aprendía á coordinar las nociones de ciencias y de artes adquiridas al azar en sus lecturas.

Tan grande fué el cambio que hasta el señor Dunois se admiró de él.

Este, iba, desde hacía algún tiempo, más á menudo al cuarto de su mujer: se apoyaba con un codo en la chimenea y seguía con mirada alegre los movimientos

rápidos y precisos de la pequeña servidora, que nunca dejaba de encontrar ocupación para sus dedos.

Hablaba con Hortensia de las cosas del día ó de las de la casa; le pedía á veces su parecer, que seguía entonces casi siempre, y consideraba á su mujer como una buena consejera.

—Has tenido una buena idea—le dijo un día, mientras que Mónica, sentada en la alfombra, seguía con sus manos ágiles los movimientos de su señora, ocupada en devanar una madeja de seda pálida.—El joven Huberto se está haciendo un excelente contabilista: tiene las cualidades del empleo...

Mónica frunció las cejas: le repugnaba instintivamente todo elogio hecho de su enemigo.

Hortensia sonrió dulcemente.

—Así lo creía yo—dijo,—y hubiera sido una lástima dejarlo en una situación inferior.

El rostro de la joven se anubló cada vez más. ¡Una situación inferior! ¿la que ocupaba ella precisamente? Aquello, en verdad, era muy duro; pero la señora Dunois no se fijó en ello.

Pero su marido tenía más vista, y una sonrisa ligeramente burlona se dibujó en sus labios. Se complacía en observar en las movibles facciones de Mónica, el reflejo de las impresiones de su espíritu raro.

—De ese joven se podrá sacar partido—dijo—y no dudo de que llegue á alcanzar una buena posición, con tal de que siga portándose bien.

—Seguirá; no lo dudes—le contestó Hortensia con la alegría de un alma buena, satisfecha de haber realizado con éxito una buena obra.

Mónica hizo dos ó tres movimientos bruscos que enredaron el hilo de seda en sus dedos nerviosos: Hortensia desenredó la madeja con su paciencia de costumbre.

—¿Y ese novio?—dijo Dunois dirigiéndose de repente á la joven,—¿qué hacemos de él, Mónica?

Ella se puso encarnada y no volvió hacia él la ca-

beza, pero Dunois vió colorearse la nuca bajo los rizados cabellos.

—¡Admirable encarnación!—pensó el epicuro,—corre la sangre á flor de la piel: debe ser blanca como la leche.

—¿No escribe?—preguntó riendo.

—Escribe—contestó la joven sin moverse.

—¿Me enseñará usted sus cartas?

—No señor.

—¿Por qué?

—Le he prometido no enseñárselas á nadie.

—¿Absolutamente?

—Lo he prometido.

—Mónica hace bien en cumplir lo que ofrece—dijo Hortensia con su voz tranquila.

Dunois abandonó la chimenea.

—Es verdad—dijo—debe uno cumplir lo que promete. Vámonos, hasta otro rato, mi querida Hortensia: adiós, Mónica.

Y salió, como un buen muchacho que era, con sus maneras desembarazadas y algo protectoras.

—¿Cómo está el novio?—preguntó Hortensia cuando la puerta se hubo cerrado.

—Está bien, señora; gracias—repuso la joven prudentemente.

—¿Le escribe á usted?

—Sí señora: me escribió la semana pasada: se ha colocado con buenos amos, en una gran finca cerca de Isgny.

—¿No se aburre?

—¡Oh! sí. Se aburre, porque no me ve.

Mónica guardó un momento de silencio y añadió:

—Encuentra largo el plazo: ¡tres años!

—¿Y usted, es de su mismo parecer?

Mónica hizo una mueca.

—Largo es, si se quiere; pero en fin; ya han pasado tres meses.

—El tiempo es más largo para él que para ella—se

dijo la señora Dunois examinando con curiosidad á su criadita, que en aquel momento iba y venía por la habitación.—Eso se comprende: él no piensa más que en ella, y ella piensa en cualquiera otra cosa.

En esto entró Huberto, y Hortensia, fijándose en él, se sorprendió de verlo tan alto y tan hombre. Comprendió de pronto y por primera vez, que había desaparecido por completo el niño y que tenían razón los criados al llamarle «señor».

Mónica se eclipsó como de costumbre, y Huberto, que se había acercado á la silla larga, permaneció de pie delante de su protectora.

—¿Qué hay de nuevo?—le preguntó ella sonriendo.

—Nada, que yo sepa, señora—repuso él.—Hoy es día de fiesta; las oficinas están cerradas, y he venido...

—¿A hacerme una visitita? Está muy bien.

Hortensia comprendió en aquel instante que le sería imposible tutear por más tiempo al joven, por antigua que fuera la costumbre.

—¿Ha ido usted á dar un paseo?—le preguntó sin mirarlo porque no ignoraba la pena que le producía.

La mirada que él fijó en ella, fué tan intensa como la de un enfermo que intenta penetrar la expresión del semblante de su médico: luego bajó los ojos, se puso pálido, y en vez de contestar á la pregunta, dijo con voz comprimida.

—¿Está usted incomodada conmigo, señora?

Hortensia no quiso mirarlo.

—No, hijo mío—le dijo,—pero crece usted tanto, que es imposible tratarlo ya como á un arrapiezo.

Huberto guardó silencio.

—¿Bueno, y qué?—preguntó ella con alguna impaciencia.

—Señora, que tiene usted razón siempre, y que le doy á usted las gracias por todo cuanto ha hecho en obsequio mío, porque, en lo que á mí toca, no hay una sola acción en usted que no proceda de un buen pensamiento.

La conmovedora sumisión con que se expresaba á pesar de la pena evidente que sentía, conmovió á Hortensia, pero no lo demostró.

—No me ha dicho usted aun si ha estado de paseo— le dijo con mucha dulzura.

—Como hoy es 1.º de Noviembre, he ido al cementerio—dijo.

Hortensia bajó la cabeza. El día antes había hecho llevar á la tumba de su niño cuantas rosas blancas tardías se habían podido encontrar de venta. Su esposo no se había acordado de ello, pero Huberto sí... Después de todo, quizá no hubiera ido allí más que por su madre.

—¿Está en buen estado la tumba de María?—preguntó con el deseo instintivo de saber la verdad.

—Sí señora: el jardinero la cuida muy bien...

Huberto sacó del bolsillo interior de su americana dos capullos de rosas blancas apenas marchitas y los presentó con timidez á Hortensia, que los reconoció.

—Los he cogido en la tumba del niño—dijo de una manera vacilante,—y he creído que le causaría á usted algún placer tener hoy algo de allí...

Hortensia no pudo contener aquella vez las lágrimas ni dejar de dar con ellas las gracias al joven. Extendió la mano, cogió las dos rosas, las aspiró un instante, y las colocó sobre sus rodillas diciendo:

—Gracias.

Huberto se había vuelto. De pronto se fué hacia el pupitre, cogió un tiestecito de porcelana de Sajonia, vertió un poco de agua y volvió cerca de su señora: sin decir una palabra, puso ésta las dos flores en el tiestecito, que el joven colocó al alcance de la vista y de la mano, sobre la mesa próxima.

No habían pronunciado una palabra, y ambos estaban mutuamente agradecidos.

La señora Dunois miró hacia la ventana, que entristecía el fugaz crepúsculo de Noviembre.

—¡Un invierno más!—dijo,—¡otro largo invierno

que pasar encerrada!... En verano, por lo menos, voy al jardín.

Huberto vió de repente surgir en su memoria tantas horas de sol pasadas bajo los árboles, cerca de mázcos de heliotropo y de reseda que embalsamaban... ¡Ya estaban muy lejos: por más que aquellas horas volvieresen para la señora Dunois, ya no volverían para él! ¡Aquello había concluído! ¡Había entrado en la vida!

¡Cruel vida! Ella le quitaba todo lo que había constituido su alegría ¿qué pudiera darle en cambio, que valiera lo que aquello? Comprendió entonces que toda su vida se había reducido á servir y á querer á la señora Dunois.

—No sé por qué—dijo ésta,—se ha de poner uno triste al ver acercarse el invierno: para los demás es una estación agradable; para mí, únicamente, es el fin de todas las alegrías. Los que salen, tienen menos que sentir.

Huberto comprendió que el invierno había llegado también para sus almas. En otro tiempo, primavera y otoños le importaban poco, pero ahora, los días serían largos bajo el gas ardiente que se quema con un chisporroteo incitativo. Allí, en aquella hermosa habitación clara era donde se pasaba bien la vida en las horas alegres del día, así como, cuando la lámpara, cubierta con su pantalla, proyectaba una luz dulce sobre las personas y sobre los objetos. Había en el muro, detrás de la señora Dunois, un paisaje en un marco dorado, que tomaba de noche tintes deliciosos: los árboles claros se fundían con el cielo gris en indecible armonía melancólica: algunos puntos de oro brillaban únicamente en el cuadro atrayendo la mirada. El había admirado aquello muchas veces y se admiraba ahora de haber podido ver otra cosa que el rostro de la señora Dunois colocado debajo, tan armonioso, tan pálido y tan bello como el paisaje de Corot.

Declinaba el día: entraba por las ventanas situadas del lado de poniente, una claridad rosácea, y el rosa de

aquel crepúsculo parecía haberse encontrado en las mejillas de Hortensia. Huberto la miraba sin pensar siquiera en ello: nunca la había visto tan hermosa ni tan delicada. Creyó notar que había adelgazado, que sus ojos estaban hundidos, que su sonrisa había entristecido... Quizá fuera verdad, y sentía un disgusto sin límites al pensar que toda la ternura y toda la abnegación que él sentía hacia ella, no podrían evitarle á aquella santa, ni un sufrimiento físico, ni un dolor moral.

El señor Dunois era muy culpable...

Cuando Huberto llevaba aun la librea de groom, no sabía nada del señor Dunois: los criados tenían quizá sus razones para no hablar entre ellos mal del amo, y, de otra parte, nadie se hubiera permitido la menor reticencia delante del chico, porque ¿quién se hubiera atrevido á causar algún disgusto á la señora? ¿no sabían todos que el muchacho era incapaz de ocultarle nada á su querida protectora?

Pero en el escritorio, los empleos no habían guardado la misma reserva, y Huberto supo en seguida cosas que nunca había sospechado. La confianza infantil que le había inspirado el señor Dunois como ser superior, desapareció al impulso de una mano brutal. Las calaveradas del señor, convertido en «patrono» le fueron reveladas, y entonces comprendió Huberto por qué Hortensia no preguntaba nunca por su marido, ni adónde iba, ni lo que hacía.

La infancia y la primera juventud, toman á veces tierra de repente al héroe de la víspera, despojado de la grandeza de que se le había revestido. Huberto experimentó para con el señor Dunois una de esas desilusiones que hacen injustas á las personas. Le tuvo tirria, sobre todo, por haberle causado tantas penas á su mujer, y estaba relativamente descontento de sí mismo por haberlo considerado hasta entonces como una profesión, casi como un dios, no siendo más que un hombre que, haciéndole favor, no era otra cosa que un amable é inteligente epicuro.

Cuando pensaba en todo esto en el silencio de la oscura habitación, en tanto que Hortensia pensaba en las rosas enviadas por ella á la tumba de su hijo, y cuyo perfume parecía llegarle á ella desde el cementerio semejante al alma del niño, entró Mónica con el quinqué.

No había podido prescindir de hacerlo: aprovechando la festividad del día, la servidumbre se había dispersado más ó menos, y tuvo, á pesar suyo, que presentarse delante de su enemigo. Huberto, como para cederle el sitio, se levantó de la silla en donde acababa de pasar silenciosamente un momento á la vez dulce y penoso.

—¿Se marcha usted?—le preguntó Hortensia como si despertara de un sueño.

—¡Calla! ¡le habla de usted!—pensó Mónica con alegría.—¿Se habrá incomodado con él? ¡Qué felicidad!

Huberto contestó algunas palabras y se dirigió á la puerta: la señora Dunois lo llamó por su nombre.

—No le he dado á usted las gracias—le dijo.

El se acercó invitado por un ademán.

—Me ha causado usted mucho, mucho...—buscaba una palabra que no fuese placer, y no encontrándola, le tendió la mano.—Muchas gracias.

Huberto no se atrevía á estrechar aquella mano como un igual, ni se atrevía tampoco á besarla como un niño: ella oprimió suavemente la mano del joven y retiró la suya en seguida: era la primera vez que lo trataba como amigo. Huberto se sintió inundado de orgulloso júbilo.

—Me portaré como un hombre—dijo respondiendo á su propio pensamiento.

—Estoy segura de ello—replicó Hortensia sonriéndole.

Y era verdad: él no era ya un criado para su bienhechora sino un hijo, un amigo... ¡De qué modo iba á trabajar para merecer aquella dignidad! ¡De qué modo tenía que velar sobre sí mismo para mantenerse á la altura de tal sentimiento!

Mónica se había deslizado contra la silla larga, y sentada en la alfombra como un perrito familiar, acariciaba con la palma de la mano el cobertor de pieles cuyo contacto sedoso le producía un leve estremecimiento entre ambos hombros. Esto era algo inquietante, y le gustaba á ella.

—Señora—dijo,—¿sabe usted una cosa?

Las ideas de Mónica eran con frecuencia originales; Hortensia la escuchó con bondad.

—Debiera usted tutearme—le dijo.—Usted ha tuteado á Huberto cuando la servía, ¿es que yo no la sirvo á usted tan bien como él?

Hortensia se sonrió. No, Mónica se forjaba ilusiones: jamás reemplazaría á Huberto en su servicio; pero era inútil decirselo.

—¡Me causaría tanto placer eso! diga usted, señora, se lo ruego.

—¡Sea!—contestó Hortensia sonriendo.—Después de todo, será más cómodo.

Mónica incorporándose sobre sus rodillas, asió la mano de Hortensia, que besó repetidas veces.

—¡Oh, señorita!—dijo,—¡cuánto la quiero, ay, cuánto la quiero á usted!

Aquella explosión sorprendió algo á la señora Dunois, que no se la esperaba: hasta entonces, la reserva de su servidora no se la había dejado prever.

—¿Tanto me quieres?—le dijo.—Ten cuidado con no quererme demasiado: ya sabes que las personas que se empieza por quererlas mucho, se acaba, á veces por no quererlas bastante.

—Señora: no hay peligro de eso. ¡Usted es tan buena, y tan hermosa... y tan buena! — repitió, como si aquella palabra resumiera todos sus sentimientos para con su ama.

—Bueno, basta—le dijo ésta sonriendo.—Ve á divertirme: hoy es día de fiesta: déjame.

Mónica se retiró casi bailando de gusto, y Hortensia se quedó sola con las rosas blancas que se habían ani-

mado y que esparcían por la tibia atmósfera su delicado perfume.

## X

—¡Mónica!

La joven se volvió al oírse llamar: el señor Dunois subía detrás de ella la escalera alfombrada, y no había sentido sus pasos.

—¡Señor!—le contestó.

El seguía subiendo, y como ella se encontrara más alta, él le cosquilleó en las pantorrillas con la contera del bastón. Mónica permaneció imperturbable.

—Estás muy bien con tus faldas cortas—le dijo él,—y tienes unos pies muy bonitos, pero llevas unos zapatos muy feos.

—Son buenos para cuando hace mal tiempo—contestó ella,—no se moja una los pies.

—Pero resultan feos en casa. Además, hacen ruido.

El la había alcanzado: ella siguió subiendo los escalones de dos en dos, y pronto llegó á la meseta.

—No debías llevar eso—insistió Dunois paseando la contera del bastón en torno del pie de la joven, bien arqueado sobre la alfombra.

—No soy bastante rica para comprar calzado fino—contestó ella con algún mal humor.

—¿Lo crees así? ¡Lo que es la avaricia! ¿Y el ser bonita no vale nada?

—¿Es que no soy bonita tal como voy?—preguntó audazmente Mónica.

Dunois se echó á reír.

No era la primera vez que le ponía una vara á la joven, como se suele decir: al principio, ella no se había atrevido á contestar; después se animó, y luego, que la virtud lugareña no repugnaba aquellos escarceos

Mónica se había deslizado contra la silla larga, y sentada en la alfombra como un perrito familiar, acariciaba con la palma de la mano el cobertor de pieles cuyo contacto sedoso le producía un leve estremecimiento entre ambos hombros. Esto era algo inquietante, y le gustaba á ella.

—Señora—dijo,—¿sabe usted una cosa?

Las ideas de Mónica eran con frecuencia originales; Hortensia la escuchó con bondad.

—Debiera usted tutearme—le dijo.—Usted ha tutiado á Huberto cuando la servía, ¿es que yo no la sirvo á usted tan bien como él?

Hortensia se sonrió. No, Mónica se forjaba ilusiones: jamás reemplazaría á Huberto en su servicio; pero era inútil decirselo.

—¡Me causaría tanto placer eso! diga usted, señora, se lo ruego.

—¡Sea!—contestó Hortensia sonriendo.—Después de todo, será más cómodo.

Mónica incorporándose sobre sus rodillas, asió la mano de Hortensia, que besó repetidas veces.

—¡Oh, señorita!—dijo,—¡cuánto la quiero, ay, cuánto la quiero á usted!

Aquella explosión sorprendió algo á la señora Dunois, que no se la esperaba: hasta entonces, la reserva de su servidora no se la había dejado prever.

—¿Tanto me quieres?—le dijo.—Ten cuidado con no quererme demasiado: ya sabes que las personas que se empieza por quererlas mucho, se acaba, á veces por no quererlas bastante.

—Señora: no hay peligro de eso. ¡Usted es tan buena, y tan hermosa... y tan buena!—repitió, como si aquella palabra resumiera todos sus sentimientos para con su ama.

—Bueno, basta—le dijo ésta sonriendo.—Ve á divertirte: hoy es día de fiesta: déjame.

Mónica se retiró casi bailando de gusto, y Hortensia se quedó sola con las rosas blancas que se habían ani-

mado y que esparcían por la tibia atmósfera su delicado perfume.

## X

—¡Mónica!

La joven se volvió al oírse llamar: el señor Dunois subía detrás de ella la escalera alfombrada, y no había sentido sus pasos.

—¡Señor!—le contestó.

El seguía subiendo, y como ella se encontrara más alta, él le cosquilleó en las pantorrillas con la contera del bastón. Mónica permaneció imperturbable.

—Estás muy bien con tus faldas cortas—le dijo él,—y tienes unos pies muy bonitos, pero llevas unos zapatos muy feos.

—Son buenos para cuando hace mal tiempo—contestó ella,—no se moja una los pies.

—Pero resultan feos en casa. Además, hacen ruido.

El la había alcanzado: ella siguió subiendo los escalones de dos en dos, y pronto llegó á la meseta.

—No debías llevar eso—insistió Dunois paseando la contera del bastón en torno del pie de la joven, bien arqueado sobre la alfombra.

—No soy bastante rica para comprar calzado fino—contestó ella con algún mal humor.

—¿Lo crees así? ¡Lo que es la avaricia! ¿Y el ser bonita no vale nada?

—¿Es que no soy bonita tal como voy?—preguntó audazmente Mónica.

Dunois se echó á reír.

No era la primera vez que le ponía una vara á la joven, como se suele decir: al principio, ella no se había atrevido á contestar; después se animó, y luego, que la virtud lugareña no repugnaba aquellos escarceos

de pura coquetería en los cuales se avaloraba.

—¿No te permitiría tu novio llevar calzado fino como tu dices?—le preguntó Dunois.

—¡Mi novio!... Pues bien: si se metiera en eso y me quisiera prohibir algo, perdería el tiempo—dijo Mónica.

—Tanto más cuanto que aquí no verá él nada ¿no es eso? ¿De qué número gastas el calzado?

—Del treinta y cuatro.

Dunois sacó del bolsillo una moneda de oro.

—Toma—le dijo;—para que compres calzado fino. Mónica lo miró desdenosamente.

—Yo no tomo más que mis honorarios y los aguinaldos. La señora me ha pagado el mes, y aún faltan seis semanas para el primero de Enero.

Dunois se quedó muy corrido con la moneda en la mano.

—¡La dignidad!—exclamó tratando de sonreír.—¡Oh!... pero, Mónica ¿gastas muchos humos!

Ella fué á entrar en las habitaciones, pero el la detuvo asiéndola de un brazo.

—¿Para qué me quiere usted?—le preguntó ella en voz algo alta.

El le dió un beso en el cuello en el sitio en que los cabellos se rizaban.

—Para eso—dijo,—y ahora, ya puedes marcharte. He hecho un buen negocio.

Se colocó de una manera ostensible en el bolsillo el luis de oro, y pasó delante. Mónica lo vió entrar, con semblante muy disgustado.

—Me encocora ese señor—pensó ella;—si no fuera el el marido de mi señorita, hace tiempo que lo hubiera puesto á raya.

Sí, pero no lo ponía á raya: la verdad es que ella estaba á la vez fastidiada de la corte que le hacía su amo, y halagada por las flores que le dirigía.

La habían cortejado en el pueblo, y no le asustaba un poco de coqueteo. No temía en modo alguno los amores rústicos, y había tenido, de otra parte, pocas

ocasiones de defenderse de ellos. No había que contar con Marín Bonami, porque éste no era un novio ordinario, sino el prometido, casi un marido.

Era admirable cómo, desde lejos, Marín se parecía á un marido. Las truhanerías de las gentes de la casa no habían contribuído poco á aquella metamórfosis. Hortensia había dicho, en un principio, que quería que se respetasen los inocentes esponsales de su nueva servidora, y aquel deseo fué obedecido en la cocina; pero la malicia humana no abdica sus derechos y había hecho uso de ellos exagerando los derechos de Marín y los deberes de Mónica.

Siempre que se hablaba de amorcillos, simulaban, para respetar los oídos de la joven, irse á cuchichear por los rincones. El ayuda de cámara del señor no había olvidado la estocada que le valió á Mónica el apodo de Pico de Oro; nunca le había hecho la corte, pero observaba con perversa marrullería, que sólo necesitaba un pretexto para traducirse en actos. Entretanto, una de sus malicias era formar el vacío en torno de la joven para que ésta no tuviese á nadie con quien hablar. Desde su entrada en la casa sólo un hombre había mirado á Mónica con ojos humanos, y aquel hombre era su amo.

Ella lo juzgaba hermoso; olía bien; tenía las manos blancas y las uñas relucientes; sus vestidos eran elegantes y finos; la puerta del cuarto tocador, entreabierta cuando ella pasaba, dejaba entrever cosas extraordinarias, capillas de marfil, útiles de plata, un gran baño lleno de agua perfumada...

El tocador de la señora no era menos suntuoso, pero ella era una mujer, y, además, era su «señorita» para la cual nada era bastante hermoso: para un hombre, tal exceso de refinamiento y de elegancia era, en verdad, muy extraño.

En el espíritu pesquisidor de Mónica había ido infiltrándose por grados la curiosidad en lo relativo á aquel amo que la miraba de cierto modo, como si él tuviera á

su vez curiosidad respecto á ella. A veces sentía los ojos azules y risueños del señor Dunois deslizarse por debajo de su fichú ó pasar alrededor de su talle como si la desnudara, y aunque ella se ponía encarnada por la cólera, nada podía hacer.

Su orgullo de aldeana libre se revolvía contra aquellos modales de señor libertino. ¿Se figuraba él tenerla á discreción suya como cosa comprada, y que no tenía mas que ponerle los ojos tiernos para que ella se considerase muy honrada con ello?

Luego, y poco á poco, fué cambiando su modo de ver, y se sintió halagada de la atención que le dispensaba aquel hombre, probablemente acostumbrado á tratar con señoras elegantes y ricas. Se fijó en él, lo encontró hermoso, y se enorgulleció de ser el objeto de sus atenciones.

Al lado de aquel sentimiento de vanidad, experimentaba una obsesión dolorosa: ambas impresiones iban juntas y producían en ella cierta irritación.

No se trataba de Marín, no. Marín no tenía nada que ver con aquello: él estaba allá, trabajando en su finca; le escribía de vez en cuando; ella le contestaba; y se casarían pasados tres años: de aquella parte todo estaba en regla.

La inquietud que la atormentaba era á propósito de su «señorita». ¿Qué diría ésta si llegara á saber con qué ojos la miraba su marido? Es seguro que se incomodaría y que tendría un gran disgusto. Sin embargo, Mónica no podía hacer nada en ello... ¿Podía impedir que el señor Dunois le bailase el agua cuando la encontraba en las escaleras ó en las habitaciones? Tampoco. ¿Que la besara como acababa de hacerlo? Era muy difícil... Si ella se ponía seria, él se burlaría de ella y volvería á empezar. Lo mejor era hacer como que no ponía atención en ello.

Entretanto, Mónica estaba turbada y, sin dejar de comprender que debía hacer algo, ó no sabía, ó no quería saber lo que debía hacer.

En vez de entrar en las habitaciones, siguió subiendo escaleras y se sentó en el tercer piso en el interior de una gran ventana acristalada que proyectaba una luz muy viva sobre la meseta y hasta el fondo de los corredores, donde se abrían, á uno y otro lado, numerosas puertas de habitaciones, ocupadas por dependientes y criados.

En aquella hora de la tarde, la casa, enteramente tranquila y silenciosa, pertenecía á la joven, á quien gustaba recorrerla de arriba abajo. Los criados estaban, ó en la cocina ó callejeando, la señora Dunois ocupada en recibir visitas, los empleados en sus negocios y el señor Dunois en la Bolsa.

En efecto: á poco oyó Mónica que se abría una puerta, luego los pasos del amo bajando la escalera; al conserje abrir y cerrar la puerta exterior, y por último, una gran puerta de cristales que separaba el vestíbulo de la escalera, tras de lo cual, todo quedó en silencio.

Mónica dirigió una mirada hacia fuera: los árboles, desnudos de hojas, eran agitados por el viento de otoño; la lluvia corría por las negras y lucientes ramas, y el mar debía romper contra las rocas á lo largo del acantilado, allá en Champcey.

Una ráfaga hizo crugir la ventana, y el viento frío produjo en la joven un estremecimiento. De pronto recordó el sitio en que se había sentado con Marín el día que cortaban los helechos del señor Mahaut; el mar debía cubrir entonces aquel sitio, y las mariposas blancas de la espuma de las olas, debían volar muy altas, hasta por encima de los avellanos, y caer quizá en el pequeño lavadero en donde ella y él se habían estado contemplando á la luz de la luna...

Mónica, conmovida, buscó en su bolsillo y sacó de él un sobre sucio, carcomido en los extremos, y se puso á leer muy despacio, como si aprendiera de memoria las palabras trazadas por una mano torpe y poco cuidadosa de la ortografía.

«Esta es para decirte, Mónica mía, que estoy desde

San Dionisio en la finca de las Landas, y que estoy en ella tan bien como uno puede estarlo fuera de su casa. Lo que me causa más disgusto es no poder ver el mar. Cuando estaba en mi casa y me aburría de no verte, bajaba á la costa é iba á sentarme en las piedras, allá abajo: me figuraba que tú estabas allí también, y que el viento se llevaba mi murria. Aquí, en lo alto de la landa, no se ve más que el cielo, y este cielo es triste. Es seguro que tú piensas en mí, porque yo no hago más que pensar en ti; pero es una desgracia que yo no sepa cuándo, y que nuestros pensamientos no se encuentren. Escíbeme para que yo sepa si tienes tanto disgusto por estar lejos de mí, como lo tengo yo por estar lejos de ti: me causará mucho placer el saberlo. Tu Marín por toda la vida».

Mónica había leído ya muchas veces aquella carta, y entonces le pareció comprenderla como no la había comprendido aún. ¿Era porque tenía aquel recuerdo del mar, del que Marín le hablaba? ¿Era porque sentía remordimiento por haber relegado tan lejos en su imaginación al triste novio, desterrado en la mala finca donde nada le recordaba su país?

Volvió á doblar la carta que se guardó de nuevo en el bolsillo, y corrió á su habitación.

Entró, se sentó ante su mesita, y con un lapiz que tenía en el cajón, escribió una larga carta cuyos renglones irregulares se iban subiendo por la derecha como si quisieran escalar la página.

«Mi querido Marín: He pensado en el mar hoy, y, como tú, me fastidia no ver más que cielo y tierra. Estoy triste al saber que tú lo estás de no verme, y, sin embargo, si no lo estuvieras, me parece que yo lo sentiría.»

Mónica escribía, escribía, escribía amontonando las frases unas sobre otras, en su deseo de expresar á la vez cien ideas confusas, embrolladas en su cabeza. Hablaba de la señora Hortensia, pero no del señor Dunois; de Huberto, de aquel «malvado pillastre» que tenía la

presunción de creerse algo, y de Fermín, el criado á quien había metido en cintura con sus salidas; en fin, de toda la casa.

«Tranquilízate, mi pobre Marín,—decía,—no tengo galanes: esta es una casa demasiado pacífica para eso, y yo no salgo nunca».

¿Por qué había sentido la necesidad de tranquilizar á Marín que no había demostrado tener celos? ¿Por qué se había puesto encarnada al escribir aquellas líneas? ¿Por qué vaciló en el momento de firmar su larga y difusa carta?

Dió fin, por último, á aquella faena complicada y notando que declinaba el día, pensó en el quinqué del cuarto de su señora.

Con la carta en la mano bajó corriendo los dos pisos que la separaban del departamento de su señora.

En el momento de ir á entrar, se abrió la puerta del departamento del señor Dunois, situado enfrente de aquel, y apareció en ella el dueño, que había vuelto á entrar minutos antes.

Llevaba en la mano un paquetito atado, y al ver á Mónica, que se volvió con el semblante algo inquieto como de persona que se ha retrasado, él le sonrió con aquella sonrisa chancera que la joven conocía tanto, que no le agradaba, y que la fascinaba sin embargo.

—¿Qué llevas ahí?—le preguntó al ver la carta, en la que no había escrito la dirección por falta de tinta.

—Una carta.

—¿De tu buen amigo?

—Soy yo quien le escribo á mi novio—contestó Mónica irguiéndose.

La palabra de que se había valido su amo la había molestado.

—¿A tu novio?—repitió él, sin dejar de sonreír,—veámosla. ¡Dichoso novio! ¿y qué es lo que le dices?

Y extendió la mano para coger la carta, pero Mónica retrocedió y abrió al mismo tiempo la puerta del departamento de su ama.

Dunois permaneció en la meseta sin alterarse.

—¡Dichoso novio!—repitió.

Mónica lo miraba con enojo: le hubiera pegado de buena gana.

—¿Y os casaréis dentro de tres años?

—Menos tres meses—dijo la joven desafiando su mirada.

—¡Tres años menos tres meses! Entonces tienes tiempo de sobra para romper de aquí á entonces muchos pares de zapatos, aun cuando estos fueran más fuertes y más feos que los que llevas.

Entretanto, hacía oscilar entre sus dedos el paquetito que tenía pendiente de ellos. Mónica permanecía en el umbral furiosa é indignada no sabiendo qué decir. El se acercó á ella y la empujó suavemente al interior.

—Entra, pues—le dijo.—¿Son los gatos los que te han enseñado á permanecer así en las puertas? ¿No sabes que hay un dicho que dice: Es preciso que toda puerta esté abierta ó cerrada?

Ella había resistido algo por desconfianza, por puntillo; pero él pareció no haberlo observado.

—Me alegraría que me despidiese—pensó Mónica.—¡Si yo le dijese una impertinencia!

Pero pensando al mismo tiempo que sería darle un disgusto á su señora, contuvo sus veleidades.

Dunois había abierto ya la puerta del cuarto de su mujer.

—¡Cómo, sin luz!—dijo,—no se ve en tu cuarto ni gota.

—Es que aun no ha traído Mónica el quinqué—dijo Hortensia.

—Creo que le estaba escribiendo á su novio y es natural que le parezca corto el tiempo—dijo él con su voz chancera.

Mónica lo oyó por la entreabierta puerta de la habitación, y se apresuró á reparar su descuido, pero le temblaban las manos y se sentía torpe. Sin embargo, no tardó en aparecer con el quinqué encendido.

—¡Gracias á Dios!—dijo Dunois con su acento de hombre de bien.—Adivina, Hortensia, lo que te traigo.

Y hacía balancear el paquetito, cuidadosamente envuelto.

—No sé adivinar—le contestó ella sonriendo.

—Mónica: dame unas tijeras—dijo Dunois tranquilamente.

La joven se acercó con unas tijeras en la mano. Dunois cortó el cordón, y sin precipitarse desenvolvió un par de zapatitos muy hermosos.

Eran dos zapatos sencillos de cabritilla negra con lacitos de cinta: no tenían de notable más que la perfección de la forma y la excelencia del material.

—¡Vaya una idea!—exclamó Hortensia riéndose.—¡Zapatos á mí, que no ando!

—No dejas de dar algunos pasos por la habitación—replicó su marido,—y siendo así, ¿por qué no traerte este calzado?

—Es verdad ¿por qué no?—dijo su mujer, mirando y dando vuelta á uno de los zapatos entre sus dedos.—Son muy bonitos; pero ¿cómo te ha dado esa ocurrencia?

—Viéndolos en un escaparate—contestó con naturalidad—

Mónica se puso encarnada hasta las orejas y se arrojó sobre la chimenea para arreglar el fuego. Su amo examinaba la curva elegante de su cuerpecito delicado al inclinarse sobre la llama. Marín la había admirado también así, en la misma posición, pero con placer menos refinado, porque Marín no era inteligente en ello.

Los troncos se encendieron, y Mónica se incorporó y se miró los pies, metidos en el basto calzado del país.

—Di: ¿no te molesta esa chica con los zapatones que lleva?—preguntó Dunois á su mujer.

—Ya me he acostumbrado á ello—repuso ésta bondadosamente.

—Mónica, hija mía—le dijo el señor Dunois,—será preciso que renuncies á tus botas de gendarme.

Lágrimas, arrancadas por el orgullo herido, empañaron los ojos de la joven, que, sin decir palabra, se dirigió hacia la puerta y se marchó.

—Le has dado un disgusto—dijo Hortensia con ligero acento de reproche.

—¿Lo crees tú así? lo sentiría: le doy alguna que otra broma porque resulta rara con sus maneras lugareñas; pero no quisiera afligirla. Ya buscaré la manera de reparar el daño.

Permaneció allí media hora más, mostrándose amable y comunicativo, y luego se fué á comer al círculo.

Al subir Mónica á su cuarto por la noche, encontró sobre su cama un paquete atado, exactamente parecido al que el señor Dunois hacía oscilar en la meseta pendiente de un dedo. Lo abrió algo emocionada. Contenía un par de zapatos exactamente iguales á los de Hortensia. Ambas tenían el mismo pie, aunque la señora Dunois era mucho más alta que su servidora.

—¡Iguales á los de la señora!—pensó Mónica, en tanto que una oleada de orgullo la ponía encarnada;— ¡completamente iguales!

Examinó el calzado, vacilante é inquieta: algo le decía que no lo debía admitir, que no lo debía mirar, que no se lo debía probar, sobre todo...

Después de algunos minutos hizo un ligero y resuelto ademán. Sacó de su cómoda un hermoso par de medias, y se las puso lentamente, estirándolas con cuidado para que no hiciesen arrugas; después se puso los zapatos, colocó la bujía en el suelo, recogió con ambas manos los pliegues de la falda que le impedían ver, y examinó sus bonitos pies tan graciosamente aprisionados por la cabritilla lustrosa y los lazos...

—¡Iguales á los de la señora!—dijo una vez más.

Una ola de malos pensamientos, orgullo, vanidad satisfecha, codicia de bienes hasta entonces despreciados, desdén hacia el pasado, brusca sed de satisfacciones nuevas, invadió el cerebro de la joven.

Poco á poco se fué desnudando en su fría habita-

## Biblioteca popular

- \* **L'Assemmoir (La Taberna)** por Emilio Zola. Un tomo de 268 páginas, traducción cuidadosamente corregida. 2 ptas.
- \* **Los tres mosqueteros**, por Alejandro Dumas. Un tomo de 480 páginas, traducción esmerada. . . . . 2'50 »
- \* **Veinte años después** (continuación), de unas 600 páginas, traducción esmeradamente corregida. . . . . 3 »
- \* **Sin suerte** (*Historia de un niño perdido*), por el vizconde Ponson du Terrail. Interesantísima novela, escrupulosamente traducida de la 23ª edición francesa. Un tomo de unas 350 páginas. 2 ptas.
- \* **Los pequeños poemas**, por R. Campoamor. Un tomo de 240 páginas, conteniendo 20 poemas, primorosamente instrados por Cabrinetty. . . . . 1'50 »
- \* **Doloras y Humoradas**, por R. Campoamor. Un tomo de 264 páginas, con hermosas ilustraciones. . . . . 1'50 »
- La vuelta al mundo en ochenta días**, por Julio Verne. Un volumen de 144 páginas. . . . . 1 »
- De la tierra á la luna**, por Julio Verne. . . . . 1 »
- Cinco semanas en Globo**, por Julio Verne. . . . . 1 »
- \* **Los Miserables**, por Victor Hugo. Tres tomos. . . . . 6 »

De los tomos marcados con un \* hay ejemplares encuadernados á la inglesa, aumentando su precio pesetas 0'50.

cioncita, cuya estrecha ventana sacudía el viento; luego colocó los zapatos nuevos sobre la cómoda para verlos el día siguiente en cuanto abriera los ojos, y apagó la luz, con pesar.

—¡Iguales á los de la señora! fué el último pensamiento que tuvo al dormirse, y que flotó toda la noche en su intranquilo sueño.

## XI

Los zapatos con que Mónica apareció calzada al día siguiente, causaron una revolución en la cocina. Toinette refunfuñó contra la juventud de la época, que no se priva de ningún lujo, mientras que la de antes, con gustos modestos, conservaba toda clase de virtudes. Mónica no se daba por entendida, pero se preguntaba, sin embargo, con cierta inquietud, qué diría de ello su señora.

Esta, con gran sorpresa de la joven, se sonrió al verla y miró con satisfacción el elegante calzado de su sirvienta, á la vez que la cumplimentaba por él. Dunois había tenido la previsión de decirle á su mujer aquella mañana, que él, de su propia autoridad, había remplazado los zapatones por zapatos finos para que el andar de la muchacha no molestara el delicado oído de la enferma.

Hortensia había aceptado aquella explicación como gracioso obsequio rendido á ella, y una palabra suya dirigida á Toinette contuvo los refunfuños de esta, con lo que todo pareció entrar en la pacífica rutina de todos los días.

Mónica estaba profundamente trastornada. Se había operado un cambio en su vida. El tentador había dado con el lado flaco de aquella naturaleza oscura. Un obsequio de dinero, la hubiera escandalizado: un regalo

cioncita, cuya estrecha ventana sacudía el viento; luego colocó los zapatos nuevos sobre la cómoda para verlos el día siguiente en cuanto abriera los ojos, y apagó la luz, con pesar.

—¡Iguales á los de la señora! fué el último pensamiento que tuvo al dormirse, y que flotó toda la noche en su intranquilo sueño.

## XI

Los zapatos con que Mónica apareció calzada al día siguiente, causaron una revolución en la cocina. Toinette refunfuñó contra la juventud de la época, que no se priva de ningún lujo, mientras que la de antes, con gustos modestos, conservaba toda clase de virtudes. Mónica no se daba por entendida, pero se preguntaba, sin embargo, con cierta inquietud, qué diría de ello su señora.

Esta, con gran sorpresa de la joven, se sonrió al verla y miró con satisfacción el elegante calzado de su sirvienta, á la vez que la cumplimentaba por él. Dunois había tenido la previsión de decirle á su mujer aquella mañana, que él, de su propia autoridad, había remplazado los zapatones por zapatos finos para que el andar de la muchacha no molestara el delicado oído de la enferma.

Hortensia había aceptado aquella explicación como gracioso obsequio rendido á ella, y una palabra suya dirigida á Toinette contuvo los refunfuños de esta, con lo que todo pareció entrar en la pacífica rutina de todos los días.

Mónica estaba profundamente trastornada. Se había operado un cambio en su vida. El tentador había dado con el lado flaco de aquella naturaleza oscura. Un obsequio de dinero, la hubiera escandalizado: un regalo

cualquiera, la hubiera hecho reír; pero el don de un objeto como los que usaba la señora á quien servía, *iguales á los de la señora*, hirió vivamente el lado sensible de la niña orgullosa.

Dunois siguió hablándola, cuando la encontraba sola con una especie de broma benévola aunque algo altiva, que hería á Mónica y le hacía desear un desquite. A veces lo tomaba: una palabra rápida, como un pistoletazo, salía de sus labios y daba de lleno en el señor, que se mostraba, á la vez, acariciador é imperioso. Aquellas escaramuzas carecían de testigos. Dunois se inclinaba entonces sobre la joven y la besaba con violencia aparente que le permitía á aquella resistir y creer que resistía.

Mónica estaba en la creencia de que aquellas escenas le producían desagrado, porque se quedaba turbada y con un descontento vago. Si hubiera querido mirar el fondo de su alma, hubiera visto que no era de su amo de quien estaba descontenta, sino de sí misma, y que su conciencia le reprochaba transigir con lo que hubiera podido evitar en un principio, y aun podía evitar en aquel momento.

¿La hubiera encontrado su señor con tanta frecuencia si ella no hubiera ayudado algo á la casualidad? Antes, apenas lo veía dos ó tres veces cada semana; al presente, no había día que no se encontrara con él cuatro ó cinco veces. La meseta de la escalera que separaba los departamentos del señor y de la señora, era el sitio ordinario de los encuentros.

El silencio de la escalera siempre tranquilo excepto en horas determinada, era su salvaguardia, porque el paso más callado resonaba en ella con prolongados ecos á pesar de la alfombra que cubría los escalones. Allí, junto á la gran ventana que daba al jardín, el señor, guapo, buen mozo, rico y trascendiendo á esencias, se inclinaba glotonamente sobre el cuello de la criadita, que á su vez exhalaba el perfume de la salud y de sus pocos años. El gozaba con voluptuosidad los prolegó-

menos de una conquista, que no apresuraba, porque era un inteligente que conocía el valor de los goces, y porque, seguro del éxito, no quería desperdiciar ni una migaja siquiera, del manjar que se estaba disponiendo.

Tampoco había hecho regalos: aquel hombre, rico, encontraba alagador ser querido por sí mismo, y suplantarlo al novio que también había sido querido por sí mismo. Después de tantos amorcillos pasajeros y retribuidos, se complacía en la idea de que el oro no interviniera en el desenlace de una situación cuando esta hubiese durado lo suficiente.

¿Qué sería luego de Mónica según los planes de Dunois?

¡Qué importaba! Si se fuera uno á ocupar en el porvenir de las muchachas á quienes seduce, emplearía muy mal el tiempo. ¿Acaso no se cuidan ellas de eso? Poniéndose en lo peor, Mónica dejaría un día la casa, sin decir nada, por supuesto, porque en su interés estaría no divulgarlo. Con algún dinero, pues en esto era Dunois muy generoso, se iría á París, que es adonde suelen ir todas; pero si la muchacha tenía talento, y demostraba tenerlo, se casaría con Marín antes de la época prefijada, gracias á «las economías» que hubiera hecho sirviendo, y todo se deslizaría á placer en el mejor de los mundos posibles.

—Vamos, Mónica, no hagas la tonta—le dijo Dunois un día en que, impulsada por un remordimiento mayor que el de costumbre, se negaba obstinadamente á dejarse besar.

—¿La tonta yo? no me lo vuelva usted á decir ¿lo oye usted? —replicó instantáneamente Mónica con la cara arrebatada y echando fuego por los ojos.

—¿Por qué no? Demasiado sabes que finjes: en el fondo, te gusta que yo te bese.

Dunois había pasado el brazo alrededor del cuerpo de la joven recalcitrante, y sentía bajo su mano, el apresurado latir del corazón de ésta.

Ella se desprendió bruscamente y lo miró cara á

cara.

—Y aun cuando así fuera—dijo.— También sabe usted que usted ha sido el que ha empezado, y que eso es infame, sí, completamente infame.

—¡Oh! ¡palabras huecas, Mónica! ¡Bah! ¡son tan vulgares las mujeres que representan escenas teatrales! Guárdalas para tu novio cuando te hayas casado con él.

—No me hable usted nunca de él: se lo prohibo.

—Señorita Mónica; es usted muy impertinente—le dijo Dunois sin alterarse.

Si ella hubiera podido ver lo bonita que estaba, hubiera tenido miedo por sí misma.

Quiso hablar; sus labios temblorosos se entreabrieron; sus hinchados ojos iban á dejar brotar sus lágrimas. Dunois la volvió á coger en sus brazos y le dió en la boca un beso, que agotó sus fuerzas.

La distensión nerviosa y el ascendiente magnético que él había tomado sobre ella, habían vencido la resistencia de la pobre chica: ésta conoció á la vez por la duplicidad del sentimiento, que odiaba á aquel hombre, pero que le gustaba el beso.

Cuando él separó los labios, tuvo que sostenerla para que no cayese.

—Anda, dime ahora cosas desagradables—le dijo Dunois mirándola con satisfacción.

—¡Lo detesto á usted!—exclamó ella con voz ahogada.

Y era la verdad.

Para castigarla, Dunois retrocedió un paso.

—Está bien—le dijo—no te volveré á besar más.

—¡Valiente cosa!—le replicó ella con desdén.

El abrió la puerta y, en el momento de entrar, la miró con aquella expresión de broma y de superioridad que irritaba todas las fibras orgullosas de la aldeanita.

Ella trató de sostener su mirada pero Dunois vió, á través del pestañeo de sus párpados trémulos y lánguidos, que la tenía dominada, y que sería suya cuan-

do él quisiera.

Al quedarse sola, hizo Mónica un esfuerzo violento para reponerse: se enderezó; pasó el dorso de su mano por sus labios ardorosos; quiso olvidar el beso, y no pudo: sentía el veneno de aquel beso circular por todas sus venas, y al mismo tiempo que pensaba en lo odioso que era aquello, todo su ser pedía la repetición de aquella sensación deliciosa.

Con la cabeza baja y las manos en los bolsillos de su delantal, subió algunos escalones para ir á su cuarto, en donde se encontraría sola y podría evocar el recuerdo de lo que acababa de sentir, pero se acordó que tenía algo que hacer; que la esperaba su señora.

¡Hortensia!

Aterrada con este pensamiento, tuvo que apoyarse en el pasamano de la escalera.

¡Hortensia, la señora de su amo, su bienhechora, casi su amiga, que la trataba más bien como á hija que como á criada! ¡Necesitaba comparecer ante ella! ¿Y si veía el beso? Y debía verse, debía haber dejado huellas, no cabía duda. No se siente una conmoción semejante, que revoluciona por completo el ser, sin que algo lo revele en el exterior... ¿qué pensaría la señora si lo viera? ¿qué le diría á ella?

Desalentada, Mónica subió á su cuarto, echó agua en una cubeta, y violentamente, con saña, se lavó, se frotó y se enjugó la cara y el cabello que había tocado su amo.

Cuando se cansó, se detuvo y se miró al espejo, alisó sus cabellos, se puso otra gorrita, se epilló el vestido, y quiso bajar de nuevo. Ya no se vería nada, pero ella... ella sentía el beso que seguía quemándole los labios.

Entró, sin embargo, en la habitación de su señora, le habló, la oyó hablar, y cumplió con sus deberes de costumbre, todo maquinalmente, como si fuera una sonámbula. Llegó el señor Dunois, y este le hizo un saludo afectuoso con la cabeza como si nada hubiera ocu-

rrido.

—¿Se habrá incomodado conmigo?—pensó Mónica.  
—¡Qué felicidad!

Y al decir para sí «¡qué felicidad!», comprendía que si él no la besaba más, no sabría ella que hacerse de sí misma. La calma del banquero le espantaba.

—¿Será que no le importa nada eso?—pensó la joven.

El no la miraba; parecía ignorar que ella estuviese allí, y hablaba con sus mujer de cosas indiferentes.

Tenía ganas de llorar, de dar gritos, de irse corriendo á cualquier parte, y más que todo, de echarle los brazos al cuello á aquel hombre que la había vuelto loca, y que parecía ignorarla.

No pudiéndose contener, pasó por detrás de él con un pretexto, para rozarse con él, para que él se viera en la necesidad de notar su presencia, y, como el espacio era estrecho, él notó el calor de aquel cuerpecito febril á través del vestido de lana.

—Delgadita, Mónica—dijo,—pero no tanto como para entrar en una cueva de ratones.

Y se levantó para que al regresar, pudiera ella pasar sin tocarlo.

Mónica se deslizó fuera de la habitación, porque las lágrimas le corrían por la cara sin que lo pudiera evitar.

—¡Eso es abominable!—exclamó dando con el pie en el suelo cuando se encontró en el descanso de la escalera que separaba las dos habitaciones.—¡No quiero, no quiero, y no quiero! ¿Por qué me ha besado? Yo no pensaba en él. ¡No es culpa mía! ¡Yo no he merecido eso, no, no, y no, y yo no quiero!

Se abrió la puerta.

Dunois apareció en ella con el bastón y un periódico en la mano, en disposición de marcharse.

Al ver á Mónica, sus ojos brillaron con un fulgor rápido que ella no había visto en él nunca. Se aseguró, con una ojeada, de que estaban completamente solos,

y atrayéndola contra su hombro, le dió un segundo beso, más depravado aún que el primero.

Ella cayó á sus pies de rodillas diciéndole en voz baja:

—¡Tenga usted piedad de mí!

La puerta de cristales se cerró allá abajo y se sintió que alguien subía rápidamente la escalera.

Mónica se levantó, vacilando sobre sus piernas temblorosas y se metió en el departamento de su señora.

—Buenos días, Huberto—dijo Dunois poniéndose bien el sombrero.—¿Cartas?

—Sí señor, pero no para usted—contestó el joven saludándole.

—En ese caso, adiós—dijo el banquero bajando la escalera con paso tranquilo.

Huberto entró en la habitación de Hortensia.

—¡Mónica!—exclamó un instante después.

La joven acudió turbada, hasta el punto de tropezar en los muebles, y con una mejilla encendida y la otra pálida.

—Parece que estás enferma ¿qué tienes?—le preguntó Hortensia con interés.

—Me da vueltas la cabeza—repuso la joven con toda sinceridad.

—Vete á dar un paseo: por el momento no te necesito, y el pasear te hará provecho. Toma: aquí tienes una carta.

Mónica se fijó en el sobre: era de Marín. Se guardó la carta en el bolsillo, salió de la casa, y tomó hacia adelante. Era más que la cabeza lo que le daba vueltas: el mundo entero, atacado de vértigo, parecía hundirse bajo sus pasos en una gruta más formidable que las sombrías olas del Océano enfurecido.

Subió la colina sobre la cual se asienta Rouen, sin mirar hacia atrás, corriendo, ahogándose voluntariamente, sintiendo latir las venas de sus sienes, con satisfacción satánica. ¿Qué aquello le hacía daño? ¡Tan-

to mejor! Si hubiera podido padecer más aun, más le hubiera valido ciertamente.

Sus piecillos finamente calzados, tropezaban con rabia contra las piedras, y habiendo visto al alcance de su mano una mata de ortigas, la cogió de un puñado: también aquello la hizo daño, pero ella hubiera querido que todo su cuerpo hubiera sido un puro dolor para haber gozado deliciosamente con la tortura.

Una bocanada de aire vivo y puro le dió en el rostro: se detuvo vacilante, y sintió que sus fuerzas flaqueaban; tan cansada estaba.

Había corrido largo trecho, con la mirada fija en el camino: veía á Rouen á sus pies en el valle en que el Sena se desenvuelve de un modo tan magnífico en torno de los ribazos que parece no poder abandonar, y de las islas que abraza como acariciándolas. Las agujas de los templos se elevaban ligeras y finas, y sus torres reales, almenadas con un encaje de piedra, que parecían llevar coronas á los santuarios, emergían de los techos desiguales; la densa bruma que flota sobre los ríos al declinar el día, cubría los detalles vulgares y no dejaba ver más que las grandes masas de piedra ennegrecida.

Transcurría el mes de diciembre, y el sol iba á ponerse tras un fondo de púrpura y violeta formado por un descuaje de nubes de color gris pizarra, y aquel resplandor lúgubre proyectaba sobre la ciudad los rojizos resplandores de un incendio.

—¡Lo mismo que el mar!—pensó Mónica sobreco-gida de un estremecimiento doloroso.

¡Cuántas veces allá, sobre las negras rocas, había visto las olas blanquecinas que asaltaban la costa, teñirse de espuma sanguinolenta, en aquella hora en que el sol de invierno parece alumbrar un campo de batalla! Ella no se fijaba entonces en ello y apenas notaba lo que semejante espectáculo tenía de impresionable y de terrible. Hoy, la formidable majestad de la naturaleza se le aparecía como una reconvencción.

Dejose caer en el suelo sobre lo pedregoso del camino, y sintió crujir bajo su falda el papel arrugado de la carta que le habían entregado antes de salir.

—No la leeré—dijo—cogiéndola con rabia para desgarrarla.

En el momento en que retorció el sobre con sus dos manos, tuvo miedo, como si cometiera un sacrilegio.

—He dado mi palabra—pensó,—he prometido ser honrada, ser fiel...

La carta cayó sobre sus rodillas, á la vez que sus manos, faltas de fuerza.

—Pues bien—prosiguió pensando;—soy honrada, soy fiel, no he hecho mal alguno; no sé por qué pienso locuras. ¿Qué he hecho yo? Nada, absolutamente nada.

Arrancó del suelo un puñado de hierba seca y se puso á masticarla con expresión de superioridad satisfecha.

—Absolutamente nada—repitió Mónica.—No hay con todo para envolver un ochavo de cominos. Ya no soy una niña y ya sé lo que debo hacer ¿no es verdad?

Miró la puesta del sol en actitud desconfiada, y se dirigió á un ser imaginario que debía afirmar y no atravesarse á contradecirla. Con ademán rápido rompió el sobre, desdobló el papel, y leyó:

«Mónica mía: He aquí que hace ya un mes que no me has dado noticias tuyas, y que el tiempo se me hace largo. Yo creía que contestarías á todas mis cartas como me ofreciste, y he aquí que te he escrito dos sin recibir ninguna tuya, y que esta será la tercera. Comprendo que estás demasiado ocupada para escribirme como yo quisiera. En las ciudades hay más quehaceres en invierno que en el campo. Por eso me aburre tanto tu ausencia. Trata de aprovechar un momento para decirme que estás contenta y que estás buena: se me ensanchará el corazón al saberlo.

Tengo miedo á menudo de que pierdas el ánimo al pensar lo largos que son tres años, pero reflexiona,

Mónica mía, que en cuanto pasen, estaremos juntos por toda la vida. Es lo que yo me digo todos los días cuando me angustio al pensar lo distantes que estamos el uno del otro. He aquí que ya está cerca el año nuevo: creo que te podré dar una sorpresa, pero no te la quiero anticipar, porque entonces ya no sería sorpresa. Te beso como te amo. Tu fiel,

MARÍN»

A Mónica le costó trabajo descifrar las últimas líneas de aquella carta. ¿Era porque iba obscureciendo el día ó porque la letra era menos regular y menos firme?

Un poco de humedad parecía haber desvanecido la tinta en la página: podía haber sido una lágrima, como podía haber sido también una gota de agua...

Los ojos de la joven se turbaron con la lectura de la carta; pero ella no quería llorar... ¡Llorar! ¿y por qué? Tres años pasan pronto. El nuevo año estaba ya cerca; sólo faltaban ocho días, y después, enero; no quedarían ya más que dos años y medio, y ella estaba, además, decidida á no esperar tanto tiempo. Cuando pasara el invierno, volvería á Champcey en los hermosos días de primavera, y le rogaría á su madre, y si ésta era inflexible, se iría á otra parte, pero no volvería más á la casa de su señora.

—¡Mi señorita!—exclamó,—¡y yo que la quiero tanto! ¡Tan hermosa, tan buena, tan...! ¿Acaso podré yo servir á otra que á ella?

La belleza, la bondad, la tierna sonrisa y la conmovedora dulzura del semblante y de toda la persona de Hortensia, surgieron en Mónica como la encarnación del ideal. Ella no sabía lo que era el ideal, y si se hubiera intentado explicársele, se hubiera perdido el tiempo en tratar de hacérselo comprender, pero era el ideal el que revelaba á los ojos de la aldeanita semi seducida, la forma de su señora víctima del dolor, y, por lo tanto, siempre compasiva.

Su corazón, violentamente revolucionado por la inmensa necesidad de amar, se inclinaba á aquella querida señora, castigada sin haber pecado. Marín estaba demasiado lejos: el señor Dunois no entraba por nada en aquel corazón ardiente é insaciable: Hortensia era la que recibía el homenaje inconsciente y necesario, que brota un día de todo ser que ama. Lo sentía Mónica de una manera dolorosa, atormentadora, envuelto en lágrimas, como un remordimiento, como una expiación, y al mismo tiempo, puro y espontáneo como la primera florescencia de un alma virgen.

—¡Señorita mía!—murmuraba Mónica juntando las manos como ante una santa,—¡la quiero á usted más que á todo en el mundo; no me deje usted que le cause ningún disgusto!

Llegaban hasta ella los vapores que se elevaban desde el río; habían desaparecido las claridades purpúreas y habíanlas reemplazado entre las nubes grisáceas, estrechas franjas amarillas. Mónica se levantó para regresar á la ciudad. Reinaban en torno suyo la soledad y el silencio. Las casas de campo que esmaltaban el ribazo, abandonadas en invierno, sólo son visitadas los domingos.

Dirigió una mirada entusiástica en torno suyo como para tomar por testigo á aquel lugar, de la resolución que había adoptado de querer á su señora más que á todo lo del mundo, y echó á correr por el inclinado sendero.

Vago rumor, trémulo y confuso, recorrió el espacio con vibración poderosa, y, casi al mismo tiempo, una campanada profunda y sonora resonó en el valle como un cuerpo palpable, y luego resonaron otras muchas campanadas.

—Mañana es Pascua—dijo Mónica, y se detuvo para escuchar.

Una vaga armonía se desarrollaba en torno suyo, rozándola apenas, é inundándola, sin embargo, de vibraciones misteriosas que la conmovían hasta lo más

profundo de su ser.

Mónica, trastornada, casi asustada, no se atrevía á moverse, como si temiera que cualquier movimiento suyo rompiera el encanto.

—¿En dónde he oído algo que se parece á esto?— dijo, tratando de darse cuenta, de satisfacerse... ¡Ah! ya me acuerdo... ¡las olas del mar!

Y cerrando los ojos, evocó, como una aparición, la luna sobre el mar, á Marín sentado junto á ella, y las olas allá abajo, sobre las rocas, subiendo y bajando con el ruido lejano de un cristal incesantemente roto.

—¡Champcey, Champcey!— exclamó la joven con la faz contra la hierba húmeda y lustrosa del camino.— ¡O país mío! quiero volverte á ver.

Levantóse al punto, y sin tomarse el trabajo de enjugar las lágrimas que corrían por sus mejillas, corrió de una sola estrepada hasta la casa.

—Le diré á la señora que quiero volverme á mi pueblo— se decía, subiendo la escalera con toda la rapidez que sus piernas le permitían.

Llamó á la puerta de la habitación y entró sin tomar respiro alguno.

Allí estaba él, su amo, el que la poseía por todas las fibras de su ser sin que ella misma lo supiera: leía en voz alta un artículo de periódico, y se detenía de vez en cuando para reirse.

Al verla, clavó en ella sus ojos azules brillantes y magnéticos. El periódico formaba como una pantalla entre su esposa y él, de lo cual se aseguró, y sin dejar de mirar á Mónica, alargó lentamente los labios como enviándola un beso.

Ella le contestó con una mirada despreciativa, con un fruncimiento de cejas, admirado y desdefioso, y él reanudó su lectura. Mónica, de pie y no atreviéndose á interrumpirlo, esperaba que concluyera para formular su petición; pero él no tenía prisa y leía tranquilamente, interrumpiéndose con reflexiones que hacían reir á Hortensia.

Mónica, despechada, se volvió, y se dedicó á poner en orden varios objetos esparcidos por la habitación.

A medida que iba tocando aquellas cosas familiares, que constituían entonces una parte de su vida, sentía que se iba debilitando su resolución. ¡Marcharme! ¿Podría hacerlo? Y mientras se hacía esta pregunta, el señor continuaba leyendo, y su voz penetraba en Mónica por todos sus poros y la envolvía en una caricia, como las campanas en lo alto de la colina la habían envuelto en su armonía.

Terminada la lectura, dobló el señor Dunois el periódico, se levantó, dijo algunas palabras y se dirigió hacia la puerta: al pasar junto á Mónica y con ocasión de darle las buenas noches, tocó lentamente con los dedos el cuello de la muchacha, que se estremeció al sentirlo.

—¿Parecía que querías decirme algo?— dijo Hortensia á Mónica cuando su esposo hubo salido. ¿Qué querías?

—Nada— contestó Mónica.

## XII

Estaba visto; no podía irse; era ya demasiado tarde.

Hay momentos en la vida en que puede hacerse una cosa que cinco minutos después se ha hecho imposible.

Vuelta de nuevo á la atmósfera tibia y enervante de la casa de Dunois, Mónica no se pertenecía ya, y se convertía en esclava del amo, que jugaba con ella.

A aquel hombre elegante y de mundo, le halagaba verse adorado por aquella criatura casi salvaje.

En la vida que llevan los que poseen una fortuna y una posición inatacable, no se tropieza á menudo con naturalezas tan nuevas como la de Mónica.

No era aquello la seducción banal en la que, ó pa-

labras melosas ó algunas joyas de escaso valor, hacen rendirse una virtud ya vacilante: era una verdadera cacería en que la liebre desaparecía, daba tornillazos, hacía perder la pista al cazador y en que á veces se agazapaba sin que este pudiera saber por dónde había pasado la que juzgaba su víctima.

Durante los tres días que siguieron á la víspera de Pascua, Dunois no pudo conseguir ver de nuevo á Mónica más que en presencia de su mujer. La Noche buena, había esperado verla en el cuarto de ella ó en el suyo: durante la misa del gallo, aprovechándose del silencio y de la soledad de la casa desierta, había subido á paso de lobo á la habitacioncita de la joven. Creía seguro encontrarla en ella: después de lo que había pasado entre ambos durante el día, debía haber comprendido que se volverían á ver aquella noche...

Pero la habitación estaba desierta, en el semi desorden de un tocado de día de fiesta hecho apresuradamente: Mónica había ido con toda la servidumbre á la misa del gallo.

Volvió á entrar, pero bajo la salvaguardia de Toinette que la iba iniciando gravemente en las costumbres de una gran ciudad que, además, era archiepiscopal. La servidumbre se sentó á la mesa para cenar. El señor Dunois, con grave y bondadoso continente, dió una vuelta por el comedor de los criados, y se cercioró de que banquetearan con orden y con decencia, tras lo cual salió sin aparentar que había visto á Mónica, la cual había tenido los ojos bajos y se había encogido, temerosa de que él le dirigiera ante los demás una de aquellas miradas que la ponían casi loca.

El no la había mirado, y ella consideró aquel desdén como un ultraje y rechazó el plato que le sirvieron un momento después.

—¿No tiene usted ganas?—le preguntó el ayuda de cámara que engullía como un avestruz.

—Esta niña está cansada—dijo Toinette.—Vaya usted si quiere á acostarse, hija mía.

Mónica no se hizo repetir la invitación. Se fué á su cuarto, se metió en la cama, y se estuvo llorando mientras que tuvo lágrimas que derramar.

El día siguiente, aprovechando una hora que tuvo libre, le escribió á Marín solamente algunos renglones, exhortándole á que tuviese paciencia, diciéndole que ella no era desgraciada, y deseándole buena entrada de año.

Todo aquello se lo decía en términos breves, apresuradamente, de una manera poco expansiva: se comprendía que hubiera querido decir más, pero que no podía, y que el no poderlo decir la mortificaba. Al final de la carta, que resultó muy breve, añadió sobre su firma, por reflexión sin duda: «Te quiero mucho». Cuando hubo remitido la carta, Mónica se quedó postrada por el esfuerzo que había hecho, con las manos caídas, sin valor, sin voluntad.

El señor Dunois se paseaba y hacía visitas: Hortensia las recibía de su parte y la antecámara y el salón no se veían desocupados, y Mónica se hallaba atareada anunciando sin cesar á unos y á otros.

El día pasó rápidamente. Pero antes de la hora de comer llegó Dunois y estuvo esperando en la meseta creyendo que la que había elegido para víctima, se dejaría ver, pero no sucedió así. Ella, sin embargo, lo había oído llegar: conocía la manera que tenía de tocar el timbre abajo y el modo con que cerraba la puerta de cristales, con su indolencia de hombre feliz y rico, que no se cuida de que se rompan los vidrios.

Mónica permaneció junto á su señora ingeniándose para encontrar ocupaciones extraordinarias que la retuvieran en aquella habitación, en la que se consideraba segura.

Dunois entró: ella le saludó con unos «Buenos días, señor» tan ahogados, que Hortensia la miró sorprendida, y Mónica siguió arreglando los pañuelos en un mueblecito, con igual atención que si hubiera estado tallando diamantes.

Dunois prolongó su visita creyendo que Mónica saldría y que él la encontraría en la meseta; pero, no: la joven se había empeñado en no moverse, y él tuvo que salir con la cabeza alta y descontento. Hortensia exhaló un suspiro, no comprendiendo por qué era tan caprichoso y tan voluble su marido, que no podía conservar igualdad de carácter en una visita corta.

Cuando Dunois se fué, Mónica se sentó sobre la alfombra junto á su querida señora. Esta había seguido en el semblante de la joven el pensamiento triste de los últimos minutos: ella hubiera querido decirle á su señora: «Es por culpa mía: es porque no hago lo que él quiere, por lo que ha cambiado de carácter en un momento. Ayúdeme usted contra él y contra mí misma, usted que es, á un mismo tiempo, la pureza, la bondad y la virtud».

Pero Mónica no podía decirle aquello á su señora y se contentó con besarle la hermosa mano que pendía fuera de la silla larga. Hortensia se sonrió, acarició á Mónica con la punta de los dedos, suspiró ledamente, y cogió un lilero.

Aquello duró aún dos días. Huberto miraba de través á la criadita, á la que ahora encontraba siempre allí. La hora de lectura, que iba á hacer después del almuerzo, le pertenecía, y no alcanzaba á comprender por qué Mónica no se iba ya como lo hacía antes. Cuando se encontraba solo con Hortensia, se sentía á su gusto y se atrevía á hablarle más confidencialmente y de manera más íntima. No es que le dijera otra cosa, sino que se la decía de otro modo. ¿Por qué la joven se obstinaba en permanecer allí aguando su fiesta?

¡Ay! es que no se atrevía á salir: ella sabía que el señor tenía abierta la puerta de su habitación con el fin de atraparla al paso: sabía que si se aventuraba fuera de aquella habitación que era su ciudadela, quedaría á merced de su amo, y, en aquellos momentos, lo detestaba. Ella le tenía ojeriza por la humillación que sentía al verse convertida en esclava de otro sin fuerzas, sin

voluntad, sin honor... Ella lo detestaba, y cuando se decía que no tenía más que abrir una puerta para volver á encontrar los brazos de su amo y para sentir en sus labios aquel beso que la embriagaba hasta el punto de sentirse morir, comprendía que toda la energía que aun le quedaba, era apenas suficiente para impedirle abrir aquella puerta.

Dunois aparentaba no verla, no haberla visto nunca. Entraba y salía como de costumbre, y le decía buenos días ó buenas noches, pero sin mirarla.

—¡Tanto mejor!—se dijo en un principio, pero luego se puso triste y se echó á llorar cuando nadie la veía.

La servidumbre notó que había perdido sus colores y le dió bromas á propósito de su novio, á las que ella no contestó. Hacía tiempo que no merecía ya el sobrenombre de Pico de Oro, porque no se la oía hablar y en cambio estaba triste y sombría. Se acercaba el año nuevo y no se pensaba más que en los aguinaldos. Mónica fué olvidada.

La noche del tercer día después de la Pascua, fué domingo y la mayor parte de los criados había salido. La señora, fatigada de haber recibido tantas visitas, los días anteriores, se metió temprano en la cama y despidió á Mónica.

La joven salió despacio del departamento y como el tiempo se le hiciese muy largo arriba en su fría habitación, bajó á la de la servidumbre para ver si había quedado alguno: halló únicamente á Fermín, el ayuda de cámara del señor, que salía en aquel momento. Su amo le había dado permiso para aquella tarde, hasta para toda la noche—dijo guiñando un ojo.

Mónica conocía al dedillo los éxitos de Fermín; lo vió alejarse; escuchó sus pasos perderse en el corredor á lo lejos, y luego ella volvió á subir sin apresurarse.

La puerta del departamento de su amo estaba abierta; aun ardía el gas, y percibíase el perfume de un ambiente templado. Mónica avanzó andando de puntillas. Nunca se había atrevido á entrar: tenía miedo y deseo

á la vez de conocer las cuatro piezas que constituían el departamento de aquel amo á un tiempo aborrecido y adorado.

Al llegar al umbral aplicó el oído... No se percibía ruido alguno sospechoso: todas las puertas estaban abiertas. Por una de ellas vió un extremo del cortinaje rojo oscuro, un espejo, y en la luna de aquel espejo el ligero vapor que subía probablemente de un baño que no se alcanzaba á ver. Todo aquello era rico, tentador, y olía bien. A Mónica le flaqueó el corazón.

Fermín había dejado indudablemente todo aquello en desorden con el deseo de irse pronto. El señor había comido fuera de casa y no volvería sino muy tarde, como de costumbre. ¿Puesto que á ella le sobraba el tiempo, por qué no había de arreglar un poco lo que pertenecía á su amo? De seguro que nadie tendría que decir nada por ello.

Entró con timidez en la antecámara cubierta de tapices: el gas la alumbraba débilmente; pero más lejos se veían brillar con toda su fuerza otros mecheros: dió algunos pasos, vaciló, no sabiendo si ir primero hacia la derecha ó hacia la izquierda, y luego se detuvo sobrecogida de espanto.

Había sentido por detrás de ella el movimiento producido por el aire que hace al pasar con rapidez una persona. La puerta que daba al descanso de la escalera se cerró con ligerísimo ruido. Se volvió sorprendida, espantada...

—¡Curiosilla!—le dijo Dunois,—hete aquí cogida en un lazo.

Ella fijó en él una mirada llena á la vez de terror y de cólera. El dejó de reír y se acercó á ella tiernamente, con una dulzura contra la cual la joven se sentía sin resistencia.

Al movimiento que ella hizo para huir, no opuso él violencia alguna: alargó la mano y asió á la joven por la muñeca, deslizando sus dedos á lo largo del brazo mal guardado por su ancha manga.

—Nada te fuerza á permanecer aquí, Moniquita—le dijo,—no quiero que imagines que yo te obligo á ello; pero ya que has venido no te irás, di ¿no es cierto?

Mónica hizo un ademán irresoluto, mitad orden, mitad ruego, indicando la puerta.

—La puerta está cerrada con llave—dijo Dunois,—puedes salir cuando quieras. Dame un beso únicamente antes de marcharte.

Ella bajó la cabeza tratando de desviar sus labios, y se acercó á la puerta. El, como para acompañarla y dirigirla, pasó un brazo alrededor de su talle, sin estrecharla apenas contra sí.

—Y bien, dame ahora un beso—le dijo en el momento de llegar á la puerta.

El le levantó bruscamente la cabeza y colocó sus labios en los de la joven.

Esta se detuvo vacilante: él se la llevó luego muy despacio lejos de la antecámara, diciéndole:

—No quiero forzarte á nada, Mónica: eres libre de hacer lo que quieras.

Y, en efecto, Mónica no pudo imaginar nunca, ni por un instante, que él la hubiera forzado.

## XIII

—¡Qué cara de sueño tienes!—dijo Hortensia al mirar, sorprendida, el rostro de la joven, cuando esta regaba á la mañana siguiente las plantas de las macetas.

Mónica se pasó lentamente la mano por los ojos. En efecto, desde la víspera le parecía estar soñando: no se acordaba de nada, no sabía nada, hacía maquinalmente las cosas de costumbre, y, de vez en cuando, sentía en sus nervios desequilibrados una sacudida do-

á la vez de conocer las cuatro piezas que constituían el departamento de aquel amo á un tiempo aborrecido y adorado.

Al llegar al umbral aplicó el oído... No se percibía ruido alguno sospechoso: todas las puertas estaban abiertas. Por una de ellas vió un extremo del cortinaje rojo oscuro, un espejo, y en la luna de aquel espejo el ligero vapor que subía probablemente de un baño que no se alcanzaba á ver. Todo aquello era rico, tentador, y olía bien. A Mónica le flaqueó el corazón.

Fermín había dejado indudablemente todo aquello en desorden con el deseo de irse pronto. El señor había comido fuera de casa y no volvería sino muy tarde, como de costumbre. ¿Puesto que á ella le sobraba el tiempo, por qué no había de arreglar un poco lo que pertenecía á su amo? De seguro que nadie tendría que decir nada por ello.

Entró con timidez en la antecámara cubierta de tapices: el gas la alumbraba débilmente; pero más lejos se veían brillar con toda su fuerza otros mecheros: dió algunos pasos, vaciló, no sabiendo si ir primero hacia la derecha ó hacia la izquierda, y luego se detuvo sobrecogida de espanto.

Había sentido por detrás de ella el movimiento producido por el aire que hace al pasar con rapidez una persona. La puerta que daba al descanso de la escalera se cerró con ligerísimo ruido. Se volvió sorprendida, espantada...

—¡Curiosilla!—le dijo Dunois,—hete aquí cogida en un lazo.

Ella fijó en él una mirada llena á la vez de terror y de cólera. El dejó de reír y se acercó á ella tiernamente, con una dulzura contra la cual la joven se sentía sin resistencia.

Al movimiento que ella hizo para huir, no opuso él violencia alguna: alargó la mano y asió á la joven por la muñeca, deslizando sus dedos á lo largo del brazo mal guardado por su ancha manga.

—Nada te fuerza á permanecer aquí, Moniquita—le dijo,—no quiero que imagines que yo te obligo á ello; pero ya que has venido no te irás, di ¿no es cierto?

Mónica hizo un ademán irresoluto, mitad orden, mitad ruego, indicando la puerta.

—La puerta está cerrada con llave—dijo Dunois,—puedes salir cuando quieras. Dame un beso únicamente antes de marcharte.

Ella bajó la cabeza tratando de desviar sus labios, y se acercó á la puerta. El, como para acompañarla y dirigirla, pasó un brazo alrededor de su talle, sin estrecharla apenas contra sí.

—Y bien, dame ahora un beso—le dijo en el momento de llegar á la puerta.

El le levantó bruscamente la cabeza y colocó sus labios en los de la joven.

Esta se detuvo vacilante: él se la llevó luego muy despacio lejos de la antecámara, diciéndole:

—No quiero forzarte á nada, Mónica: eres libre de hacer lo que quieras.

Y, en efecto, Mónica no pudo imaginar nunca, ni por un instante, que él la hubiera forzado.

## XIII

—¡Qué cara de sueño tienes!—dijo Hortensia al mirar, sorprendida, el rostro de la joven, cuando esta regaba á la mañana siguiente las plantas de las macetas.

Mónica se pasó lentamente la mano por los ojos. En efecto, desde la víspera le parecía estar soñando: no se acordaba de nada, no sabía nada, hacía maquinalmente las cosas de costumbre, y, de vez en cuando, sentía en sus nervios desequilibrados una sacudida do-

lorosa, una especie de propósito de regresión á la vida real. Pero ella no quería volver á la vida; era mejor soñar, y ella quería seguir soñando.

Efectivamente; su cuerpo lánguido parecía dormir; sus movimientos adormecidos, eran inseguros; sus ojos se cerraban de vez en cuando, heridos por la presencia de los objetos exteriores; pero se engañaba el que creyera que estaba dormida: era que soñaba despierta.

En el alma de Mónica no germinaba ningún remordimiento, no se dejaba sentir ningún pesar.

Todo remordimiento implica una reflexión sobre lo pasado, y ella no pensaba en nada absolutamente, y en su vida anterior mucho menos que en todo lo demás. Cuando una de aquellas sacudidas, que trataba de evitar, llevaba su pensamiento á los días precedentes, desechaba la visión importuna con un movimiento suave, como se aparta una ligera humareda que pasa por delante de nuestros ojos.

El pasado no existía ya; había zozobrado la víspera como un buque estrellado que de repente se sumerge en un remolino. Nada flotaba en la superficie del agua tranquila, ni espuma siquiera, ni un vestigio de vida: el pasado no existía ya, había muerto. Una existencia nueva había comenzado la víspera... Ni aun estaba segura Mónica de que aquella víspera hubiera existido. Empezaba á vivir desde el momento en que un extraño despertar había sucedido á un sueño confuso y desordenado.

Volvía á ver la estrecha ventana de su cuartito por la que se filtraba la clara luz de una mañana de invierno, y, creyendo que debía ser ya tarde, se levantó apresuradamente con la impresión de que debía estar pronto lista...

No podía hacer de prisa lo que antes hacía con tanta prontitud, y aquella dejadez había evocado de pronto el recuerdo de la languidez de los días anteriores, de la debilidad mortal que se había apoderado de ella la víspera... Habiéndose vestido despacio, bajó,

siempre en el mismo estado de éxtasis soñoliento: las palabras que oía chocaban en sus oídos como cuerpos duros que hubieran chocado en su rostro; los muebles que rozaba, le parecían enormes y pesados, casi agresivos en sus formas quietas. Hubiera querido vivir envuelta en una especie de tela ligera y dorada donde nada la hubiera distraído de su sueño inconsciente.

La voz de Hortensia provocaba en Mónica el brusco despertar del alma adormecida: miraba á su señora, esforzaba una sonrisa, y seguía en su labor delicada.

—Me temo que estés enferma—exclamó la señora Dunois.—Se diría que tienes calentura. Ven acá.

Mónica se acercó: Hortensia le tomó el pulso con sus dedos finos, pulso que latía con rapidez: la joven retorció ligeramente el brazo para evitar aquel contacto que le causaba una especie de horror: los dedos de Hortensia soltaron el pulso.

—Alguna fatiga, un enfriamiento quizá. Después de comer, cuando venga Huberto, vete á dormir.

Mónica le dió las gracias con voz que parecía un murmullo. Hubiera preferido seguir con su trabajo, que no le daba tiempo para reflexionar; ¿pero cómo negarse á aquella muestra de bondad?

Cuando Huberto ocupó su sitio al pie de la silla larga, la joven subió la escalera, se echó sobre su cama y, con la mirada fija en el techo, siguió soñando.

El porvenir no existía para ella más que el pasado. Mónica no tenía la menor idea de lo que le llevaría el día siguiente, y aquello le era perfectamente igual.

Nada le importaban el dolor ni la alegría: no contaba más que con el presente, con el minuto en que vivía; fuera de aquello, nada. Tendida en su lecho, no pensando en nada, no acordándose de nada, no deseando cosa alguna, permaneció dos horas en aquel letargo, cortado por ligeros estremecimientos, penosos unos, vagamente voluptuosos otros.

En alguna parte dió un reloj las cuatro. Era preciso bajar. Mónica se levantó, alisó sus cabellos y bajó

la escalera, siempre con la automática regularidad de una máquina que funciona porque está montada convenientemente.

Aquel día no había visto á su amo: éste, sorprendido y casi asustado del carácter que había entrevisto en aquella niña rara, había evitado instintivamente volverla á encontrar en presencia de su mujer y hasta de los servidores de la casa. Sin creerla capaz de dar un escándalo, temía en ella una flaqueza de voluntad, un arrebató de ternura, una ola de lágrimas tal vez: él no sabía lo que pudiera ser, pero temía algo que tuviera consecuencias enojosas para su tranquilidad.

Casi estaba arrepentido de lo que había hecho, no porque el haber perdido á la joven le causara pesar alguno, sino porque presentía cuán diferente era ésta de las demás. Comprendía ahora que la cosa no iría sobre ruedas cuando tratase de romper con ella. El encanto salvaje é indomable que le había cautivado y el placer que sentía en su amor propio por haber sometido á aquella rebelde, se habían convertido ahora en peligros; pero, á pesar de eso, encontraba en aquella extraña niña impresiones tan nuevas; era tan distinta de lo que había visto hasta entonces, que, contenido y atraído á la vez, tenía, de una parte casi miedo, y de la otra, grandes deseos de volverla á ver, como la víspera, completamente suya, enagenada en el presente hasta el punto, no de despreciar, sino de ignorar todo lo demás.

Llegó la noche. Más tarde que la víspera pero con la misma seguridad, Mónica franqueó el umbral del departamento de su amo: esta vez la esperaba él junto á la puerta y le dió la mano para que pasara adelante.

Ella entró sin perder el estado de semi sonambulismo en que se encontraba hacía veinticuatro horas.

A Dunois le llamaron la atención su palidez, su silencio y la mirada singular y como concentrada en ella misma, que daba á los rasgos de la aldeanita una expresión mística, vamos al decir.

—¿No ha notado nada la señora?—le preguntó él, inquieto al pensar que á otros podía haberles llamado la atención aquella fisonomía anormal.

—La señora me ha preguntado si estaba enferma y me ha hecho ir á descansar—dijo Mónica pasándose la mano por la ardorosa frente, con ademán doloroso.

—¿Tú no habrás dicho nada?—le preguntó Dunois con inquietud.

Ella lo miró con expresión de súplica.

—No me hable usted de eso — le dijo, — me hace daño.

Era, en verdad, muy extraña aquella joven, unas veces feroz y otras sumisa y cariñosa como un perro fiel. Dunois no pudo obtener de ella respuesta alguna por más preguntas que le hizo: ella se limitó á mirarle con ojos, á veces sombríos, á veces preñados de ternuras; pero hubiera muerto antes que pronunciar una sílaba por la que su amo hubiera podido comprender el estado de su alma. Su pudor, vencido por la voluntad del que amaba, se había refugiado en sus labios y les había impreso su sello inviolable.

Bien contra su voluntad, y si él se hubiera percatado de ello se hubiera indignado mucho, Dunois sentía hacia ella algo que se asemejaba al amor. El no hubiera permitido nunca que se hablara de ello ligeramente en presencia suya, y al temor mal definido que le inspiraban, por su propia tranquilidad, las consecuencias de una revelación, se mezclaba, en lo que hacía referencia á Mónica, el temor real de los disgustos que ésta tendría que sufrir, si ambos eran descubiertos.

Sin ser gran psicólogo, Dunois recordaba ciertas historias de jóvenes seducidas que se habían arrojado al Sena, y cuando recordaba esto, se le ponía, según expresión vulgar, carne de gallina. De vez en cuando, bien en la Bolsa, bien en su despacho, pensaba en alguno de aquellos distintos y lúgubres hechos que los periódicos no dejau de referir nunca, y se decía:

—Si yo hubiera pensado que es como es,... pero hay

que convenir también en que es deliciosa, ¡deliciosa!

El año nuevo produjo el movimiento que le caracteriza en todas partes: los criados, sobrecargados de trabajo durante el día holgaban fuera casi todas las noches. El señor Dunois volvía á casa temprano después de haber comido en alguna casa ó en su círculo, y encontraba á Mónica que lo esperaba pacientemente, sentada en los peldaños de la escalera, junto á la puerta en la cual se apoyaba, como si el roce de la madera que pertenecía á su amo, hubiera sido por sí solo una caricia.

En tales ocasiones, Dunois entraba por el jardín que daba sobre un callejón, del mismo modo que los jardines de las casas antiguas. Frente á la puerta de cristales que separaba la escalera del cuarto del conserje, había otra puerta igual, que daba al parterre. Aquella puerta estaba siempre cerrada, excepto en los meses de verano y por ella era por donde Hortensia iba al jardín en la estación de los calores; pero en cuanto pasaba Septiembre, aquella puerta no la utilizaba nadie más que el amo cuando quería entrar sin que lo viera nadie. Hasta el conserje ignoraba que pasase por allí, porque el banquero, cuando ostensiblemente volvía tarde á su casa, se servía de una llave de la puerta principal, que siempre llevaba consigo, y no tenía que turbar el sueño del honrado guardián, que dormía profundamente desde las once de la noche.

Se creía que el señor Dunois estaba fuera y que Mónica estaba en su cuarto ¿quién hubiera sospechado que el departamento de aquél, tan próximo al de la señora los cobijara á ambos?

Algunos días transcurrieron así. Mónica había sacudido algo el entorpecimiento de sus sentidos: el velo que había pesado sobre sus ojos en los primeros instantes, iba levantándose como á impulso de bocanadas de aire, de ráfagas de próxima tempestad. Aun no razonaba, pero comprendía que se había hecho culpable de alta traición. Aquella idea, rechazada cien veces, volvía

á la carga con una persistencia cruel del mismo modo que se clava una avispa en el rostro á pesar de los gestos que se hacen para ahuyentarla.

Mónica había acabado por tener miedo de tal idea, ó de *la idea*, según decía ella, como si fuera la única que pudiera preocuparla. La voz de Hortensia le causaba sustos repentinos, sobresaltos llenos de terror: la mirada de su ama, fija en ella, le parecía una interrogación formidable, á la que comprendía que no podía sustraerse.

—Si ella me lo pregunta—pensaba Mónica,—no le podré mentir nunca.

Y el pensar que podría hacerle aquella pregunta, le producía sudores fríos en su cuerpo, cada vez más delgado.

La señora Dunois había observado, tanto las salidas frecuentes como el aspecto enfermizo y estático de la joven, y un día, en el momento en que Mónica salió de la estancia con los brazos caídos y la cabeza baja, como un sentenciado conducido al suplicio, le dijo Hortensia á su esposo:

—Esa niña va desmejorando: creo que será necesario enviarla á su tierra y que se case.

—¿Qué ocurrencia!—exclamó Dunois algo nerviosamente.

Por el pronto no deseaba en modo alguno que Mónica se fuera: más adelante sería otra cosa: aun no estaba cansado de aquel capricho, y comprendía que tardaría mucho en cansarse de él.

—Tú no la ves como yo—añadió Hortensia.—Yo la vengo observando desde hace quince días: esa muchacha se muere.

—¿De la nostalgia de su país?—preguntó él, tratando de echarlo á broma.

—O de mal de amor—repuso Hortensia con seriedad. Han hecho mal en separarla de su novio: los padres se creen sabios, y á veces...

Por un sentimiento extraño é inexplicable, Dunois

sintió un acceso de celos. ¿Sería aquello verdad? ¿Lo habría querido á él Mónica á falta de su novio, por hallarse separada de él?

—¿Qué me importa á mí eso?—se dijo con desdén,—¿acaso le pido yo otra cosa que lo que ella me da?

Pero comprendía que, al decir esto, se mentía á sí mismo. Lo que le había impulsado hacia Mónica, había sido un deseo vulgar; lo que ahora le inspiraba, era algo más profundo y mejor.

—Creo que te engañas—dijo tras un corto silencio. Esa pequeña está enferma, sencillamente, por falta de aire. A todas las muchachas que se las hace venir del campo, les pasa lo mismo el primer invierno.

Hortensia tardó en contestar.

—Pues yo creo—dijo,—que sufre un dolor moral, y como ella tiene confianza en mí, yo le preguntaré.

—¡No faltaba más que eso!—pensó Dunois con la impresión del hombre á quien le cae una chimenea sobre el sombrero.—Y Mónica es capaz de dejarse coger en el lazo.

Enojado, como es natural, de la sinceridad de Mónica, le predicó á esta aquella noche un gran sermón: le demostró de una manera clara todos los males que forzosamente se derivarían de una imprudencia suya, y le arrancó la promesa de no dejarse arrancar la verdad con ningún pretexto.

La mañana siguiente y mientras que Mónica arreglaba la habitación, Hortensia le habló como se había propuesto hacerlo.

—Tú tienes algo, Mónica, y no quieres decírmelo—díjole su señora mirándola con extrema dulzura.—¿Es que no tienes confianza en mí?

La joven volvió la cabeza: la mirada de su señora la hería como una espina clavada en la carne.

Al principio me contabas tus cosas—siguió diciendo Hortensia,—ahora no hablas; parece que estás de morros conmigo. ¿Acaso te habré causado algún disgusto sin saberlo?

Mónica, atraída á despecho de sí misma, se había acercado á la silla larga. Mantúvose allí, derecha, con la cabeza ligeramente inclinada, y mirando hacia la ventana: retorcía nerviosamente con los dedos la punta de su delantal, pero antes hubiera muerto que dejarse arrancar una palabra.

—¿Te ha causado alguien algún disgusto?—dijo Hortensia.—¿Te han hablado mal de mí?—añadió al ver que no obtenía respuesta.

—¡Oh!—exclamó Mónica con los ojos animados de extraño enojo.—¡Nadie se hubiera atrevido!

—Entonces ¿por qué no quieres decirme la verdad? ¿Es que ya no me quieres?

—¡Señorita, mi querida señorita!—dijo Mónica,—¿no quiere ya á usted? La quiero cien veces más que...

Se contuvo y se retorció las manos con verdadera desesperación.

—¿En ese caso?...

—¡No puedo!—exclamó la joven con explosión de dolor y de rabia,—no puedo decirle á usted nada, y yo no tengo nada, nada, absolutamente nada.

Su voz se fué apagando, y sus últimas palabras fueron como una especie de gemido. Hortensia comprendió que á la joven le ocurría algo grave.

—¿Te ha escrito tu madre?—le preguntó.

—Sí, por año nevo.

—¿Y tu novio?

—También me ha escrito hace ocho días.

—¿No estás mala?

—Me duele todo, pero no estoy mala.

Hortensia se calló visiblemente apenada, no sabiendo cómo vencer aquella resolución de no dejarse penetrar.

—¿Si yo pudiera hacer algo por ti, me lo dirías?—le preguntó un instante después.

Mónica le dirigió una mirada de ciervo cautivo en la que se leía toda la angustia de un alma enagenada.

—Usted no puede hacer nada por mí, mi querida señora—le repuso,—nadie puede hacer nada. Usted es buena como el mismo Dios, pero su bondad es inútil: además, yo no tengo nada...

Un ligero ademán de su mano débil completó el pensamiento.—¿Qué importa—quiso decir aquel ademán,—lo que pueda sentir yo? ¡lo tengo en tan poco!

Hortensia apoyó su delicada mano en el brazo de la joven, que se estremeció al contacto.

—A veces se tienen disgustos—le dijo,—que se vacila en confiar á una madre, porque las madres deben ser severas, pero que se le pueden confiar á una amiga. Acuérdate, Mónica, que en mí tienes una amiga; una amiga verdadera que te puede ayudar y socorrer.

Mónica besó lentamente, casi con frialdad, la mano que se apoyaba en su brazo como para hacer que penetrase más profundamente en ella el sentido de aquellas palabras bondadosas, y luego, apartándose, siguió arreglando la habitación.

Hortensia se quedó preocupada: hacía poco tiempo que conocía á Mónica, pero se había aficionado á aquella naturaleza original y casi selvática. Su instinto de mujer, aguzado aún más por las largas meditaciones á que la impulsaba el estado de su salud, le decía que allí existía una llaga profunda, quizá un peligro.

La idea del peligro fué desarrollándose de minuto en minuto en aquel espíritu clarividente. Mónica no podía haberse transformado hasta aquel punto sin que se hubiera determinado algún cambio en su existencia. Lo primero que se le ocurrió fué la idea de una seducción: Hortensia pensó que algún hombre poco delicado había adquirido ascendiente sobre Mónica; que esta se sentía vacilante, y que entre el amor jurado á Marín y la pernicioso influencia de un ladrón de honras, la pobre joven debía sufrir cruelmente.

Era preciso salvar á Mónica. Aquella florecilla de los campos no debía ir á engrosar el montón de cieno que el vicio envía diariamente á los sumideros de la

ciudad. Pero para poderla salvar se necesitaba saber. ¿Cómo informarse? Tenía que recurrir, hasta para los menores detalles, á una persona extraña. ¿A quién confiar la misión delicada de una información sobre hechos de un orden puramente moral?

Con Toinette no había que contar: era la última persona á quien se le pudiera confiar el encargo de hacer averiguaciones acerca de la conducta de su pequeña subordinada. Sin embargo, el culpable, ó el que por lo menos según Hortensia tenía intención de serlo, no podía ser más que uno de la casa ó un concurrente á ella, por cuanto Mónica no salía nunca sola: su paseo á la colina la víspera de la Pascua, había sido la única excepción de la regla.

Las sospechas de Hortensia recayeron en Fermín el ayuda de cámara de su marido. Sabía que era poco escrupuloso y que no era el ejemplo que su marido le daba, el más á propósito para inculcarle severidad de principios.

El hombre que no había respetado la inocencia de Mónica, el que había debido encontrar perverso placer en borrar la imagen del novio y en remplazar el honor y la virtud con el libertinaje y la vergüenza, debía ser Fermín...

El caso, entonces, no era desesperado: bastaría asegurarse de ello y demostrar á Mónica lo que era en realidad aquel ser vicioso, para que se curase de aquel extravío pasajero.

Lo más urgente era tener la seguridad de que Fermín se había dedicado á conquistar á la aldeanita, y para ello, preciso era que alguien se informara. ¿Quién sería aquel alguien?

En el momento en que Hortensia se devanaba inútilmente los cascos, llamaron á la puerta y entró Huerto.

—Llega usted á tiempo—le dijo súbitamente inspirada.—Buscaba un hombre de confianza para una misión delicada, y ese hombre va á ser usted.

La fisonomía del joven se distendió, y su mirada demostró agradecimiento.

Al ir á hablar se percató Hortensia de que si la misión era difícil de cumplir, el explicarla no ofrecía menos dificultad.

—Temo—dijo poniéndose ligeramente encarnada;— que Mónica se halle bajo una influencia perniciosa: la encuentro diferente de cuando llegó, y he reflexionado que tal cambio no debe ser únicamente un efecto de su nuevo sistema de vida. Es joven, es bonita... ¿no ha notado usted, pues que habita en la casa, que alguien la corteje?

Huberto, que no era amigo de Mónica, se ocupaba de ella lo menos posible y no había observado nada.

—He sospechado—siguió diciendo Hortensia y poniéndose aún más encarnada,—que Fermín haya podido concebir la idea de seducirla, lo que no sería de admirar, porque Fermín, en punto á moralidad, es poco recomendable, cualesquiera que sean sus cualidades como sirviente... Quisiera cerciorarme acerca de esto. ¿No pudiera usted averiguar si él ve á la muchacha fuera de las relaciones ordinarias del servicio doméstico, relaciones que deben ser muy pocas?

—No creo—dijo Huberto algo cortado también al oír hablar de tales cosas á la mujer que más quería y respetaba en el mundo; — no creo que Fermín tenga entrevistas particulares con esa joven, porque ella no sale nunca y él está constantemente fuera de casa. En la oficina se habla á menudo de Fermín y se dice que cómo se las arreglará para cumplir sus deberes sin estar jamás en la casa.

—Es que tiene otras ocupaciones, sin duda—dijo Hortensia exhalando un suspiro.—Nadie me quitará de la cabeza que Mónica está trastornada hasta en lo más íntimo de su ser, y me causa pena. Nunca le podré decir á usted, hijo mío, hasta qué punto sentiría y cuál sería el peso de mi responsabilidad, si á esa joven le hicieran olvidar sus deberes estando en mi casa. Eso

no debe suceder, y no sucedería si yo tuviese salud y fuerzas: no me podría consolar nunca de que, por culpa mía, haya estado en peligro una muchacha confiada á mis cuidados.

—¿Qué debo hacer?—preguntó Huberto dominado por la convicción con que se expresaba Hortensia.

—Se lo diré á usted, y no crea, hijo mío, que trato de reducirlo al papel de espía.

—¡Oh!—exclamó Huberto con un vivo ademán.

Quisiera que hiciera usted lo que haría yo si pudiera andar: mire usted en torno suyo; fíjese en lo que haga Mónica; dígame todo aquello que le parezca singular; todo, en bien suyo: quizá baste á salvarla esta sencilla precaución. Asegúrese usted de que no sale.

—De eso puede usted estar segura—dijo Huberto,—ayer mismo lo dijo Toinette.

—¿Y al jardín?—preguntó Hortensia.

—Efectivamente: hay jardín.

—Eso no podría ser más que de noche cuando se va de aquí. En estos últimos días he hecho que se retirase temprano, porque la veía cansada.

—Me fijaré en ello—replicó el joven.

Parecía preocuparle una idea que no quería ó no se atrevía á expresar.

—¿Qué hay?—preguntó Hortensia, acostumbrada á seguir, durante años, los pensamientos que se reflejaban en aquel semblante expresivo.

—Que lo siento por usted—dijo Huberto fijando en ella sus ojos en que radiaba toda la ternura de su alma honrada;—que estoy triste al verla á usted tomarse cuidados por seres que no deberían hacer otra cosa que contentarla. Es usted tan buena y tan animosa, que el mundo entero debería endulzar su existencia... ¡Ah! ¡si yo pudiera hacer algo por usted!

—Puedes tranquilizar mi ánimo á propósito de esa joven, ó convencerme de la necesidad de enviarla á su país: en ambos casos, me habrás prestado un servicio.

Había vuelto á tutearlo como antes, sin percatarse

de ello. Huberto se llenó de satisfacción.

—¿No la quiere usted más que á mí?—preguntó el joven con una especie de mimo avaricioso.

—¡Vaya una pregunta!—dijo Hortensia, é iba á sonreirse, cuando observó el encendido color del joven y la confusión de todo su ser. Preocupada, por ello, se puso seria.

—No puede haber nada de común entre el sentimiento de benévola compasión que me inspira esa joven, y el cariño casi maternal que le tengo á usted—dijo Hortensia con una frialdad que le costó trabajo emplear.—Para con usted he hecho las veces de madre; á ella le debo la protección y los sentimientos afectuosos que merece todo ser honrado, inteligente y bueno: no tiene relación una cosa con la otra.

Huberto se llevó á los labios, con el fervor de un creyente, el extremo del chal que cubría los pies de Hortensia.

—Muchas gracias—dijo en voz baja,—me consideraré muy dichoso en poderle ser á usted útil.

Permanecía en pie delante de ella comprendiendo que debía retirarse, y no teniendo valor para hacerlo: ella leyó de pronto en aquel rostro, que había dejado de ser infantil para tomar algo de sufrimiento y de reflexión, la sombra de un disgusto de hombre al propio tiempo que el éxtasis y el deslumbramiento de una aurora.

—¡Oh!—se dijo, entristecida por él;—la vida no se compone más que de disgustos, lo mismo para los demás que para mí.

Su espíritu le sugirió de pronto un remedio.

—En otras ocasiones me ha hablado usted de viajar—le dijo.

El levantó con inquietud la cabeza.

—Será preciso que usted viaje—le dijo ella con dulzura,—ya le buscaremos la ocasión de que dé una vuelta por el extranjero, de que aprenda un idioma...

Huberto bajó los ojos: aquello era exigir demasiado

de él. ¿Cómo podía querer ella que se alejase de su lado?

—Pronto hablaremos de eso otra vez—añadió Hortensia con su mirada seria y su voz tranquila.

El no se atrevió á decir nada. ¿A qué hablar?

—Vuelva usted después de comer, y si usted averigua algo, dígamelo: tengo el presentimiento de que no hay tiempo que perder.

Huberto se inclinó silenciosamente y se marchó. La señora Dunois lo siguió con la vista.

—Va disgustado—pensó,—¡muchos más disgustos tendrá en lo sucesivo! La vida está hecha así... luego se acostumbra uno y ya no piensa en ello... Sin embargo, en los primeros momentos, resulta muy duro... ¡Pobre chico!

El pensamiento compasivo de Hortensia estuvo fijo en Huberto unos instantes, y luego se fijó en Mónica.

—¡Todo son peligros, todo son tristezas! ¿Sería cierto que los únicos seres felices son los que mueren jóvenes?

Su pensamiento se trasladó entonces al hijo que había perdido, con una ternura avivada con la idea de aquellos dos jóvenes, casi niños aun cuyos destinos le tenían preocupada: luego cogió un libro para no dejarse llevar por el vivo recuerdo de sus propias penas, y como el libro no fuera demasiado interesante, á los pocos minutos se quedó dormida.

Era la víspera de Reyes, día de asueto para la servidumbre doméstica en Normandía. Al dar las doce, se da de mano á los trabajos, lo mismo en los cortijos que en las casas, y criados y criadas, poniéndose sus tra-

pitos de cristianar, se van á veces muy lejos, generalmente á pie y con un lío de ropa al extremo de un palo, á ver á sus parientes.

La granja ó cortijo de las Landas, estaba revuelto como las demás fincas: las criadas y los mozos de labor se apresuraban á reunirse en la vasta sala en que los dueños, antes de dejarlos marchar, les daban vino como si fuesen huéspedes.

En pie y enderredor de la mesa del castaño bebieron con gravedad, quitándose los hombres el sombrero y haciendo las mujeres una reverencia, y vaciaban completamente el contenido de los vasos. Luego se despidieron de sus amos y todos salieron de la finca.

El viento era fuerte y el frío tradicional de los Reyes parecía cernerse en la atmósfera: el cielo amanecería azul al día siguiente; en aquellos momentos estaba velado por un ligero vapor gris que luego, á la puesta del sol, tomaría tinte rosado.

Ya en la carretera, se dividió el grupo: unos tomaron á la derecha en dirección del campo y los otros á la izquierda, del lado de la ciudad.

—¿Y usted, señor Marín—dijo una joven agraciada,—se viene con nosotros para ir á ver á los suyos?

—No—contestó Marín,—me voy hacia la parte de Caen.

—¿A dar una vuelta por la ciudad? Lo creía á usted más consecuente con las buenas costumbres del país. ¿Acaso no se ha hecho la festividad de Reyes para pasarla en familia? ¿No le es á usted desagradable pasar la noche en una posada en donde no conocerá usted á nadie?

—El caso es—replicó Marín con gravedad,—que no pasaré la noche en una posada sino en el tren, y que me encontraré en Rouen mañana muy temprano.

—¡En Rouen!—exclamaron en coro los del grupo que, próximos á dispersarse, se habían reunido atraídos por la curiosidad.

—En Rouen—contestó Bonami.—Todos van á ver á

los suyos: yo, que no tengo ya parientes ni persona de mi sangre que se preocupe por mí, voy á ver á la que será mi esposa.

—Está muy bien—exclamaron las jóvenes, algo contrariadas sin embargo, al saber que aquel gallardo y silencioso joven estaba para casarse y que, por lo tanto, no había que pensar en él.

—¿Lo espera á usted ella?—le preguntó una de las criadas de la finca.

—No: he temido mucho que ella se hubiera opuesto y por nada de este mundo he querido disgustarla. Mi ida va á ser para ella una sorpresa.

—Pues en ese caso, buen viaje, Marín.

—Gracias, y lo mismo digo: feliz viaje—contestó él saludando con el sombrero.

El personal de la granja se diseminó por todos los caminos. Marín se quedó pronto solo en el bien cuidado camino que siguió con paso firme.

Aun cuando ya declinaba el día, aun estaba muy claro y alegre. Marín quería estar contento; se había hecho la firme resolución de estarlo. Su alegría, en él que ni bebía ni solía reír, no era ruidosa, ni comunicativa siquiera. Sin embargo, algunas veces sentía en sí mismo impulsos alegres con relación á la vida y á las cosas, que era lo que constituía su alegría.

—¡Voy á ver á Mónica!—se decía,—¡estoy contento!

La alegría no quería aparecer á pesar de toda la buena voluntad del que la llamaba: la fresca del ambiente; la satisfacción de un día de aseo, y la esperanza de ver á su amada, sólo designaban por un instante la inquietud y la turbación que, desde hacía algunas semanas, agitaban el corazón de Marín.

—Sus cartas no son ahora como al principio—se decía,—y sin embargo, ella no puede haber cambiado en tan pocos meses.

Se repetía esto hasta la saciedad, y no llegaba á convencerse de ello.

Cuando marchó ella, tan pequeña, tan débil, tan niña todavía, él había sentido el espanto del que abandona á las olas una barquilla demasiado frágil, construida para el remo y no para el trabajo. Ella había jurado no cambiar. ¡Pobrecilla! Lo había jurado de buena fe, pero ¿qué sabía ella del destino que la esperaba? ¿Cuántos serán los que, seguros de sí mismos, pueden jurar que no han de cambiar nunca? ¿No hace falta, para cumplir semejante juramento, saber de ciencia propia que la desgracia no es la más fuerte cuando el hombre tiene, para afrontarla, un valor indomable? ¿Qué sabía Mónica de la vida? ¿No había sido dichosa siempre?

Marín seguía andando al mismo paso, en tanto que el cielo se ponía gris y se tachonaba, por encima de su cabeza, de estrellas que no parecían más que puntos blanquecinos apenas adivinados: su paso firme y pesado de labrador, resonaba en el piso endurecido, y el ritmo de su marcha parecía entonarle la canción que las deshechas olas cantaban en aquella hora en torno de las rocas negras. Allí, bajo los avellanos, á la sazón sin hojas, cerca del lavadero que ya no reflejaba más que las ramas escuetas sobre el claro cielo, había visto él á Mónica, pequeñita, muy pequeñita... ¡Cuánto tiempo hacía de esto!

Junto á su madre, que estaba lavando, comisqueaba la niña una rebanada de pan con manteca. Apenas tendría dos años y se sostenía de pie sobre sus desarrolladas piernecitas, calzadas con gruesas medias de lana: él, muchacho ya de unos diez años, llevaba delante de sí, arreándolo con una vara, al viejo caballo de su padre que subía con lentitud el sendero del acantilado llevando á lomos una carga de helechos secos.

Había visto á la graciosa niña con sus cabellos rubios que parecían cristal hilado, y sus ojitos azules, rientes y picarescos pero inocentes como los ojos azules de las verónicas que crecen al pie de las encinas: la niña, había extendido con atrevimiento sus hermosos

bracitos y había pedido que la montaran en el caballo.

Conmovidó de aquella infantil confianza, él se había inclinado hacia la niña, la había levantado en alto y la había sentado sobre los aromáticos helechos, sin que el viejo caballo echara de ver el mayor peso cargado sobre sus lomos, y ambos habían ido juntos hasta el local en que, carga tras carga, los helechos amontonados iban llegando ya al techo.

¡Qué juegos, qué risas, que trinos de pájaros al llegar en aquel viejo local en que Marín descargaba al cuadrúpedo! Había sido preciso bajar á la niña casi á la fuerza, y esta hubiese llorado si él no la hubiese vuelto á montar en el sesudo caballo, sosteniéndola sobre la albarda con mano rígida.

Desde entonces la había querido siempre: la risa de sus ojos azules le había parecido una caricia siempre que la había encontrado de nuevo, y ahora ¡cosa en extremo singular! al acercarse á su prometida, era á la niña Mónica á la que él veía sobre el camino, un poco más adelante, á la niña de tres ó cuatro palmos de estatura, que iba andando de prisa y volviéndose con frecuencia para mirarlo con ademán malicioso, dispuesta á echar á correr si él mostrara inclinaciones de alcanzarla.

Estaba en otro país, eran otros los caminos, y sin embargo, la niña Mónica iba siempre, siempre delante: había cerrado la noche, y bajo el manto de las estrellas que brillaban con vívida claridad en un cielo helado, Marín seguía á la dichosa niña, sombra perceptible para él sólo, á la que no podía alcanzar, por mucho que apresuraba el paso.

La landa se extendía ante él, solitaria y gris, hasta perderse de vista. Antes de internarse en ella volvió hacia atrás la cabeza. Iba á dejar el país de los bosques, en las hondonadas y de los arroyos que humedecen los pies del caminante en las sendas que, como atajos, acortan las distancias. Pasada la landa llegaría á la ciudad y á la estación del ferrocarril, bastante

lejos aun para que pudiese ver brillar sus luces.

Se estremeció de frío y de disgusto al medir con la vista el espacio que se extendía ante él. Sin que supiera darse la razón de ello, sintió la vaga impresión de que dejaba tras de sí toda una vida y que se sumergía en un desconocido formidable.

Una campana, perdida á lo lejos, dió lentamente las nueve, allá, remotamente, en el espacio, como si sus ecos no hubieran de tocar nunca la tierra; luego volvió á reinar en la landa el silencio, un silencio solemne y tan profundo, que Marín percibió un instante después como una música ruidosa, el suspiro del viento al herir suavemente los matorrales.

Seguía el negruzco camino trazado en la landa por profundos surcos caprichosamente tortuosos, formado desde siglos atrás por los inciertos pasos del primer hombre ó del primer caballo que había pasado por allí.

Los hombres y las bestias habían seguido maquinalmente durante centenares de años el primer camino trazado sin cuidarse de rectificarlo para abreviar las distancias, y aun habían de pasar muchos años antes de que los zig-zags desaparecieran de entre las dos sábanas de matorrales, unas veces verdes y otras secas: el hombre se deja llevar por las cosas con más facilidad que las cosas por el hombre.

Marín se encontró de repente solo, horriblemente solo y triste. Pensó en sus compañeros de trabajo, que habrían llegado ya, á aquella hora, á las casas de sus parientes ó de sus amigos: se estarían calentando al amor de la lumbre cerca de una mesa bien provista y reflejando en sus ojos el júbilo consiguiente á haberse encontrado de nuevo entre los seres que les eran queridos, percibiendo en sus oídos la música de la voz de los seres amados, y con el corazón dilatado por el placer de haber sido esperados; deseados y tratados á cuerpo de rey.

Acelerando el paso, quiso evocar la imagen de Mónica al imprimir en ella sus labios en el cementerio al

calor del mes de julio, y no lo consiguió.

Quiso entonces verla como dijimos hace poco, pequeña y marchando ante él por el camino, y no lo consiguió tampoco.

Trató de representársela al siguiente día cuando él llegase y ella lanzara al verlo el grito de alegría que él se había imaginado muchas veces, y tampoco lo pudo conseguir.

En las largas horas de su viaje durante la noche glacial, lo mismo en la landa que en el vagón del tren, sus esfuerzos para evocar la imagen de Mónica resultaron inútiles: Mónica había desaparecido de su cerebro, y esto le produjo una impresión tan triste y tan desconsoladora como la del niño que se despierta huérfano.

## XV

Huberto bajó la escalera lentamente con la penosa preocupación del hombre que, solicitado en opuestos sentidos, no sabe por qué decidirse.

Surgía en él un verdadero caso de conciencia, el primero de su vida, y de seguro uno de los más complicados que es dable imaginar.

Uno vigila por cuenta propia á aquellos de quienes desconfía, y nada es más natural para quien se halla así en estado de legítima defensa; pero vigilar por cuenta ajena no es cosa tan cómoda. Sin embargo, ¿y en el caso de que ese otro no pueda vigilar por sí, cuando ese otro es la persona más querida, la rectitud personificada y está impedido por enfermedad, no solamente de realizar nada en defensa propia, sino hasta del necesario deber de proteger su alma?

Huberto, se detuvo harto perplejo al pie de la escalera, y luego subió por esta de repente como una

lejos aun para que pudiese ver brillar sus luces.

Se estremeció de frío y de disgusto al medir con la vista el espacio que se extendía ante él. Sin que supiera darse la razón de ello, sintió la vaga impresión de que dejaba tras de sí toda una vida y que se sumergía en un desconocido formidable.

Una campana, perdida á lo lejos, dió lentamente las nueve, allá, remotamente, en el espacio, como si sus ecos no hubieran de tocar nunca la tierra; luego volvió á reinar en la landa el silencio, un silencio solemne y tan profundo, que Marín percibió un instante después como una música ruidosa, el suspiro del viento al herir suavemente los matorrales.

Seguía el negruzco camino trazado en la landa por profundos surcos caprichosamente tortuosos, formado desde siglos atrás por los inciertos pasos del primer hombre ó del primer caballo que había pasado por allí.

Los hombres y las bestias habían seguido maquinalmente durante centenares de años el primer camino trazado sin cuidarse de rectificarlo para abreviar las distancias, y aun habían de pasar muchos años antes de que los zig-zags desaparecieran de entre las dos sábanas de matorrales, unas veces verdes y otras secas: el hombre se deja llevar por las cosas con más facilidad que las cosas por el hombre.

Marín se encontró de repente solo, horriblemente solo y triste. Pensó en sus compañeros de trabajo, que habrían llegado ya, á aquella hora, á las casas de sus parientes ó de sus amigos: se estarían calentando al amor de la lumbre cerca de una mesa bien provista y reflejando en sus ojos el júbilo consiguiente á haberse encontrado de nuevo entre los seres que les eran queridos, percibiendo en sus oídos la música de la voz de los seres amados, y con el corazón dilatado por el placer de haber sido esperados; deseados y tratados á cuerpo de rey.

Acelerando el paso, quiso evocar la imagen de Mónica al imprimir en ella sus labios en el cementerio al

calor del mes de julio, y no lo consiguió.

Quiso entonces verla como dijimos hace poco, pequeña y marchando ante él por el camino, y no lo consiguió tampoco.

Trató de representársela al siguiente día cuando él llegase y ella lanzara al verlo el grito de alegría que él se había imaginado muchas veces, y tampoco lo pudo conseguir.

En las largas horas de su viaje durante la noche glacial, lo mismo en la landa que en el vagón del tren, sus esfuerzos para evocar la imagen de Mónica resultaron inútiles: Mónica había desaparecido de su cerebro, y esto le produjo una impresión tan triste y tan desconsoladora como la del niño que se despierta huérfano.

## XV

Huberto bajó la escalera lentamente con la penosa preocupación del hombre que, solicitado en opuestos sentidos, no sabe por qué decidirse.

Surgía en él un verdadero caso de conciencia, el primero de su vida, y de seguro uno de los más complicados que es dable imaginar.

Uno vigila por cuenta propia á aquellos de quienes desconfía, y nada es más natural para quien se halla así en estado de legítima defensa; pero vigilar por cuenta ajena no es cosa tan cómoda. Sin embargo, ¿y en el caso de que ese otro no pueda vigilar por sí, cuando ese otro es la persona más querida, la rectitud personificada y está impedido por enfermedad, no solamente de realizar nada en defensa propia, sino hasta del necesario deber de proteger su alma?

Huberto, se detuvo harto perplejo al pie de la escalera, y luego subió por esta de repente como una

flecha. Tenía su habitación allá arriba, no lejos de la de Mónica, y subió con objeto de ver á la joven y de decirle, mirándola frente á frente, que su conducta tenía intranquila á su señora; que ella debía procurar, cuando menos, la paz del espíritu á una señora tan buena, y que era una crueldad que con su irregular manera de ser causara tales cuidados á aquel pobre ser, timorato, generoso y entusiasta.

La idea era quimérica, caballeresca, absurda, pero Huberto tenía ideas y no ignoraba quién se las había hecho germinar en el cerebro.

Llegado á lo alto de la escalera, buscó y halló la habitación de Mónica.

Llamó á la puerta, pero inútilmente. La llave estaba puesta en la cerradura por la parte exterior, lo que evidenciaba que no podía estar la joven encerrada por dentro: en su vista, comenzó á bajar despacio: ordinariamente lo hacía por la escalera de servicio, pero aquella vez lo hizo por la escalera principal, con la esperanza de encontrarse con la criadita en la meseta ó en el vestíbulo.

Cuando se encontraba en el segundo piso, oyó la voz del señor Dunois debajo de donde él estaba, y se detuvo.

—No—decía aquel en voz bastante contenida,—de ningún modo antes de las diez. No puedo volver más temprano.

—¿Y si me duermo?—preguntó Mónica.

—Yo iré á despertarte; pero ¿por qué no me esperas en mi cuarto?

—¿Y si viniera Fermín? ¿qué diría al encontrarme en él?

—No habrá nadie en casa en cuanto den las ocho—dijo el señor Dunois.—Todos los criados se irán á ver á sus familias ó á sus amigos: demasiado sabes que hoy es la víspera de Reyes.

Si Huberto hubiera podido ver la nube que oscureció el semblante de la joven, hubiera tenido compasión

de ella, pero no la veía. Helado de espanto, se había quedado inmóvil temiendo comprender y comprendiendo demasiado bien.

—Hasta la noche—dijo Dunois, y luego se oyó el chasquido de un beso y que el banquero entraba en el cuarto de su mujer.

Dejó de oírse ruido en la escalera: Huberto se inclinó sobre el pasamano. ¿No podía haber comprendido mal, haber oído mal? Si la persona á la cual había oído hablar no hubiera sido Mónica...

Se asomó por encima del pasamano y miró.

Mónica en pie y con las manos envueltas en su delantal, por costumbre aldeana cuando hace frío, dirigía alternativamente una mirada sombría á la puerta de las habitaciones de la señora y del señor. Daba vueltas en su cabeza á un arduo problema que no había podido resolver, porque, después de algunos momentos de meditación entró muy despacio en el departamento de Hortensia.

Huberto bajó entonces, atolondrado como el hombre que ha recibido un golpe en la cabeza. ¡Mónica, Mónica y el señor Dunois! ¡El horrible vicio tomando asiento en el domicilio conyugal! ¡la criadita sencilla, apenas llegada y corrompida ya! Y él, el esposo infiel no contentándose con ir á buscar fuera la satisfacción de sus groseros apetitos, sino introduciendo la vida licenciosa hasta la cabecera del lecho de su mujer!

El pobre joven sentía lo que sienten los espíritus generosos y delicados la primera vez que las fealdades de la vida se presentan á ellos: se sentía aplanado por el golpe, sin saber á qué rama agarrarse, viendo remolinarse junto á él el fango hediondo del estercolero en que se arrojan constantemente las impurezas de la vida.

Se encontró en la calle sin saber cómo, entró en el escritorio, se sentó á su mesa y reanudó su trabajo diario sin saber lo que hacía. Alineaba maquinalmente las frases de las cartas que copiaba: su imaginación estaba

en otra parte, y se preguntaba qué era lo que le diría aquella tarde á su señora.

Declinó el día: los mecheros de gas cubiertos de sarga verde, reemplazaron á la incierta claridad de una tarde de invierno en las oficinas, y poco antes de la hora de suspender en ellas los trabajos, entró el señor Dunois.

Huberto se sintió contrariado hasta lo más profundo de su ser, pensando que aquel hombre tal vez se iba á acercarse á él é iba á hablarle.

El banquero había ido á despachar: el jefe de los oficinas le dió cuenta y le puso á la firma algunos asuntos resueltos desde por la mañana. Fué llamado Huberto que se acercó con las cartas pedidas en la mano y el corazón tembloroso por un horror mal contenido. El señor Dunois echó una mirada á las cartas y se las devolvió sin mirarlo siquiera. Huberto era una de las ruedas de aquella máquina que llevaba á la casa diariamente una ola de oro: para el señor no era otra cosa... El joven pensó en su señora cuyo departamento caía precisamente encima, y que no estaba separado de él más que por el espesor del techo. ¡Pobre y querida señora! ¡Si supiera!... No; él no le diría, él no podía decirle...

Dunois se fué: cerráronse las oficinas y cada cual se fué adonde le llevaron sus inclinaciones ó el deseo. Huberto permaneció irresoluto en el umbral. ¿Qué hacer?

Pensó buscar á Mónica, asirla de un brazo y ponerla en la calle diciéndole:

—¡Vete desgraciada!

Pero luego pensó que aquello sería perfectamente inútil; que ella le opondría resistencia y que el escándalo de una lucha sería abrirle los ojos á Hortensia. ¿Qué hacer pues?

Evidentemente, tranquilizarla. Fuere lo que fuera lo que pudiera ocurrir al día siguiente, era preciso darle á aquella criatura angelical el reposo de una

noche al menos. Poco importaba que ella lo acusara de negligente: lo esencial era que no tuviera un disgusto pudiéndoselo evitar.

Completamente decidido á ello, subió á las habitaciones de la señora. La hora era ya relativamente avanzada: iban á dar las siete: golpeó con los nudillos en la puerta y oyó la querida voz de Hortensia diciendo:

—¡Adelante!

Huberto entró. Hortensia estaba sola bajo la luz atenuada de la lámpara por efecto de la pantalla. Algo más pálida que de costumbre, tenía un libro abierto en la mano, pero no leía.

A la vista del joven, su rostro dulce se iluminó con una sonrisa ¡cuánto debía recordar él más adelante aquella sonrisa y la mirada con que la acompañó!

—Vamos—le dijo cuando él se acercó,—¿tiene usted algo que decirme?

—He hecho cuanto he podido—repuso el joven con afectada alegría, que despertó en el acto un recelo en el ánimo inteligente de Hortensia.—He mirado y remirado; he buscado bien por todas partes, y creo que se ha engañado usted, señora.

—¡Engañado! ¡Oh! no. Mónica me oculta algo.

—No he querido decir—exclamó Huberto tratando de reparar su torpeza,—que Mónica no tenga disgustos. Eso se ve desde luego, puesto que no es la misma que antes; he querido decir únicamente, que no es aquí en la casa... lo he corrido todo... y...

Se embrollaba en sus frases y comprendía que estaba diciendo lo que no debía decir: la mirada perspicaz de su protectora estaba fija en él. Convencido de haber errado el camino y sobrecogido de angustia por no sé qué de desconocido y formidable, juntó las manos.

—Señora—la dijo mirándola con pasión,—créame usted: le aseguro que le digo la verdad; que no hay nada que pueda atormentarla ni inquietarla á usted: todo marcha bien: no he descubierto nada ni nadie

descubrirá más que yo; se lo aseguro á usted, se lo aseguro.

Hortensia lo miró hasta el fondo del alma y bajo aquella mirada, el joven sintió que se le apretaba la garganta y que tenía ganas de llorar.

—Lo creo á usted—le dijo ella bajando los ojos.

Estaba cierta de que había él descubierto el secreto de Mónica, y cierta también de que no se lo revelaría. Sentía crecer poco á poco el convencimiento mal definido, pero ya amenazador, de que aquel secreto le interesaba á ella, y que el joven preferiría la muerte á causarle el menor disgusto. De aquello á adivinar la verdad, no había más que un paso.

—Diga usted, mi querida señora ¿no es verdad que ya no se preocupará usted de eso?—exclamó Huberto empleando frases tiernas, cuya dulzura no había destilado hasta entonces;—¿qué no volverá usted á pensar más en eso? Esa jovencita no merece que usted se preocupe por ella: déjela usted tranquila: no piense usted más que en sí misma. Todo el mundo la quiere á usted y la respeta ¿qué necesidad tiene usted de calentarse la cabeza en cosas sin importancia? ¿No pensará usted más en ello, no es verdad?

El la veneraba como una madre y le hablaba casi como un hijo.

Hortensia fijó en él su mirada pura.

—Es usted una naturaleza buena y hermosa—le dijo. —Tiene usted un corazón tan recto, que ni el afecto lo puede falsear. Me he equivocado, es decir, he hecho mal al pedirle á usted lo que le he pedido. Me produce usted más satisfacción, hijo mío, en este momento, que durante toda su vida.

El fijó en ella una mirada radiante, cuyo brillo apagaron sus lágrimas.

—Usted ha sido para mí un gran consuelo—siguió diciendo Hortensia,—en la existencia estéril é inútil que llevo, y me complace haber dirigido hacia el bien sus instintos y haber adivinado lo que usted puede lle-

gar á ser. Le doy á usted las gracias, hijo mío, por haberme producido esa satisfacción.

El se arrodilló junto á ella, demasiado lejos para tocarla, pero bastante cerca para estar al alcance de su mano, si ella extendía el brazo.

—¡Y usted me da las gracias! ¡Oh!

—Sí, se las doy á usted. Yo tengo pocas satisfacciones, y usted me ha dado una: levántese.

Huberto obedeció.

—Pronto se irá usted lejos—dijo Hortensia,—no sé si las circunstancias serán entonces las mismas que hoy... Acuérdesse usted, hijo mío, que en su nueva carrera, en el curso entero de su vida, le acompañará mi estimación.

—¿Son una bendición sus palabras?—preguntó Huberto con voz ahogada.

—Sí, son una bendición, efectivamente—dijo ella. —No volveremos á hablar nunca de esto: las impresiones pierden su valor con la repetición frecuente, y es preciso que usted conserve esta, muy fresca y muy fuerte, porque esta impresión le defenderá contra muchas asechanzas en la vida.

Huberto se quedó callado y en esa especie de recogimiento grave en que quedan los que toman en el templo el sacramento de la Eucaristía.

—Retírese usted, hijo mío, y váyase con mi confianza y con mi amistad.

El joven la saludó, y aun se volvió al irse para verla.

La habitación estaba envuelta en aquella media luz en que él la había visto tantas veces: el paisajito de Carot en su marco, parecía más gris y más dulce aun que de costumbre, y ella... ¡ella! ella le sonreía con su divina dulzura, y con las mejillas algo sonrosadas por efecto de la emoción y con los ojos algo más brillantes por algunas lágrimas tiernas y severamente contenidas, seguía mirándolo y moviendo suavemente la cabeza.

—¡Oh! ¡con cuánto gusto daría mi vida por ella! —dijo él al cerrar la puerta,—pero ella no lo sabrá nunca.

## XVI

Hortensia tocó el timbre y mandó que le sirvieran la comida. Cuando su esposo estaba en el círculo se hacía servir en su habitación algo más temprano, con el fin de dejar antes libres á sus criados.

En el momento en que, servida por Mónica, acababa de comer, entró su esposo elegantemente vestido y guapo como siempre.

—¿Ya has concluido?—dijo.—En cambio, yo no he comenzado aún.

—Todos nuestros criados salen hoy—repuso la joven,—y he adelantado lo posible la comida para proporcionarles una hora más de libertad.

—¡Siempre buena!—exclamó el banquero con sonrisa afectuosa.

Conocía mejor que nadie las virtudes de su mujer y las apreciaba con tal de que no le obligasen á privarse en honor de ella del menor capricho suyo.

—¿Quién se queda en casa?—preguntó poniéndose los guantes.

—El conserje y su mujer: creo que han convidado á algunos amigos.

—Esos son para la cuestión de la casa, pero ¿y para ti?

—Mónica.

—¿Nada más?—preguntó haciendo una mueca desdenosa.

—Me basta. Además, tengo que hablar con ella: in-

dudablemente tiene algún cuidado que me oculta, y confío que teniendo con ella una hora de tranquila conversación, conseguiré hacer que confiese.

Dunois hizo un movimiento displicente. Mónica entraba en aquel instante con una taza de té puesta en una bandeja, y al entrar dejó abierta la puerta de la habitación.

—Buenas noches, querida mía—dijo el banquero,—es probable que vuelva tarde.

Sus ojos buscaron los de Mónica, pero esta con la cabeza baja, hasta evitaba volverse hacia él.

Dunois se marchó sin cerrar la puerta. Hortensia había dejado la taza vacía en la mesa que tenía cerca. Algo extraño pasaba en ella ó en torno suyo, algo que no adivinaba aún, pero que iba á adivinar.

—¿Va á colocarse la señora en su silla larga?—preguntó Mónica.

Hortensia estaba sentada en el sillón en que se instalaba para comer.

—No, todavía no—repuso.

Le pareció oír por la puerta que seguía abierta, algún ruido en la meseta de la escalera. De pronto se oyó la voz de su marido llamando:

—¡Mónica!

El acento era duro como si la hubiera querido reprender.

—¡Señor!—contestó ella.

En vez de precipitarse hacia el descanso de la escalera, se dirigió á él despacio, entornando, al salir, la puerta de la habitación.

Hortensia no oyó el eco de las voces que debían llegar hasta ella; pero su oído era muy fino y percibió que cuchicheaban. Por uno de esos prodigios de fuerza que se producen en los seres más débiles en los momentos de las grandes crisis, la joven se levantó sin ayuda de nadie y fué hasta la puerta, que cedió lentamente bajo la presión de sus dedos.

A la brillante luz del gas y sobre el fondo rojo de

—¡Oh! ¡con cuánto gusto daría mi vida por ella! —dijo él al cerrar la puerta,—pero ella no lo sabrá nunca.

## XVI

Hortensia tocó el timbre y mandó que le sirvieran la comida. Cuando su esposo estaba en el círculo se hacía servir en su habitación algo más temprano, con el fin de dejar antes libres á sus criados.

En el momento en que, servida por Mónica, acababa de comer, entró su esposo elegantemente vestido y guapo como siempre.

—¿Ya has concluido?—dijo.—En cambio, yo no he comenzado aún.

—Todos nuestros criados salen hoy—repuso la joven,—y he adelantado lo posible la comida para proporcionarles una hora más de libertad.

—¡Siempre buena!—exclamó el banquero con sonrisa afectuosa.

Conocía mejor que nadie las virtudes de su mujer y las apreciaba con tal de que no le obligasen á privarse en honor de ella del menor capricho suyo.

—¿Quién se queda en casa?—preguntó poniéndose los guantes.

—El conserje y su mujer: creo que han convidado á algunos amigos.

—Esos son para la cuestión de la casa, pero ¿y para ti?

—Mónica.

—¿Nada más?—preguntó haciendo una mueca desdenosa.

—Me basta. Además, tengo que hablar con ella: in-

dudablemente tiene algún cuidado que me oculta, y confío que teniendo con ella una hora de tranquila conversación, conseguiré hacer que confiese.

Dunois hizo un movimiento displicente. Mónica entraba en aquel instante con una taza de té puesta en una bandeja, y al entrar dejó abierta la puerta de la habitación.

—Buenas noches, querida mía—dijo el banquero,—es probable que vuelva tarde.

Sus ojos buscaron los de Mónica, pero esta con la cabeza baja, hasta evitaba volverse hacia él.

Dunois se marchó sin cerrar la puerta. Hortensia había dejado la taza vacía en la mesa que tenía cerca. Algo extraño pasaba en ella ó en torno suyo, algo que no adivinaba aún, pero que iba á adivinar.

—¿Va á colocarse la señora en su silla larga?—preguntó Mónica.

Hortensia estaba sentada en el sillón en que se instalaba para comer.

—No, todavía no—repuso.

Le pareció oír por la puerta que seguía abierta, algún ruido en la meseta de la escalera. De pronto se oyó la voz de su marido llamando:

—¡Mónica!

El acento era duro como si la hubiera querido reprender.

—¡Señor!—contestó ella.

En vez de precipitarse hacia el descanso de la escalera, se dirigió á él despacio, entornando, al salir, la puerta de la habitación.

Hortensia no oyó el eco de las voces que debían llegar hasta ella; pero su oído era muy fino y percibió que cuchicheaban. Por uno de esos prodigios de fuerza que se producen en los seres más débiles en los momentos de las grandes crisis, la joven se levantó sin ayuda de nadie y fué hasta la puerta, que cedió lentamente bajo la presión de sus dedos.

A la brillante luz del gas y sobre el fondo rojo de

la alfombra y de las cortinas orientales que decoraban la puerta del departamento de su marido, vió Hortensia de una manera clara, indubitable, á la manera con que se ven los cuadros vivos, á Mónica con los brazos enlazados al cuello de su esposo, y á éste que, inclinado sobre ella, la besaba repetidas veces.

Ni el ruido más leve había denunciado la presencia de un testigo. Dunois se desprendió de Mónica sonriendo, le hizo una caricia con la mano en la cara y bajó las escaleras. Mónica le siguió con la vista, oyó cerrar la puerta de cristales, y se volvió para volver á entrar con el rostro encendido aún por el calor del beso culpable.

Blanca por su extrema palidez, apoyada en las jambas de la puerta, Hortensia, de pie, le cerraba el paso, y en sus ojos llenos de desprecio, de cólera y de pesar, leyó Mónica que había caído en desgracia para con ella.

Mónica se quedó en el descanso de la escalera, trémula, sin atreverse á dar un paso ni á pronunciar una palabra, dispuesta á caer de rodillas ante la mujer ultrajada y pronta también á volverse contra ella sin razón ni medida. Todo dependía de la primera palabra, ó del primer gesto que hiciera su señora.

Esta la seguía mirando con la misma expresión, en la que poco á poco fué dominando la piedad. Mónica comprendió que su señora no podía sostenerse ya en pie; las rodillas se le doblaban sin sentirlo, é iba á caer al suelo... Mónica se lanzó hacia ella, la sostuvo en sus brazos y la arrastró hacia la silla larga en la que Hortensia se dejó caer forcejeando.

—¡No me toques, no me toques, desgraciada!—dijo con voz angustiada.

Mónica había retrocedido dos pasos, y apoyada de espaldas en la pared, miraba á su señora con ojos extraviados, Hortensia extendió sus débiles manos en torno suyo, encontró el apoyo del respaldo, y se sentó con la cara vuelta hacia la criadita.

—¡Tú, tú—le dijo,—tú, á quien yo quería, á quien

prefería, tú, en quien yo tenía confianza!

—No me diga usted nada—exclamó la joven con ademán de dolorosa impaciencia,—no me riña usted.

—¡Tú, que vivías junto á mí, que decías quererme!

—Y la quiero á usted—exclamó Mónica como loca.

—La quiero á usted más que á todo.

—No mientas, no seas hipócrita...

—La quiero á usted—repitió la joven golpeando con el pie en el suelo de una manera violenta.—No diga usted que no la quiero. Yo no miento; yo no he mentado. Si usted me hubiera preguntado si eso era verdad, yo le hubiera dicho que sí.

Hortensia la miró con cierta inquietud: no podía comprender aquel carácter extraño y complejo.

—¿Que me querías y hacías ese papel? ¿y me besabas las manos después de?...

—¡Cállese usted!—dijo Mónica tapándose los oídos,

—¡Cállese usted! me hace mucho daño el oírlo.

—Ese es tu castigo: si conoces lo que es el remordimiento, escúchame, y sabe lo que has hecho; mira de lleno tu falta.

—¡No, no, no quiero, cállese usted!—gritó Mónica retorciéndose como bajo la presión de un terrible dolor físico.

—¡Yo te quería—le dijo Hortensia,—te quería, y tú me has engañado!

—¡Cállese usted le digo!—exclamó la joven con el acento de una cólera que iba aumentando y que pronto no podría ella dominar.—¡No quiero que me martirice usted de esa manera: no quiero soportar eso!

No debías haber cometido la falta si no querías soportar el remordimiento.

Mónica se estremeció como una azogada y se apoyó fuertemente contra la pared. Hortensia se calló por un instante: su sirvienta la miraba de una manera feroz. De pronto se le llenaron á aquella los ojos de lágrimas y dejó escapar un sollozo.

—¡Engañada—dijo,—engañada por los que uno

ama! ¿Hay algo más horrible?

Mónica cayó de rodillas y le tendió los brazos desde lejos.

—No llore usted ¡oh! se lo suplico: ¡no puedo verla á usted llorar!

Y se arrastró de rodillas hasta la silla larga queriendo asir las manos de su señora, pero esta la rechazó horrorizada. Mónica se levantó y la miró con aspecto sombrío, en tanto que aquella seguía llorando.

—¡En mi casa, á mi vista! ¡Se han atrevido ustedes á darse cita en mi habitación y yo no veía nada! Yo la quería á ella...

—¡Ya le he dicho á usted que no diga esas cosas—rugió Mónica con voz enronquecida,—no puedo oírlas, eso me ahoga, me mata, más quisiera que me diesen una puñalada!

—¡Ese es el remordimiento, y justo es que lo sufras, porque lo has merecido! Pero yo, yo no he merecido sufrir lo que sufro: yo no he hecho nunca daño á nadie...

Mónica se retorció violentamente las manos.

—No hable usted—gimió con el acento de un dolor insoportable,—no me ponga usted en el disparadero.

—Pues me oírás, sin embargo: lo que has hecho es vil: has engañado á tu novio; me has engañado á mí; le has mentado á todo el mundo...

—¡Pero cálese usted!—gritó Mónica con la razón extraviada é irguiéndose como al golpe de un látigo invisible.

Mónica no tuvo ni por un instante la idea de que podía irse y escapar así á la tortura que estaba sufriendo: no podía separar sus ojos de los de su señora, que la fascinaban.

—¡Miserable hipócrita! ¡cuánto mal me has hecho! ¡Nunca me consolaré de ello! ¡Tú sabrás hasta el último día de tu vida, que me has desgarrado el corazón!

Mónica, loca de rabia y de dolor, se agachó y cogió un morillo de la chimenea: las cenizas esparcidas vo-

laron por la habitación.

—Cálese usted, porque ya no puedo más—le dijo en voz baja crispando sus helados dedos sobre el arma peligrosa.

—¿Matarme? eso no será nada después del daño que me has hecho...

El morrillo atravesó el corto espacio que mediaba entre las dos mujeres. Un golpe sordo, un gemido débil, el ruido de una porcelana rota, y luego, el morrillo rodando casi sin choque sobre la alfombra entre los pliegues de las pieles que cubrían la silla larga.

Mónica, sobrecogida por aquel impulso que no había podido dominar, se quedó inmóvil por un instante: luego se precipitó sobre su señora gritando:

—¡Señora, señora! ¡la he herido á usted, perdóneme!

Un hilito de sangre insignificante que fué engrosando con intermitencias, corría de la sien de Hortensia: esta abrió los ojos, pero sin ver ya.

Sus manos se agitaron débilmente, exhaló un suspiro, y luego se quedó sin movimiento: el hilito de sangre seguía corriendo como un arroyo.

Mónica retrocedió un poco, la miró, juntó las manos y dijo en voz alta.

—¡La he muerto!

En aquel instante no sintió ni turbación ni espanto ni remordimientos. Lo encontró muy natural, y no pensó en las consecuencias ni en dificultad alguna del momento.

La voz de Hortensia había dejado de sonar en sus oídos, y aquello era un gran alivio para Mónica: el silencio le parecía un beneficio inmenso: se había calmado hasta el punto de parecer alegre.

—¡La he muerto!—exclamó un instante después.—Se había enfadado conmigo... Hubiera preferido verla encolerizada á verla llorando... ¡llorando!... eso es lo que no he podido soportar, sí, eso es. Su cólera, en el fondo, me tenía sin cuidado.

Y se encogió de hombros desdeñosamente.

El hilo de sangre seguía corriendo, pero con más lentitud: había trazado sobre la bata de cachemira azul un surco escarlata que iba oscureciéndose ya. El semblante dulce, se había puesto triste: el espanto de la muerte no había tenido tiempo de desfigurarlo, y las lágrimas asomaban aún en los bordes de los ojos medio cerrados.

Mónica seguía contemplándola: no tenía la menor noción del peligro. Si alguien hubiera entrado allí, ni siquiera hubiera pensado ella en buscar una explicación, una disculpa.

Cansadísima como si hubiera hecho una larga jornada, se sentó maquinalmente en una silla que había allí, y continuó mirando á su señora.

Pensaba vagamente en muchas cosas confusas, entre otras, en un cordero que ella había arrancado en otro tiempo de los colmillos de un perro de caza, y que, desangrándose y herido de muerte, la miraba con ojos casi humanos. Ella estaba contenta con que su señora no la hubiera mirado con ojos como aquellos antes de morir, porque no lo hubiera podido soportar. ¿Qué hubiera hecho en semejante caso?

Pero no merecía la pena de pensar en esto, porque no había ocurrido.

La estancia se iba enfriando rápidamente, y un olor acre que producía dolor de cabeza, iba esparciéndose por ella. Mónica se estremeció dos ó tres veces, pero no le pasó por la mente la idea de irse. Tenía como una impresión de que cumplía con su deber velando á la muerta. Había velado muertos en su pueblo, y la circunstancia actual no le parecía más extraordinaria que las precedentes.

Pasó mucho, mucho tiempo, cuando sintió abajo un ligero ruido: era que habían cerrado la puerta del jardín.

—Vienen á buscar el cadáver—pensó ella.

Se oyeron los pasos de alguien que subía con pre-

caución las escaleras, y que se detuvo en el descanso. Mónica volvió la cabeza y vió al señor Dunois que, admirado, tanto de ver la puerta abierta como á Mónica sentada junto á la pared, se había detenido con inquietud.

Ella le hizo con la cabeza señal de que entrara, y permaneció sentada.

Dunois entró, y, apenas en el umbral, lanzó un grito, que reprimió instantáneamente.

—Lloraba y no quería callarse—dijo Mónica,—yo le había rogado muchas veces que no me hablara de aquella manera: entonces le arrojé no se qué á la cabeza, y murió en el acto sin decir una palabra.

—¡Desgraciada! — exclamó Dunois sacudiendo á Mónica por un brazo.—¡Desgraciada!

—También me dijo ella esa palabra—dijo la joven sin oponer resistencia.

—Y tenía razón. ¿Cómo has podido?...

—No siga usted riñéndome—exclamó la joven con irritación.—Bien sabe usted que tanto es de usted la culpa como mía.

Dunois retrocedió, con los ojos extraviados. Para un hombre superficial que no había buscado en la vida más que placeres, aquello era muy duro.

Tras un momento en que permaneció aterrado, se acercó á su mujer y, con el semblante lívido y temblando de pies á cabeza, colocó su mano sobre la mano entreabierta de su mujer. ¿Quién sabe si, después de todo no habría muerto?

Aquella mano estaba ya fría: con el semblante fosco examinó sus labios, sus ojos vidriosos... Sí ¡estaba muerta!

—Más vale así—dijo Mónica tranquilamente,—puesto que ya sabía...

—¡Está loca!—exclamó Dunois mirando alternativamente el cadáver y á la homicida, cuya calma le espantaba.

—No hubiera dejado nunca de reñirme: hubiera pen-

sado siempre mal de mí. Nunca se hubiera imaginado que era usted quien había querido...

—¿Qué vamos á hacer ahora?—dijo el banquero con voz irritada para intimidar á Mónica y que sólo produjo en esta un encogimiento de hombros.—¿Qué vamos á hacer ahora?—repitió al ver que no obtenía respuesta.

—Ir á buscar los gendarmes—repuso Mónica con tranquilidad.—No tengo intenciones de mentir.

Dunois crispó los puños en ademán colérico y la miró de un modo amenazador.

—¿Cree usted que le tengo á usted miedo?—dijo Mónica fijando en Dunois sus ojos claros y brillantes.

El banquero se apaciguó. Era evidente que una disputa con Mónica era lo peor que podía suceder en aquel momento. El reloj marcaba cerca de las once: de un instante á otro podía regresar á la casa algún criado.

—No piensas más que en tí—dijo el banquero,—pero yo estoy en tanto peligro como tú. Yo tengo que velar por mi posición y, además, puedo ser acusado... Es preciso prevenir la coartada: que se crea que ha sido algún ladrón...

—Yo no he de mentir—exclamó con arrogancia Mónica.

—¿Acaso te pido yo que mientas? Escucha: vete á tu cuarto: acuéstate como si hubieras dormido: cuando sientas ruido, bajas, pero no digas que has sido tú: no te pido más.

—¿Con que sabe usted mentir?—dijo ella mirándolo con desdén.

—Piensa—le replicó él con dureza,—que se trata de mi consideración ante el mundo, de mi vida; piensa que puedo quedar deshonrado. Haz esto por mí, Mónica. Tú no puedes querer perjudicarme. Creo que me quieres.

—No—repuso la joven concisamente,—desde que la señora me ha dirigido el primer reproche, no lo he querido á usted ya, lo he aborrecido. También lo abo-

recía á usted antes.

Dunois reprimió un movimiento de rabia. ¿Qué le importaba que ella le aborreciese? lo esencial era que guardara el silencio, que no revelase el escándalo in-calificable. Hubiera sido la cosa por la cual no se hubiera atrevido á mostrarse de nuevo en público.

—Odíame si quieres—le replicó él con una dulzura en la que agotó toda su energía,—ódiame, pero no digas nada. Por tu madre,—añadió,—por tus paisanos, que se avergonzarían de tí.

Mónica lo miró como prohibiéndole que añadiera una palabra más.

—Está bien—dijo después de un corto silencio que para Dunois tuvo la duración de un siglo,—no diré nada; pero tampoco mentiré: se lo prevengo.

—¡Sea! y ahora, vete, vete en seguida. Tú no has visto nada: tú te fuiste á acostar á poco deirme yo. Ya lo sabes: vete.

Mónica desapareció como andando automáticamente. Subió la escalera con lentitud, sin detenerse: al poco sintió Dunois el ruido de la puerta de la habitación de Mónica al cerrarse y respiró con menos opresión.

Su espíritu práctico le había sugerido al banquero en el acto, un plan de fácil ejecución. Con un puñal de acero que servía de corta-papeles, hizo saltar en un momento la cerradura del pequeño pupitre en que su mujer guardaba sus joyas y su dinero. Cogiendo á puñados el oro y los billetes de banco, arrojó estos en la moribunda llama de la chimenea, y después que se consumieron, revolvió sus cenizas con las de la madera: en seguida corrió á su habitación y puso las llaves en el bolsillo de un traje que llevó puesto el día antes: acto seguido bajó la escalera, teniendo el cuidado de dejar un luis de oro en la meseta de la misma, otros dos junto á la puerta del jardín, y por último, otre en la callejuela junto al umbral, y dando después una vuelta, fué á llamar á la puerta principal de la casa.

En todo esto empleó algún tiempo. Algunos em-

pleados acababan de entrar por la escalera de servicio, porque se veía luz en las ventanas de sus habitaciones en el tercer piso de la casa. En el cuarto del conserje aun duraba la fiesta y Dunois tuvo que llamar dos veces antes de que le abrieran.

—¡Cómo, señor!—le dijo el anciano conserje al verlo,—¿no tenía usted la llave?

—La he perdido ó me la he dejado en casa.

Dunois había adoptado un semblante risueño: el frío de la noche y la animación que había desplegado, colorearon un tanto sus mejillas. Parecía un hombre feliz que después de cenar en el círculo ha hecho luego una partida de naipes.

El conserje cerró la puerta de la calle: Dunois subió despacio la escalera: la puerta que daba al jardín tenía su fisonomía ordinaria: nada indicaba que por ella hubiera pasado ó no un criminal. Únicamente para el ojo advertido de Dunois, brillaban en la sombra los dos luises caídos junto al umbral.

Al llegar al descanso de la escalera, lanzó una exclamación. El conserje que se despedía de sus huéspedes en aquel instante, lo oyó y abrió la puerta de cristales.

—¡Señor!—exclamó, creyendo responder á un llamamiento.

—¿Qué significa esto?—preguntó el banquero señalando la moneda de oro.

—Esto, señor, es un luis—repuso el conserje.

—¿Y cómo está ahí? ¿Y por qué está abierta esa puerta?—dijo, señalando la del departamento de su esposa.

—Sin duda no la ha cerrado la señora—repuso el conserje, quien, movido de una curiosidad muy natural, entró rápidamente; y retrocedió dando un grito de horror.

¡Han asesinado á la señora!

—¡A mi mujer!—exclamó el banquero.

Los habitantes de la casa acudieron atraídos por el

ruido de las voces, llevando las bujías encendidas en sus palmatorias.

—¡Socorro!—ahulló el conserje medio loco,—¡al ladrón, al asesino!

Diez cabezas asustadas se oprimían en el umbral de las habitaciones de Hortensia. Dunois, apoyado en la pared, frente á la silla larga, lívido y con los brazos caídos, parecía la personificación del horror.

No era que representara un papel, sino que la necesidad de salvar las apariencias se había impuesto en él á todo lo demás: había hecho lo que un náufrago que al ver zozobrar junto á sí su familia y su fortuna, no tiene otra idea, durante un momento, que la de salvar su propia vida. Pero al presente, Dunois sentía el horror del crimen: la idea de la pérdida que acababa de experimentar, se agitaba al pensar que él había sido el motivo real aunque involuntario del homicidio. La que estaba allí, muerta, inanimada, era su esposa, la digna señora de su casa, la dulce mártir de los últimos años, la hermosa y encantadora compañera de los años anteriores.

—¡Pobre esposa mía!—exclamó, y de sus ojos brotaron verdaderas lágrimas.

Dunois era un vividor, pero no un hipócrita. Lamentaba sinceramente á su pobre Hortensia, que tan poco le había molestado á él, que tan buenos consejos le daba, y á la que estaba seguro de encontrar allí, propicia siempre, cuando cualquier azar le inspiraba la necesidad de buscar una mano amiga.

Era verdaderamente horrible para él verla de aquel modo.

—La han matado, señor, con un morillo—dijo el conserje, que no dejaba de verter lágrimas,—véalo usted aquí en el suelo. ¡Pobre señora! ¡era un ángel de Dios! La han asesinado por robar: está forzado el pupitre.

—Busquen ustedes—gritó Dunois.

—No ha podido pasar por la puerta—dijo el con-

serje.—He estado en vela toda la noche.

—¿Si habrán entrado por el jardín?

Algunos corrieron hacia él y encontraron las monedas de oro marcando el camino que había seguido el ladrón imaginario.

—Mónica ha sido la última que ha visto á la señora —exclamó Toinette que llegaba con el juicio casi perdido por el dolor.

—¡Mónica, Mónica!—gritaron diez voces distintas. Mónica bajaba pálida como la cera.

—¡Han muerto á la señora!—decían en torno suyo.

—¡Señorita mía!—exclamó con indecible acento de compasión, de ternura y de respeto.—¡Oh, señorita mía!

Huberto llegó con la cabeza descubierta y los ojos hundidos como por un mes de insomnio.

—¡No no la han matado — exclamó, — eso no es verdad!

Le abrieron calle: los que ya la habían visto, comprendieron que debían dejar paso á los otros. Huberto se detuvo junto á la silla larga con las manos cerradas por efecto de una crispación intensa y dolorosa.

—¡Ella—dijo,—ella!...

La cabeza le daba vueltas: todo lo veía de color de sangre: tuvo tentaciones de coger el morillo y de herir con él al asesino.

Miró en torno suyo y sus ojos feroces se fijaron en el semblante lívido del señor Dunois.

Volvió bruscamente la cabeza y buscó con la mirada á Mónica, la cual estaba de rodillas junto á la puerta, como aplanada por el peso del dolor y mirando á su señorita como haciéndole un ruego ardiente con sus ojos encendidos.

—Usted, á quien yo quería tanto — decía en voz baja,—que tan buena era y tan hermosa... señorita mía, ¡oh!

Estaba sufriendo una verdadera agonía, y no le era dable expresar sus sufrimientos. No es que le importa-

ra la vida, sino que le faltaba la palabra. En aquel momento, no se hubiera podido acusar á sí misma: su cerebro desequilibrado no ligaba unas ideas con otras.

—¿Es usted la última que la ha visto?—le preguntaron.—¿Cuándo, á qué hora?

—¡Cuánto daría por estar en lugar suyo!—dijo Mónica en voz alta mirando en ademán de súplica á la persona que le hablaba.

—No ha sido Mónica, sino yo—dijo Dunois con voz clara.—Cuando me despedí de mi mujer á las ocho, acababa esta de despedir á Mónica que no parecía encontrarse bien. Mi mujer me dijo que esperaría para acostarse á que volviese Toinette.

—¿Por qué habré salido yo?—exclamó esta retorciéndose los brazos.

—Yo fui quien invité á Mónica á que se retirase á su cuarto. ¿Es verdad? Vamos: responda usted hija mía, que esto es muy importante. ¿Es verdad que fui yo quien le dije que se marchara á su habitación?

—Es verdad—exclamó la joven sin moverse: hablaba como si estuviera soñando, sin separar sus ojos del cadáver de su señora.

Huberto miraba á Dunois con una intensidad tal, que hubiera asustado á este si lo hubiera visto, y en el espíritu del joven se iba arraigando la convicción de que aquel hombre había sido el asesino de su mujer.

Desde que sorprendió al banquero con la criadita en el descanso de la escalera, sentía el joven un vago temor de lo que iba á acontecer.

Lejos de sospechar que su señora pudiera adquirir por sí misma el convencimiento de lo que él se exforzaba en ocultarle, temía que ella se valiera de otra persona menos escrupulosa que él, y no había dejado de pensar en las funestas consecuencias que podía deducirse de una indiscreción.

Pero al ver sin vida á la que él quería más que todo en el mundo, pensó que Dunois en un momento de cólera y exasperado por los reproches de su mujer,

le había asestado un golpe... ¿Se lo habrían revelado todo á su señora? ¿Quién podía haberlo hecho, siendo así que todos los presentes se hallaban espantados y ninguno tenía el aspecto de saber nada?

La policía llegó entretanto: á la primera noticia del hecho, alguno de la casa fué á todo correr á dar parte de lo ocurrido. Hizose un atestado con suma claridad y precisión.

—¿Qué cantidad había en el pupitre?—preguntaron á Dunois.

—No lo se: de siete á ochocientos francos: quizá más.

—¿En oro?

—En billetes principalmente: yo le entregaba el dinero á mi mujer en billetes.

—Los billetes han desaparecido: no han tocado á las joyas, por miedo sin duda á ser descubiertos cuando quisieran deshacerse de ellas. ¿Está abierta de ordinario la puerta del jardín?

—De ordinario, no—contestó Dunois después de una ligera vacilación.

—¿Cómo se entiende que una puerta tan peligrosa no estuviera siempre cerrada con cadena y cerrojos?

—Algunas veces pasaba yo por ella cuando volvía de noche á casa. Se cerraba al caer la tarde, y me servía yo de una llave para abrirla.

—Eso no dejaba de ser una imprudencia—dijo el funcionario.—El ladrón ha debido tener en la casa algún cómplice.

Aquellas palabras fueron acogidas con un murmullo de reprobación por todos los que se hallaban en el descanso de la escalera, en la antecámara, por todas partes, porque á los criados y á los dependientes del escritorio se habían unido bastantes amigos y vecinos. A pesar de lo avanzado de la hora, la noticia del asesinato había cundido ya por todo el barrio.

—¿Quiénes estaban en la casa en el momento de cometerse el crimen?

Dunois se puso pálido y miró en torno suyo. Después de la contestación que se iba á dar, ó tenía éxito su estratagema, ó todo se volvería contra él.

—Yo—exclamó el conserje, mi mujer y media docena de parientes; pero nosotros estábamos allá abajo en mi cuarto y nada hemos oído. Desde allí no se oye nada de lo que pasa en la casa.

—¿Quién más?

—Mónica—dijo Toinette.—Ella era la encargada de velar á mi querida señora. Ella no debía haberla dejado, no señor. Ella era la que respondía de la señora, de un alma santa que no podía dar un paso sin que la sostuvieran de un brazo. Si Mónica hubiera estado con la señora, el asesino no hubiera dado el golpe.

—¿Mónica! ¿dónde está Mónica?

La levantaron de donde estaba arrodillada y la llevaron ante el funcionario.

—¿Doncella al servicio de la señora Dunois?

Mónica contestó que sí con la cabeza.

—¿Dejó usted á su señora á las ocho? ¿Fué el señor Dunois quien le dijo á usted que se marchara?

Mónica no contestó pero hizo un movimiento que pudo tomarse por una aquiescencia.

—¿No ha oído usted nada?

Mónica movió la cabeza á un lado y á otro: no, no había oído nada.

—¿No sabe usted nada?

Mónica no contestó.

Todos se miraban entre sí. Huberto no separaba los ojos de ella, pero Mónica no lo veía.

—¿No ha oído usted nada ni ha visto á nadie? ¡Es muy extraordinario!

La joven miró al funcionario con indecible angustia.

—Esta joven es, por lo menos, cómplice—dijo á media voz el magistrado instructor á Dunois.

El banquero no se atrevió á contestar. Huberto se había vuelto hacia él como para preguntarle qué era lo que iba á decir.

Se produjo un momento de confusión. Mónica se encontró con las manos esposadas: en torno suyo y de los agentes que la vigilaban, se formó un gran círculo.

—¿Esa joven?—preguntó Dunois con voz ahogada.

—Ahora nos ocuparemos de ella: entretanto, hablará sin duda, y revelará el nombre de su cómplice.

El banquero se estremeció hondamente: Un momento estuvo por decir toda la verdad, pero pensó que aquello sería horrible. Comprendía que Mónica había tenido razón: su mano era la que había herido, pero el impulso lo había dado él.

Se había deslizado la noche en todas aquellas formalidades. Cuando el siniestro cortejo salió de la casa, amanecía ya.

Una multitud hostil se había situado en la calle, dispuesta á silbar y vocear contra los culpables, caso de ser habidos.

—¿Qué ocurre en esa casa?—preguntó un viajero fatigado que llegaba con tardo paso y que miraba el número con ademán inquieto.

—Un crimen.

—¿Han muerto á alguien?

—A una mujer.

—¡Dios mío! ¡con tal de que no haya sido á ella!

¿Una mujer joven?

—Sí, joven, buena y hermosa. Es preciso no tener corazón para ello.

Marín Bonami llegó hasta la primera fila y trató de entrar.

—¡No se pasa!—le dijeron.

—Es que yo tengo que hacer dentro.

—Esperará usted. Sus negocios no son tan urgentes como los de la justicia—le contestó un agente zumbón.

Operóse un gran movimiento en la multitud. Marín Bonami miró con toda la intensidad de sus temores y de su pasión...

Apareció Mónica en el umbral con las manos espo-

sadas y una especie de resignación satisfecha en el semblante.

—¡El asesino! ¡al agua!—gritaron algunos energúmenos.

—¡Mónica!—exclamó Marín tendiéndole los brazos —¡no te han muerto! ¡Mónica!

Ella, al verlo, retrocedió vacilante, lanzó un grito de espanto, y cayó de cara contra el suelo.

—¡No, no!—exclamó.—¡No puedo soportar esto! ¡que se lo lleven ó que me maten!

La habían levantado y la sostenían por los brazos enfrente de la multitud hostil. Mónica ocultaba como podía el rostro detrás de uno de los agentes que la sostenían.

—¿Pero qué quieren hacer con ella?—preguntó Marín que no comprendía.

—Esa es la que ha matado á la otra—respondieron veinte voces.—¡Al agua! ¡á la guillotina! ¡al agua!

—¿Ella?—exclamó Marín revolviéndose como un león.—Miente usted.

Una terrible carcajada contestó á sus palabras, esa risa burlona y despiadada con que son acogidos los cándidos que no quieren creer en el mal.

Mónica no lo oyó: había caído en tierra por segunda vez, y los agentes no tenían entre sus manos más que un cuerpo inerte.

Hicieron que avanzara el coche y la metieron en él. Marín no decía ya una palabra. Cuando los caballos partieron, echó él á correr, y tanto y tan velozmente corrió, que llegó al mismo tiempo que el coche á la puerta de la cárcel. Sacaron á Mónica del coche, desmayada aún, y fué llevada al interior del edificio. Marín se quedó entonces solo, y se preguntó si todo aquello no habría sido otra cosa que un mal sueño, una pesadilla.

No; desgraciadamente, era una triste realidad.

Entonces se preguntó con qué derecho se cebaba tanto la desgracia en un pobre diablo como él, que no

le había hecho á nadie ningún daño, y no supo darse la respuesta.

## XVII

Toda la ciudad, conmovida, buscaba la explicación de aquel misterio.

La causa de aquel crimen no podía haber sido otra que el robo, porque la señora Dunois no podía tener enemigos. Su conmovedora dolencia y su compasiva bondad, la habían granjeado el cariño de todo el mundo, y en su casa la adoraba su servidumbre.

El misterio estribaba en esto: ¿Era, ó no era Mónica cómplice del ó de los asesinos? porque no tardó mucho en suponerse que se trataba de una banda de ladrones. Unos decían que sí, y otros que no.

Después de todo, su complicidad no resultaba necesaria: la puerta de la escalera que daba al jardín podía muy bien no haber estado cerrada. El señor Dunois, llamado ante el juez de instrucción, declaró haberla encontrado más de una vez cerrada con un sencillo picaporte, y nada más fácil que haber hecho correr el pestillo de la cerradura: era juego de niños.

En tal caso, Mónica resultaba más pura que la nieve.

Pero lo malo era que Mónica no tenía el aspecto de la inocencia. De cada diez preguntas que se le hacían, contestaba sólo á una y, en cuanto á las demás, se encerraba en la reserva más absoluta y obstinada. No era aquella ciertamente la conducta de una joven que nada tiene que reprocharse. Hasta sus pocas respuestas eran discordes entre sí, y esto daba mucho en qué pensar.

Mónica seguía en esto un sistema perfectamente lógico en relación con ella misma, y perfectamente

absurdo en relación con los demás que únicamente la creían culpable de complicidad. Ella explicaba en qué había empleado el tiempo hasta que se fué el señor Dunois, pero, á partir de aquel momento, se negaba á hacer la menor luz: había subido á su cuarto cuando su señor se lo mandó.

— ¿Qué hora era?

A esta pregunta no contestaba.

En efecto: ella no podía decir que eran cerca de las once. Se había empeñado, no en salvarse á sí misma, sino en salvar á su amo, impulsada por la vaga intuición de que si la acusaran á ella de haber cometido directamente el homicidio, ocurriría algo que convirtiera á su amo, sino en homicida, en cómplice, por lo menos, peligrosamente comprometido.

Desde el momento en que había visto fijos en ella y rebosantes de triunfal ternura los ojos de Marín, estático al verla viva después de haberla creído muerta, Mónica vivía en un estado de torpe desesperación.

El remordimiento no tenía sitio en aquella alma: absorvida por su propio dolor, padecía al saber que su señora había muerto, exactamente lo mismo que si otra mano que la suya le hubiera quitado la vida. Había perdido á una persona á quien amaba, y esto le daba gran pena. Otro motivo de disgusto era el pensar en Marín, que estaría loco y rodando por los alrededores de la cárcel, tratando de verla y sin poderlo conseguir: estaba segura de lo mucho que sufriría él, y hubiera querido, á costa de cualquier precio, evitarle aquel sufrimiento. En cuanto á que él la supusiera culpable, no lo admitía ella ni por un solo momento.

— Por mucho que se lo digan, no lo creerá — decía — nunca le podrá entrar eso en la cabeza.

Acariciaba esta idea con cierto orgullo, orgullo por Marín, que tenía el alma lo suficientemente grande para tener confianza en ella; orgullo por ella misma, cuyo pasado hacía imposible la verosimilitud de que hubiera podido cometer un crimen.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA DE HISTORIA  
"ALFONSO" 1882  
Edo. 1825 MONTENEGRO, ARGENTINA

le había hecho á nadie ningún daño, y no supo darse la respuesta.

## XVII

Toda la ciudad, conmovida, buscaba la explicación de aquel misterio.

La causa de aquel crimen no podía haber sido otra que el robo, porque la señora Dunois no podía tener enemigos. Su conmovedora dolencia y su compasiva bondad, la habían granjeado el cariño de todo el mundo, y en su casa la adoraba su servidumbre.

El misterio estribaba en esto: ¿Era, ó no era Mónica cómplice del ó de los asesinos? porque no tardó mucho en suponerse que se trataba de una banda de ladrones. Unos decían que sí, y otros que no.

Después de todo, su complicidad no resultaba necesaria: la puerta de la escalera que daba al jardín podía muy bien no haber estado cerrada. El señor Dunois, llamado ante el juez de instrucción, declaró haberla encontrado más de una vez cerrada con un sencillo picaporte, y nada más fácil que haber hecho correr el pestillo de la cerradura: era juego de niños.

En tal caso, Mónica resultaba más pura que la nieve.

Pero lo malo era que Mónica no tenía el aspecto de la inocencia. De cada diez preguntas que se le hacían, contestaba sólo á una y, en cuanto á las demás, se encerraba en la reserva más absoluta y obstinada. No era aquella ciertamente la conducta de una joven que nada tiene que reprocharse. Hasta sus pocas respuestas eran discordes entre sí, y esto daba mucho en qué pensar.

Mónica seguía en esto un sistema perfectamente lógico en relación con ella misma, y perfectamente

absurdo en relación con los demás que únicamente la creían culpable de complicidad. Ella explicaba en qué había empleado el tiempo hasta que se fué el señor Dunois, pero, á partir de aquel momento, se negaba á hacer la menor luz: había subido á su cuarto cuando su señor se lo mandó.

— ¿Qué hora era?

A esta pregunta no contestaba.

En efecto: ella no podía decir que eran cerca de las once. Se había empeñado, no en salvarse á sí misma, sino en salvar á su amo, impulsada por la vaga intuición de que si la acusaran á ella de haber cometido directamente el homicidio, ocurriría algo que convirtiera á su amo, sino en homicida, en cómplice, por lo menos, peligrosamente comprometido.

Desde el momento en que había visto fijos en ella y rebosantes de triunfal ternura los ojos de Marín, estático al verla viva después de haberla creído muerta, Mónica vivía en un estado de torpe desesperación.

El remordimiento no tenía sitio en aquella alma: absorvida por su propio dolor, padecía al saber que su señora había muerto, exactamente lo mismo que si otra mano que la suya le hubiera quitado la vida. Había perdido á una persona á quien amaba, y esto le daba gran pena. Otro motivo de disgusto era el pensar en Marín, que estaría loco y rodando por los alrededores de la cárcel, tratando de verla y sin poderlo conseguir: estaba segura de lo mucho que sufriría él, y hubiera querido, á costa de cualquier precio, evitarle aquel sufrimiento. En cuanto á que él la supusiera culpable, no lo admitía ella ni por un solo momento.

— Por mucho que se lo digan, no lo creerá — decía — nunca le podrá entrar eso en la cabeza.

Acariciaba esta idea con cierto orgullo, orgullo por Marín, que tenía el alma lo suficientemente grande para tener confianza en ella; orgullo por ella misma, cuyo pasado hacía imposible la verosimilitud de que hubiera podido cometer un crimen.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA DE HISTORIA  
"ALFONSO" 1882  
Edo. 1825 MONTENEGRO, ARGENTINA

Todo esto aparecía muy vago y muy confuso en su espíritu. Percibía las sensaciones físicas y las impresiones morales, como el buzo ve á través de los vidrios de su escafandra: todo era turbio en torno suyo con súbitos y grandes resplandores sangrientos, como un relámpago de tempestad, que abriese ante ella abismos infinitos de horrores sin eco.

Aquellos resplandores eran siniestros. Veía á la señora Hortensia tendida en su silla larga con el débil hilito de sangre corriendo á lo largo de su hermoso rostro, ó veía á Marín entre la hostil muchedumbre, y ambas visiones se le aparecían con una intensidad formidable; y cuando esto pasaba, cubriase los ojos con las manos, gritando:

— ¡No, no: yo no quiero!

Y se revolcaba por el suelo dando gritos de rabia impaciente. Ella no quería ver aquello, y tan no lo quería ver, que conseguía no pensar en ello durante algunas horas. Pero luego le sobrevénia el horror de nuevo y la dejaba postrada días enteros, inerte, incapaz de defenderse contra aquellos horrosos pensamientos, si otra vez la acosaban, aunque por regla general la dejaban en paz; pero cuando volvían, eran como una ola inmensa contra la cual no había defensa posible. Aquellos pensamientos la atacaban, no con la furiosa intensidad de las apariciones violentas, sino con la insidiosa perversidad de los tormentos que destruyen poco á poco como la lima destruye el hierro.

Se había tratado de buscar un amante de Mónica: el amante es la materia obligada de esta clase de crímenes, pero no lo habían encontrado aún.

— Yo tenía un novio con quien debía casarme: estaba en la granja de las Landas, y ha llegado para verme conducir presa.

En consecuencia de ello habían detenido á Marín: éste justificó con la mayor facilidad del mundo que había pasado la noche en el tren. Un hombre que viaja la víspera de Reyes de cruce en cruce durante ocho

horas mortales, es reconocido fácilmente, aunque no lo fuera más que por el billete.

Marín, puesto en libertad inmediatamente, solicitó ver á Mónica, pero le contestaron que estaba incomunicada, y se retiró triste y silencioso. Al llegar á su posada, cogió el lío de su ropa, pagó el gasto, y se fué á vivir á otra parte. No podía seguir viviendo en la casa en que había sido arrestado.

En el mismo día escribió á la granja de los Landas diciendo que una desgracia de familia le impediría reanudar sus servicios en ella. Llevaba consigo sus economías, que había pensado emplear en un reloj de oro para Mónica. Con su sobriedad, tenía con qué vivir bastante tiempo, y no se preocupó de otra cosa que de la hora presente, hora bastante dolorosa para absorberlo por completo.

Había otro ser que también sufría de una manera horrible; aquel ser era Huberto. Había perdido toda la alegría, todo el encanto de su vida. En el instante en que sus ojos se fijaron en el cadáver de Hortensia, sintió que morían en él su juventud y su dicha.

Aquel joven de diez y seis años, formado por una cultura inteligente, afinado por un sentimiento profundo y puro, se había convertido súbitamente en un hombre, pero en un hombre envejecido por la tremenda catástrofe que precipitaba en los abismos de la muerte al ídolo de su vida entera, á la que, viva, hubiera sostenido sin detrimento alguno, los estragos del tiempo y de la separación.

Pero el dolor de su pérdida resultaba decuplado por lo trágico de su fin. El alma de Huberto estaba roída por el deseo de la venganza, y el pobre niño se sentía destrozado por el agujón de las malas pasiones, que tanto hacen sufrir á los seres buenos y de exquisita ternura.

Huberto estaba convencido de una cosa: creía que el señor Dunois, vendido por sí mismo ó por otro, ó quizá sencillamente amenazado de que su esposa adivinara lo

que ocurría, la había asesinado en un momento de arrebato.

El joven se hallaba perplejo entre dos formidables alternativas: la de dejar sin venganza el asesinato de su bienhechora, y la de denunciar al señor Dunois, que había sido también su bienhechor hasta cierto punto, de una manera incontestable.

Huberto había sido citado también como testigo: en presencia del juez de instrucción, nada importante había tenido que decir: ni la acusación ni la defensa sospecharon que pudiera aportar más luz que los demás dependientes que vivían en la casa. Las preguntas que le hicieron, no suscitaron conflicto alguno entre su conciencia y sus perplejidades, pero en la audiencia, la cosa sería distinta: le sería imposible callarse. ¿Qué sucedería entonces y qué pensaría él de sí mismo si una sola palabra de su boca hacía que el señor Dunois pasara del banco de los testigos al banquillo de los acusados?

Hortensia había sido llevada al cementerio y descansaba para siempre al lado de su hijo, bajo la gran losa que pocas semanas antes, en memoria del niño muerto, había hecho cubrir de rosas blancas.

Dunois vestía el luto de esposo afligido, y las dos familias reunidas habían imitado su ejemplo y le habían seguido al cementerio: algunas palabras conmovedoras pronunciadas sobre la tumba por un amigo, habían hecho derramar lágrimas de todos los ojos, y luego, se habían separado, y las personas enlutadas habían tomado el camino de sus casas respectivas.

Dunois entraba en la suya, y se encontró á Huberto en la puerta.

El joven, con el corazón que se le quería salir del pecho, no tenía paciencia para esperar y quería hablar con el viudo: indignado por la actitud de éste durante la larga ceremonia, sentía la irresistible necesidad de mirarlo cara á cara, y de decirle al menos, si es que no debía decírselo á los demás, todo el horror que le

inspiraba el miserable asesino.

Dunois se detuvo maquinalmente ante la puerta del escritorio, cerrada con motivo de los funerales: no tenía gana de entrar en sus habitaciones en las que todo le recordaría á Mónica, á la que quería borrar de su pensamiento en cuanto le fuera posible. Sacó la llave de su bolsillo de las que llevaba sobre sí un manojo desde el día del crimen, y al que no podía tocar sin estremecerse, y abrió la puerta. Se dedicaría á hacer números durante una hora, y aquello le distendería los contraídos nervios.

En el momento de entrar, advertido por no se sabe qué, se volvió y vió á Huberto.

— ¿Qué quiere usted? — le preguntó.

Los ojos escaldados y hundidos y el rostro estirado y envejecido del joven, le desagradaron: le molestaba que nadie en su casa tuviese el aspecto de estar más dolorido que él.

— Quisiera hablar con usted, señor — le dijo Huberto.

Las miradas de ambos se encontraron y Dunois leyó, en la de su joven dependiente, algo que le produjo un escalofrío.

— Entre usted aquí — le dijo; — estaremos solos.

Cerró la puerta y se dirigió á su sillón colocado en una especie de pequeño departamento acristalado, desde el cual abarcaba con la vista á todo el personal. El gran piso bajo, vasto y alto de techo estaba desierto en absoluto.

— ¿Qué tiene usted que decirme? — preguntó Dunois después de sentarse.

Huberto permaneció de pie y lo miraba sin contestar; el banquero, como era natural, fijó en él sus ojos.

— ¿Por qué deja usted procesar á esa joven? — preguntó Huberto.

Dunois miró con más intensidad á su dependiente y palideció.

— Usted... no supondrá usted — dijo encolerizado

interiormente... — creo que usted no se imagina que...

— Demasiado sabe usted que quien la ha muerto ha sido usted mismo — dijo Huberto con arrebató.

— ¿Yo? — exclamó el banquero poniéndose en pié y elevando la mano hacia el cielo. — Por mi honor, por el alma de la difunta, le juro á usted que no he sido yo.

Aquellas palabras fueron un grito lanzado sinceramente por su inocencia material. Se había olvidado de que Huberto, su juez, era un niño, un dependiente suyo: no había pensado más que en defenderse de una acusación inmerecida.

— Hubiera dado mi vida — añadió con vehemencia — porque no hubiera acaecido eso, porque mi pobre mujer viviera aún muchos años honrada y tranquila... ¿Cómo ha podido usted pensar que fuera yo?

— ¡Era tan natural! — replicó Huberto convencido y desarmado: se derrumbaba desde lo alto de la acusación y se sentía aturdido.

— ¿Pero con qué derecho se ha permitido usted sospechar de mí? — exclamó Dunois rehaciéndose y aguijoneado por la cólera.

— Lo he visto á usted abrazando y besando á Mónica — contestó el joven sencillamente — y le he oído á usted darle una cita para la noche.

El banquero se aterrorizó: si aquel testigo hablaba, no solamente estaría Mónica perdida, sino que él sería el héroe de un escándalo mayúsculo, porque, por poco que ella comprendiera que se había descubierto la verdad, lo diría todo y él estaba convencido de que así lo haría, porque ya se lo había dicho ella.

— ¿Y ha deducido usted?...

— Que la difunta lo supo de una manera ó de otra; que le echó á usted en cara el haber seducido á esa joven bajo el techo que la debiera proteger, y que usted, en un momento de irritación, le dió el golpe que le quitó la vida.

— No está mal discurrido — dijo con algún sarcasmo, animado contra el joven que con tanta calma le decía

tales verdades, y añadió luego: — ¿Y qué es lo que usted piensa ahora?

— Pienso, señor, que me he engañado — repuso con honradez el joven.

Dunois guardó silencio.

— ¿Era eso todo lo que tenía usted que decirme? — preguntó al cabo de un instante.

— No señor. Después de la conversación que acabamos de tener, comprendo que no puedo seguir aquí. Le agradezco cuantas atenciones ha tenido usted conmigo hasta hoy, y le pido permiso para dejar la casa.

— Como usted guste — le respondió el banquero.

No se encontraba éste bien en presencia de Huberto, y hubiera dado cuanto le hubieran pedido por verlo marchar al instante. No se hacía ilusiones al ver que Huberto no se disculpaba de las graves ofensas que le había inferido con sus sospechas. Después de lo que el joven había visto, él, Dunois, se consideraba culpable á sus ojos.

— ¿Qué piensa usted hacer?

— La difunta quería que yo viajase, y quiero obedecerla. No quiero que usted se moleste por mí; lo único que deseo es que me dé una sencilla certificación de mi conducta, y que si se dirigen á usted pidiéndole informes de mí, los dé como usted crea que debe darlos.

— Está bien ¿cuándo piensa usted marchar?

— Hoy mismo, si usted no tiene inconveniente en ello. Iré al Havre y de allí á América. Pasado mañana es día en que sale trasatlántico; tengo hechas algunas economías...

— No tengo inconveniente alguno: mañana tendrá usted sus documentos.

Huberto saludó y se dirigió á la puerta.

— Pero ¿cómo va usted á marcharse? está usted citado á la audiencia como testigo — dijo el banquero.

— Creo que usted podrá excusar mi asistencia.

— Me ocuparé en ello.

Huberto se alejaba y Dunois le volvió á llamar.

— Es probable que nos separemos para siempre — le dijo. — Ha vivido usted algunos años en nuestra casa, y mi mujer lo quería á usted mucho. Al irse, déme usted su mano.

Huberto volvió sobre sus pasos y tendió lealmente su mano á su antiguo principal. Este comprendió que el joven ya no sospechaba de él.

Cuando se vió solo, la alegría invadió su alma.

— Ahora — dijo — estoy seguro de salir bien del paso, con tal de que Mónica... — pero nada menos seguro que el silencio de ésta.

La instrucción fué larga; era preciso encontrar el cómplice, y el cómplice no parecía.

— ¡Diablo de muchacha! — exclamó un día el abogado general.

— Sí, que no le quiere á usted dar los medios para que no le corten el cuello — le contestó su sustituto.

## XVIII

La justicia estaba perpleja: la información, aunque minuciosa, no arrojaba cargo alguno contra Mónica: sólo una cosa resultaba misteriosa: la autopsia había revelado que la muerte había ocurrido poco después de haber comido la víctima.

¿En qué consistía que Mónica no había oído nada, aun admitiendo que se hubiera ido á su cuarto á indicación del señor Dunois, y que tan pronto se hubiera desnudado, acostado y dormido?

Se había hecho observar también que cuando luego bajó, llevaba el mismo vestido y peinado que había llevado todo el día y que parecía no haberse acostado, pero todo ello suponía poco, y habiendo contestado Mónica francamente á todas las preguntas, ninguna impor-

tancia tenían aquellos pequeños detalles.

Llamada otra vez ante el juez de instrucción, éste repitió una vez más el triste interrogatorio.

— ¿Qué hacía usted á las nueve? ¿qué oyó usted?

— No lo sé — repuso — no me acuerdo.

Veía los ojos del juez fijos en ella: sabía que una contestación imprudente la perdería y que no debía perder á su señor en gracia de los esfuerzos de éste por salvarla á ella, pero necesitaba de todas sus fuerzas para no decir:

— Yo soy quien la mató: no pregunten ustedes más.

A una última pregunta, siempre la misma aunque hecha de otro modo, contestó, perdida ya la paciencia:

— Señor juez: no tiene usted el derecho de atormentarme así: he contestado todo lo que debía contestar: máteme usted si quiere, pero no diré una palabra más.

Mónica se dejó caer en su silla tan abatida y con tanta dejadez, que el juez se compadeció de ella. El médico había apreciado en la joven una susceptibilidad nerviosa excesiva. El espanto que había sentido, podía haber perturbado parcialmente sus facultades; lo que era indudable era que le había privado de la lucidez necesaria para defenderse. Los culpables suelen conocer sus intereses.

Mónica fué conducida de nuevo á su prisión, y un momento después compareció Dunois ante el juez.

Vestido de negro, extraordinariamente correcto y pálido como la cera, había envejecido rápidamente: su aspecto seguía siendo el mismo, pero arrugas marcadas súbitamente en su rostro y un cambio extraño en el timbre de su voz, denunciaban al hombre trabajado por crueles angustias.

— ¿Está usted bien cierto — le dijo el juez, — de que esa joven no tenía animosidad ninguna contra su señora?

— Ninguna.

— ¿Cree usted que haya podido obrar por concupiscencia introduciendo á un cómplice?

— La creo incapaz de ello.

— ¿Le conoce usted un carácter violento, arrebatado, capaz de excederse en un movimiento de cólera?

Dunois experimentó la impresión de quien vé caer un rayo ante él sin tocarle pero que teme el que se avecina.

— No la he visto nunca encolerizada, — contestó.

— ¿No ha pensado usted que, como consecuencia de alguna reprensión de su señora, haya podido sobreexcitarse hasta el punto de darle un golpe y de simular en seguida un robo para alejar las sospechas?

El juez miraba al testigo de una manera perpleja. Hay que convenir en que la idea era inverosímil ¡pero esos excrutadores de conciencias suelen ver cosas tan extraordinarias!

— No he tenido ese pensamiento, — contestó el banquero.

Dunois escuchaba el sonido de su propia voz como á través de un muro denso que la debilitaba: hubiera querido hablar más fuerte y no denunciar su emoción, pero él se juzgaba á sí mismo un náufrago que se está ahogando.

— Y ahora que yo le he sugerido á usted esa idea ¿le parece á usted improbable?

Dunois que todo lo veía oscilar ante sus ojos, hizo un esfuerzo supremo y recobró su presencia de espíritu.

— Materialmente — dijo, — no creo que Mónica haya tenido fuerza para dar un golpe que produzca la muerte. ¡Es tan delgada, tan pequeña, tan débil! El morillo con que se ha cometido el crimen es muy pesado, y las manos de esa joven son las de una niña. Moralmente, y como ya he dicho, era muy adicta á mi mujer y hasta podría yo decir que la quería apasionadamente: todos en casa lo sabían y le habían dado bromas por ello más de una vez.

El juez guardó silencio durante un rato que le pareció muy largo á Dunois, cuyos cabellos estaban empapados

de sudor frío.

— No veo mérito alguno para tener presa por más tiempo á la acusada; los cargos que resultan contra ella, se reducen á nada — dijo por último el magistrado. — Este crimen entrará probablemente en el número de aquellos cuyo autor queda impune. Vamos á poner en libertad á esa desgraciada.

Cuando Mónica fué conducida nuevamente á la sala del juez, que era para ella un lugar de tortura, echó en torno suyo una mirada desesperada. ¿Seriale preciso sufrir aún los mismos interrogatorios insidiosos y perversos que la ponían fuera de sí, por lo que prudentemente debía guardarse de ellos? Si hubiera querido mentir, nada le hubiera sido más fácil; pero ella no mentía, eludía, soslayaba únicamente con la astucia normanda que tenía en la masa de la sangre, y, al obrar así, no creía rebajarse.

— Queda usted en libertad — le dijo el magistrado.

Este había pronunciado ya algunas palabras, que ella no había oído, pero las últimas la hirieron como una bocanada de aire puro y fresco hiere á un ser recluso mucho tiempo: la primera impresión fué un sufrimiento intolerable.

— ¿No me harán nada? — preguntó mirando al juez con admiración.

¡Su carita había enflaquecido tanto en el tiempo que había estado presa, se habían hundido tanto sus ojos! su boca parecía más grande y más severa; únicamente su cuerpo delgado parecía más joven y más flexible que nunca.

— No le harán á usted nada — le contestó el juez, — puede usted irse.

— ¿Irme, y adónde?

— Donde usted quiera.

Mónica hizo un ademán displicente.

— Muchas gracias, señor — le dijo.

El hombre que por respeto á la ley la había hecho

sufrir tanto, se compadeció de aquel pobre sér abandonado.

— ¿Está aún ahí el señor Dunois? — preguntó.

Dunois se había detenido en un corredor, muy á pesar suyo, para hablar con uno de sus innumerables conocidos á quienes se suele encontrar en los momentos en que más desearía uno estar solo. Lo encontraron, lo llevaron ante el juez, y se encontró delante de Mónica por vez primera después de la memorable noche.

— Caballero — dijo el magistrado, — esta niña no tiene aquí nadie de quien ampararse ¿puede usted interesarse por ella?

— Sí, señor — contestó Dunois.

Aquellos dos seres entre los cuales mediaba un crimen, no se atrevieron á mirarse el uno al otro, y sin embargo, debían fingir que se miraban.

— Yo no quiero ir más á aquella casa — dijo Mónica.

— Lo comprendo — le dijo su amo; — pero usted no tiene ni dinero ni...

— Yo no quiero dinero — dijo ella volviendo la cabeza á otro lado.

— Por lo menos, tiene usted derecho á sus sueldos.

— No los quiero y no los tomaré. No quiero nada de esa casa.

Ambos hombres se miraron con impresiones distintas pero hijas de un mismo sentimiento compasivo.

— ¿Y su novio? — preguntó de repente el magistrado, — ¿dónde está?

— Todo el día se lo suele pasar abajo en la sala, — contestó el alguacil, — aun debe de estar allí.

— Que vayan á buscarlo.

Mónica y Dunois permanecieron inmóviles. Este no se atrevía á marcharse por miedo de que se creyera que tenía prisa en abandonar á la joven, y sin embargo, hubiera dado una gran parte de su fortuna por verse libre de su intolerable presencia.

Entró Marín: Mónica se estremeció, pero no hizo

movimiento alguno.

— ¿Se acabó? — dijo — en ese caso, vente.

La asió de una mano para llevársela, pero ella se desprendió con un nuevo estremecimiento, tan violento, que sus dientes castañetearon.

— Ven — repitió Marín cogiendo de nuevo la helada mano de Mónica, — hace un tiempo hermoso para que nos vayamos.

Dunois dió un paso adelante y dijo á Marín:

— Mónica se niega á tomar el dinero que le pertenece: yo comprendo que le repugne llevarse nada de una casa...

Dejó de hablar: aquella comedia odiosa le causaba tanta repugnancia como á su víctima.

— Pero — añadió dominándose, — pero lo suyo es suyo, y yo le ruego á usted que le haga comprender...

— Muchas gracias en su nombre, caballero — dijo Marín interrumpiéndole bruscamente, — pero no necesitamos nada. Me la llevo y me caso con ella. Después de lo que ha pasado, su madre no insistirá: harto hará con sentir haber dejado que se marchara su hija. Servidor de ustedes. Vamos, Mónica.

El la llevaba siempre asida de la mano: ella le siguió con docilidad, aunque sin apresuramiento, como un perro que se deja tirar un poco de la cadena sujeta al collar.

Salieron, y huyendo de las calles frecuentadas se internaron por callejuelas oscuras y casi desiertas hasta llegar, al cabo de mucho tiempo, al extremo de la población en donde estaba situada la posada pobre, pero limpia en que vivía Marín.

— ¿Quieres comer? — la preguntó él en cuanto franquearon los umbrales.

— No tengo gana — le repuso la joven lacónicamente.

— Entonces, cojamos nuestros bártulos y vámonos. ¿Dónde tienes tus efectos?

— Allá, en la casa — murmuró Mónica.

— Ya escribirás para que te los envíen. Ahora, vámonos: mañana á la noche estaremos en nuestras casas.

El le hablaba como dueño con cierta brusquedad concebida para ocultar el ardiente deseo que tenía de cogerla en sus brazos y de llorar con ella como una madre llora sobre su hijito enfermo.

Metió en un pañuelo la poca ropa con que llegara la víspera de Reyes, tomó su palo, pagó la cuenta, y salió.

Mónica le siguió, sin haber proferido una palabra.

## XIX

Apenas hubieron andado algunos pasos camino de la estación, Mónica se detuvo bruscamente.

— Vámonos hacia el río — dijo.

— ¿Por qué? — le preguntó Marín sorprendido

— Necesito hablarte.

— Ya tendremos tiempo.

— No: quiero hablarte en seguida.

— Perderemos el tren.

— Salen otros: te digo que quiero hablar contigo, y no me iré de aquí sin haberte dicho lo que tengo que decirte.

Y miró á Marín cara á cara, con ojos brillantes. Marín sintió pasar entre ambos el viento frío de la desgracia.

— ¿Qué más hay? — preguntó en voz baja, y en aquel *más* se percibía la fatiga de un ser que había sufrido ya todo cuanto podía sufrir.

— Hay, que quiero hablar contigo: se me figura que, desde que no nos hemos visto, debemos tener cosas que decirnos.

Marín, sin contestar, volvió sobre sus pasos y tomó por una callejuela obscura que iba hacia el Sena. Declinaba el día y se anunciaba una clara noche de febrero.

Llegaron á la orilla del río y Marín indicó á Mónica un bloque para que se sentara: sin darse cuenta de ello, sentía en el alma toda la tristeza de los sacrificios estériles, y el sitio le parecía estar de acuerdo con la disposición de su espíritu.

Sentía en su interior una gran humillación mezclada de sorda cólera contra los sucesos que habían venido á turbar su existencia sin alegrías, pero altiva y silenciosa. La humillación provenía de la mancha infligida á Mónica por la cárcel, por la acusación, por la vergüenza pública. El aparato de la justicia, que estimula la perversidad jactanciosa de los pillos, inspira á las personas honradas, sobre todo, á los habitantes de los campos, un terror en el que domina cierta repulsión.

Preciso había sido que Marín amara singularmente á su prometida, para haberle guardado la fe en presencia de aquel escándalo. Más de una vez se había preguntado qué pensarían los habitantes de Champcey, si una casualidad les hacía conocer alguna vez los hechos, y su altivez recelosa le había contestado que en aquel caso se cambiarían golpes, no para cubrir las apariencias, sino de esos que hacen guardar cama tres meses. Al pensar que alguien podía señalar á Mónica con el dedo en el pueblo como una «excarcelada», Marín se sentía capaz de estrechar la cabeza del que tal dijera contra un muro, hasta vaciarle los sesos.

— ¿Qué más hay? — volvió á preguntarle con el acento duro que había tomado desde que sabía lo que era el sufrimiento de la vergüenza.

Quizá Mónica no hubiera sabido responderle si él la hubiera tratado con dulzura, pero al ver que se erguía ante ella por primera vez la autoridad del marido sin disfraz alguno, sintió sublevarse su orgullo.

— Hay — contestó, — que no quiero volver á Champcey sin haberte dicho toda la verdad. Cuando la sepas

si te desagrada, quedarás en libertad de no llevarme.

Marín miró en torno suyo como si el mundo zozobrase y él fuese el único náufrago superviviente.

— ¿Has hecho algo malo? — preguntó con voz de trueno.

— Sí — contestó ella mirándolo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

— ¿No habrás robado? — preguntó él con inexplicable disgusto.

— ¡No!

Mónica le arrojó aquella palabra al rostro, como un insulto. ¿Cómo se atrevía á sospechar él una bajeza semejante?

— ¿Entonces, qué? — preguntó Marín, severo como un juez.

— He matado á mi señora — repuso ella sin dejar de mirarle á la cara.

Reinaba el silencio en torno de ellos: el viento que rozaba las hierbas, y el Sena que bañaba las orillas, fueron los únicos que oyeron aquella confesión.

— ¡Tú! — exclamó el joven con la mayor confusión, — ¡Tú, Mónica! ¿Te había insultado ella?

Mónica comprendió que si la víctima le hubiera inferido alguna ofensa, Marín la absolvería del crimen, por cuanto él era capaz de cometerlo; pero ella no quería mentir: las tergiversaciones ante el juez le habían producido náuseas, y quería ver claro ante ella y no volver á ocultar nada.

— Escucha — dijo levantándose: cuando vine aquí, te quería de veras, te lo juro, y no pensaba en nadie más que en ti. En Rouen ha habido alguien que me ha querido, no precisamente como tú, alguien que me quería, yo no sé explicarte cómo, pero de una manera que ha sido más fuerte que mi voluntad. Yo no quería hacer mal y lo he hecho. Nunca me ha obligado á nada: yo he sido la que lo he hecho todo por voluntad propia, y hoy he dejado de ser una joven honrada: he ahí lo que tenía que decirte.

Marín había escuchado en silencio y con los labios apretados. Ahora era cuando se encontraba solo en medio del universo descuajado.

— No he comprendido bien — dijo — ¿quieres, pues, á ese hombre?

— Lo aborrezco — dijo Mónica volviendo á su antigua vehemencia.

— No lo comprendo — repitió Marín.

Mónica hizo un movimiento de impaciencia.

— ¡Comprende! — le dijo con voz autoritaria. — No puedo decirte más que la verdad: detesto á ese hombre, lo desprecio y desearía verlo ahorcado; pero no sé como ha sido: ese hombre era más fuerte que yo: cuando me miraba, me trastornaba hasta el punto de no saber lo que yo quería: me ha hablado, me ha besado, y me he quedado con él, sin que él me haya obligado á nada.

— Cállate — exclamó Marín tapándose los oídos con las manos.

Volvió á reinar el silencio: Mónica, obediente, había metido las manos debajo de su delantal, y esperaba con resignación. Sentíase más libre, más altiva, más noble: podía levantar la cabeza y mirar al mundo de frente: su confesión la había purificado. No pensaba en los sufrimientos de Marín, no pensaba más que en la satisfacción de haberse descargado del peso que la agobiaba.

— ¿Has ido tú á buscarlo, de buena voluntad? — preguntó Marín.

— Sí.

— ¿Y yo? — exclamó el infeliz — ¿y yo? ¿no has pensado en el daño que eso habría de hacerme?

— Cuando lo miraba, no había para mí en el mundo nadie más que él: me hacía hacer, con sus ojos, cuanto quería, lo cual no era un obstáculo para que yo lo aborreciera, y para que hoy lo aborrezca mucho más que antes.

Para sondear aquel abismo de alma y de carne hu-

manas, se necesitaba ser un filósofo más profundo que Marín Bonami. Este se quedó aniquilado bajo el golpe espantoso que destruía su existencia.

Mónica lo miraba casi con indiferencia aunque algo impaciente. ¿A qué incomodarse consigo misma? ¿No debía comprender él lo atrocemente que ella había sufrido para llegar á hablarle con aquella tranquilidad de cosas tan monstruosas?

Marín levantó la cabeza.

— ¿Ha sido él quien te ha dicho que mataras á su desgraciada mujer? — preguntó sumido en un dédalo de horribles perplejidades.

— No — le contestó ella, — he sido yo quien la maté, porque había descubierto la verdad y me reprendía: si me hubiera reñido fuerte, me hubiera hecho menos daño, pero me reñía con dulzura y lloraba, que fué lo que no pude soportar.

— ¿Ha sido él pues, ha sido tu señor? — exclamó Marín cuya inteligencia se iluminó súbitamente. — ¡Ah, canalla! ¡y te ofrecía dinero hace poco!

— Bien sabes que no lo he querido tomar.

— ¡Lo mataré! — dijo el joven apretando los dientes. — Ese, por lo menos, lo habrá merecido.

— Te lo prohibo — dijo Mónica tranquilamente.

— Eso, lo veremos ¿tanto le amas que no quieres que le toquen?

— No comprendes — exclamó la joven con acento de conmiseración. — Si yo lo quisiera, no hubiera tenido necesidad de decirte nada, pero si tú le haces daño, todo el mundo sabrá que yo he sido su amante, y me verá obligada á decir que yo he muerto á mi señora. Entonces, mi madre se morirá del disgusto y, las gentes de Champcey dirán... ya lo sabes tú.

— ¡Las gentes de Champcey! — dijo Marín con desdenosa indiferencia — ya sabes tú que eso no me impedirá matarlo.

— Si le tocas solamente al pelo de la ropa, me echo de cabeza al río — dijo Mónica con resolución.

— ¡Lo quieres! confiesa que lo quieres.

— ¿Cuántas veces tendré que decirte que lo aborrezco? pero es que no me quieres entender. Ese hombre no te debía á ti nada, no te había prometido nada; yo soy la que te había hecho una promesa y he faltado á ella: márame si quieres; después de todo, quizá fuera lo mejor; pero no lo mates á él, porque cometerías un crimen, y un crimen pesa mucho, Marín, pesa mucho y es muy duro de conllevar: no se duerme; ¡se ven unas cosas durante la noche!... No, Marín, no cometas un crimen, te lo suplico. ¡No podría yo vivir si supiera que tú sufres lo que yo he sufrido!

Quedaba vencido el orgullo de Mónica: ésta se había echado á los piés del hombre á quien había hecho traición, y allí, de rodillas, aunque sin derramar lágrimas, le estrechaba las manos con fuerza convulsiva que crecía por instantes. El corazón de Marín se ensanchó de repente.

— ¡Pobre, pobre muchaha! — dijo, — ¡tú has sufrido todo eso! ¡es peor que la muerte sufrir de esa manera días y días y siempre con la misma idea, y es lo que debe ser, cuando se ha obrado mal! no, no quiero pensar en ello... ¡Pobre, pobre muchacha!

Mónica lo miraba con cierta especie de extravío en los ojos.

— No ha sido culpa tuya — dijo Marín, sin percatarse de que las lágrimas corrían por sus mejillas, — no ha sido tuya toda la culpa, sino nuestra; de tu madre, que creía hacer un bien, y mía, que me negué á ir como criado contigo. No es tuya la culpa, no. ¡Tan joven, tan poca cosa!... ¡una niña! Sería necesario ser injusto para echártelo en cara.

El era entonces el que tenía asidas las manos de Mónica y quien, inclinado sobre ella, la miraba con indecible compasión, como un padre que perdona á un hijo enfermo, en tanto que ella le escuchaba con la cabeza algo inclinada.

— No me hables así — dijo Mónica con voz mori-

bunda — ¡porque eso me hace tanto bien y tanto mal!... Pierdo la vista...

Marín se levantó, la cogió en sus brazos como si fuera una pluma, y regresó, con su querida carga, á los muelles de la ciudad, donde detuvo un coche, colocó en él á Mónica, tomó asiento á su lado, y se hizo conducir á la estación.

La joven no había perdido el sentido por completo: De vez en cuando buscaba las manos de Marín y las estrechaba afectuosamente, como para asegurarse de que él estaba allí. Al llegar á la estación, pudo ya andar.

Poco después tomaron el tren, y en él pasaron la noche sin decirse una palabra, pero á la luz de la lámpara fija en lo alto, no dejaron de mirarse toda la noche.

No había entre ambos misterios ni dudas; no había más que inmensas é irremediables penas; pero á medida que avanzaban en su viaje, sentían que la piedad, el amor y el perdón, son más grandes que todos los crímenes, puesto que pueden consolarlo todo y absolverlo todo.

## XX

— ¿Qué es lo que vamos á decir? — preguntó Mónica cuando el tren llegó á la vista de la ciudad.

— Nada absolutamente — dijo Marín. — Eso no les importa.

— ¿Saben que volvemos?

— Tú has estado enferma, me has escrito, he ido á buscarte, y te traigo ¿no basta eso? Tú has cambiado bastante para que nadie dude de ello.

Momentos después se encontraban solos en el andén de la estación. Fuera esperaba la diligencia, cuyo mayoral era otro, que no conocía á los jóvenes.

Poníase el sol cuando los caballos se pararon en lo alto de la cuesta frente á Champcey.

— Bajémonos aquí — dijo Marín.

Mónica obedeció sin replicar. Desde la víspera hacía todo lo que le decía Marín, sin pedirle la menor explicación ni ofrecerle el menor asomo de resistencia.

Los jóvenes tomaron un camino de travesía que debía llevarlos á casa de Clemencia, camino tortuoso sin más anchura que la necesaria para el paso de una carreta.

Marín iba delante y Mónica le seguía mirando al suelo para evitar los malos pasos: por un portillo que formaban las colinas se vió de pronto y muy cerca el mar, azul y brillante como se suele ver algunos días en fin del invierno y principios de primavera.

Mónica se detuvo más blanca que el papel.

— ¡El mar! — exclamó. — ¿Te acuerdas, Marín, del día que estuvimos cogiendo helechos?

De repente exhaló un gemido, se dejó caer en el suelo, y pegó el rostro á la tierra. Marín, asustado, se inclinó sobre ella é intentó levantarla, pero Mónica no quiso que él la tocara.

— ¡No! — exclamó sollozando, — yo no he debido volver á aquí. Has cometido un error al traermé: no soy lo bastante buena para volver á ver todo esto. Antes, yo era feliz, era honrada, no tenía nada sobre mi corazón, nada sobre mi conciencia, y ahora... ¡Llévame á cualquiera otra parte, Marín, pero aquí, no, no!

— ¡Mónica! — dijo Marín con voz grave, — tu sitio está aquí, en tu país: si te causa disgusto verte otra de la que has sido antes, eso será tu castigo. Hay que sufrir, Mónica, cuando se ha obrado mal, y, sobre ser justo, nadie puede evitarlo; pero sufrirás aquí menos que en cualquiera otra parte, porque aquí tendrás personas que te quieran.

bunda — ¡porque eso me hace tanto bien y tanto mal!... Pierdo la vista...

Marín se levantó, la cogió en sus brazos como si fuera una pluma, y regresó, con su querida carga, á los muelles de la ciudad, donde detuvo un coche, colocó en él á Mónica, tomó asiento á su lado, y se hizo conducir á la estación.

La joven no había perdido el sentido por completo: De vez en cuando buscaba las manos de Marín y las estrechaba afectuosamente, como para asegurarse de que él estaba allí. Al llegar á la estación, pudo ya andar.

Poco después tomaron el tren, y en él pasaron la noche sin decirse una palabra, pero á la luz de la lámpara fija en lo alto, no dejaron de mirarse toda la noche.

No había entre ambos misterios ni dudas; no había más que inmensas é irremediables penas; pero á medida que avanzaban en su viaje, sentían que la piedad, el amor y el perdón, son más grandes que todos los crímenes, puesto que pueden consolarlo todo y absolverlo todo.

## XX

— ¿Qué es lo que vamos á decir? — preguntó Mónica cuando el tren llegó á la vista de la ciudad.

— Nada absolutamente — dijo Marín. — Eso no les importa.

— ¿Saben que volvemos?

— Tú has estado enferma, me has escrito, he ido á buscarte, y te traigo ¿no basta eso? Tú has cambiado bastante para que nadie dude de ello.

Momentos después se encontraban solos en el andén de la estación. Fuera esperaba la diligencia, cuyo mayoral era otro, que no conocía á los jóvenes.

Poníase el sol cuando los caballos se pararon en lo alto de la cuesta frente á Champcey.

— Bajémonos aquí — dijo Marín.

Mónica obedeció sin replicar. Desde la víspera hacía todo lo que le decía Marín, sin pedirle la menor explicación ni ofrecerle el menor asomo de resistencia.

Los jóvenes tomaron un camino de travesía que debía llevarlos á casa de Clemencia, camino tortuoso sin más anchura que la necesaria para el paso de una carreta.

Marín iba delante y Mónica le seguía mirando al suelo para evitar los malos pasos: por un portillo que formaban las colinas se vió de pronto y muy cerca el mar, azul y brillante como se suele ver algunos días en fin del invierno y principios de primavera.

Mónica se detuvo más blanca que el papel.

— ¡El mar! — exclamó. — ¿Te acuerdas, Marín, del día que estuvimos cogiendo helechos?

De repente exhaló un gemido, se dejó caer en el suelo, y pegó el rostro á la tierra. Marín, asustado, se inclinó sobre ella é intentó levantarla, pero Mónica no quiso que él la tocara.

— ¡No! — exclamó sollozando, — yo no he debido volver á aquí. Has cometido un error al traermé: no soy lo bastante buena para volver á ver todo esto. Antes, yo era feliz, era honrada, no tenía nada sobre mi corazón, nada sobre mi conciencia, y ahora... ¡Llévame á cualquiera otra parte, Marín, pero aquí, no, no!

— ¡Mónica! — dijo Marín con voz grave, — tu sitio está aquí, en tu país: si te causa disgusto verte otra de la que has sido antes, eso será tu castigo. Hay que sufrir, Mónica, cuando se ha obrado mal, y, sobre ser justo, nadie puede evitarlo; pero sufrirás aquí menos que en cualquiera otra parte, porque aquí tendrás personas que te quieran.

— No me atrevo á mirar á nadie — replicó Mónica sollozando convulsivamente, — no me atrevo á ver á mi madre... ¿Qué voy á decirle? ¿qué dirá ella al verme llegar furtivamente?

— Nadie tiene derecho á decir nada — dijo Marín con autoridad, — del único de quien pueden decir, es de mí.

— ¿De tí? ¡santo Dios! ¿qué es lo que pueden decir de tí?

— Que no he tenido paciencia; que te he ido á buscar á Rouen; que te he distraído de tus deberes, y que he hecho que desobedezcas á tu madre con el fin de que nos casemos en seguida.

Mónica se incorporó penosamente, se apoyó en el muro que limitaba por un lado el camino, y con la mirada siempre fija en Marín, dijo á éste en voz baja:

— Pero tú sabes bien, que no podemos casarnos ya.

— ¿Por qué no? ¿qué es lo que puede impedir que nos casemos, puesto que yo te quiero por mujer y tú has consentido en ello?

Mónica lo miraba, y decía entre sí:

— ¿Se le habrá turbado la razón en fuerza de tanto sufrir? ¿habrá olvidado lo que le dije ayer?

Marín leyó en sus ojos lo que pensaba.

— Te comprendo — le dijo. — No, Mónica, no ha cambiado nada. Yo quería matar á alguien, y tú no lo has querido: has hecho bien; pero, puesto que yo vivo y que nadie tiene que echarme nada en cara, preciso es que yo me case contigo.

Mónica se apartó de él llorando.

— No me atreveré nunca á ser tu mujer — dijo.

— Y sin embargo, es preciso.

La joven bajó la cabeza, pero si él hubiera podido leer en su corazón hubiera visto que, al obedecerle ella, aceptaba el más cruel de los castigos. Ser su mujer y saber que no lo era honradamente, era para la orgullosa Mónica una humillación tan dolorosa como el remordimiento; era la encarnación del remordimiento

que viviría junto á ella y que la torturaría hasta en lo más secreto de su alma en las caricias del esposo.

— Se burlarán de nosotros — dijo Marín, — dirán que nos corría mucha prisa... nada de eso importa: lo conllevaré con resignación, y es preciso que tú hagas lo mismo: procura no estar demasiado triste, y, sobre todo...

Se detuvo y la miró con suprema ternura.

— Has visto — añadió bajando la voz, — que no me he atrevido á darte un beso; ha sido por temor de disgustarte, Mónica y porque yo te quiero tanto como antes, más aun que antes; ¡eres tan desgraciada! No llores más, te lo ruego: me hace mucho daño verte llorar.

Mónica se enjugó dócilmente los ojos y lo miró con una sumisión conmovedora.

— Se acerca la noche — dijo Marín, — vamos, y que tu madre no sepa nada: la erró al separarnos; pero si supiera lo que ha acontecido, resultaría demasiado castigada.

Ambos emprendieron la marcha: Marín había estado en lo cierto al decir que su castigo sería el silencio, la estimación pública que ella había dejado de merecer... Lo que él no sabía era que su propio silencio por temor de afligirla, sería para ella más pesado que todo lo demás junto; él lo ignoraba, pero ella no.

Llegaron á la casa de Clemencia sin haberse encontrado con nadie, efecto de la hora. La puerta estaba cerrada, pero dentro había luz. En el momento en que Marín cogía el picaporte para abrir, lo detuvo Mónica.

— Tengo miedo — le dijo.

— Es preciso — repuso él, y entró.

Clemencia estaba arrodillada encendiendo el fuego para hacer su frugal cena: al sentir ruido volvió la cabeza, y reconoció á Marín.

— ¿Usted? — exclamó levantándose con ligereza, — ¿á qué viene usted aquí?

El había pensado prepararla gradualmente, pero no

era orador y le faltaron las palabras.

— Le traigo á usted á su hija: ha estado mala: para no ponerla á usted en cuidado me escribió á mí, y yo he ido á buscarla.

— ¿En dónde está?

— Ahí la tiene usted.

Separóse un poco, y Mónica se dejó ver, tan descolorida, que parecía haber salido de una tumba.

— ¡Dios mío, qué cambiada está! — exclamó su madre.

A una ligera seña de Marín, se acercó Mónica, y, según la costumbre, presentó la mejilla á su madre. La política de estos seres, poco educados aún, se parece á la de los Pielos Rojas y les obliga á permanecer impasibles cuando sus almas están agitadas por los sentimientos más vivos.

— Siéntense ustedes — dijo — no habrán ustedes cenado.

— No: hemos bajado de la diligencia en la cuesta y hemos venido por el atajo para no encontrarnos con nadie.

— Han hecho ustedes bien: me hubiera sabido mal que otros les hubieran hablado antes que yo.

Reanudó su faena y pronto brillaron las llamas en el hogar.

— Pero ¿estás ya curada? — preguntó á Mónica.

— Así creo, madre mía — contestó la joven.

Sentíase más tranquila en aquel estado violento: obligada á dominarse, perdía la noción de su propio dolor. Clemencia la miraba sin dejar de ocuparse en todos los detalles de la cena. Mónica quiso levantarse para ayudarla.

— Estate quieta — le dijo su madre, — te conviene descansar ¿cómo adquiriste esa enfermedad?

— Está muy cansada — dijo Marín, al ver que la joven movía los labios sin acertar á decir nada. Quisiera decirle yo á usted, madre mía — y recalcó estas dos últimas palabras, — que conviene no dilatar nues-

tro casamiento. Mónica no debe salir ya de Champcey: la ciudad no le conviene, y como soy yo quien la ha traído hasta aquí y pudieran criticar, lo mejor será que nos casemos en seguida.

Clemencia lo miraba atentamente mientras hablaba, y luego clavó los ojos en su hija, y se confesó que el mozo tenía razón: cualquiera que fuese el motivo que los hubiera traído juntos al país, al presente, el casamiento era la mejor solución posible.

— Hablaremos de esto mañana — repuso Clemencia, — por el pronto, no digo que no.

Después de haberse comido algunos pedacitos de pan frito remojados en sidra hirviente, que, en concepto de los habitantes del país, son el alimento más reconstituyente después de las fatigas ó de las emociones, se retiró Marín. Al despedirse de Clemencia, lo hizo diciéndole: «Buenas noches, madre mía», y recalcó estas dos últimas palabras: de Mónica se despidió grave y silenciosamente, dándole un beso en la mejilla.

Mónica sintió desgarrado el pecho por la desesperación. ¡Ay! por culpa suya no tenían dulzura para ella los besos del único hombre á quien ella hubiera amado verdaderamente.

Marín se fué á su casa, y aunque la noche estaba obscura, siguió sin vacilar el sendero que tantas veces había recorrido, pero en su cerebro se barajaban cien pensamientos confusos.

¿Era verdad que hacía pocos meses había pasado por allí, gozoso con el amor de su prometida? ¿había sido aquello un sueño, ó lo era el tiempo presente?

Llegó á su casa, abrió, encendió fuego, arregló la cama y se acostó, procurando olvidar con el sueño, la balumba de sus pensamientos; pero no pudo dormir apenas, y se levantó varias veces en la noche para reavivar el fuego y echarle aceite al candil.

Los pescadores vieron desde el mar aquella noche, no sin admiración, que el fuego, apagado hacía ya tiempo en la casa Bonamí, había vuelto á arder.

## XXI

Cuando Champcey se despertó, todo el mundo sabía que Marín había traído á Mónica y la había entregado á su madre. ¿Quién fué el primero en decirlo? ¿Quién sabe! Se les había visto quizá atravesar los vallados: lo único de cierto es que estaban de regreso y que todo el mundo lo sabía.

El señor Mahaut, informado de ello, pareció alegrarse sin perder su seriedad, y es que el señor alcalde era un hombre serio. En los primeros días que siguieron al asesinato de la señora Dunois, recibió un requerimiento pidiendo informes de Mónica y una carta de su hermana en que le daba noticia de los hechos y añadiendo que estaba convencida de la inocencia de Mónica. Como alcalde, había evacuado el informe en el concepto más favorable para su joven protegida.

Otro menos listo que él, hubiera hablado de ello á su mujer, pero él sabía que una sola palabra salida de sus labios sería bastante para que todo el país se enterase de un suceso que, en interés general estaba no divulgar, y nada dijo. De vez en cuando, al encontrarse con Clemencia, le pedía noticias de su hija y al contestarle aquélla que no las tenía desde Año nuevo, le decía él bondadosamente:

— Falta de noticias, buenas noticias.

De aquel modo había salvado las apariencias en espera de que se hiciese la luz. Luego supo por cartas de su hermana y por los periódicos, que no revelaron el nombre de Mónica, la marcha del procedimiento y, puesto que ésta había regresado al pueblo, era evidente que nada había resultado contra ella.

El alcalde decidió guardar absoluto silencio: bastante cruel era para la pobre joven haber estado presa seis semanas, para que, al volver á su casa se convirtiera en blanco de injuriosas dudas.

Marín no tenía la menor idea de los procedimientos judiciales y estaba á cien leguas de creer que el señor Mahaut tuviese conocimiento de lo que había pasado, así es que fué á verlo la tarde siguiente al día de su llegada, con la frente y la tranquilidad en su espíritu, para rogarle que publicase el anuncio correspondiente, á fin de que su casamiento con Mónica pudiera realizarse lo antes posible.

Marín temía alguna broma del alcalde que, sin perder su dignidad, solía darlas en casos análogos, y quedó sorprendido ante la mirada grave y de aprobación del señor Mahaut.

— Mi futura está algo enferma — dijo Marín, — y por eso no ha venido conmigo, señor alcalde: dispénsela usted: vendrá el domingo.

— Me han dicho que está algo cambiada — replicó el señor Mahaut con solicitud. — ¡Pobre chiquita! no le ha probado la ciudad.

Marín miró fijamente al alcalde y comprendió que éste sabía más de lo que había querido decir.

— Sí, está cambiada — dijo el joven, — ha tenido disgustos. Su madre se equivocó al enviarla tan lejos, pero yo no la censuro por ello: ahora cuando nos casemos, todo irá bien.

El señor Mahaut estrechó la mano del joven como no lo hacía con frecuencia y ambos se separaron, contentos el uno del otro.

Las visitas afluyeron á casa de Clemencia, pero ésta se mostró algo displicente. Mónica apareció en el lavadero en donde empezó á preparar la gran legía que en aquel país precede á las bodas. Hiciéronle las más variadas preguntas á que ella contestó con monosílabos casi siempre, ó con un «me fastidia hablar de eso», que contuvo á las curiosas; las cuales convinieron en

que la joven había vuelto muy orgullosa de la ciudad.

El día de Quasimodo, primer domingo de abril, recibieron la bendición nupcial los novios, unidos civilmente en la alcaldía una hora antes por el señor Mahaut, y cuando salieron del templo fueron acogidos por un fuego de mosquetería.

Mónica estaba pálida, pero el ramo de azahar colocado en su gorrita, no temblaba: iba con paso tranquilo asida de la mano de Marín, tan pálido y tan firme como ella, pero sus ojos parecían ver, más allá del mundo real, cosas misteriosas, invisibles para los demás; pensaba en el porvenir, ó pensaba en el pasado?

Las campanas vibraban por encima de su cabeza, pero su sonido no tenía nada de común con la gran armonía que la había impresionado en otro tiempo. El mar estaba lejos y el murmullo de sus olas no llegaba hasta la iglesia de Champcey: se podía, en aquel momento y en aquel medio, olvidar el pasado.

¿Olvidarlo? no. Marín había vuelto la cabeza hacia el grupo de rosas que cubría la tumba de su hermana: los disparos seguían oyéndose en la plaza, y por una rareza de su enfermiza imaginación, Mónica se estremecía al oírlos con vago terror, como si una bala, escapada por casualidad, hubiera de herirla; pero al observar á Marín, al comprender que él recordaba aquel hermoso día de julio en que la había besado junto al sepulcro de Victoria, la joven sentía desfallecido el corazón.

— Llévame de aquí — dijo en voz baja, — vámonos.

No podía mirar aquella evocación del pasado feliz é inocente, que era una espina más sobre las muchas que desgarraban su alma, y sabido es que la última es siempre la que más daño hace.

El cortejo siguió á los recién casados hasta la casa de Clemencia. A la comida de bodas estaban invitados los más allegados y el alcade, pero éste se excusó con un pretexto. Consideraba lo que sufriría la pobre Mónica al recordar que había estado presa, y no quería

ser testigo de su tristeza.

A eso de las tres terminó la comida, y los convidados se fueron cada uno por su lado.

— Idos á dar una vuelta — dijo Clemencia á sus hijos cuando los hombres se hubieron marchado — no os necesitamos para poner las cosas en orden.

Los recién casados salieron de la casa asidos de la mano, según el uso y como tenían derecho á hacerlo; mas apenas estuvieron fuera de la vista de los demás, desligaron sus manos y siguieron uno al lado de otro aunque separados por un abismo moral, sin que hallaran medio de arrojar un puente sobre él.

Marín había tomado instintivamente el camino del acantilado: ambos pasaron junto al lavadero sin detenerse, y fueron á sentarse sobre las rocas, en el mismo sitio en que habían hablado secretamente el primer día de sus libres esponsales, y allí, solos, bajo los rayos del sol, y á la vista del cielo y del mar, alzaron los ojos y se miraron mutuamente.

— Tú lo has querido, Marín — dijo Mónica.

— Y no lo siento — le contestó él.

— Hubieras hecho mejor en dejarme en Caen.

Marín se levantó y la miró con cierta especie de enojo, exclamando:

— ¿No te he dicho que te quiero? ¿Acaso podía vivir sin tí? Mira, Mónica; cuando se quiere á una persona, nada puede impedir que se la quiera, ni aun cosas como las que tú me has dicho.

— Pero se la quiere de otro modo — replicó la joven con dulzura.

— Es verdad; se la quiere de otro modo — repitió Marín pensativo.

Mónica bajó la cabeza. Nadie podía hacer que el pasado no hubiera existido; nadie podía devolver el honor; nadie podía volver la vida...

— No sabes el daño que me hacen que me traten hoy como antes: resulta tan injusto que me avergüenzo de ello.

— Es preciso acostumbrarse, ya te lo he dicho.

— Pero tú — dijo Mónica animándose é impulsada por una irresistible necesidad de atormentar la llaga de su corazón, necesidad semejante á la que impulsa á hurgar las llagas del cuerpo por doloroso que esto sea, — pero tú no puedes tener buena opinión de mí.

— Yo tengo una compasión sin límites. Ha sido una gran desgracia, pero ya te he dicho que la culpa no ha sido tuya.

— Sin embargo, si no hubiera ocurrido eso me querías más ¿no es cierto?

— Probablemente — contestó Marín un tanto disgustado. — ¿Por qué me hablas de eso?

Mónica juntó las manos como el que va á rezar una oración.

— ¡Oh, Marín! — dijo ella — comprendo lo que sería poseer ambos ese secreto y no hablar de él ni saber lo que tú piensas! ¡Me moriría de sentimiento!

Marín hubiera preferido dejar dormir aquello ¿no era bastante lo que les había hecho sufrir? Debía olvidarse el pasado, ó por lo menos hacer por no acordarse de él, así pensaba él, pero el alma inquieta de la criminal quería saber lo que pensaba de ella su señor á quien debía pertenecer sin reserva alguna.

— Yo te quiero, Mónica — dijo Marín, — y eso debe contentarte.

Y se acercó á la joven con los ojos llenos de amorosa pasión. Ella cerró los suyos con horrible estremecimiento. Así era como brillaban en otro tiempo los de Dunois.

Marín se inclinó sobre ella y le dió un beso. Mónica se desprendió de él con tal viveza, que cayó y en poco estuvo que no rodara por el acantillado: él la cogió por la falda y la levantó.

— No es este sitio para que juguemos de ese modo — le dijo con la voz trémula y densamente pálida por el peligro que ella acababa de correr.

Mónica volvió la cabeza. ¿Sería preciso que sufriera

tales emociones sin morir de ellas? Hubiera preferido estrellarse cien veces contra las rocas. Aquello era demasiado. No había creído en la posibilidad de semejante tortura. Había creído que Marín sería el amigo, el esposo, el que perdona y estima, pero no había llegado á creer que fuera también su amante. Cuando concibió tal idea, la apartó de sí como una visión enfermiza y vergonzosa. Tal vez había supuesto que el respeto con que rodeara á su marido, cambiaría su vida y hasta la esencia de su vida, ó quizá no se hubiera dicho nada de esto y se dejara ir como débil arista, á impulso de la voluntad de aquel que la salvaba de todo, de la vergüenza, del abandono y del suicidio.

¡Pero la falta no perdonaba! ¿Entre el hombre venerado que en Rouen, junto al Sena, se le había aparecido como un ángel salvador, que la había levantado y consolado, y aquel otro pobre sér baqueteado por el destino, debía aparecer siempre la imagen del seductor aborrecido profanando todas las alegrías, manchando todas las horas y haciendo del matrimonio, en vez de un consuelo, un desquite implacable del pasado criminal?

— Te amo — repetía Marín sentándose estrechamente junto á ella en la misma piedra.

Tenía derecho para ello, y nadie podía censurarlo. Mónica, vencida, se asió la cabeza con ambas manos, y lloró.

Su marido respetó sus lágrimas y las comprendió. Su disgusto y sus remordimientos la hacían más querida para él: la hubiera despreciado si la hubiera visto olvidarse de su pasado. Cuando hubo llorado hasta agotar las lágrimas, él la cogió de la mano dulcemente, y la dijo:

— Ya es tiempo de que volvamos.

Mónica se levantó dócilmente y subió por el sendero al lado de él. Llegada á lo alto, se arrodilló en el lavadero y se lavó el rostro enrojecido por las lágrimas. Poco después volvieron á la casa de Clemencia en la

que se había restablecido ya el orden.

Se puso el sol y volvieron los amigos para acompañar á su casa á los recién casados. Volvieron á sonar los disparos á lo largo del camino y se repitieron las felicitaciones. La puerta de la casa estaba abierta, el fuego encendido y el vino caliente sobre la mesa. Los acompañantes bebieron, se retiraron luego, y los recién casados se quedaron solos en la vieja casa de los Bonami.

Era noche de gran marejada: el ruido de las olas se oía á lo lejos; á eso de las dos, penetró un rayo de luna por la ventanita sin cortinas y dibujó el encaje que formaban las ramas de un manzano. Mónica, que no se había dormido aún, se acordó de pronto de un punto de Venecia cosido á una bata que había pertenecido á Hortensia.

Su marido dormía con sueño profundo al lado suyo: su última palabra, antes de cerrar los ojos, había sido de ternura, pero después, Mónica no había cesado de llorar su vergüenza. De repente pensó en su crimen, y al dolor que ella creía sin límites, se unió otra amargura más punzante.

— Es justo — dijo recordando lo que le había dicho Marín, — que las faltas se purguen; pero ¿deberé vivir mucho tiempo sufriendo como sufro?

Perdida en el horror de aquel pensamiento, miró en el suelo el fino encaje formado por las ramas del manzano, y súbitamente volvió á ver el punto de Venecia, la habitación tenuemente alumbrada, el semblante puro y triste y la irresistible sonrisa de la señora Dunois, y herida en el corazón por un sufrimiento horrible y sin nombre, murmuró:

— ¡Oh, señorita mía! ¡señorita mía, perdóneme usted!

## XXII

Sucede á veces que un pesar violento cuyas causas se renuevan sin cesar, aniquila por cierto tiempo otra preocupación dolorosa más grave pero más lejana, y cree uno entonces haber olvidado ésta; pero de repente, y por una serie de circunstancias fortuítas, se despierta y surge de una manera enorme, absorbiendo á su vez el pesar que antes parecía abarcar todo el interés de la vida.

Esto es lo que el remordimiento del crimen hacía ahora con relación á la vergüenza de la falta en el alma de Mónica. Durante su prisión no había experimentado la joven sino impresiones muy confusas aunque muy dolorosas. El instinto de la conservación le había sugerido la prudencia; su promesa á Dunois le había impuesto el silencio como obligación, y toda su voluntad se había empleado en comprimirse.

Cuando volvió á ver á Marín, no tuvo más que una idea: decirle la verdad con el fin de zafarse de la red de falsedades en la cual estaba metida hacía tiempo. Imaginó que en cuanto él conociera su crimen, la rechazaría con horror. Sola entonces y libre de responsabilidades, arrostraría la existencia procurando olvidar y consiguiéndolo quizá; al menos así lo creía ella.

Pero he aquí que el perdón de su novio la había ligado más estrechamente á una cadena de deberes que no podía romper ya nunca. Imposible ya sacudir la cabeza y arrojar de sí las ideas dolorosas diciendo «¡No quiero!» Su deber era recordár á cada instante que era la joven seducida elevada al rango de esposa por la bondad de un hombre ultrajado. Marín le había dicho: «Así es como se espía».

De la otra falta, del crimen, no hablaba María: le

parecía sin dudá menos grave, porque no le afectaba á él directamente: además, como él era violento, podía comprender y excusar la violencia; pero Mónica, después de dar de lado durante mucho tiempo al pensamiento del homicidio realizado por ella, se encontró poseída de él repentinamente.

Volvía á ver la habitación, la lámpara, la silla larga, los ojos llenos de lágrimas de su querida señorita; reconstituía la escena horrible, y por un exceso de crueldad del destino, sentía el dolor de la pérdida de aquella amiga á quien había querido con el fervor de la devoción. Herida por otra mano que la suya, Hortensia hubiera sido para Mónica objeto de una eterna compasión; muerta por la que la había adorado, habíase convertido en un instrumento de tortura cuya intensidad no podía medir nadie.

Pasados los primeros días de su matrimonio, había entrado Mónica en una rutina de deberes que hubiera debido distraerla de su preocupación, y que, por el contrario, la ligaron más á ella. Había vuelto á ser aldeana; nada de cuanto la rodeaba evocaba el recuerdo del tiempo pasado en Rouen, y, en vez de acentuar la tranquilidad y el olvido, aquel mismo contraste empujaba el recuerdo de la joven hacia los días nefastos.

Vanamente había modificado ó destruido uno tras otro los objetos contenidos en el baúl que ToINETTE le había enviado: el olor del cofre y la vista de sus propias manos blanqueadas por su estancia en la ciudad, evocaban cualquier imagen que se le fijaba en el cerebro con obstinada persistencia. Mónica caía entonces en prolongados silencios que duraban días enteros. MARIN lo notaba y no decía nada creyendo que era la expiación, pero que llegaría un tiempo en que el alma, saturada de remordimientos, se desprendería de su preocupación dolorosa y recobraría en cierto modo la tranquilidad. Entonces juzgaba él que podría hablarle á su mujer y que la iría consolando poco á poco.

MARIN se equivocaba. Precisamente en aquellos pri-

meros días fué cuando debió expresar á su mujer la tierna compasión que le inspiraba; entonces fué cuando ella tuvo necesidad de verse animada, elevada por el amor de aquel á quien consideraba como un ser superior, casi sobrehumano.

El no lo sospechaba: habiéndole dado con su nombre la mayor prueba de amor y de estimación que podía darle, creía que ella lo comprendería así, y respetaba el silencio de Mónica que consideraba como la humildad natural de una culpable que aun no podía consolarse de su caída.

Ambos vivían así el uno junto al otro sin comprenderse, él, queriéndola con todas las veras de su alma, pero inhábil para expresar sus sentimientos, y ella, vencida, pulverizada, diciendo que nunca se rehabilitaría ni á los ojos de su marido ni á sus propios ojos: él, grave y bueno; ella, sumisa, abnegada y afligida.

Clemencia se admiraba de verla tan sombría: sus hermosos colores no habían vuelto, siendo al presente dichosa por hallarse entre los suyos y haberse casado con quien quería.

Aquel año la primavera era deliciosa: ni una tempestad había agitado el mar desde fin de marzo.

— Esto no es natural — dijo un día Clemencia á su yerno. — Mónica no debería estar triste como lo está. ¿Se encuentra enferma?

— Ha tenido disgustos en Rouen; ya se lo he dicho á usted, madre mía. Hay que dejarle tiempo para que se reponga y luego, todo irá bien.

Clemencia miró á MARIN con expresión de duda. Ya se le había ocurrido que algo debía haberle sucedido á su hija durante su ausencia, pero no se atrevía á preguntarle á ella ni á él.

— ¿Crees tú que todo irá bien? — preguntó ella con cierto temor.

— Se lo aseguro á usted.

Fué preciso conformarse: sin embargo, Clemencia que había evitado en los primeros días del matrimonio

visitar á sus hijos, tomó la costumbre de ir á pasar todas las tardes una hora ó dos con Mónica.

Tan enfermo tenía el espíritu la pobre joven, que toda demostración de afecto exacerbaba los remordimientos en su alma. La presencia de su madre, que la distraía de sus pensamientos, le hizo más mal que bien, porque si la imagen del crimen se borraba por un instante, la de la falta parecía más viva.

Más de cien veces tuvo deseos de arrojarle á los pies de Clemencia y de confesárselo todo: le parecía que aquella confesión le produciría un alivio; pero María le había dicho que no tenía derecho para hacer que su madre soportase tal dolor ni para infligirle una vergüenza tan inmerecida, y... ¡el silencio una vez más el silencio siempre!... Sí, Mónica expiaba.

Hasta el buen tiempo era un aumento de tortura para ella: la lluvia, el viento y la tempestad, fustigando los nervios, quizá hubieran producido en ella una crisis.

En la vida íntima del hogar, en la tibia calma del mes de abril, el atormentado espíritu de la joven se replegaba en sí mismo, preso entre dos torturas, y no evitando la una sino para caer más locamente en los horrores de la otra.

Una tarde estaba Mónica lavando en el lavadero, y se había quedado sola. De repente oyó detrás de la valla una voz infantil que decía.

— En la hondonada de Hubiland han florecido los espinos ¡hay que verlos!

Mónica se detuvo en su faena y reflexionó.

El sitio de que hablaba el niño tenía fama por la belleza de un cortinaje de espinos albares que, en la primavera, lo tapizaban de flores perfumadas. Todos los años, los niños y las jóvenes se hacían un deber de ir á ver los espinos blancos á Hubiland y de ello se hablaba durante ocho días: aquello era la curiosidad del país.

Mónica recordó su paseo del año anterior y una ráfaga de juventud y de independencia la impulsó á ir.

Colocó la ropa y la paleta en la Canasta; llamó al muchacho que diera la noticia y le encargó que lo llevara todo á la casa, y ella se marchó lista y casi alegre, en dirección de los espinos, que estaban bastante lejos.

¡Qué hermosa idea había tenido! Sus piernas corrían sin fatiga, y en su interior cantaba una ronda del país. Tan fuerte fué la obsesión de la música, que de pronto oyó su voz clara retumbar en el valle desierto.

Aquello fué una sorpresa para ella, que no creía volver á cantar nunca.

— Bien ¡y por qué no he de cantar? — dijo en voz alta, y recobró la marcha suspendida por un momento, cantando á plenos pulmones.

La hondonada de Hubiland estaba ya cerca, y no tardó en llegar á ella. Era una especie de anfiteatro semicircular: una fuente clara y poco profunda bordeada de juncos y de berros alegraba el suelo, y por encima, el soberbio manto de flores perfumadas drapando la desnudez de las rocas.

La joven se puso seria: la belleza de aquel lugar solitario le inspiraba cierto respeto: se acercó al manantial: los pétalos de las flores caídas flotaban sobre el agua trasparente. De pronto notó un movimiento detrás de los juncos, y se estremeció, porque se había hecho miedosa: luego oyó un balido muy débil casi á sus pies: dió un paso adelante, separó las hierbas y vió un corderillo que, caído de la cresta de las rocas, estaba allí dolorido y maltrecho.

— ¡Pobre animal! — dijo Mónica cuyo corazón compasivo tuvo un arranque maternal.

Se inclinó, cogió al corderillo entre sus brazos y echó á andar con él: sabía quien debía ser su dueño y quiso llevárselo. A poco empezó á percibir un olor especial que no conoció por el pronto, pero que súbitamente adivinó luego, produciéndole una serie de estremecimientos. Abrió los brazos y el corderillo cayó á tierra exhalando un débil suspiro. A la reberberación de las nubes, teñidas aun de color de rosa, miró Mónica sus

manos y su delantal... ¡Estaba llena de sangre!

Exhaló un horroroso grito y loca de terror echó á correr hacia el pueblo. Aquella sangre y el suspiro del cordero, semejante al de una persona, eran la advertencia del destino que no quería permitirle que gozara un minuto de alegría y de olvido.

Conforme iba corriendo recordaba que en la habitación de Hortensia había recordado la mirada del otro cordero herido por los perros, y la lúgubre escena aparecía ante ella en toda su fúnebre realidad.

¿Sería todo una persecución para ella? En aquel país en que los corderos son en mayor número que los árboles ¿hallaría á cada paso la personificación del remordimiento?

Corriendo siempre, llegó á su casa.

— ¿De dónde vienes tan tarde y llena de sangre? — le preguntó su madre que la esperaba con inquietud.

— Del Hubiland: hay un cordero muerto en el camino: he querido traerlo y no he podido.

Mónica hablaba rápidamente y á tiempos. Marín apareció en el umbral y leyó en los ojos de su mujer el horror profundo del implacable recuerdo.

Impresionado él mismo por el pensamiento de una pena que no podía sondear, pero que debía ser atroz, se inclinó sobre ella y le dió un beso.

Mónica se dejó caer sobre un banco y se retorció las manos en ademán resignado dentro de su desesperación, pero al levantar los ojos vió que su madre la miraba, y se sonrió, se levantó, se lavó las manos y se cambió el delantal.

— Ha sido un capricho que he tenido de ir á ver los espinos blancos — dijo á su marido que evitaba mirarla. El cordero debe ser de Bonfils: será preciso decirselo para que envíe á buscarlo.

Estó lo dijo con acento tranquilo. Su madre la comprendió por la carrera que había dado, y le dijo con severidad:

— Tú no eres ya una niña: cuando una mujer se

casa, debe de ser razonable.

Mónica no replicó.

### XXIII

A partir de aquel día, la imagen de Hortensia, blanca, inmóvil, con el hilito de sangre á lo largo de la mejilla, fué la compañera habitual de Mónica. La seguía por todas partes, en el lavadero, en la huerta donde pasaba largas horas, y en los senderos cubiertos, en adelante llenos de flores y de insectos. La siniestra visión se interponía entre la joven y la naturaleza entera impidiendo que toda alegría inocente llegara hasta ella. Ya no eran solamente los remordimientos ni el pesar como sucedía antes, sino la manifestación viva, por decirlo así, de aquellos dos sentimientos que se sumaba á las restantes penas de la vida.

Mónica desmejoraba. Marín estaba roído por el dolor.

El había confiado en que, amando á Mónica, sería amado por ella y que acabarían por relegar un día en la sombra del olvido el recuerdo del crimen. Cuando tantas cosas se borran de la memoria ¿por qué no se había de borrar aquella?

El se había engañado. Mónica lo quería, es indudable, lo quería como á un dios, pero le tenía miedo: él lo comprendía y se desesperaba.

Cada vez se hablan menos, no teniendo nada que decirse. A veces ella se acercaba á él en tanto que él estaba sentado junto al fuego por las noches, y colocando sus manos flacas en los hombros de su marido, lo miraba con mirada profunda que pedía gracia. El la estrechaba locamente contra su corazón llagado, y ella se pegaba á él esperando hallar un poco de calma...

manos y su delantal... ¡Estaba llena de sangre!

Exhaló un horroroso grito y loca de terror echó á correr hacia el pueblo. Aquella sangre y el suspiro del cordero, semejante al de una persona, eran la advertencia del destino que no quería permitirle que gozara un minuto de alegría y de olvido.

Conforme iba corriendo recordaba que en la habitación de Hortensia había recordado la mirada del otro cordero herido por los perros, y la lúgubre escena aparecía ante ella en toda su fúnebre realidad.

¿Sería todo una persecución para ella? En aquel país en que los corderos son en mayor número que los árboles ¿hallaría á cada paso la personificación del remordimiento?

Corriendo siempre, llegó á su casa.

— ¿De dónde vienes tan tarde y llena de sangre? — le preguntó su madre que la esperaba con inquietud.

— Del Hubiland: hay un cordero muerto en el camino: he querido traerlo y no he podido.

Mónica hablaba rápidamente y á tiempos. Marín apareció en el umbral y leyó en los ojos de su mujer el horror profundo del implacable recuerdo.

Impresionado él mismo por el pensamiento de una pena que no podía sondear, pero que debía ser atroz, se inclinó sobre ella y le dió un beso.

Mónica se dejó caer sobre un banco y se retorció las manos en ademán resignado dentro de su desesperación, pero al levantar los ojos vió que su madre la miraba, y se sonrió, se levantó, se lavó las manos y se cambió el delantal.

— Ha sido un capricho que he tenido de ir á ver los espinos blancos — dijo á su marido que evitaba mirarla. El cordero debe ser de Bonfils: será preciso decirselo para que envíe á buscarlo.

Estó lo dijo con acento tranquilo. Su madre la comprendió por la carrera que había dado, y le dijo con severidad:

— Tú no eres ya una niña: cuando una mujer se

casa, debe de ser razonable.

Mónica no replicó.

### XXIII

A partir de aquel día, la imagen de Hortensia, blanca, inmóvil, con el hilito de sangre á lo largo de la mejilla, fué la compañera habitual de Mónica. La seguía por todas partes, en el lavadero, en la huerta donde pasaba largas horas, y en los senderos cubiertos, en adelante llenos de flores y de insectos. La siniestra visión se interponía entre la joven y la naturaleza entera impidiendo que toda alegría inocente llegara hasta ella. Ya no eran solamente los remordimientos ni el pesar como sucedía antes, sino la manifestación viva, por decirlo así, de aquellos dos sentimientos que se sumaba á las restantes penas de la vida.

Mónica desmejoraba. Marín estaba roído por el dolor.

El había confiado en que, amando á Mónica, sería amado por ella y que acabarían por relegar un día en la sombra del olvido el recuerdo del crimen. Cuando tantas cosas se borran de la memoria ¿por qué no se había de borrar aquella?

El se había engañado. Mónica lo quería, es indudable, lo quería como á un dios, pero le tenía miedo: él lo comprendía y se desesperaba.

Cada vez se hablan menos, no teniendo nada que decirse. A veces ella se acercaba á él en tanto que él estaba sentado junto al fuego por las noches, y colocando sus manos flacas en los hombros de su marido, lo miraba con mirada profunda que pedía gracia. El la estrechaba locamente contra su corazón llagado, y ella se pegaba á él esperando hallar un poco de calma...

Pero él no podía expresar lo que sentía, y ella no se atrevía...

Así pasó el verano llevándose cada día alguna de las esperanzas de Marín y alguna de las fuerzas de Mónica, tristes pavesas de sus sueños de ventura. Sufría tanto la pobre, que deseaba acabar: después, le faltaba el valor; la atormentaba también el temor de un escándalo; tenía miedo de que se hablara de ella después de muerta, y, sobre todo, pensaba en Marín y se decía:

— ¡Creería que no le amaba!

Soplaban ya en el Océano los tristes temporales de otoño y Mónica iba á menudo á sentarse en las piedras sobre el acantilado. Desde su vuelta no se había atrevido aún á bajar hasta las rocas negras: allí era donde había jurado ser fiel ¿se atrevería á hollar con sus pies el sitio en que había hecho aquel juramento al que debiera faltar tan pronto?

La marea alta había arrojado al pie del acantilado enorme cantidad de algas que es uno de los recursos del país, y las mujeres se habían apresurado á ir á recogerlas en la marea baja para retirarlas fuera del alcance de las olas y subirlas más tarde para abonar los campos.

— ¿No piensas ir por algas? — preguntó Marín la misma tarde en tanto que la tempestad rugía por fuera.

— Como tu quieras.

— Será preciso: no somos ricos y no debemos desperdiciar nada.

— Iré — dijo ella.

El guardó silencio.

— ¿Y tú? — le preguntó al cabo de un instante — ¿irás?

— Tal vez vaya cuando haya acabado de escarbar las patatas: es ya tiempo de meterlas en casa porque van á empezar las lluvias y las pudriría el agua.

Volvió á reinar el silencio entre ellos, en tanto que

por fuera el ruido del viento se asemejaba al del trueno.

Al siguiente día la marea baja era por la tarde: el viento había disminuído y el mar seguía revuelto.

Ya había muchas recogiendo algas cuando Mónica llegó á las rocas. Se había retrasado porque tenía miedo de lo que iba á sentir en las rocas negras, que era el sitio reservado por la costumbre á la familia de los Bonami para la recogida.

A media cuesta encontróse con algunas mujeres que ya volvían.

— ¿Cómo vienes tan tarde? — le preguntaron.

— ¿Y cómo os vais vosotras tan temprano? — les preguntó ella con su antigua viveza: tenía alguna fiebre.

— Es que el mar está malo: tú, que no eres muy fuerte, debieras volverte con nosotras.

Ella no les hizo caso y siguió bajando: que el mar estaba furioso, tanto mejor: cuanto más difícil fuera el trabajo, menos tiempo tendría para pensar en cosas que deseaba olvidar.

Pasó, sin mirarlo, por el sitio en que había hecho el juramento de fidelidad, y avanzando con destreza increíble por las puntas de las rocas, llegó á los sitios en que la tempestad de la noche había arrojado por carretadas las algas y las ovas.

A grandes brazadas y sin cuidar de mojarse, hizo Mónica una docena de viajes con su cosecha marina desde las rocas hasta un lugar seguro. Tomó á empeño tenaz fatigar su cuerpo para no dejarle al alma tiempo para que sufriera.

Tuvo, sin embargo, que suspender su tarea por falta de fuerzas: sin aliento y con las piernas temblorosas, se apoyó en una pared de granito á fin de respirar y de dirigir la vista al mar.

En el cielo, las nubes blanquecinas, al pasar por un fondo de escarlata, se teñían de púrpura.

— ¡Se diría que aquello es sangre! — pensó Mónica,

y al punto la odiosa imagen borrada, reapareció envuelta en el encendido manto del cielo: el mar parecía llevar sangre en sus olas ¡y toda aquella sangre era sin duda la de la víctima!

Alucinada y sin saber lo que hacía, avanzó para mirar más de cerca: una ola enorme que se estrelló contra una roca á algunos metros delante de ella, rebasó el obstáculo deshecha en rojiza espuma, y la envolvió.

— ¡La sangre! — gritó Mónica, estremeciéndose al contacto del agua fría.

Miró al mar con aquella desconfianza que le inspiraban las cosas que eran más fuertes que ella, y una ola tras otra chocaron con estrépito é invadieron el hueco en que ella se encontraba.

— Si me queréis, tomadme — dijo Mónica, — pero me defenderé.

Las vicisitudes de la vida la habían podido aniquilar, pero no la habían doblegado.

Veía el peligro, comprendía su extensión, sabía que podía huir, y sin embargo, no quiso: desafiaba á su destino una vez más, pero aquella vez su destino tenía fuerzas materiales visibes y palpables.

Todas las gorritas blancas de las recogedoras de algas habían desaparecido; el mar las había echado de allí: ninguna pensó en Mónica.

Esta seguía haciendo frente á las olas que subían al asalto del antemural que la rodeaba: las dejaba crugir sobre ella, empapada hasta los huesos, ciega por la espuma, y retrocedía algo de tiempo en tiempo para prolongar la lucha.

No tenía hecha una verdadera resolución de morir, pero comprendía vagamente que si moría, sería lo mejor. Sin embargo, el instinto de la conservación no la abandonaba y después de un choque que la había aconchado contra alguna roca, se erguía, ensangrentada y maltrecha por las asperezas del granito, como para decirle á las olas:

— ¡Aun estoy viva!

En aquella lucha insensata sentía un goce inmenso, el primero que sentía después de su caída: luchaba sin haber perdido mucho: aniquilada ó arrebataada, se habría por lo menos defendido bien aquella vez. La que no había sabido resistir ni á la seducción ni al deseo de matar, hacía frente al Océano. Aquello era magnífico y la rehabilitaba á sus propios ojos.

Una masa de agua enorme se elevó á veinte pies de altura, cubierta de espuma, y se abatió contra la roca que sostenía á Mónica.

Aquella vez perdió pie y sintió que los remolinos se la llevaban. Se apuntaló lo mejor que pudo con una especie de triunfo feroz sobre sí misma.

— Sigue sufriendo — se dijo, — así es como se expía.

De pronto vió á Marín bajar por el acantilado como si tuviera alas, iluminado por los reflejos del sol poniente, que acudía á salvarla. Ella sintió deshacerse el alma, y, á través de las rocas y con el agua á media pierna, salió vacilante á su encuentro.

Marín acudió cayendo y tropezando á través de los obstáculos, cogió á su mujer en brazos y la sacó de allí. Una ola enorme se abatió como una masa en el sitio que ambos ocupaban un momento antes, y sólo recibieron las salpicaduras, bastantes fuertes para derribarlos en tierra, pero, por aquella vez, la muerte había renunciado á ellos.

— Estás loca — dijo Marín dejando á su mujer en tierra cuando estuvieron á salvo de todo peligro.

Mónica miró en torno suyo y vió que estaban sobre la roca del juramento.

— ¿No quieres, pues, que yo muera? — le preguntó ella.

El la asió con frenesí.

— ¿Tú?... ¡pero si tú eres mi vida! yo quiero que tú seas feliz, y si no lo eres, yo seré el que me arroje allí — y le indicó el sitio, ya invadido por el mar, en que estuvieron á punto de perecer un momento antes.

— ¿Me quieres tanto como si no hubiera sucedido nada?

— Yo no sé como te hubiera querido — contestó Marín levantando una mano hacia el cielo que brillaba como una apoteosis, — lo que sé es que te quiero tanto como puede querer un hombre.

— ¿Me has perdonado, pues?

— ¡Te he perdonado siempre!

Ella lo atrajo hacia sí y le dió un beso largo, muy largo, de pasión salvaje.

— Llévame á casa — dijo. — Ahora seremos felices.

Quitóse la falda larga empapada en agua, que le impedía andar, y vestida con un sencillo refajo corto, subió por el acantilado junto á su marido.

— Estás llena de sangre — le dijo éste al observarlo por primera vez.

— No importa — le repuso ella con una sonrisa que él no le había visto nunca; — es la mía.

Entraron en casa: el fuego ardía en la chimenea. Marín desnudó á Mónica con los mismos tiernos cuidados y la misma torpeza con que hubiera vestido á una criatura recién nacida y la metió en la cama, rodeándola de infinitas precauciones: ella le sonreía con el aspecto de la felicidad, y era la antigua Mónica que resurgía: tanta juventud y tanta luz brillaban en su rostro.

Desbordando en una alegría que él había creído no conocer ya nunca, se inclinó sobre ella y la miró con embriaguez, diciéndola:

— ¡Mónica mía! hoy es cuando únicamente veo que eres mi mujer.

## XXIV

Cuando Marín abrió los ojos, la lluvia caía pesada-

mente por la parte de afuera: más despierto, recordó lo que había pasado la víspera y se volvió con inquietud hacia Mónica.

Esta dormía con la boca entreabierta, con las mejillas encendidas y con un brazo fuera del embozo; él le cogió la mano, y notó que ardía; le tocó la cara y echaba fuego.

Mónica se despertó y dijo con voz enronquecida:

— Tengo sed.

El se levantó en seguida y le dió agua: ella no hizo más que humedecerse los labios, y dijo:

— ¡Está amarga el agua!

Marín, sorprendido, la probó y no encontró que lo estuviera. Quiso preguntarle á Mónica, pero ésta se había vuelto á dormir.

Después de contemplarla un instante, se acabó de vestir y corrió á casa de Clemencia.

— Debe haberse puesto enferma — dijo como término de su explicación.

— Motivo hay para ello — replicó la anciana, y sin perder tiempo en discursos inútiles, siguió á su yerno.

Mónica se había despertado en ausencia de éste, y los acogió con su sonrisa de la víspera, tan diferente de su expresión habitual.

— Pues tiene buen semblante — dijo Clemencia.

— He tratado de levantarme y no he podido — dijo la joven con una expresión de contento extraordinaria. Debe ser á causa de la fatiga de ayer, pero no será nada: mañana habrá desaparecido.

La lluvia impedía trabajar fuera y Marín se quedó al lado de su mujer cuya mano oprimía de tiempo en tiempo. Se miraban sonriendo y no tenían necesidad de hablarse. ¿No se lo habían dicho todo la víspera en su corta conversación sobre la piedra del juramento?

Clemencia, tranquilizada á medias, les sirvió durante el día y se retiró por la noche á rürgos de Marín que le aconsejó que durmiese sin cuidado alguno. Mónica tenía la respiración fatigosa pero no se quejaba de

nada y decía que nunca había sido tan dichosa ni se había encontrado tan bien, y su semblante no desmentía sus palabras.

Durante la noche tuvo algún delirio, tranquilo, casi alegre, en el que evocaba los recuerdos de su infancia. Parecía haber dejado en las olas coloreadas de sangre, las penas y los remordimientos de su vida reciente. Marín, muy asustado, sin embargo, fué á ver muy de mañana al señor Mahaut, el cual fué á ver á la enferma.

— Hay que llamar al médico — dijo. — Yo no soy muy inteligente, pero creo que esto tiene todos los visos de una pulmonía, y esas dolencias exigen la ayuda de la medicina.

Mónica oyó, no precisamente las palabras del alcalde sino el tono de advertencia con que éste las pronunció.

— Señor Mahaut — le dijo ella — ¿volverá usted cuando se haya marchado el médico, no es verdad?

— Sí, querida niña, volveré si usted quiere.

— Se lo ruego á usted — insistió ella.

El médico llegó por la tarde. El señor Mahaut no se había engañado. Mónica tenía una fuerte pulmonía. Dispuso un tratamiento enérgico é inmediato, todo cuanto podía hacerse en un lugar alejado de las ciudades.

Apenas se hubo marchado el médico, Mónica alejó á su madre con un pretexto y le hizo seña á Marín para que se le acercara.

— ¿Estoy muy mala, no es verdad? — le preguntó con aquella expresión de tierna alegría y de confianza que tenía desde las rocas negras.

— Estás mala, no hay que dudarlo — repuso el pobre joven con embarazo, pues se le había recomendado mucho que ocultara á la enferma la gravedad de su estado, y porque él, por evitarle un disgusto á Mónica, quería mentir, y no sabía, porque no había mentido nunca.

— Pues bien, escucha: necesito ver al señor Mahaut

y hablarle á solas.

— ¿Otro secreto más? — preguntó Marín frunciendo las cejas.

— No; al decir que á solas, quiero decir que contigo. Vete á buscar al señor Mahaut: me ha prometido que vendría, y vendrá: despáchate.

Marín vaciló un instante, y luego se fué apesuradamente. Un cuarto de hora después volvía con el digno alcalde.

— Vamos á ver ¿qué quieres, Mónica? — le preguntó éste.

— Quiero decirle á usted algo, señor alcalde, y le ruego que se siente junto á mi cama para oírlo.

El señor Mahaut se sentó algo conmovido. Marín permaneció en pie junto al lecho, entre ambos.

La voz de Mónica era fuerte, aunque algo velada: al hablar tenía la respiración muy fatigosa; pero no demostraba tener padecimiento alguno, y en realidad padecía poco.

— Usted sabe, señor alcalde — dijo fijando sus ojos azules en los del señor Mahaut — que yo he estado en Rouen por recomendación de usted.

— Sí.

— Yo no sé si usted ha tenido noticia de una desgracia ocurrida en la casa en que yo servía.

— La tuve y sé también que te acusaron y que te pusieron en libertad luego, porque la idea de acusarte fué demasiado absurda. ¿Es eso lo que querías decirme?

Mónica se puso encendida y luego pálida. Dirigió á su marido una mirada suplicante á la que éste contestó con una señal de aprobación: había comprendido lo que ella quería y no podía encontrarlo mal, porque sabía que ella estaba gravísima, más de lo que ella misma creía.

— Pues bien, señor alcalde: me voy á morir, y no lo siento porque después de lo que va usted á saber, me miraría usted de mala manera... ¿No han dado con la

persona que dió el golpe?

— No ¿qué?

— Que fui yo — dijo Mónica, y se dejó caer sobre la almohada con el semblante cadavérico.

— ¿Tú? — exclamó aterrado el señor Mahaut, temiendo que la enferma estuviere delirando de nuevo.

— Sí, señor alcalde, fui yo.

— Pero ¡Dios mío! ¿cómo, por qué razón? una niña como tú...

Mónica dirigió una mirada febril á su esposo, el cual comprendió que una parte del doloroso secreto quedaría entre ambos.

— Me riñó — dijo la joven — yo era orgullosa y violenta, me cegó la cólera y la herí: desde entonces, señor alcalde, no he tenido un momento de tranquilidad.

— ¿Y por qué me dices eso? Puesto que te han dejado en libertad, me parece que podías guardar para ti el secreto.

— Es verdad, señor alcalde — pero han ocurrido casos de inocentes que han sido condenados ¿no es verdad? yo he leído eso en los libros, y he pensado en que, si cuando yo no exista para decirlo, sabe usted que acusan á alguien de aquella muerte, pueda usted justificar que no ha sido él quien hizo el daño.

Mahaut escuchaba, extrañado, confundido por lo que acababa de oír, y lleno de admiración, á pesar suyo, por la conducta de Mónica.

— ¿De modo que es una declaración la que me haces? ¿Quieres firmarla?

— Sí, señor alcalde: lo único que le pido es que no hable de esto á nadie, á causa de Marín que se avergonzaría sin merecerlo: esa declaración no servirá más que en el caso que le he dicho...

— No tengas cuidado alguno: cuenta conmigo. ¿Lo sabía usted? — añadió el señor Mahaut dirigiéndose á Marín.

— Ella no quiso casarse conmigo sin decírmelo — repuso éste.

El alcalde se había levantado: miró por un instante á la joven criminal, cuyo rostro se hallaba entonces tan tranquilo y tan puro, y luego, impulsado por un movimiento irresistible colocó su mano derecha sobre la frente que ardía.

— ¡Pobre niña! — dijo — grande ha sido la falta, pero bien la ha expiado usted.

— ¡Oh! sí — repuso ella sencillamente — no son la enfermedad ni la muerte las cosas peores.

En la mañana siguiente presentó el señor Mahaut á la joven una redacción sencilla de la conversación de la víspera, de carácter oficial, que ella firmó con mano segura, y junto á cuya firma puso Marín la suya temblorosa.

— Ahora que ya tiene usted la conciencia en paz — dijo el señor Mahaut — ánimo, y á curarse.

— Será lo que Dios quiera — dijo Mónica.

Ella sentía que las fuerzas la abandonaban rápidamente, pero sin sacudidas: en aquel cuerpo gastado por las penas, la enfermedad tenía poco que hacer. Marín la miraba taciturno cuando ella dormía y sonriente siempre que ella podía verlo.

La tarde del cuarto día le hizo seña de que se acercara cuanto pudiera.

— ¿Crees tú que hubiéramos sido muy felices? — le preguntó ella en voz muy baja.

— ¡Oh! sí, muy felices.

— Pues bien, te engañas. Ahora lo somos, porque me voy, pero si yo viviera, volvería á empezar todo como antes, y tendríamos algunos momentos buenos, pero tranquilidad, nunca. Te aseguro que lo mejor es que yo me vaya.

— ¿Y yo? — preguntó Marín á quien por último vencieron las lágrimas — ¿qué será de mí?

Ella lo miró tristemente.

— ¡Tú, pobre, pobre Marín! ¡tú lo sentirás mucho; pero si yo no hubiera sido lo que he sido, no te hubiera querido nunca como te quiero ahora!

Mónica murió al amanecer, tras una corta agonía durante la cual no conoció á nadie: dejó esta vida sin tener conciencia del dolor de aquellos que conservan su lucidez hasta los últimos instantes.

Se la enterró en la tumba de Victoria. Marín arrancó por sí mismo el rosal blanco con su terrón de tierra, lo volvió á colocar cuando todo hubo concluído, y no permitió que mano alguna profana tocara el arbusto, dos veces sagrado, después de lo cual se fué á las rocas negras y permaneció allí hasta que se hizo de noche.

Sigue trabajando en su campo y en su huerta como cuando era soltero, y se le ve, con más frecuencia que antes, cuidar el rosal cuyas ramas cubren todo cuanto ha amado en la vida.

El señor Mahaut no ha tenido necesidad de hacer uso de la declaración de Mónica, porque la justicia no ha dado nunca con las huellas del autor del misterioso crimen de Rouen.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UVA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
CIUDAD GUAYMAS

TEC